







LA JANUKIYA

DEL MAESTRO DE LA VERDAD

MANUEL SÁNCHEZ BRACHO



LUNA LENA • NÚMERO 1

Primera edición: Enero 2010

© Manuel Sánchez Bracho

© Derechos de edición reservados
Cultiva Comunicación SL
Teléfono: 91 50 60 975
www.cultivalibros.com

Edición: A. de Lamo
Maquetación y diseño: Yudi Vargas Parra
Diseño cubiertas: Idea original de Jorge Zurita Díaz
Impresión:

ISBN 13: 978-84-9923-156-3
Depósito Legal:

Con *La Janukiya* se inicia la colección *Luna Llena*, que recogerá algunos libros seleccionados por su calidad o singularidad.

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada, vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

IMPRESO EN ESPAÑA • UNIÓN EUROPEA

LA JANUKIYA

DEL MAESTRO DE LA VERDAD



*A la luz de la Janukiya se escribieron los
manuscritos que han hecho posible esta novela*



A mi amiga Rosa Díaz García







Agradecimientos:

Al equipo de radiaciones de Oncología del hospital Xanit formado por las doctoras Fortes y Ortuño, Juan Ramón, Manuel, Fátima, Juan y Paqui. Por ser como son y haber hecho posible que pueda seguir soñando. También a Alicia Amaro, Asensio Díaz, Rosa Díaz, Álvaro Guzmán, Maria José López, Rosario López, Ildefonso Navarro, Julio Peces, Juana Ramón, Miguel Rodríguez, Carlos Sánchez, Rocío Sánchez, Francisco Santistéban y Antonio Trujillo.



ÍNDICE

PRIMERA PARTE. LOS SECRETOS DEL TABOR

Capítulo I. La cueva	17
Capítulo II. El misterio del cuerpo	25
Capítulo III. Un mundo de círculos	41
Capítulo IV. El Santuario del Libro	49
Capítulo V. Nacimiento de una verdad	63

SEGUNDA PARTE. LOS MANUSCRITOS

Capítulo VI. Mat-Yah y el Mago	69
Capítulo VII. Una estrella	85
Capítulo VIII. Hillel “El Grande”	95
Capítulo IX. Adiós a un amigo	103
Capítulo X. Señales para la posteridad	113
Capítulo XI. El debate	123
Capítulo XII. Sueño deseado	137
Capítulo XIII. Yatabel	145
Capítulo XIV. Mariamne	155
Capítulo XV. El Rabino	161
Capítulo XVI. Amar	171
Capítulo XVII. Confabulación y engaño	189
Capítulo XVIII. Llamada inesperada	201
Capítulo XIX. Enfrentamiento anunciado	209
Capítulo XX. La huida	215

TERCERA PARTE. LOS ESENIOS

Capítulo XXI. En el Monasterio de Qumrán	231
--	-----

Capítulo XXII . Unidos por el amor	249
Capítulo XXIII. Alejandría	263
Capítulo XXIV. Narcir	273
Capítulo XXV. En el Jordán	283
Capítulo XXVI. Travesía soñada	293
Capítulo XXVII. El vino y el pan	301
Capítulo XXVIII. Un pozo de vida	313
Capítulo XXIX. Nacimiento de un mesías	323
Capítulo XXX. Retorno de la muerte	331

CUARTA PARTE. DEL FERVOR A LA LOCURA

Capítulo XXXI. La cena	341
Capítulo XXXII. Humillando al hombre	349
Capítulo XXXIII. Rugidos de fieras	359
Capítulo XXXIV. Una injusticia	367

QUINTA PARTE. VUELTA A LA LUZ

Capítulo XXXV. El regreso	377
Capítulo XXXVI. Puerta a la esperanza	393
Capítulo XXXVII. Dominada por la indiferencia	399
Capítulo XXXVIII. Recuerdos	405
Capítulo XXXIX. Un retorno anhelado	411
Capítulo XL. Eterna morada	417

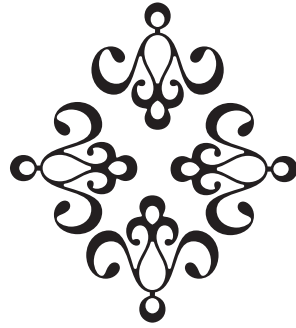
PARTE AÑADIDA

Capítulo XLI. El encuentro	423
--------------------------------------	-----



*Hacer el mal es censurable.
Hacer el bien sin correr demasiados riesgos es muy común.
Pero el gran hombre hace acciones grandes y nobles
a pesar de arriesgarlo todo.*

-Plutarco-



Primera Parte



LOS SECRETOS DEL TABOR





CAPÍTULO I LA CUEVA

ALCANCÉ, MUY TEMPRANO, AQUELLAS escarpadas rocas calizas del cretácico para, desde la altura de la montaña, visualizar el paisaje del que tan bien me habían hablado. Me encontraba en la Baja Galilea, al norte del valle de Jezreel y al suroeste del lago Tiberíades, ascendiendo el Monte Tabor; el Monte Luminoso, como lo conocen unos; el Monte Sagrado, como lo denominan otros; o Atabyrion, como lo llamaban los griegos.

No me fue fácil la subida, porque tomé por error un sendero equivocado. No hice caso a quienes me aconsejaron tomar un taxi con un guía. Por ello, tardé tanto en alcanzar la cima e incluso me hubiera dado tiempo de visitar la iglesia de la Transfiguración, que era hacia donde me dirigía.

Siempre me gustó llegar a los sitios por mí mismo y sin ayuda de nadie; por ello, decidí dejar el grupo con el que iba a subir e ir por mi cuenta, aun teniendo la posibilidad de perderme, como así fue; aunque mereció la pena la decisión tomada y el haberme equivocado de camino.

Antes de proseguir, opté por hacer una pequeña parada. Escogí para ello un abrigo, encerrado entre pinos y terebintos,

donde me refugié del sol asfixiante y desde donde veía el valle de Jezreel. Tras unos minutos de descanso, la curiosidad, siempre me ha dominado, me hizo observar aquel paraje dándome cuenta de que detrás de aquella vegetación había una oquedad, por lo que no dudé en arrastrarme y entrar en una pequeña estancia. No debía de tener más de treinta metros cuadrados, que debieron de haber sido suficientes para ser habitada.

Aún se podían ver, en una de sus paredes, los restos de hollín de lo que debió de ser un fogón donde cocinarían los que vivieron en aquella cueva.

Seguí observando y, desplazándome por un suelo calcáreo y bastante bruñido, aquello me hizo suponer que, antaño, aquel recinto sirvió de refugio para quiénes vivieron en él.

El techo, de unos dos metros de altura en la entrada, descendía conforme avanzaba hacia el interior, hasta obligarme a bajar la cabeza, para evitar golpeármela.

Al llegar al fondo, me di cuenta de la pequeña cavidad abierta en su pared lateral derecha. Intenté adentrarme, pero la oscuridad en aquel sitio era total y, ni tan siquiera, llevaba una pequeña linterna que me permitiera saber por dónde andaba. Por ese motivo, decidí no proseguir en aquella dirección y regresar a la salida.

Ya afuera, volví a sentir de nuevo el sofocante calor, pero debía continuar mi marcha y seguir subiendo para contemplar el paisaje divisado desde aquella cima.

Hice un descanso en la hospedería de los franciscanos para tomar un botellín de agua en su terraza y aquel día tuve la suerte de divisar desde allí las colinas de Galilea. Después de haber alcanzado el punto buscado, a unos setecientos metros sobre el lago

de Tiberíades, tuve la oportunidad de disfrutar de aquellas espléndidas vistas del valle de Esdrelón.

Ante mí, a lo lejos, se presentaban, aprisionadas entre montañas, las aguas dulces, tranquilas y serenas del lago, rodeado de higueras y olivos. Desde aquella altura, veía las embarcaciones, tan cerca, que sentí la sensación de poderlas alcanzar con las manos. Allí, mecidas por las suaves olas, las pequeñas barcas faenaban en busca de peces. Durante una hora y media aproximadamente, gocé de aquellas preciosas vistas, llenas de colores y matices distintos.

También, desde donde me hallaba, se presentaba ante mí, encaramándose hasta el cielo, El Gran Hermón, así como la ciudad de Naín. Miré tanto y con tanta avidez de belleza que hasta llegaron a dolerme los ojos.

El sol iba declinando con rapidez y no quería que la noche me sorprendiese bajando por aquel terreno rocoso y escarpado. Por ello, decidí iniciar el regreso. Una vez abajo, emprendí la vuelta en taxi hacia el Hotel Rimónim Nazaret-Marys Well de Nazaret, emplazado a unos siete kilómetros de donde me encontraba.

Tras un reconfortante baño, bajé al comedor, donde cené compartiendo mesa con compañeros españoles con los que habíamos iniciado el viaje desde Málaga. Me retiré con rapidez a descansar porque me sentía muy agotado.

Descansar era una percepción, ya que eran las dos de la madrugada y aún no había conseguido conciliar el sueño. No dejaba de pensar en aquella cavidad y en quiénes la ocuparon; pero, sobre todo, no apartaba de mi mente aquella parte de la oscuridad a la cual no había podido acceder.

¿Qué profundidad tendría? ¿Adónde conduciría? ¿Quién o quiénes pudieron vivir allí?

Tantas preguntas quedaban en el aire, que mi deseo de averiguarlo todo precisaba ser alimentado y dentro de mí empezó a fraguarse la idea de volver a aquella cueva lo antes posible, aun sacrificando el programa que me había hecho de visitas. Aquella cavidad me llamaba, me había seducido. Decidido a volver a ella lo antes posible y pensando en ello, me quedé dormido.

Hacia las siete y media de la mañana sonó mi pequeño despertador. Tras una agradable ducha me puse ropa holgada, zapatos cómodos, bajé al comedor donde desayuné y salí.

Unos jóvenes que caminaban a clase me indicaron un centro comercial cercano, al que me dirigí, sin pérdida de tiempo, y en el que compré frutas, latas de conservas, dulces y agua. También me pertreché de un saco de dormir, una buena linterna y diversos materiales de gran utilidad en la cueva.

Decidido y hecho. Inicié el ascenso, con la confianza de penetrar en aquella cueva para observarla, pero, a la vez, con mucho respeto ante lo desconocido.

La subida fue más fácil en esta ocasión, pero encontrar aquel abrigo fue tarea difícil. Muchos eran los espacios parecidos y cuantiosos los refugios existentes en aquella montaña. Todos los rincones me resultaban familiares, por lo que dar con la cueva parecía imposible. Estuve tentado en varias ocasiones de desistir de lo que me había propuesto, pero la conjunción de mi tenacidad y el espíritu de investigarlo todo me obligaban a seguir intentándolo.

En un momento de mi búsqueda, mi vista se encontró con una singular roca de gran volumen y forma trapezoidal, en la que me había fijado el día anterior al salir de la cueva. Una vez en ella, me adentré directamente hasta llegar al sitio donde la

jornada anterior desistí de continuar. El haz de luz de la linterna llenó de claridad aquel recinto angosto. Había llegado el momento. Si resolvía entrar, debía hacerlo encorvado. Sin pensarlo, penetré ignorando las sorpresas que me depararía al llevarlo a cabo.

Apenas anduve un par de metros, el techo fue elevándose, por ello me resultó menos difícil continuar caminando. Así fui observando, centímetro a centímetro, aquellas paredes, sin detectar nada que me llamase la atención.

Conforme avanzaba, mi cuerpo se tensaba y he de reconocer que un cierto temor iba adueñándose de mí. Sequé de mi frente unas gotas de sudor frío y sentí la sensación de soledad, de la soledad no deseada al apagárseme la linterna. Mientras la reparaba, cosa que conseguí, no dejaba de pensar en lo que encontraría unos metros más adelante.

Haciendo un gran esfuerzo, tomé conciencia de que no ocurriría nada peligroso. Mientras cavilaba, localicé en la pared unos trazos casi imperceptibles.

En un principio me dije que aquello no podía ser. Tras profundizar en aquellas líneas, llegué a la conclusión de que habían sido ejecutadas por una persona y se habían colocado a conciencia dentro de un círculo. Mi ignorancia sobre ellos me impidió conocer el significado de los mismos.

Antes de proseguir, coloqué a la altura de aquel hallazgo una pequeña marca señalándolos y medí la alzada desde el suelo. Aquel descubrimiento me relajó y dejé de tener la sensación de soledad. Es más, empezaba a sentirme muy bien, por lo que proseguí mi recorrido. A partir de aquí, avancé ralentizando el paso; escudriñando cada rincón de los lienzos de pared; prestando más atención y reparando aún más en cuánto abarcaban mis ojos.

Caminé unos metros, sin advertir nada relevante. De repente, me di cuenta de que aquel pasillo empezaba a ensancharse hasta converger en una amplia sala de grandes dimensiones, de unos ciento cincuenta metros cuadrados, y su techo, de forma circular, se elevaba a unos cuatro o cinco metros de altura.

Miraba todas las paredes, intentando hallar algo significativo. Pero ¿qué buscaba? ¿Qué podría descubrir allí? Demandando respuestas a mis preguntas, me sobresalté al percibir por encima de mí una fuerte sacudida acompañada de un extraño zumbido y vibraciones. Llevé mis manos a la cabeza protegiéndome de quienes hubiesen podido producir aquellas manifestaciones.

Bastaron unos segundos para comprender que aquel ruido provenía del revoloteo de los murciélagos, dirigiéndose a la salida en busca del sustento diario. Debían de haber pasado muchas horas desde mi salida del hotel. El tiempo en aquella cueva había transcurrido con gran celeridad. Ni tan siquiera me acordé de comer algo, pero, aun así, seguía sintiéndome muy bien. Tendría que optar por retornar al hotel y regresar al día siguiente o pasar la noche en aquel lugar.

Sin dudarle un instante, me incliné por continuar allí. Decidido a permanecer en aquella estancia, y ya sin prisa, resolví sentarme sobre un montón de arena que había en el centro de aquella gran sala, y tomarme parte de la comida que llevaba.

Me levanté de inmediato al darme cuenta de la existencia de un objeto ubicado cerca de donde me hallaba y que no había visto hasta ese momento. Había pasado desapercibido para mí. Cuando lo tuve en mis manos, lo limpié y pude advertir que era un precioso candelabro de nueve brazos. Lo examiné y contemplé durante unos minutos, escondiéndolo seguidamente bajo aquella pila de arena.

Proseguí investigando aquel recinto, sin saber realmente qué buscaba, y me di cuenta que, en el suelo de aquella sala, se distinguían esparcidos trozos de maderos cilíndricos. Me llamaron la atención los restos totalmente deteriorados de lo que pudo haber sido un capacho de arpillera de un color marrón oscuro, debido quizás al envejecimiento de sus fibras.

Advertí además, ante mí, el trazo de una circunferencia de algo más de medio metro de diámetro. Aquel dibujo atrajo poderosamente mi atención porque era el segundo círculo encontrado ese día. Durante un buen rato, lo estuve observando meticulosamente. Después limpié bien aquella parte de superficie, para ver si había algún dibujo sobre ella, y pude comprobar cómo el color del interior del círculo era algo diferente al del resto del suelo, y que aquella línea no estaba pintada, como supuse en un principio, sino que resultó ser una hendidura realizada sobre la piedra. Tras examinarlo, llegué a la conclusión de que aquella superficie era la trampilla de acceso a otra cavidad ubicada debajo del suelo.

Por un instante pensé en abrirla, pero me hubiese sido imposible; ni iba preparado para realizar aquello ni tenía el permiso correspondiente, por lo que decidí salir de la cueva y volver al hotel, aunque fuese ya muy tarde.

Unos metros antes de alcanzar la salida, me encontré con una nueva sorpresa que me tenía preparada aquella cueva: otro lienzo de pared albergaba otro círculo de aproximadamente unos cien centímetros de diámetro. Me detuve ante él y, en esta ocasión, me percaté de cómo en el interior del mismo había un gran pentagrama, una estrella de cinco puntas con una de ellas colocada mirando al techo, utilizada por diferentes grupos de hombres en la antigüedad.

Ese símbolo dentro de un círculo era un pentáculo y me resultaba bastante familiar, pues durante mi juventud lo llevé colgado al cuello. Siempre supe que representaba la unión del cuerpo del hombre con su mente.

También sabía que la punta de la estrella, mirando hacia arriba, significaba el dominio del espíritu sobre el cuerpo. En cambio, quienes practican el rito satánico, colocan invertida la punta de la estrella, expresando de esa forma la hegemonía del cuerpo sobre el espíritu.

Confuso por el significado de aquel dibujo, salí y bajé de la montaña para ir a descansar. Durante el camino de regreso, no dejaba de pensar en todo lo que guardaba aquella cavidad y en cómo conseguir poner a flote su enigma.

La mañana siguiente la dediqué a pensar en el contenido de aquella cueva y tomé la firme decisión de no volver a subir a ella en aquel viaje. Fue entonces cuando me propuse llevar a cabo un estudio profundo para conocer todo cuanto encerraba la misma.

Mis últimas horas en tierras judías las dediqué a pasear por las calles de Nazaret. Dos días más tarde, desde el aeropuerto Ben Gurión, retornaba a España con un solo pensamiento: volver cuanto antes a Israel.

CAPÍTULO II

EL MISTERIO DEL CUERPO

LO PRIMERO QUE HICE AL LLEGAR AL aeropuerto de Málaga fue contactar con Ildefonso del Río. Logré reunirme con él y le narré detalladamente, durante horas, todo lo vivido en mi viaje, percibiendo en él la misma inquietud e interés que yo sentía desde el inicio de nuestra conversación.

A Ildefonso le conocí hace años, durante el estudio de un importante yacimiento jurásico sobre el que se había construido un asentamiento del neolítico que investigamos conjuntamente; él como arqueólogo y yo como paleontólogo.

Bajo una falsa timidez, escondía una fuerte personalidad que transmitía seguridad y confianza a quienes más intensamente lo conocíamos. Un excelente profesional que tiene en su currículum la dirección de importantes excavaciones arqueológicas en el sur de la península Ibérica.

Tras meditar largamente la exposición y estudiar las posibilidades de volver al Tabor, decidimos emprender juntos la investigación de aquella cueva. Una vez planificados los pasos a seguir, iniciamos, ante el gobierno de Israel, los trámites oportunos.

tunos para llevar a cabo una excavación arqueológica en una de las grutas del Monte Tabor.

Realizamos ímprobos esfuerzos para que las autoridades israelíes nos concediesen los permisos necesarios para dar comienzo a nuestra investigación en el abrigo que denominamos Altaír.

Siete meses más tarde, habiendo preparado con meticulosidad el viaje, volví a Israel, pero en esta ocasión con Ildefonso. Teníamos tan sólo un mes y medio para estudiar aquella gruta. Por ello, debíamos empezar sin dilación tan apasionante reto. Con diligencia, nos dirigimos al Museo de Israel. Antes de llegar, divisamos la gran cúpula blanca, de belleza extraordinaria, que ocultaba el armazón que envuelve al Santuario del Libro, uno de los edificios de esa institución.

Por primera vez, visitamos aquel conjunto artístico-cultural construido en mil novecientos sesenta y cinco y constituido por varios edificios de piedras blancas, con grandes superficies de cristal. De todos ellos, el más peculiar era el del Santuario del Libro, hacia el que nos dirigíamos para recoger los permisos solicitados.

Una vez obtenida la documentación, entendimos que nuestra visita a Jerusalén había llegado a su fin.

Como el recinto a estudiar era tan pequeño, y tan específico el trabajo que íbamos a acometer, sólo necesitábamos ponernos en contacto con una persona cualificada para que nos ayudase en nuestra tarea, más habrían entorpecido en aquel exiguo espacio.

Contratamos para que nos echara una mano, a un estudiante de arqueología, recomendado por quien nos atendió en el Museo. Aquel ayudante se incorporaría en Nazaret, deseábamos

conocerlo antes de empezar a trabajar con nosotros; por ello, le pedí concertar una cita con él.

Tras una llamada telefónica a este estudiante, por parte del comisionado cultural, quedamos citados en el hotel Galilee, lugar donde nos hospedaríamos.

Ese mismo día, salimos hacia Galilea con la intención de llegar a Nazaret y conocer aquella misma tarde a quien iba a compartir con nosotros muchas horas de trabajo y mucha confidencialidad a lo largo del tiempo en el que llevaríamos a cabo la excavación.

Una vez que estuvimos allí, a través de la calle Casa Nova ascendimos, dejando atrás la basílica franciscana de la Anunciación, con sus grandes puertas de bronce, que nos llamó poderosamente la atención y, continuando por la calle Pablo VI, llegamos al hotel, donde nos esperaba quien podría ser nuestro ayudante y colaborador.

Después de una amena conversación en castellano, pues lo hablaba perfectamente, decidimos que aquella persona trabajara con nosotros y nos auxiliara durante nuestra estancia en Israel. Se llamaba Benor y era un hombre de unos veinticinco años, fuerte, muy seguro, de aspecto agradable y modales exquisitos.

Quedamos en vernos al día siguiente para iniciar, sin pérdida de tiempo nuestro trabajo. Tal como habíamos previsto, nuestro ayudante llegó a buscarnos temprano. Lo primero que hicimos fue dirigirnos a comprar unos buenos generadores, capaces de ofrecernos una luz perfecta, y todo el material necesario para realizar la exploración de la cueva. Todo lo adquirido lo transportamos en una pequeña y flemática borriquilla blanca, llevada por Benor.

Cuando empezamos a estudiar aquella cueva, todo me pareció distinto a la primera vez que la visité; creí encontrarme en otro lugar. Allí pasamos cuarenta y tres días. Estábamos tan entusiasmados, trabajando en aquel proyecto, que el tiempo pasaba vertiginosamente, sin darnos cuenta. Tomábamos el tentempié preparado en el hotel y sólo bajábamos para cenar y dormir. Desayunábamos muy temprano y subíamos cuanto antes para proseguir el trabajo de investigación.

Sólo en una ocasión bajamos los tres para almorzar en el Tzela Atador, un restaurante a la sombra del Tabor, como su nombre significa en hebreo, para celebrar el cumpleaños de Ildefonso.

Hora tras hora, estudiábamos con minuciosidad todo cuanto descubrí en mi primera visita y cuanto íbamos encontrando en esta otra. Encontramos la marca colocada por mí, señalándonos la localización de uno de los círculos. Después de observarlo, descubrimos que el grafo de su interior se correspondía con una balanza que sostenía a un pez en uno de sus platillos y en el otro a una esfera rompiéndose en mil pedazos.

Al final de una de aquellas jornadas agotadoras, Benor nos indicó que nos fijásemos en el fiel de la balanza; aquella advertencia nos hizo ver que estaba invertido y, además, era ondulado. Curiosa indicación que más tarde estudiaríamos con la ayuda de las fotografías obtenidas de aquel lienzo de pared.

A diario proseguíamos rastreando, centímetro a centímetro, buscando algunas pistas interesantes. Cierta día, de forma inesperada, a un metro de la entrada de la sala que denominamos Reina, Ildefonso descubrió otro círculo, inadvertido para nosotros hasta ese momento, resultando ser mayor que el primero.

En su interior tenía varias esferas de distintos tamaños y los tres coincidimos en que se trataba de la representación de una parte del Universo. Volvimos a fotografiar aquel fragmento de pared, para poderlo examinar con tranquilidad y comprobar a qué periodo del tiempo cósmico correspondía aquel dibujo.

También centramos nuestra atención en estudiar la manera de extraer la losa colocada en el suelo, pensando que lo más apropiado sería utilizar punzones muy finos, para limpiar toda la suciedad acumulada a lo largo de los años, y así facilitaríamos su apertura.

Por fin, llegó el día en que pudimos levantar aquella tapa. La emoción nos embargaba y la impaciencia y la tensión aumentaban por instantes. Los tres nos mirábamos con desconcierto. Por la frente de nuestro ayudante bajaban unas gotas de sudor que fueron resbalando por su tostado rostro.

Minutos más tarde, Benor, con la ayuda de una cuerda y un gato hidráulico, esperaba la ocasión precisa para introducirlos por debajo de la abertura que dejaría libre la losa.

Al mismo tiempo, Ildefonso permanecía pendiente de que su palanqueta no abandonase el punto de apoyo conseguido. Yo hacía otro tanto con otra más pequeña, ansioso porque llegase ese instante esperado para elevar unos centímetros aquella losa, la cual, a pesar de su maciza apariencia, pesó menos de lo previsto. En nuestras mentes rondaba una pregunta: ¿Qué habría bajo aquella entrada?

Nuevas miradas de sorpresa y complicidad nos hacían sentirnos unidos ante aquel logro. Acercamos un potente foco y lo fuimos bajando hasta el punto necesario para que iluminara con intensidad el interior.

Desde arriba, pudimos comprobar que aquella abertura en el suelo era una cámara mortuoria. Nuestros ojos vieron el cuerpo de un hombre colocado de espaldas, sobre una plataforma de piedra en forma de lecho.

-¿A quién pertenecerá este cuerpo? -preguntó Ildefonso.

-Si no bajamos, no lo sabremos nunca -le respondí sin dejar de observar aquella cavidad.

Una escalera de aluminio nos sirvió para bajar. El primero que lo hizo fue Ildefonso y yo le seguí.

Benor quedó arriba, esperando cualquier indicación nuestra.

Nos encontrábamos ante una estancia funeraria, de forma rectangular, ocupada aparentemente por una sola persona: un hombre de complexión robusta, con barba fuerte de color oro, cabello castaño rojizo, y vestido con una túnica de hilo con anchas mangas y un cinturón de cuero.

Coincidimos en que la sequedad de aquel espacio había logrado conservar bastante bien su cuerpo, así como su vestimenta. Nos dio la sensación de percibirlo dormido en un sueño interminable.

Aquella circunstancia nos ayudaría a estudiar con mayor facilidad aquel enterramiento. A sus pies había un arca forrada de piel de cabra, bastante ajada, pero capaz aún de cumplir el objetivo para la que fue fabricada. Sobre ésta una sencilla, pero bien terminada, menorah de unos treinta y cinco centímetros de altura.

Al dar la vuelta alrededor de la peana, el arqueólogo observó cómo junto al cuerpo se veían los restos óseos de otra persona, con un anillo de cobre en el dedo pulgar de la mano que tenía aferrada a la del otro cadáver y junto a los huesos de su cuello una esfera agujereada de ámbar.

No sabíamos si los restos de la segunda persona eran de un

hombre o de una mujer.

Aquella escena nos sorprendió a los tres y, tras unos cortos comentarios, nos pareció insólito que un cuerpo estuviese incorrupto y que del otro sólo quedasen sus huesos en muy mal estado de conservación.

En el mismo espacio donde habíamos colocado el pie de la escalera localizamos restos de esparto y pequeños trozos de madera muy deteriorados, que nos hizo pensar que aquellos vestigios correspondían a los peldaños de otra que en el pasado debió de haberse utilizado para bajar a aquel recinto.

Escudriñamos todo cuanto teníamos ante nuestros ojos sin distinguir nada que nos llamase la atención, a excepción de un desbaratado y deformado nudo del mismo material de esparto.

Observamos además, que entre las falanges de la mano derecha del esqueleto había un pequeño trozo de hierro, en forma de llave que supusimos abriría aquel arca.

No fue necesario utilizarla ya que cuando nos dispusimos a abrirlo cedió con facilidad, con la simple presión de nuestros dedos, y en su interior encontramos numerosos pergaminos de piel de bóvidos.

No salíamos de nuestro asombro. Aquello fue apasionante: ante nosotros teníamos un tesoro como nunca pudimos imaginar. Estábamos asombrados y a la vez nos sentíamos orgullosos del trabajo que realizábamos en aquellos instantes.

-¿Y ahora qué? –se interesó Benor, mostrando un profundo interés por nuestra respuesta.

-Haremos lo procedente en estos casos –le respondió Ildfonso sin dejar de prestar atención al contenido de aquel arca.

-¿Y qué es lo que debemos hacer? –continuó insistiendo

nuestro amigo judío.

-Lo pondremos a disposición del Museo de Israel –le contesté, quizás de una forma bastante seca, dejando claro que así debía ser.

Ése era el compromiso adquirido con las autoridades culturales israelíes. Al observar su cara llegué a la conclusión de que aquella contestación no fue bien acogida por nuestro ayudante, el cual deseaba seguir conversando sobre ello, intentando de alguna forma convencernos de lo mal que lo hacíamos si actuábamos de aquella forma.

-¿Han pensado que de entregarlos nunca conoceremos el contenido de estos legajos?

El dolor ahogaba su garganta.

-¿Saben ustedes el camino que recorrerá este maravilloso hallazgo?

Su voz iba entrecortándose.

-¿Imaginan ustedes que la información contenida en estos documentos, no llegará a las personas a quienes ha sido dirigida por quien la depositó aquí y guardó tan celosamente?

Cada una de las preguntas, era un gemido de dolor lanzado al aire, un grito desgarrador de quien ama a su pueblo y ve cómo aquellos manuscritos que le pertenecen no van a cumplir el destino para el que fueron escritos.

Ildefonso y yo nos mirábamos, entendíamos lo solicitado, por ello comprendíamos los deseos que quería transmitirnos y pedía con abrumadora insistencia.

Conocíamos cómo durante toda la era cristiana, fue desapareciendo mucha documentación considerada contraria a los principios sobre los que se cimentó el nacimiento de la iglesia del Vaticano y que durante el mandato del emperador cristiano

Flavio Teodosio se mandó destruir y esconder toda la documentación capaz de poner en entredicho la doctrina de la iglesia de Roma. Por otra parte, estábamos al corriente sobre los escritos gnósticos, descubiertos en 1945 en Nag Hammadi, los cuales se encuentran bajo la tutela de la comisión Bíblica Pontificia, controlada por la Iglesia Católica desde el Instituto École Bíblica de los monjes dominicos, ubicado en Jerusalén.

A Benor no le apetecía entregar los legajos y eso no lo íbamos a permitir, profesionalmente nunca nos lo perdonaríamos.

Sólo nos quedaba decirle que quizás en aquella ocasión la suerte de nuestros pergaminos podría ser distinta y más afortunada a la de otras ocasiones. Por otra parte, tampoco conocíamos el contenido de los textos ni la importancia de los mismos. Intentamos hacerle comprender que por responsabilidad y profesionalidad no podíamos ni debíamos dejar de entregarle los pergaminos al organismo autorizador de la excavación en la cueva de Altair.

-¿Ustedes no se dan cuenta de que el gobierno israelí impedirá conocer el contenido de estos documentos, porque las relaciones socio-políticas con el Vaticano son muy estrechas y no van a permitir ninguna acción que ponga en peligro las mismas? –volvió a insistirnos con vehemencia.

Dejamos las cosas como estaban y, como decía Ildefonso, hicimos lo más correcto.

Llegó la noche y estábamos algo más cansados que cualquier otro día, pues habían sido muchas las emociones vividas.

Benor, como habitualmente hacía, se quedó durmiendo allí y nosotros bajamos al hotel a darnos un baño y cenar. A pesar del cansancio acumulado en mi cuerpo, aquella noche no pude conciliar el sueño. Estudié cuidadosamente las actuaciones que

debíamos realizar al día siguiente.

Esperé impacientemente en el comedor, deseando tropezarme con Ildefonso para hacerle saber mis temores sobre lo que pudiese ocurrirles a nuestros pergaminos y le confesé mis pretensiones de depositar lo antes posible aquellos manuscritos. Más tarde, continuaríamos estudiando la totalidad de aquel recinto mortuario en los siete días que aún nos quedaban de investigación.

Estuvo de acuerdo conmigo y sin demora alguna, subimos a la montaña con la intención de recoger el arca y marchar hacia Jerusalén para llevar los pergaminos al Santuario del Libro.

Como todas las jornadas, Benor nos esperaba con una complacencia más acentuada que de costumbre. Le expusimos nuestra intención de entregar los pergaminos lo antes posible, sabiendo cuánto significaba para él aquella decisión, pero como siempre, estuvo dispuesto a realizar lo que le dijimos.

Extrajimos con sumo cuidado los manuscritos del arca, cada uno de ellos lo envolvimos en paños de plástico y los colocamos en pequeñas bolsas de polipropileno. Éstas las fuimos introduciendo en otras dos mayores, para facilitarnos su traslado y los bajamos hasta una zona donde pudiese llegar un pequeño animal de carga. Aprovechamos el momento de la marcha de Benor para recoger al asno, para extraer el candelabro que en mi primer viaje escondí bajo la pila de arena, de cuya existencia sólo tenía conocimiento Ildefonso, para entregarlo con los pergaminos, la menorah, la esfera que debió de llevar puesta la persona a la que correspondiese aquel esqueleto así como el anillo encontrado en su dedo. Cuando el borriquillo llegó lo cargamos y nos dispusimos a salir.

Ildefonso volvió a la cueva y nosotros bajamos hasta un claro

existente entre las poblaciones de Shibli y Dabouriya, donde tomamos un taxi para ir a Jerusalén, al Museo de Israel, el más extenso y significativo organismo cultural de todo el país, en el que se albergan los más antiguos e importantes manuscritos bíblicos, así como muchísimos rollos y papiros, entre ellos los Pergaminos del mar Muerto.

Desde el primer instante que le vi, aquel taxista no me agradó, aun cuando se mostró muy amable y cariñoso. Benor iba sentado en el asiento delantero y yo en la parte trasera con las bolsas muy cerca de mí. No quise que se colocaran en el maletero, porque deseé tenerlas controladas durante todo el trayecto.

El taxista nos llevó hasta Afula, donde tomamos la carretera que nos conduciría hasta Bet She'an. Un cuarto de hora antes de llegar hasta allí, empezó a hablarle a Benor y con dificultad pude entenderle algunas cosas. Le comentaba algo sobre un monumento romano. Benor me expresó el deseo del taxista de invitarme a visitar las excavaciones que se llevaban a cabo desde hacía unos años, sobre el descubrimiento de un teatro romano. No di la menor importancia a lo que me decía ni hablé una sola palabra sobre ese tema. Permanecí en el más absoluto de los silencios, dándole a entender de esa forma que no me interesaba parar allí. Pero mi actitud sirvió para poco, porque cuando vine a darme cuenta el taxi estaba dentro de la excavación, con el consiguiente desagrado por mi parte.

Mostré mi enfado a Benor por la ligereza de aquel hombre al llevarnos a un lugar contra mi voluntad y al que yo no había mostrado el menor interés por ir.

Antes de que Benor pudiese contestarme, varios trabajadores de aquella excavación se acercaron a nosotros. El taxista, que había

salido del coche, se dirigió para abrir la puerta correspondiente al asiento donde yo me había sentado, invitándome a acompañarle, con gestos y en un tono excesivamente agradable que no me gustó nada. Aquello me pareció algo preparado y no me agradaba la situación creada, máxime cuando los operarios cercanos al coche intentaron abrir la puerta donde estaban colocadas las bolsas, cosa que no consiguieron porque tuve la precaución o la intuición de echarle el seguro nada más subirme al coche.

Ante aquella circunstancia, Benor no supo actuar, permaneció simplemente atenazado.

Fueron unos momentos tensos. Pensé que la intención de ellos era sacarme con la excusa de enseñarme el teatro romano y, una vez fuera, huir con el coche llevándose los pergaminos. Reaccioné con firmeza, cerrando todos los seguros y le indiqué a Benor con firmeza que abandonase su asiento, ocupase el del conductor y apretase el acelerador. No sé lo que pudo pasar por su cabeza, pero la rotundidad de mis palabras le hizo hacer cuanto le pedí. Miré a través del cristal trasero y atrás quedaba el taxista vociferando con los brazos en alto.

Le pregunté a Benor quiénes eran aquellas personas que habían intentado robarnos, y no supo contestarme. Me dijo que quizás pudo haber un malentendido. De una forma u otra actué como creí más conveniente tratando de evitar la sustracción de los pergaminos. Durante el resto del trayecto no volvimos a hablar una sola palabra.

Al llegar al museo nos dirigimos a la sección del Santuario del Libro, un edificio instalado, en su mayor parte, por debajo de la superficie de la calzada y culminado por una amplia cúpula blanca con la forma de las tapaderas de los recipientes, donde se localizaron los manuscritos escondidos por los qum-

ranitas en las cuevas cercanas a Kibert Qumrán. Quedé impresionado por su magnificencia y belleza. Es considerable el contraste entre la superficie blanca de la cúpula y la de la monumental pared negra ubicada frente a ella. Se dice entre los judíos que la primera representa a los hijos de la luz; y la segunda, a los de la oscuridad.

En el Santuario hicimos entrega de los ciento cincuenta y cinco pergaminos y de los demás objetos. Al hacer el depósito, nos otorgaron un documento por el cual se nos reconocía la consignación realizada, así como el derecho que teníamos a estudiarlos en un tiempo prudencial que dataron en dos años máximos.

Regresamos sin pérdida de tiempo a Galilea, junto a Ildelfonso que proseguía estudiando el recinto mortuario. Tan entusiasmado estaba con su trabajo que no se dio cuenta de nuestra llegada. Tuve que hablarle para que se percatase de mi presencia.

-Todo resuelto, ya están depositados los pergaminos -le dije.

-¿Algún problema?

-Afortunadamente, ninguno. Todo salió bien. Tal como lo habíamos previsto.

En otro momento, cuando estuvimos solos, le conté lo que nos había ocurrido con el taxista y analizamos seriamente aquel hecho, llegando a la conclusión de que deseaban robarnos el contenido de las dos sacas.

-Baja y verás algo interesante -me invitó, mientras sostenía entre sus manos un pergamino más delgado y pequeño que los entregados.

Descendí y me lo mostró. Ninguno de nosotros lo habíamos visto con anterioridad aun cuando habíamos buscado por los

rincones más ocultos de aquel recinto. Estaba escrito en una lengua que desconocíamos y lo había extraído del interior de un falso bolsillo de la túnica que cubría el cuerpo incorrupto.

Benor advirtió nuestro desconocimiento sobre la lengua en la que estaba escrito aquel legajo y nos pidió que le permitiésemos observarlo. Lo estudió de forma superficial y seguidamente, con una rapidez que nos sorprendió, fue leyendo sin la menor vacilación aquel manuscrito. Tras la lectura conocimos cómo aquellos restos correspondían a un hombre llamado Mat-Yah, -“Fiel a Yahvé”- Nacido en Beit She’an, un pueblecito de Galilea, en el año setecientos treinta y cinco de la fundación de Roma -14 a.C.¹

Si el descubrimiento del legajo nos sorprendió, más sorpresa nos causó oírle leer con la facilidad docta con la que lo hizo. Aquello desbordó todos los planteamientos que me había hecho sobre él y me pregunté si realmente la persona contratada como ayudante era sólo un estudiante. No tenía la menor duda de haber sido engañado. Ildefonso pensó igual. Lo intuí en su mirada. Creí entonces que Benor era alguien puesto para controlar nuestro trabajo y así se lo hice ver a Ildefonso.

No dejaba de pensar en ello, ni tampoco en la acertada idea de haber depositado lo antes posible todo cuanto encontramos en la cueva.

Le pedí que leyese de nuevo aquel pergamino sostenido entre sus manos con suma delicadeza y, aceptando mi petición, volvió a hacerlo con lentitud

Tanto Ildefonso como yo nos sentamos en el suelo, dando muestras con ello de no tener prisa, mientras él de pie, como un maestro, se disponía a seguir profundizando en aquel ma-

¹ Antes de Cristo.

nuscrito, para satisfacción de los tres. Volvió a releerlo por segunda vez y conocimos cómo Mat-Yah había sido ayudante y discípulo de Benamí, un astrólogo procedente de Babilonia y asentado en Jerusalén desde el año setecientos cuarenta y ocho de la fundación de Roma –13 a.C.–, que había llegado hasta allí, para estudiar los acontecimientos ocurridos en los cielos de Jerusalén. También supimos cómo Benamí estuvo presente el día en que un grupo de astrólogos, llegados de otros lugares del mundo, le acompañaron a conocer a un niño nacido en Bethlem el cual llegaría a ser un gran predicador. Tuvimos conocimiento de que él había sido seguidor y amigo personal de aquel hombre, al que el prefecto romano Poncio Pilatos acusó de sedición por predicar una nueva filosofía de vida. Un personaje conocido con el nombre de Joshua. Por último, explicaba las razones que lo llevaron a escoger aquel recinto como retiro y su voluntad de legar a futuras generaciones todo el contenido escrito de los pergaminos guardados en el arca.



CAPÍTULO III

UN MUNDO DE CÍRCULOS

NOS QUEDABAN DOS DÍAS PARA DAR FIN a nuestro trabajo y la incertidumbre sobre el estudio que realizábamos era notable.

La primera duda la tuvimos con el esqueleto hallado junto al cuerpo de Mat-Yah. Muchas preguntas nos hicimos al respecto, sin encontrar una respuesta lógica que nos convenciese. ¿Cómo un cuerpo pudo permanecer allí completamente incorrupto y el otro no, cuando las condiciones que se dieron fueron las mismas para los dos? ¿Cómo pudo llevarse a cabo el enterramiento de Mat-Yah y el de la otra persona encontrada junto a él?

Ildefonso, que no dejaba de escudriñar por toda la cueva, descubrió que en el centro de la trampilla había un pequeño orificio casi imperceptible, relleno de partículas de polvo de caliza y restos de briznas de esparto, que extrajimos con sumo cuidado con un finísimo punzón que siempre llevaba encima.

Aquellos restos, localizados en el interior de la oquedad, nos hicieron pensar que a través de esa abertura fue introducido un cordel con un gran nudo en la parte inferior del agujero del

cual pendería la losa.

Al observar los residuos de esparto recordé los pequeños trozos de madera encontrados, la arena y los fragmentos de arpillera hallados sobre ella el primer día que entré a estudiar la cueva y eso me hizo pensar que todos aquellos elementos formarían parte de un artilugio, en forma de balanza, colocado en el centro de aquella sala. Supusimos que en uno de los extremos del brazo del mecanismo habrían colgado la losa y en el otro la saca de arpillera agujereada. Ésta debía de estar repleta de arena muy fina y, al ir derramándose, haría descender la losa; de esa forma, al vaciarse totalmente, haría bajar el brazo y la tapa sostenida en él y se sellaría el recinto mortuorio.

Pensamos que Mat-Yah y quien viviese con él, dormirían todas las noches en esa cámara y, cada cierto tiempo, irían reponiendo la arena vaciada, consiguiéndose con ello el equilibrio de la balanza para que aquella cavidad permaneciese abierta.

Coincidimos en que, llegado el momento de sus muertes no hubo posibilidad de reponerla por lo que se produjo la bajada del brazo con la losa y el sellado definitivo de aquella cavidad, en un tiempo calculado de forma precisa.

Trabajábamos con suposiciones más o menos acertadas, pero no con datos comprobados; no teníamos tiempo para ello ni medios. En un próximo estudio obtendríamos suficientes testimonios fiables de lo que debió de acontecer en aquel lugar.

Otra pregunta que rondaba nuestras mentes, y que no pudimos contestarnos, fue si la muerte de aquellas dos personas se produjo al mismo tiempo o si hubo un intervalo de tiempo entre ellas.

El descubrimiento de aquel ingenio mecánico nos llevó a

descifrar el contenido del primer círculo. Supusimos que probablemente aquel dibujo fue colocado para conducirnos al receptáculo mortuorio.

La balanza evidenciaba un mensaje claro para quienes conociesen el significado de las imágenes dibujadas, pero a nosotros no nos dijo nada, porque no supimos interpretar lo que allí se nos indicaba.

Benor nos expuso cómo desde el primer instante que lo vio supo de la existencia en aquella cavidad de un espacio en el que se guardaba algo importante, aunque su desconfianza hacia nosotros le había hecho decidir no hablarnos de ello, y que si no lo hubiésemos descubierto no nos habría dicho nada al respecto.

Volvimos a dirigirnos de nuevo al círculo y sobre él, nos explicó que la balanza significaba que en el interior de aquella cueva se había instalado un mecanismo capaz de sostener dos pesos en equilibrio.

Llevando su mano al pez nos indicó que aquel animal, dibujado en un platillo, representaba la constelación de Piscis y que, al introducirlo dentro del círculo, había querido resaltarnos aquel hecho relevante ocurrido.

-¿Un hecho trascendental? –murmuró Ildefonso.

-Sí, un hecho muy importante y señalado –comentó, sin dar más importancia a lo que nos decía.

-¿Conoce algún acontecimiento sobresaliente ocurrido en dicha constelación a lo largo del tiempo cósmico?

Sentí suma curiosidad por conocer su respuesta.

Nos expuso que en el año setecientos cuarenta y ocho de la fundación de Roma –6 a.C.- se produjo en la constelación de Piscis una conjunción de los planetas Júpiter, Saturno y Marte.

Continuó diciéndonos que un año más tarde, tuvo lugar la gran explosión de una supernova. Él pensaba que ése era el otro mensaje que quisieron facilitar a través del dibujo que aparecía sobre el otro platillo de la balanza, donde una esfera estallaba en mil pedazos.

Prosiguió refiriéndonos que el pez era un símbolo secreto de los antiguos cristianos ebionitas, establecidos en Jerusalén, aunque más tarde lo hicieron suyo otros grupos.

Nos explicó cómo los peces colocados en sentido opuesto significaron, en un principio del cristianismo, los dos caminos a recorrer por el hombre. Uno de ellos fue el de la pobreza y renuncia de los bienes materiales; y el otro, el que lo llevaba a desembocar en la grandeza materialista y el lujo.

-Éste último fue el escogido por la iglesia de Roma -sentenció con fuerza y rabia nuestro estudiante.

-¿El estudiante? –proferí confuso.

Y seguí preguntándome: ¿Quién podría ser este interesante personaje contratado como ayudante? ¿No actuaba en realidad como un gran profesor rebosante de conocimientos? ¿No podría formar parte de algún grupo organizado, seguidor de los primeros cristianos?

-¿Y qué significado crees que tiene el fiel de la balanza invertido hacia abajo? –fue nuestra siguiente pregunta.

-Nos quería indicar que investigásemos debajo de nuestros pies, pues lo que buscábamos se encontraba en esa dirección.

-¿Y la forma serpenteante del fiel? –volvimos a inquirirle.

-La serpiente representa la sabiduría. En los pergaminos encontrados y guardados celosamente se almacena gran parte de ella -nos dijo.

-¿Y si volvemos a contemplar el círculo grande que todos cre-

ímos que era parte del universo? -les propuse y los dos accedieron con agrado a mi invitación.

Fuimos hasta aquel gran círculo y, estando ante él, pudimos observar con una claridad meridiana cómo aquel dibujo representaba un intervalo en el tiempo del universo y, viendo el diseño de sus líneas, pudimos comprobar que se correspondía con aquella conjunción de planetas.

Necesitábamos conocer con certeza el significado del pentáculo y, al preguntarle sobre éste, nos expuso cómo en él se daba la divina proporción, también conocida como número áureo, pues entre las líneas del pentagrama se producía totalmente ésta.

El mensaje de aquel símbolo, según él, venía a confirmarnos que en aquellos primeros cristianos, y Mat-Yah lo era, imperaba por encima de todas las cosas la supremacía del espíritu sobre el cuerpo y la verdad sobre la mentira.

Quería indicarnos que lo escrito en los pergaminos se correspondía con la verdadera realidad. Una realidad muy distinta a la que se venía exponiendo por otros.

No había la menor duda. Los tres teníamos la certeza de que Mat-Yah era el autor de los mensajes. Con ellos había dejado una serie de pistas para que los suyos, en caso de descubrirse aquel lugar, supiesen que allí había depositado su tesoro escrito.

Para quienes no formasen parte de su grupo, los dibujos no les dirían nada. Estas pistas únicamente las hubiesen podido interpretar sus seguidores.

Según Benor, eran muchos los judíos esparcidos, no sólo por Israel, sino también por todos los rincones del mundo, que tenían la pretensión de preservar la verdad sobre El Maestro y no descansarían en seguir potenciándola con nuevos descubri-

mientos como aquel. Conforme hablaba, más creíamos en él y más alcanzábamos a comprender su actuación a lo largo del tiempo que estuvo con nosotros.

Nuestra tarea iba llegando a su fin. Sólo nos quedaba volver a cerrar el recinto mortuorio hasta una segunda fase en la que terminaríamos la investigación del trabajo iniciado.

No tuvimos posibilidad ni tiempo de acometer un estudio para llegar a conocer el sexo de la otra persona encontrada junto a Mat-Yah. Sus caderas y la pelvis se encontraban muy deterioradas. Determinamos hacerlo en la siguiente campaña que ejecutaríamos en un tiempo no lejano, en cuanto nos prorrogasen la autorización de investigación concedida.

Al día siguiente, partiríamos para España. Había llegado el momento de decirnos adiós, de dejar a nuestro compañero ayudante, sin el que no hubiésemos logrado avanzar tanto en aquel trabajo. Sus conocimientos, puestos a nuestra disposición, hicieron posible desentrañar los mensajes. También fue fundamental la interpretación que dio a todo lo que descubrimos. Al despedirnos, teníamos la sensación de dejarnos algo nuestro atrás.

No sabíamos qué averiguaríamos a través de los pergaminos de Mat-Yah. Tampoco conocíamos el tiempo que tardarían en facilitarnos una copia traducida de los documentos depositados y, aun siendo ése el compromiso al que habíamos llegado con las autoridades culturales de Israel, teníamos serias dudas de que nos la entregase, aunque yo nunca perdí la esperanza.

Tanto Ildefonso como yo, facilitamos nuestras tarjetas a Benor y nos ofrecimos para cuanto nos necesitase. Él extendió su mano y al estrechárnosla nos dijo que se había sentido bien con nosotros ayudándonos a descifrar los misterios de la cueva,

porque creía que éramos gente honesta; que sentía nuestra marcha y habría deseado terminar conjuntamente la investigación iniciada.

También nos comentó que si en alguna otra ocasión le necesitábamos le podríamos localizar en alguna de aquellas montañas o en los alrededores del Museo de Israel en Jerusalén.

Como no precisó la montaña ni ningún sitio determinado, nuestros rostros debieron mostrar sorpresa por lo que nos matizó que no nos preocupásemos en buscarlo, porque si teníamos intención de verle, al acercarnos a algunos de los lugares mencionados, una persona se pondría en contacto con nosotros y nos haría llegar hasta él.

Al día siguiente regresamos a Málaga y durante el viaje rebobinamos todo lo ocurrido en Altaír.

Al recordar a Benor, nuestro ayudante e incluso nuestro maestro, nos miramos con aire de asombro y desconcierto y repetimos su nombre, Benor...

Benor, ¿Quién se escondía bajo ese nombre? ¿Quién era Benor? ¿A qué grupo u organización pertenecía?

Llegamos a la conclusión de que debía ser uno de los seguidores de Mat-Yah.



CAPÍTULO IV EL SANTUARIO DEL LIBRO

PASABAN LOS DÍAS, LAS SEMANAS, LOS meses, y no teníamos noticias del Santuario del Libro. Cada vez que llamaba a esa institución, obtenía la misma respuesta:

-Lo sentimos, señor. No podemos darle esa información por teléfono.

En varias ocasiones la solicité por escrito y tampoco la obtuve a pesar de mi insistencia. Quizá las traducciones de los pergaminos no fuesen tan fáciles como yo imaginé en un principio, y se necesitase más tiempo del que yo había previsto, me decía a mí mismo intentando convencerme de ello. Quería creer que las causas de aquellas continuas negativas no se debían al deseo de no querer entregarme la transcripción prometida cuando les entregué los manuscritos, sino a la falta de personal, o bien a una descoordinación entre los funcionarios del museo.

Cuando hablaba con Ildefonso me indicaba que todo aquello podría ser normal y calculaba que no tendríamos noticias de aquellos legajos hasta pasados unos cinco o seis años.

-Largo tiempo para quien espera saciar tan imperiosa curiosidad -me decía convencido de que no exageraba.

Transcurridos unos diecisiete meses y, continuando en la misma situación en la que me encontraba el primer día, decidí volver a Israel con la intención de acelerar aquella entrega. Tenía necesidad de obtener una copia de los pergaminos.

El equipo de paleontología que coordino podría prescindir de mí durante dos semanas aproximadamente. En ese tiempo iniciaría un nuevo viaje que me llevaría a Jerusalén con la única intención de obtener una contestación lógica a mi petición.

Desde el aeropuerto de Ben Gurión, me dirigí en taxi al Mishkenot Sha'ananim, donde me hospedaría durante los días que permaneciese en Jerusalén. Quedé impresionado por la belleza del techo, del que está considerado como el primer asentamiento construido fuera de los muros de la ciudad vieja, allá por el mil ochocientos sesenta.

El mismo día de mi llegada, tras dejar mi maleta, decidí partir hacia el Museo Nacional. Tomé un taxi en las puertas del blanco molino de viento de Montefiore y a través de las avenidas de Karen Hayesod y Ramban llegué al lugar deseado. A punto de cerrar sus puertas, tuve tiempo suficiente de entrar al museo a cumplimentar mi solicitud por escrito, tal como me lo indicaron.

Después de aquel trámite, me dispuse a dar un paseo antes de regresar a la hospedería y me dirigí, atravesando amplios jardines donde jugaban grupos de niños sobre su césped, al Kneset, un edificio nuevo y achatado donde se ubica el Parlamento de Israel. Me llamó la atención su jardín de rosas con bellísimos ejemplares. Estuve observando la menorah de

bronce, el candelabro de siete brazos, emplazado frente a la puerta grande del edificio. Continué sin prisas deambulando por las amplias calles de la parte moderna de Jerusalén, parándome en todos los escaparates que surgían a mi paso y prestando atención a los edificios que despertaban mi interés.

Aquella noche se me hizo eterna esperando la llegada del nuevo día. A la mañana siguiente volví a visitar el Museo Nacional y, una vez allí, me encaminé al Santuario del Libro, donde estuve esperando a que atendieran mi petición. Unos momentos paseaba por la amplia entrada del edificio; otros, subía hasta la superficie a disfrutar de la belleza de la gran cúpula blanca; y en ocasiones entraba al interior del mismo donde percibía sensaciones indescriptibles. Pensé que, al estar allí en persona, me atenderían con prontitud, pero nada más lejos de la realidad. No fue así. Cada cierto tiempo me dirigía a la oficina, en la cual, supuestamente debían entregarme la documentación solicitada, pero siempre obtenía la misma manifestación:

-Aún no hemos conseguido la aprobación de su petición - me decía una de las empleadas responsable de la información.

Y así durante siete días. Agotada mi paciencia y sintiéndome burlado decidí abandonar aquel establecimiento e ir a buscar a nuestro viejo amigo Benor. Me dijo que lo encontraría en los alrededores del Museo o bien en alguna de las oquedades existentes en las montañas.

Me dirigí hacia la puerta predispuesto a no perder más tiempo dentro de aquel organismo público. Allí no obtendría lo que iba buscando, y salí a la calle.

-¡Cuánta razón tenía Benor cuando se opuso a que se entregasen los manuscritos! -me decía lamentándome de aquella situación.

Sin saber hacia dónde ir, me puse a deambular por los alrededores. Paseé por las terrazas semicirculares, separadas por paredes de piedras del jardín de esculturas Billy Rose y atravesé los aparcamientos de aquel extraordinario complejo histórico patrimonial, alcanzando la puerta principal del museo de las Tierras Bíblicas, buscando a alguien que me llevase a Benor. Empecé a caminar sin rumbo fijo, observando las calles y edificios, buscando la solución a mis problemas tras una ventana, en cualquiera de los cientos de transeúntes que pasaban junto a mí. Una vez dentro del barrio de Rehavia, y habiendo caminado por sus calles unos cien metros, fui abordado por un joven de unos catorce años que me pidió educadamente que le siguiese.

-¿Dónde desea que le acompañe? -le interrogué confuso sin dejar de observar sus movimientos.

-Él espera su llegada -me dijo en un perfecto castellano.

Su pronunciación y su forma de hablar me recordaron a Benor y aquello me reconfortó.

-¿Es Benor el que me espera?

- Por favor, sígame señor -fue su lacónica respuesta.

Le seguí sin saber hacia dónde me llevaría, pero me sentía seguro al hacerlo. Aquel joven de mirada limpia me inspiró mucha seguridad. Sabía que me llevaría hasta Benor.

Presentía que aquello acabaría bien. Habíamos hecho un largo recorrido por aquellas calles, cuando entramos en la Ben Yehuda, una avenida convertida en el centro preferente del Jerusalén emplazado fuera de las murallas, un lugar donde los artesanos ofrecen sus productos y los artistas su música y su arte.

En aquella calle peatonal, entramos en un edificio y subimos a la segunda planta.

Mi llegada era esperada y, sin necesidad de tocar el timbre,

alguien abrió la puerta. Otro muchacho salió a recibirnos y me rogó que le acompañase. Así lo hice a través de varios pasillos y me dejé llevar hasta un gran salón. Entré en aquel espacioso lugar y ante una mesa con muchísimos papeles, ordenados con una perfección que llamaba la atención, estaba sentado Benor. Se incorporó al verme y correspondí al abrazo ofrecido. Me instó a sentarme junto a él y así lo hice. El joven abandonó la habitación, cerrando las puertas tras él.

Recordamos el tiempo vivido en la cueva y le expuse las razones que me habían hecho volver a Jerusalén, expresándole mi desesperanza ante la negativa de los responsables del Santuario del Libro a facilitarme una copia de la traducción de los legajos que dejamos en depósito, como se me había prometido, sin recibir tan siquiera una explicación al respecto.

-Nunca obtendrá una copia de ellos -afirmó Benor-. Ni usted ni Ildfonso me hicieron caso cuando lo dije. Aquellos documentos han sido destruidos por lo que no se los van a entregar. Intentarán dilatar su petición con absurdas excusas, pero nunca les darán una negativa. Al final usted se desmoralizará y se rendirá como lo han hecho otros.

El mundo se me hundió en un instante al oír aquel comentario. Me costaba trabajo admitir aquello, pero debo reconocer que llevaba razón. Los rasgos del rostro de aquel hombre delataban la seriedad y seguridad que transmitía cuando hablaba.

-¿Por qué? -fue la única pregunta que salió de mi garganta. Y pensé cuánta razón tenía cuando nos pidió con certeros argumentos que no los entregásemos.

-¡Ha sido una pena, tanto esfuerzo para nada!

-No lo crea -me expresó con absoluta severidad, después de un desgarrador y profundo silencio.

-¿Qué me dice? ¿Cómo no voy a creerlo después de oírle?

-Porque los verdaderos pergaminos, los que localizamos en Altaír, están a salvo. Se encuentran a buen recaudo –me confesó.

Mi extrañeza fue muy grande al oír aquello que me decía. He de reconocer la sorpresa y el desconcierto, producido en mí al escucharlo. Si acababa de decirme unos instantes antes que los documentos entregados habían sido destruidos, ¿cómo podían estar a salvo?

Su réplica no se hizo esperar. Me explicó que los documentos entregados en el Santuario del Libro no eran los pergaminos guardados en el arca.

-Los pergaminos depositados eran falsificaciones muy bien conseguidas, pero, al fin y al cabo, manuscritos no auténticos que habían sido preparados por nuestros especialistas y que nada tenían que ver con los originales –me aseveró.

Continuó comentándome pormenorizadamente la forma y el momento en que efectuaron el cambio de unos documentos por otros. Me relató cómo aquella permuta se realizó el mismo día en que los descubrimos. Nuestra gente aprovechó la noche para ir a la cueva llevando los manuscritos falsos y cambiándolos por los originales.

-No podíamos permitirnos la pérdida de los pergaminos auténticos y teníamos la certeza de que si no se trocaban aquella noche, hubiesen corrido la misma suerte que sufrieron los falsificados, la hoguera en la cual fueron quemados –me confesó con cierto pesar.

Benor me contó cómo aprovecharon el tiempo en que bajamos a descansar, para sacar de Altaír los pergaminos, la menorah, el candelabro de nueve brazos, la esfera de ámbar y el

anillo, cambiándolos por otros objetos de gran similitud a los encontrados.

-¿Cómo supiste que el candelabro estaba escondido bajo el montón de arena?

-Era el único sitio posible para poder esconder cualquier objeto que no hubieseis deseado darlo a conocer. Pensando que eso pudiera haber sucedido, removimos aquella arena y tuvimos la suerte de dar con él y cambiarlo por otro similar aunque de construcción reciente.

No salía de mi asombro ante su forma de exponerme los hechos cuando me explicó las razones del engaño. Volvió a decirme que formaba parte de una organización religiosa secreta, con más de dos mil años de existencia.

-Somos seguidores de Mat-Yah y pertenecemos a un movimiento formado por gente de una fidelidad fuera de lo común, capaces de darlo todo por defender nuestros principios.

Oía a Benor con verdadero entusiasmo.

-Estamos infiltrados en el entramado de muchísimos organismos del Estado de Israel y somos una congregación formada por buscadores de la verdad.

Mientras me hablaba le prestaba toda mi atención y procuraba no interrumpirle.

-Tuvimos noticias de vuestras intenciones de investigar la cueva de Altair, en el mismo instante en que tuvo entrada vuestra solicitud de excavación -relataba dominando la situación.

Benor me detalló cómo mi presencia física fue detectada en el Santuario del Libro por seguidores de Mat-Yah, y cómo desde ese instante hicieron un seguimiento de todos mis movimientos, al igual que lo habían hecho en esta ocasión.

Fueron estos, los compañeros de Benor, no el gobierno isra-

elita, quienes me extendieron una falsa autorización de excavación, propiciando la contratación del hombre ante el que me encontraba hablando para controlar nuestro trabajo. Ellos paralizaron las solicitudes presentadas para que no llegaran a los verdaderos responsables culturales y tanto él como los suyos nos utilizaron en la realización de aquella investigación sin levantar la menor sospecha.

Benor, con sus cómplices en el Museo, había logrado salvar de la destrucción aquel tesoro histórico. Según me dijo, no fue fácil conseguirlo, puesto que uno de los responsables de sección a quien le encomendaron nuestros pergaminos era un hombre meticuloso en su trabajo y bastante desconfiado. Siempre hacía un seguimiento extremado de los estudios que se realizaban y, en aquel caso, no lo fue menos. Únicamente debimos sacrificar un pergamino, el considerado menos interesante, que se utilizó para certificar la autenticidad de los demás. Sólo a ese pergamino, el único auténtico entregado, se le hicieron las pruebas correspondientes para evidenciar que era auténtico.

Cada una de las investigaciones era seguida de forma rigurosa por él y todas ellas necesitaban su visto bueno. Habíamos llegado a un punto donde su desconfianza fue muy grande, estábamos convencidos de que, en algún momento, aquel funcionario ejemplar, observador y metódico, descubriría el cambio y con ello pondría en peligro nuestro proyecto. Pero, “quiso el destino” que fuese relevado de su puesto y trasladado a otra sección del museo, por lo cual se vio obligado a abandonar el Santuario del Libro y, consecuentemente, la investigación sobre nuestros pergaminos.

Aquella circunstancia, casual e inesperada, vino a facilitarnos la labor de continuar con aquel proyecto. Hubiera sido bastante

difícil terminarlo, por no decir imposible, sin que hubiera descubierto nuestra intención.

-A partir de aquel instante, aceleramos el trabajo al máximo y, tal como nos “había ordenado” el día anterior a su marcha, los documentos falsos fueron quemados urgentemente. Desde aquel día no hubo ningún tipo de documentación. Ésta no había existido nunca.

-A lo largo de un mes estuve junto a ustedes compartiendo vivencias y observándoles. Siéndole honesto, he de decirle que me agradaron desde nuestra primera entrevista -me expresó aquel misterioso hombre con gran sinceridad.

Benor se levantó de la mesa e inició unos pasos alrededor de mi silla. Al hacerlo pensaba en lo que iba a decirme y quizás no supiese cómo hacerlo por temor a mi reacción.

Rompió su silencio exponiéndome que aún nos seguía necesitando. Que había sido mucha la ayuda prestada a su organización con la investigación de la cueva Altaír y deseaba que terminásemos el trabajo iniciado.

No entendía por qué Benor me decía aquello, ni dónde pensaba llegar, me preguntaba qué quería de nosotros.

Continuó diciéndome que de mí dependía el que muchas personas tuvieran conocimiento de unos hechos acontecidos unos dos mil años atrás. Unos sucesos reales y no desvirtuados por un grupo de hombres condescendientes con el imperio romano, que escribieron, si no al dictado de éstos, sí con el propósito de no incomodarles para, de esa forma, extender con más facilidad, la nueva religión por todas las tierras dominadas por aquel poderoso pueblo.

-¿Y cómo podremos hacerlo? -le pregunté, con extremada

cautela y curiosidad, esperando su argumento, que de inmediato conocí.

-Haciendo llegar a todos la verdad del contenido de los pergaminos.

-Traducirlos será un trabajo arduo, una tarea nada fácil de realizar, una labor de años -le interpele.

-Esa faena está terminada. Nuestros especialistas han traducido al español, con una fidelidad absoluta, cada uno de los rollos que nunca llegaron al museo -me dijo. Y siguió argumentándome que necesitaba mi ayuda. A usted le será fácil publicar las auténticas vivencias del seguidor más fiel de los discípulos del Maestro.

-¿Quién fue ese seguidor más fiel?

-Sin la menor duda, Mat-Yah. Él fue la legítima voz del Maestro -me contestó Benor, enfatizando sus palabras.

Prosiguió exponiéndome que a ellos les resultaría imposible llevarlo a cabo, porque se les venía haciendo un seguimiento por parte de las autoridades israelíes y los representantes religiosos del Vaticano en Israel, por lo cual lograrían secuestrar la publicación antes de editarse. De esa manera, impedirían que el contenido de los pergaminos llegase a los demás.

-Hemos estado esperando, sin desmayo, dos milenios hasta conseguir los manuscritos, para ahora verlos desaparecer -me expresó con gran rotundidad, pero, a la vez, con un tono ligeramente suplicante.

Aun estando impresionado por todo aquello, le expresé mi disposición a ayudarles, porque aquel hombre me inspiraba absoluta confianza y le creía un idealista.

El rostro de Benor se transformó. En su cara se dibujaba la

satisfacción producida por la aceptación de su proposición. Metió la mano en un cajón de su mesa y sacó un pendrive que me entregó con una alegría desbordante.

Un fuerte abrazo selló aquella confianza y un “hasta luego” nuestra amistad y complicidad.

Quedamos en que, a partir de ese momento, me acompañarían sus gentes, las cuales me llevarían al aeropuerto donde uno de sus hombres me atendería en la aduana para evitar cualquier tipo de problema.

Su desconfianza en el gobierno israelí en materia religiosa era total, y tenían que asegurar muy bien cada uno de mis movimientos hasta que abandonase el país.

Cuando me disponía a salir de aquel salón, se oyeron fuertes golpes en la puerta principal de aquel edificio. Vi cómo la cara de Benor se contrarió ante aquel acontecimiento inesperado. En breves segundos, tras una llamada telefónica hecha por uno de sus hombres, tuvimos conocimiento de que por parte de agentes gubernamentales se estaba procediendo a forzar la entrada de aquella casa. Benor, algo nervioso, me invitó a seguirle y sin pensármelo un instante lo hice. Dejamos aquel salón, a través de una estrecha puerta oculta tras un pesado mueble de biblioteca. Cruzamos un angosto pasadizo de bóveda baja con bastante polvo y algunas telarañas acumuladas por el poco uso que debió de habersele dado a aquel tenebroso corredor. Tras cruzarlo, subimos por una escalera de madera que nos llevó a otra vivienda, y desde ella alcanzamos una azotea. La atravesamos y accedimos a otro inmueble, desde donde nos dirigimos a la Calle King George, situada en la parte posterior de la mansión en donde nos habíamos reunido. Desde allí, acelerando el paso, nos alejamos de aquel edificio para dirigirnos, mezclados

entre los transeúntes, simulando tranquilidad, hacia el bullicioso Mahane Yehuda, el mercado central. Era un sitio con numerosos tenderetes de especias, licorerías, pescados del día, hortalizas y una gran variedad de frutas, así como puestos de pastelillos, empanadas y tortas. En aquel lugar nos confundimos con las numerosas personas que compraban o simplemente paseaban entre las casetas. En una de ellas, Benor adquirió unas croquetas de garbanzos llamadas falafel, que me ofreció y no pude probar por encontrarme aún impresionado por todo lo que habíamos y estábamos viviendo. Continuamos paseando; él comiéndolas como si nada estuviese ocurriendo; y yo, tremendamente preocupado, observando con avidez los movimientos de los cientos de personas que caminaban alrededor de nosotros.

En la Calle Agrippas, junto al mercado, fuimos recogidos por un coche que nos llevó, callejeando a través del barrio judío, hasta el convento franciscano de San Salvador, donde nos esperaban para cambiar de vehículo. Desde allí, seguimos hacia la puerta de Jaffa, donde Benor se bajó después de darnos un fuerte abrazo. Nos adentramos en las estrechas calles del solitario barrio Armenio, donde el silencio sólo era roto por el adhan² del muecín.

No tuvimos necesidad de acercarnos a recoger mis pertenencias a la casa de huéspedes donde me había alojado, porque ya con anterioridad lo había hecho quien me acompañaba, previendo cualquier contingencia. Vi mi maleta, en el asiento delantero junto al conductor, al dirigirnos hacia el aeropuerto. Una vez en él, me volví a encontrar con el joven que me había llevado a entrevistarme con Benor. Éste me acompañó hasta el

² Llamada a la oración

pasillo de entrada a la zona interior del aeropuerto, donde se despidió de mí deseándome un feliz viaje.

Cuando quedé solo, en la cola que me llevaría hasta la zona de seguridad, no dejaba de pensar en el momento en que tendría que pasarla. Llegado a ella, coloqué mi pequeña maleta y mi bolso de mano, en el que guardaba el pendrive, en la cinta del escáner. Fueron unos segundos que me parecieron horas. Pasadas mis pertenencias sin ningún problema volví a sentirme mejor.

Terminado aquel control, dos personas se acercaron a mí, identificándose como compañeros de Benor. Su compañía fue muy agradable e hicieron más corta la espera.

Hasta el momento en que subí al avión, no dejé de percibir la presencia discretísima de las gentes de Benor, que fueron facilitándome el retorno.

Durante el regreso a España no dejé de pensar en los duros momentos vividos, huyendo con Benor por la azotea de aquel edificio. También analicé todo cuanto me había ocurrido, reviviendo cada uno de los instantes pasados e intentando recordar las palabras de Benor, así como las formas y los ademanes exteriorizados al pronunciarlas.



CAPÍTULO V NACIMIENTO DE UNA VERDAD

A MI REGRESO, ME PUSE EN CONTACTO telefónico con Ildefonso. Le narré las vicisitudes vividas y convenimos reunirnos para estudiar la documentación que traía desde Israel. Escogimos un largo fin de semana en un tranquilo paraje donde nadie nos incomodara, en plena sierra Bermeja, un frondoso lugar de Andalucía.

Estudiamos, con laboriosidad y dedicación absoluta, la copia que me entregó Benor. Leímos y releímos el contenido de la misma, acercándonos lo más posible al periodo donde los hechos referidos acontecieron, para situarnos en el tiempo en el que fueron escritos, intentando de esta manera entender a su autor.

Comentábamos lo analizado, lo que teníamos ante nuestros ojos, y mirábamos con cierta suspicacia y prevención el contenido del pendrive. Estábamos convencidos de que el texto de los pergaminos causaría gran sorpresa en todos e incredulidad y preocupación en un amplio sector de las iglesias de las cuales Jesucristo es el centro, alrededor del cual gira todo lo demás: las iglesias cristianas; entre ellas, la católica.

Si decidíamos publicarlos, seríamos acusados de intentar hacer una realidad de una fantasía creada: de querer confundir a muchas personas de buena fe de unos hechos para unos acontecidos, para otros no.

Éramos conscientes de que podrían reprocharnos intentar jugar con los sentimientos religiosos de los creyentes y, sobre todo, nos culparían de pretender presentar al mundo unos hechos difíciles de probar, si el grupo de Benor, depositarios de los pergaminos, no los hacían públicos.

Pero teníamos la confianza de que, llegada la ocasión, Benor y sus gentes presentarían a todos los testimonios irrefutables que corroborarían todo lo que íbamos a decir.

Tenemos buenos amigos entre los miembros de diferentes iglesias cristianas: católica, evangelista y anglicana. Les hicimos conocedores del contenido general de estos documentos y les solicitamos sus opiniones al respecto a la vez que recibimos sus sugerencias.

Sin entrar en valorar su autenticidad, coincidieron en la no conveniencia de su publicación, debido al revuelo que estas transcripciones podrían provocar entre los fieles creyentes de sus respectivas confesiones.

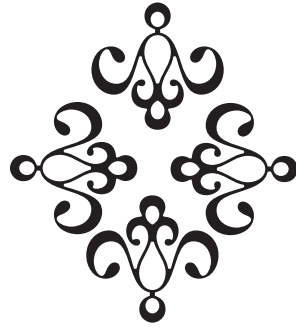
Uno de ellos, el más amigo, perteneciente a la religión católica, fue el que manifestó mayor preocupación ante su publicación y llegó a preguntarnos qué ganábamos con hacerlos públicos.

No compartíamos ni aquella opinión ni otras expresadas, por lo cual considerábamos que su publicación era necesaria. No se debe, ni moralmente se puede, mantener en secreto una documentación como ésta, escondida en un cajón sin mostrarla a los demás.

Hacer eso sería una traición, a quienes batallan por que prevalezca la verdad en todas las situaciones de la vida. Sin pensarlo más de lo necesario y sopesando los pro y los contra de su publicación, decidimos seguir adelante y cumplir el compromiso adquirido con quienes nos entregaron las traducciones y, por qué negarlo, también con nosotros mismos.

Nos quedaba transcribir la copia que nos habían entregado y hacerla llegar a los lectores. Para esta última tarea contamos con la colaboración de diferentes compañeros. Preparamos este trabajo al unísono e ilusionados. Los costos irían a cargo de la organización a la que pertenecía Benor, que puso a nuestra disposición el dinero suficiente para llevarla adelante.

Nueve meses han sido necesarios para que la publicación de estos documentos transcritos se encuentre en estos instantes en tus manos. Deseamos que te predispongas a leerlos sin adoptar de antemano una postura definida y que al final de sus páginas obtengas tus propias conclusiones. Nosotros hemos intentado exponer este trabajo con la mayor objetividad posible. Pensamos haber cumplido nuestra parte.



Segunda Parte



LOS MANUSCRITOS





CAPÍTULO VI MAT-YAH Y EL MAGO

ME LLAMO MAT-YAH Y NACÍ EN EL AÑO setecientos treinta y cinco de la fundación de Roma en Escitópolis, la mayor de las ciudades de Decápolis, a la que llegaron mis antepasados en el seiscientos cuarenta y siete de la -E.d.R.-³ con las huestes de Aristóbulo para anexionarla.

Mis primeros años los viví en las orillas del río Jordán.

Soy hijo de Liezer y de Biniamina. Mi madre, una buena mujer, trabajadora abnegada y entregada por completo a sus hijos.

Mi padre fue un sencillo carpintero que marchó a la pequeña aldea de Nazaret, en la Baja Galilea, llevándonos a mi madre y a mí con cinco años. Él empezó a trabajar construyendo todo tipo de aperos del campo con José, a cambio de una soldada suficiente que nos permitía vivir como una familia judía normal.

Era José el mejor de los artesanos y el más afamado y prestigioso carpintero de toda Galilea afincado en Nazaret, pero nacido en Gamala.

Mi madre se encargaba de llevar a cabo la limpieza de la car-

³ Fundación de Roma.

pintería. Habitábamos en una pequeña casa excavada en una ladera, con dos aposentos y una pequeña cocina con un buen fogón. En ella fui muy feliz. Además del cariño de mis padres, tenía el de José que me consideraba como a un hijo.

Mi niñez transcurrió jugando en los agrestes y secos parajes cercanos y en la carpintería, percibiendo el olor especial producido por la madera que cortaba mi padre con el tronizador.

Disfrutaba con mi perro sentado sobre las virutas, a la vez que construía torres con pequeños trozos de maderas, los cuales iba colocando con parsimonia, unos sobre otros.

Otras veces me dedicaba a amontonar el serrín producido al cortar la madera y llevarlo en una espuerta de esparto al corral, construido en la parte posterior de la carpintería. Allí lo esparcía por el suelo para que las gallinas se revolcasen sobre él y se desprendiesen de los piojuelos que llenaban sus cuerpos.

José, que en todo momento se preocupaba por mí, no dudó un solo instante en proporcionarme una buena educación. Por ello, no regateó esfuerzo en buscarme un buen preceptor que me enseñara la Halajá⁴ y otras instrucciones.

Recuerdo como todos los días me trasladaba a un anexo de la sinagoga donde asistía a clase con Nuriel. Me sentía muy bien con él y llegué a tomarle tal afecto que sus disciplinas llegaron a resultarme interesantísimas.

Con él aprendí a leer, a escribir, geometría, a hacer cálculos matemáticos y estudié las enseñanzas y pensamientos de Pitágoras, Sócrates, Sudhir y otros. Siempre percibía cómo me dedicaba mucho más tiempo a mí que al resto de mis compañeros y eso me halagaba y a la vez me hacía avanzar más de-

⁴ Ley de Moisés.

prisa que ellos. Su forma de ser me agradaba y con él me sentía bien, muy bien.

La serenidad de su voz y el aplomo en sus explicaciones hacían que, a pesar de mi juventud, lo admirase. Me sorprendía la pasión que derrochaba al hablarnos de las injusticias e iniquidades de los romanos contra el pueblo judío.

En un principio no comprendía muy bien los mensajes que a diario nos transmitía, pero más tarde, con el transcurrir del tiempo, llegué a entenderlos, a identificarme con ellos, a hacerlos míos e ir adquiriendo un compromiso con la situación en la que vivía el pueblo judío.

Cierto día, llegó José acompañado por María, su joven esposa. Para mí, siempre fue la mujer más maravillosa que he llegado a conocer. Era María una mujer dulce y encantadora, siempre estuvo dispuesta a echar una mano a cuantos vecinos la precisasen y no hubo indigente que llegara a su casa que no recibiese lo suficiente para mitigar sus necesidades.

Su casa era la de todos, siempre tenía vida. Allí se presentaban vecinas a llevarle algo que le agradase, o bien a recoger cualquier dulce u otra comida preparada por ella, ya que disfrutaba compartiéndola con los demás.

Aun siendo muy joven, siempre ofrecía su consejo a cuantos se lo pedían. Era como la madre de todos.

Una mañana, mi maestro llegó a la escuela más preocupado que de costumbre. Nos expuso la imposibilidad de poder seguir dándonos clases y como había sentido tomar aquella decisión; pero, debía trasladarse a Jerusalén donde otras gentes lo necesitaban más que en Nazaret.

Pensé que su nuevo quehacer debía ser muy importante al haber decidido dejarnos y así se lo hice saber. Él me respondió:

-Mucho más de cuánto puedas imaginar, aunque hubiese deseado no haberla tomado.

Contestación enigmática que no pude entender, hasta pasados unos años, cuando llegué a conocer con profundidad la labor realizada por él.

Su marcha produjo en mí cierta inquietud, así como el deseo de no quedarme estancado exclusivamente con los conocimientos adquiridos de Nuriel, que no eran pocos.

Con algo más de once años había recibido las instrucciones necesarias para adentrarme y zambullirme en la astrología y en la historia de nuestro pueblo.

Conocer la marcha de aquél que había impregnado en mí la avidez por aprender, fue lo que motivó mi salida de Nazaret. Deseaba continuar aumentando mis conocimientos y seguir llenándome de sabiduría. Me planteé dejar Galilea y marchar a otra ciudad, a ser posible a Jerusalén, donde podría seguir profundizando en mis estudios.

Aquella no fue una decisión fácil de tomar, significaba tener que dejar a mis padres, a María, a José, a mis amigos, y romper con aquel entorno donde había transcurrido toda mi infancia.

Expuse a mi padre mis deseos de ir a otra ciudad. La determinación tomada le disgustó, tal como yo había imaginado. Siempre pensó que yo seguiría sus pasos trabajando en la carpintería.

Mi madre y, de una forma muy especial, María entendieron mi entusiasmo derrochado por seguir aprendiendo y apoyaron mi marcha sin ningún condicionante. La firmeza con la que

ellas defendieron mi postura hizo que mi padre cambiase de forma de pensar y facilitase mi partida.

Fue José, al que quería como un padre, el que me propuso ir a Jerusalén a casa de uno de sus hermanos, bien a la de Cleofás o a la de Needar, y me dio la posibilidad de elegir con cuál de ellos me quedaría a vivir durante mi estancia en aquella ciudad.

No me explico aún qué razones me indujeron a decidirme por ir a la de este último; quizá el motivo fuese que éste era más joven y podría entenderme mejor con él. Además, pensaba que Cleofás, al estar dirigiendo los trabajos de carpintería del Templo, estaría muy ocupado, por lo cual podría dedicarme poco tiempo.

Un mes más tarde viajaba hacia la capital de Judea, ilusionado, dejando atrás el pueblo donde me crié y a unos extraordinarios padres, así como a José y a María que, sin serlo, como tales los quería.

Desde Nazaret, aprovechando la salida de una caravana que se dirigía hacia la gran ciudad, partí preocupado y montado sobre un inquieto camello que no dejó de zarandearse durante todo el trayecto.

Aquel viaje, que duró cuatro días, me dio la oportunidad de entender a gentes distintas a las que había conocido hasta aquel momento. Muchos comerciantes conducían sus camellos cargados de telas, sedas, perfumes y diferentes productos para vender y trocar por otras mercancías en el mercado principal de Jerusalén.

Durante las paradas realizadas a lo largo del camino, no sólo

se reposaba sino que también se apiñaban grupos para conversar, para comer y beber. Algunos aprovechaban estos altos para entretenerse con los diversos juegos de azar y de habilidad que, con relativa frecuencia, se practicaban entre los hombres de nuestro pueblo.

Había abandonado Nazaret marchando entusiasmado y, a la vez, esperanzado con encontrar algún trabajo que, aunque no sabía cuál sería, vislumbraba que iba a transformar mi vida colmándola de experiencias anheladas.

Mi primer encuentro con Needar, el hermano de José, tuvo lugar el mismo día de mi llegada a la Ciudad Sagrada. Cuando me presenté ante él, se hallaba bajo la sombra de unas palmeras datileras, emplazadas frente a la casa donde vivía aguantando el sofocante calor reinante.

Allí, acompañado por Simón, hijo del intelectual y temido zelote Judas de Gamala, departía con un corrillo de personas, muchas de ellas tullidas y todas de aspecto muy pobre.

Needar, desde un pequeño montículo de tierra, transmitía a quienes le escuchaba un mensaje de esperanza, y les alentaba a no conformarse con sus desconsoladas condiciones de vida. Al hablarles del inconformismo, lo hacía endureciendo sus gestos y mostrando una gran capacidad para reprimir cuanto su corazón le exigía exponer a los que allí se concentraban.

He de reconocer que los primeros sentimientos que despertó en mí al verlo fueron de simpatía. Descubrí a un hombre muy culto y preparado, sabiendo manifestar lo que denunciaba.

Físicamente era delgado, muy ágil, de aspecto más pulcro de lo normal y con una gran capacidad para persuadir y convencer a los que le escuchaban.

Era médico y ejercía su profesión en uno de los suburbios más degradados de Jerusalén, habitado por gentes muy humildes.

Todos pensaban que era un hombre con grandes inquietudes sociales, constantemente preocupado por los más débiles y timoratos, con una preparación fuera de lo normal.

Cuando irrumpí en su casa, tuve la impresión de estar en un centro de reuniones, dada la gran cantidad de asientos que observé y la disposición en la que estaban colocados. Supe de inmediato cómo allí acudían muchas gentes arriesgadas y comprometidas con alguna causa que, en aquella etapa de mi vida, no llegaba a comprender.

Con el tiempo me enteré de que a aquel sitio concurrían personas que fraguaban un movimiento rebelde contra el poder establecido por el Imperio Romano.

Aprendí mucho de Needar y además me complacía estar a su lado. Me instruía cuando le ayudaba a atender a los enfermos y asistiendo a cuantas reuniones mantenía con personas que, desde otros lugares, llegaban a recibir consignas y a prepararse para llevar a cabo acciones contra los dominadores. Todos se presentaban para oírlo y orientarse sobre el camino a seguir. Éste les reconfortaba espiritualmente y les animaba a continuar la lucha iniciada contra el pueblo romano.

En mi afán de aprender, me inicié en el oficio de curtiduría, en una tenería cercana a donde vivíamos, un trabajo muy duro y sobre todo bastante desagradable y hasta repulsivo.

Aunque lo intenté, no me fue fácil manipular las pieles, porque su tratamiento me resultaba delicado. Aprendí a seccionarla en pequeños trozos donde se escribía.

En tan sólo unos meses, aquel oficio no tenía secretos para

mí. Llegué a conocerlo muy bien, porque siempre puse muchísimo interés en lo que realizaba, aunque no me satisficiera aquel trabajo.

Tenía muy claro que aquella no sería la profesión de mi vida y le expuse a Needar que deseaba realizar otro trabajo diferente a aquel.

A los siete meses de estar en su casa, me propuso entrar al servicio de Benamí, un viejo matemático y extraordinario astrólogo, recién llegado a la ciudad, que venía a observar y a estudiar en los próximos años el Universo desde Jerusalén; ya que, según decían los magos y nigromantes, en aquella ciudad se daban las condiciones propicias para hacerlo mejor que en ningún otro lugar del mundo.

Me dolía dejar aquella casa en la que me sentía muy bien, donde se me había tratado como a un hijo, y donde a diario adquiriría conocimientos que enriquecían mi mente y mi espíritu.

Allí empecé a tomar conciencia de la situación de nuestro pueblo como consecuencia de la opresión que los romanos ejercían contra nosotros, y comencé a soñar con un futuro mejor para nuestra gente.

Me compenetré muy bien con Simón, al que ya la gente empezaba a denominar el Cananeo y con él llegué a hermanarme, quizá porque su edad era cercana a la mía o posiblemente porque los dos participábamos de las mismas inquietudes inculcadas por Needar.

Fue él una de las personas que más me influyó a lo largo de mi vida, quien vino a despertar en mí los sentimientos nacionalistas que empezaban a impregnarse en la sociedad judía.

Él había llegado a odiar a los invasores romanos y no hacía nada por intentar disimular sus sentimientos.

En aquellas condiciones complementé las enseñanzas que en su día recibí por parte de mi maestro Nuriel, con las experiencias vividas en aquella casa que llegué a considerar como mía.

Pero, aun en esas circunstancias, no lo pensé dos veces y le dije a Needar que, pese a sentirme muy bien entre ellos, aceptaba el nuevo trabajo propuesto.

Yo anhelaba con toda mi alma seguir aprendiendo y profundizando en ese nuevo mundo que se abría ante mí, tan desconocido y misterioso para todos y en el que ahora tenía la posibilidad de entrar de lleno.

La astrología era una ciencia que me entusiasmaba. En ella me había introducido Nuriel que también fue un apasionado amante del Universo, la más maravillosa obra realizada por Yahvé, superada solamente por la creación del hombre, como le gustaba decirme.

Muchas noches tranquilas y despejadas le acompañaba a la salida del pueblo, a campo abierto, a contemplar y disfrutar de los astros del cielo de Nazaret.

Era curioso cómo entonces creía que aquellas estrellas sólo se veían desde allí y que desde ningún otro lugar del mundo podría admirarse aquella maravilla.

Desde mi incorporación al servicio de Benamí me sentí muy bien, mucho mejor de lo imaginado por mí. Aquel hombre sabio me agradaba y me contentaba. Con él llegaría a aprender mucho. Le estuve observando desde el instante en que le conocí. Debía de tener unos setenta años más o menos y era meticuloso en sus comportamientos y acciones. Se pasaba los días estudiando e investigando y nunca se cansaba de vigilar los cielos, aunque llevase muchas horas haciéndolo.

Benamí enlazaba el día con la noche sin descansar y en más

de una ocasión le recordé que debía acostarse. Casi siempre me hacía caso, pero a veces se retiraba y al poco tiempo volvía de nuevo.

Siempre procuraba mantenerme despierto si él trabajaba, pero me mandaba a dormir. Quizá por ello, conociendo cómo yo actuaba con él, me hacía creer que dormitaba para que yo hiciese lo mismo y me fuese a la cama.

Benamí tenía la sana costumbre de manifestar en voz alta lo que pensaba, lo que veía y lo que investigaba al mirar el firmamento. Sé que él lo hacía para hacerme partícipe de sus experiencias y eso me agradaba. Me sentía una esponja absorbiendo todo cuanto salía de sus labios. Ponía tanta atención a lo que expresaba que el tiempo a su lado transcurría con una celeridad fuera de lo normal.

Casi sin proponérmelo iba advirtiéndome que, día tras día, adquiría nuevos y a la vez profundos conocimientos que me enriquecían.

Benamí, descendiente de los antiguos judíos, hechos prisioneros por los babilonios, había acudido a Jerusalén desde Babilonia para estudiar la conjunción que en unos meses tendría lugar en la constelación de Piscis, porque desde donde nos encontrábamos podría observarse mejor que en cualquier otro sitio.

Así fue y mientras duró ese fenómeno trabajó con tal ahínco, que nunca pude sospechar que una persona pudiese tener tanto aguante. Fueron muchos los cálculos hechos y muchas las conjeturas investigadas antes de producirse la conjunción de los planetas Júpiter, Saturno y Marte.

Formaba parte de mi responsabilidad, además de la limpieza de la casa, el acopio y el abastecimiento de la misma. Cuando

salía a comprar me indicaba que me diese una vuelta por la ciudad, y aprovechase mi paseo para ir a visitar a los amigos y conocidos y me distrajese durante unas horas antes de volver. Habitualmente eso era lo que hacía: me dejaba llevar por las gentes que deambulaban por aquellas calles. Siempre me conducían hacia los alrededores del Templo, punto de encuentro y de reunión, no sólo de los moradores de Jerusalén, sino también de quienes llegaban desde los más recónditos lugares.

¿Qué tenía aquella zona que me atraía con tanta fuerza?
¿Qué poder invisible me hacía llegar hasta allí?

Siempre me lo pregunté y aún sigo hoy preguntándomelo, porque esa fuerza sigue llamándome cada día.

En una de mis salidas tuve la sorpresa de tropezarme en los alrededores del mercado con Nuriel, que se hallaba con un corro de jóvenes escuchándole con atención, y entre los que reconocí a Simón el Cananeo.

Me uní a aquel grupo de personas procurando no interrumpirlos y presté toda mi atención a cuanto se decía. Pude darme cuenta de la fuerte influencia que mi maestro ejercía sobre aquella tertulia. Su personalidad era tan fuerte que siempre conseguía captar la atención de quienes le oían.

Aquella reunión me recordaba a las que Needar realizaba en el llano frente a su casa y todo lo que en ella se dijo podría haberlo dicho él. Aquel era el mismo lenguaje. Ambos denunciaban las mismas cosas, transmitían idénticos mensajes de esperanza, de lucha y de amor. Yo no apreciaba grandes diferencias entre las recomendaciones transmitidas por uno y otro.

Me apasionaba cuanto allí se decía y vibraba con el contenido de aquellas palabras. Tuve la avidez de formar parte de aquel grupo, para participar en sus acciones y poder sentirme cerca

de mi amigo Simón, con el que me entendía muy bien. Esperé durante un tiempo a que se dispersasen y me dispuse a saludar al maestro de quien tan gratos recuerdos conservaba. Ni él, ni Simón habían reparado en mí.

Nuriel, al darse cuenta de mi presencia, se acercó hacia mí y me estrechó con gran fuerza.

El Cananeo no se quedó atrás en su demostración de afecto y de amistad. Después de abrazarme fuertemente se quedó charlando con algunos jóvenes que habían formado parte del círculo de oyentes.

Un grupo de soldados hicieron acto de presencia inesperadamente. Nuriel me pidió que me apartase y retrocediese hasta donde se encontraba Simón. Lo hice sin darme cuenta de lo que minutos más tarde iba a suceder. Observé que el jefe de los soldados se acercó a mi maestro y como éste llevaba su mano derecha hacia el interior de su vestimenta buscando su sicca. Al tiempo que el Cananeo se retiraba de los jóvenes con los que hablaba y se colocaba delante de mi maestro protegiéndole, unos siete hombres aparecieron súbitamente y los rodearon. En un abrir y cerrar de ojos aquellos militares cayeron al suelo. Nunca supe si malheridos o muertos, porque ninguno de los nuestros se entretuvo en comprobarlo. Con rapidez nos retiramos sin llamar la atención. Nos dirigimos hacia la antigua cantera real que denominábamos la caverna de Zedequías, entrando por la boca norte.

Una vez allí, mi antiguo maestro me invitó a seguirle e intuí sus deseos de charlar conmigo a solas. Esa deferencia me hacía sentirme muy bien. Tomó un pequeño candil y nos retiramos. Caminamos sin prisas por un subterráneo hasta llegar a una plaza, donde charlamos durante varias horas que se me hicieron muy cortas.

Con Nuriel el tiempo parecía detenerse. Le hablé de mi situación, de mi trabajo, de mis inquietudes y de mis anhelos para un próximo futuro. Él me reveló la problemática que se vivía en Judea, de cual era la realidad diaria de los judíos en Jerusalén y en las poblaciones cercanas y de las acciones que estaban realizando para tratar de paliarla.

Al final de nuestra conversación me confió el plan que había trazado con un grupo de compatriotas nacionalistas y amantes de la libertad. Un proyecto nuevo que estaban poniendo en marcha desde hacía unos años y que, poco a poco, iba ganando adeptos dentro de las entrañas de la sociedad judía.

Recuerdo muy bien cómo al hablar me miraba fijamente e iba apreciando con interés los gestos de mi cara, así como la atención que prestaba a sus palabras. Nuriel, un gran observador, con rapidez me percibió entregado a su movimiento.

Desde aquel día quedé entusiasmado con la exposición que me planteó y a partir de ese instante hice mío su movimiento, o quizá ya lo había hecho algunos años antes sin tan siquiera saberlo.

Después de la conversación, ocurrió lo que yo deseaba, Nuriel me invitó a formar parte de su grupo. Él advirtió la alegría invadiendo todo mi ser al acoger su llamamiento. Antes de separarnos le dije donde prestaba mis servicios, el lugar en el que me podría ver, a quién servía y, sobre todo, le exterioricé el deseo de confiarme a su causa.

Durante la charla, no dejé de observar una gran caja rectangular de un metro y medio aproximadamente que se encontraba en el centro de aquel espacio. Tuve la sensación de que estaba preparada para ser trasladada. No tuve necesidad de preguntar a Nuriel. Al darse cuenta de mi curiosidad me co-

mentó que era la Urna Sagrada donde se guardaban la palabra de Dios, la vara del que fue nuestro primer sumo sacerdote Aarón y el gomor⁵ de maná, el pan que Jahvé dio a nuestros ascendientes en el desierto.

Siguió diciéndome que de un momento a otro llegaría un grupo de sacerdotes esenios para trasladarla a un lugar más seguro. Supe con posterioridad que la llevarían a un lugar cercano a Jericó, concretamente a una de las cuevas de Qumrán.

Había estado colocada en el Santa Santorum hasta la noche anterior, pero ante el temor de que los romanos pudiesen acometer cualquier tropelía contra el Templo, resolvieron rescatarla y salvaguardarla en un lugar con más seguridad.

Tras estudiar la forma de hacerlo y el momento más conveniente, la retiraron con total sigilo y la bajaron a la caverna, sin el consentimiento del sumo sacerdote y con la complicidad de algunos de los responsables de su custodia. No fue difícil realizar este traslado, puesto que nadie pudo sospechar en ningún momento que tal hecho pudiese llevarse a cabo.

No tardaron en llegar cinco jóvenes sacerdotes de la tribu de los levitas, que eran los encargados de retirarla. Éstos serían protegidos durante el traslado por los hombres que nos defendieron de los soldados romanos unas horas ante.

Destaparon la Urna Sagrada cubierta por una tela blanca y pude comprobar su belleza. Estaba enlucida de una capa dorada y en su parte superior sostenía a dos querubines, también dorados. Pasado el tiempo, supe que era de acacia negra revestida de oro. Introdujeron dos varales de madera a través de las

⁵ El gomor es una cuenco o taza en la que se recogió el maná

cuatro abrazaderas doradas colocadas en los laterales del mismo y se dispusieron a sacarla de aquella cueva.

Uno de los sacerdotes dirigía el traslado dando órdenes claras de lo que debían de hacer los cuatro compañeros que llevaban los varales. Se esperó a que llegase la noche para sacarla de la caverna. Una vez en el exterior fue subida sobre un carro tirado por un asno.

Vimos cómo iniciaban la marcha y se perdían en la oscuridad.

Después, decidí volver con el mago. Al despedirme de Nuriel lo hice con un fuerte abrazo y le expresé mis sentimientos de felicidad al considerarme uno de los suyos.



CAPÍTULO VII UNA ESTRELLA

PREPARÁBAMOS LA CASA DE BENAMÍ PARA recibir a unos amigos suyos y compañeros, hombres de ciencia que, desde diferentes rincones del mundo, irían llegando a lo largo del año -setecientos cuarenta y nueve de la fundación de Roma-.

Con anterioridad les había comunicado que algo extraordinariamente importante iba a acontecer en aquel año. Una señal, fuera de lo normal, iba a sobrevenir en los cielos y desde Jerusalén su visión sería la propicia para estudiarla. Benamí consideraba aquello un momento único, digno de estudiarse con profundidad, con gran atención y que tendría lugar en muy poco tiempo.

A la llamada acudieron desde diferentes lugares del mundo, hombres doctos, entendidos y estudiosos del firmamento y astrólogos, interesados en el estudio de aquellos acontecimientos.

Yejiel llegó de Frigia, Adael partió de los confines de Mesopotamia. El sabio Adir, conocido como el Gran Mago, salió desde Alejandría. De la cercana Idumea vendría Ilán y desde la ciudad de Samos de Grecia viajó el gran astrónomo y mejor

matemático de la escuela de Aristarco, Almagor. Los sabios fueron llegando de forma escalonada. El último en pisar tierra de Jerusalén fue Ye Jiel, que con su capa y gorro frigio de punta inclinada hacia adelante se destacaba entre todos.

Hube de trasladarme a la vivienda de Needar, porque la casa se nos quedó pequeña para todos los que nos reuníamos en ella. De esa forma, dejé libre mi aposento para que dos de los astrólogos lo ocupasen.

Al llegar la noche, tuve la agradable sorpresa de ver a María y a su esposo José, llegados unas horas antes desde Nazaret para dirigirse hacia Belén, donde debían llegar para empadronarse, cumpliendo las órdenes del emperador romano Cesar Augusto.

María, ese ser tan cariñoso y tan querido por mí, mi segunda madre, estaba cambiada pero bellísima. Su pequeño cuerpo, aumentado en volumen, anunciaba el nacimiento de un nuevo ser y su cara, llena de serenidad, le hacía la mujer más bonita del mundo.

Me arrojé a sus brazos y recordé los momentos que de niño viví con ella. Sus dedos acariciaron mi cabeza, a la vez que jugaba con mis cabellos. Pude percibir cómo unas lágrimas resbalaban por su rostro. ¡Cuántos sentimientos produjeron en mí las mismas!

Llevé mis manos a su vientre y noté la tersura de su piel. Al verla, se despertó en mí una ternura indescriptible, algo que saben quienes lo han vivido.

José nos miraba y esperaba la ocasión en que nuestro abrazo terminara para estrecharme contra él, porque también me quería como a un hijo.

Intuí que María estaba a punto de dar a luz. Supe que pasarían la noche en casa de Needar y, a la mañana siguiente, muy temprano, saldrían hacia Belén para empadronarse. Nos fuimos a descansar más tarde que de costumbre. Las horas se nos pasaron conversando, sin darnos cuenta, relatándonos vivencias y recordando mi periodo de infancia.

De madrugada me arrinconé a dormir y lo hice sobre el hatillo de una pequeña burra. María dormiría en mi cuarto.

Apareciendo los primeros rayos del día, salíamos de la casa. Ellos se marcharon por el camino que los conduciría a Belén y yo, hacia la casa de Benamí.

Deseaba llegar lo antes posible, porque quería preparar la primera comida del día para que desayunasen, pero fue grande mi sorpresa al observar cómo los seis sabios no se habían acostado aquella noche y seguían reunidos alrededor de la gran mesa, estudiando y poniendo en orden los datos obtenidos sobre el suceso a punto de producirse.

Durante tres días, sin apenas tomar bocado, estuvieron estudiando sin descanso el firmamento, noche y día.

El treinta de marzo, Nisán, ante la presencia de todos, habiendo pasado la medianoche, en el firmamento se divisó un extraordinario resplandor, que dio paso a una estrella nueva, un gran astro de color azul fuerte.

Recuerdo que los astrólogos, entusiasmados como niños, vibraban y quedaban atónitos y sorprendidos ante aquel acontecimiento.

Yo había permanecido durante muchas horas atento a cuanto comentaban. Supe que la nueva estrella aparecida se originó como consecuencia de la conjunción de las constelaciones Capricornio

y Águila y que tras la misma se produjo una explosión de tan grandes proporciones que aquel hecho podía presagiar algo grande y fuera de lo normal. Según ellos aquel gran acontecimiento venía a anunciar al mundo la llegada de un ser maravilloso.

Ésta y otras conjeturas estuvieron barajando los astrólogos durante varios días y sobre aquel suceso discutieron durante largas horas.

Pero, ¿a qué se referían cuando hablaban de la llegada de un ser extraordinario?

Aquella pregunta me la repetía una y otra vez sin hallar explicación alguna.

No dejaba de pensar en ello cuando Benamí se levantó de la mesa y se acercó para indicarme que era muy tarde, por lo cual debía irme a descansar. Él seguía preocupándose por mí, como si fuese su hijo, aunque se hallase estudiando el nacimiento de aquel nuevo cuerpo celeste tan importante para él.

Me disponía a llevar a cabo su indicación, pero, antes de marchar a la cama, necesitaba consultarle por el significado de lo que allí se había expresado aquella noche sobre la venida de un ser extraordinario. Desconocía a qué ser se referían y se lo pregunté.

Él me dijo que aquel suceso espectacular vivido, podría anunciar un hecho trascendental que estaba a punto de acaecer.

Según él, podría tratarse del nacimiento de un niño prodigioso, del Mesías que el pueblo judío esperaba para que los guiase a establecer un nuevo orden social en libertad.

-¿El Ungido anunciado por los profetas y enviado por Yahvé, el esperado por el pueblo judío para liberarnos de la opresión que el Imperio Romano viene ejerciendo de forma continua sobre nuestras gentes? –le consulté a aquel sabio.

-Podría ser –me respondió.

¿Acaso esa persona no podría ser el Mesías anunciado por los profetas Isaías y Zacarías? ¿No nos dijeron que el que vendría sería descendiente de la casa de David?

De repente, una idea perforó mi alma. ¿Y si el niño que iba a nacer fuese el hijo de José el Carpintero? -me preguntaba con obstinación y de forma repetitiva.

Todas esas preguntas me las hice antes de marcharme a dormir. Ya en el camastro improvisado junto al fogón de la cocina, no dejaba de darle vueltas a mi cabeza y pensaba en lo referido por Benamí y en lo anunciado por los profetas en tiempo atrás.

A mi mente llegó la imagen de ella, mi adorable María, la mujer que provocaba en mí los mismos sentimientos maternos que mi madre. Ella llevaba en su vientre una criatura que nacería de un momento a otro, si no había nacido ya, y me decía a mí mismo si ese nuevo ser podría ser un niño.

¿Y si el hijo de María fuese el anunciado por ese nuevo cuerpo de luz nacido en los cielos? ¿Y por qué no, -me decía-, si María era la mejor mujer de Galilea?

Mi curiosidad llegó a tal grado, que el sueño llegó a volar muy lejos de mí y por más que lo intentaba no conseguía dormir, por ello no tenía sentido seguir acostado. Decidí dar un salto de la cama e ir a visitarla, porque su imagen no se me quitaba de la cabeza. En realidad la distancia de donde me encontraba hasta Belén no era mucha, tan sólo de nueve kilómetros, por ello me sentiría mejor si me acercaba hasta allí.

Aparejé el asno y me puse en marcha. Los deseos de verla eran tan grandes, que el camino se me hizo una eternidad. Las claras del día y los primeros rayos del sol me sorprendieron entrando al pueblo donde vivía Johamna, la hermana de María.

Ella residía en Belén, un pequeño pueblo de Judea, con su esposo Abir y sus cuatro hijos.

Al llegar a aquel paraje de Belén, todo mi ser se llenó de gozo y el júbilo me salía a raudales. El llanto de un niño preñó mis oídos. Golpeé el portón y con rapidez me abrieron. José salió rebotante de alegría y al instante me dio la buena nueva, María, su esposa, acababa de dar a luz a un precioso varón.

¿Podría ser este niño el que anuncia la nueva estrella? -volví a preguntarme.

Mirando al recién nacido, observé que era igual a cualquier otro niño. Nada distinto advertí en Él.⁶

Pero Él tenía algo especial para mí, era hijo de María. Aquel niño era mi hermano y, a la vez que sentía una bonita sensación, me abrazaba a ella que se encontraba feliz y serena recostada sobre un mullido colchón de lana.

En un principio no pude disimular unas lágrimas de alegría por todo lo que estaba viviendo. Hasta allí empezaron a llegar amigos y conocidos, los cuales, al saber la noticia se acercaron a saludar a Johanna, la dueña de la casa, trayendo regalos para su hermana María y para el recién nacido.

Pensé en el momento que se estaba viviendo, aquel cinco de Abril -Nisan- del año setecientos cuarenta y nueve de la fundación de Roma -5 a.C. - podría quedar marcado para siempre.

Después de permanecer un rato con el niño y de despedirme de José y de María, sin descansar siquiera, volví a subir en el asno y me dispuse a regresar a Jerusalén. Pensaba que los astrólogos me necesitarían.

A mi llegada, comprobé que la realidad era bien distinta, ni

⁶ Cada vez que nos refiramos a Jesús -Él- lo haremos en mayúscula.

tan siquiera habían notado mi ausencia. Seguían discutiendo sobre el fenómeno acontecido.

Les preparé unas tortas con aceite de aceitunas, queso y leche recién ordeñada para que tomaran los primeros alimentos del día.

Durante más de media hora les estuve indicando que la comida continuaba en la mesa, sin que me prestaran la menor atención. Seguían ensimismados con sus investigaciones y les daba igual comer o no.

Tras insistirles mucho, logré que se sentaran a la mesa. Me resultó difícil encontrar unos segundos de silencio, pero los conseguí. Aproveché el intervalo para decirles que muy cerca de donde estábamos había nacido un niño al que yo acababa de contemplar.

Me di cuenta de que aquella noticia les había interesado. Tardaron tan sólo unos segundos en preguntarme por el sitio donde vivía el recién nacido. Mi respuesta no se hizo esperar y les indiqué el lugar donde Él estaba.

Consideraron la posibilidad de hacerle una visita a Belén y me preguntaron si habría algún inconveniente en ir a verlo.

Al día siguiente, partimos hacia Belén por un camino polvoriento, con plantas de parras y manzanos silvestres en sus bordes y arbustos de tabaibas.

Yo encabezaba una comitiva formada por cinco asnos y una carreta. Me sentía importante dirigiendo aquella marcha. La responsabilidad que suponía para mí llevar a aquellos seis hombres a visitar al hijo de María, me llenaba de orgullo.

Durante aquel trayecto montañoso de los montes de Judea no dejé de pensar en la posibilidad de que aquel niño fuese diferente a los demás.

¿Y si lo fuera? ¿En qué radicaría esa diferencia?

Pensando en ello llegamos a las puertas de Belén. Nuestra presencia había sido detectada mucho antes de llegar.

La chiquillería había salido a nuestro encuentro y nos recibieron con regocijo y jolgorio. También los mayores sintieron curiosidad por aquella comitiva; unos, desde sus ventanas entreabiertas; y otros, uniéndose a ella.

Con este acompañamiento llegamos a la vivienda de Johamna, que nos esperaba junto a María en el umbral para recibirnos. La noticia de nuestra llegada había corrido con gran rapidez y, por ello, se habían concentrado muchos curiosos ante su casa.

Las dos mujeres se adelantaron a saludar a los astrólogos y les invitaron a entrar. Ya dentro y después de entregarle a María un cofre con incienso, pidieron ver al niño. Ella les llevó al aposento donde dormía. Las dimensiones de la estancia eran pequeñas, por lo que debían de entrar de dos en dos.

No deseaba perderme el momento de la presencia de los sabios ante el chiquillo, por ello permanecí todo el tiempo junto a María, que acariciaba mi cabeza con suma dulzura.

Fui testigo del instante en el que el niño abrió sus ojillos y pude ver las sonrisas en los rostros de aquellas personas llegadas desde los confines del mundo. Observé los gestos de sus caras intentando descubrir en ellos algo que me indicase sus pensamientos.

Todos fueron pasando y ofreciendo sencillos obsequios al recién nacido.

Uno de ellos, Adir, se quitó un collar con una esfera de ámbar que colgaba de su cuello y, pidiéndole permiso a la madre, lo puso en el del niño.

Benamí, que no había dejado de observar todo aquel apo-

sento, fue el último en entrar. Acercándose a la cama, donde el pequeño descansaba, se postró y arrodilló ante Él regalándole la mejor de las sonrisas, a la vez que entrelazaba sus pequeñas manitas diciéndole a María que su hijo sería un gran hombre, el más grande de todos.

Durante un tiempo estuvo ante el niño estudiando cada uno de sus movimientos y, antes de levantarse, dejó sobre la manta que lo cubría un ungüentario conteniendo un bálsamo de mirra, símbolo de la inmortalidad.

Pensé mucho en aquellas palabras, salidas de la boca de Benamí, “un gran hombre, el más grande de todos”. Aquella frase me impactó bastante, por ello la repetía una y mil veces, como si con ello quisiese acentuar el significado de la misma.

Terminada nuestra visita, emprendimos el camino de vuelta, el regreso se nos hizo agotador. Hicimos una parada para que los animales bebieran y comieran mientras nosotros descansábamos y tomábamos unas tortas y frutos preparados por Johamna.

Una vez en Jerusalén, donde habíamos llegado hacia el anochecer, los sabios astrólogos, en lugar de ir a comer o descansar, se dispusieron a seguir trabajando y a discutir sobre la visita efectuada al recién nacido.

Sentados ante la gran mesa rectangular que ocupaba el recinto principal de la casa de Benamí, fueron comentando lo que habían observado sobre el niño y relacionándolo con la aparición del nuevo astro luminoso.

Para Yejiel nada de lo visto en Belén le había resultado significativo. A él le pareció todo normal. No reconocía nada especial indicando que aquel ser fuera diferente a los que nacían a diario.

Ilán no compartía la opinión de su compañero, sintió una sensación fuera de lo habitual. Sintió vibrar su cuerpo con una fuerza indescriptible al ver su cara. Para él, aquel niño era un elegido para emprender algo importante durante su vida, pero no alcanzaba a entender en qué consistiría ese algo especial.

Adir comentó con lágrimas en los ojos las razones por las que le entregó su esfera de ámbar. Aquel objeto tenía un significado especial, nunca se separó de él, era lo más apreciado, le había sido entregado por su madre, el día de la imposición de su nombre, -el Majestuoso-. También interpretó cómo aquel chiquillo era la majestad personificada, un ser digno de adorar y por ello le entregó lo que más valor tenía para él.

Para Adael, el niño iba a ser un hombre excepcional, un dirigente de masas. Un hombre capaz de luchar por los demás y que haría comprender a otros hombres la necesidad de luchar por la justicia y la libertad.

Almagor oía atento sin perderse nada de lo dicho por sus compañeros, sopesando cada una de las palabras pronunciadas por ellos. Explicó que la noche que avistó por primera vez la luz brillante del astro nuevo, visionó a una multitud airada increpando a un hombre que, crucificado en una cruz, perdonaba a quienes lo habían llevado hasta ella y cómo esa misma sensación la sintió cuando estuvo ante Él.

Almagor fue la persona con la que mejor congenió. Por ello, sus palabras fueron las que más me impactaron.

CAPÍTULO VIII HILLEL “EL GRANDE”

EN BELÉN, EN LA CASA DE JOHAMNA, A LOS ocho días de parir María, se disponían a celebrar la imposición del nombre al recién nacido y a realizarle la circuncisión -el brit milá-.

Hasta allí habían llegado los amigos y parientes a celebrar ese día de gozo, no sólo los que vivían en Belén, sino también los que acudieron desde otros lugares de Judea.

Aquel día, tuve la fortuna de volver a encontrarme con Nuriel, el cual me pidió mantener una reunión conmigo tras la fiesta. También vinieron Needar, el hermano de José, ese hombre tan comprometido con los menos afortunados, que fue el que ejerció de mohel circuncinando al niño, seguido por el Cananeo que siempre le acompañaba y otros amigos.

Al recién nacido le impusieron el nombre de Jesús –Joshua– “*Yahvé es salvación*”. En diferentes intervalos del día no me separé de su lado y me imaginé que lo seguiría en el transcurrir del tiempo. Empezaba a creer lo que los sabios habían dicho sobre Él, mientras estudiaban la estrella más luminosa de cuantas había en los cielos.

Durante toda la jornada, la alegría presidió la fiesta y, al llegar la noche, después de haberse retirado la mayoría de los asistentes, advertí cómo se formaba un pequeño grupo que se retiraba a un habitáculo situado en la parte trasera de aquella casa. Nuriel, mi maestro, se acercó a mí y me invitó a acompañarle.

Me imaginé que me llevaría al lugar donde se habían dirigido los demás. No me equivoqué; entré muy sorprendido. Allí, sentadas en el suelo, podría haber unas quince personas, casi todas conocidas. Fue Nuriel el que me instó a sentarme y escuchar.

Tomó la palabra Judas de Gamala y, durante más de media hora, expuso la situación que estaba viviendo el movimiento al que pertenecían los allí reunidos y a los que, sin la menor duda, él dirigía.

Después fueron interviniendo indistintamente muchos de los presentes, exponiéndose la realidad que se venía viviendo en las diferentes poblaciones del territorio.

Deduje por sus palabras que se trataba de un movimiento secreto de corte nacionalista, nacido para luchar contra el sometimiento al Imperio Romano. Habían aprovechado la celebración de la fiesta para poder reunirse sin levantar la menor sospecha entre los servidores de Roma.

Me llamó mucho la atención la exposición que hizo Judas de Gamala sobre la preparación de una acción encaminada a provocar un incendio en los archivos de Jerusalén, donde se guardaban las deudas de los ciudadanos judíos con el emperador romano, con el fin de hacer desaparecer esos datos y así evitar su cobro.

Todavía los mayores recordaban la lucha fratricida entre Hircano II y Aristóbulo II, y cómo Pompeyo sometió a Palestina tras intervenir en aquella guerra y que, con el consentimiento

del primero al frente del territorio sometido, se impuso el pago de elevados tributos que fueron en aumento con la llegada de Herodes, hijo de Antipatro.

A continuación, intervino Needar y, posteriormente, Nuriel poniendo mucha pasión en lo que decía. No le era difícil transmitir sus firmes convicciones a los presentes que asentían a cuanto salía de sus labios.

Expuso cómo en aquel momento se estaba llevando adelante una persecución feroz contra los que se atrevieran a levantar su voz, y lo difícil que les resultaba luchar contra los romanos, porque se venían ejecutando en Jerusalén grandes obras de infraestructura que complacían a gran parte del pueblo.

En una segunda ronda de intervenciones fueron tomando la palabra todos los presentes y cada uno fue transmitiendo el posicionamiento de los diferentes grupos que dirigían.

Me gustaba lo que se decía y cómo se decía. Percibía todo mi ser en ebullición. Cuanto había oído se había impregnado en lo más profundo de mí.

Aquellas personas eran excepcionales, diferentes a todas las que conocía. Hombres dispuestos a darlo todo por los demás sin importarles su persona.

Más tarde supe que únicamente aceptaban a Dios como único guía y que por defender sus creencias se preparaban para morir. Eran gentes muy honestas, de fuertes y grandes convicciones religiosas.

Al ir terminando aquella reunión me invitaron a participar. Puesto en pie les expresé mi satisfacción por haberseme permitido vivir una noche como aquella y les pedí que me consideraran uno de los suyos porque quería luchar junto a ellos.

Fue lo único que pude decirles. No tenía palabras para pro-

seguir y expresar mis sentimientos. Éstas fueron acogidas con gran complacencia por parte de todos los presentes, especialmente por Simón el Cananeo, que ya era considerado un miembro destacado del grupo, así como por Nuriel.

-Considérate uno de los nuestros -fueron las palabras de Judas de Gamala.

De hecho, yo ya me consideraba parte de la organización zelota desde hacía mucho tiempo. Me sentí bien, muy bien, y una nueva etapa se abrió en mi vida después de asistir a aquel encuentro.

Terminada aquella fructífera reunión y rebasada la medianoche, cada cual retornaría a su quehacer diario, a seguir luchando y trabajando desde sus ocupaciones por la causa que los había reunido.

Yo me quedé con mi maestro. Deseaba hablarle y era la ocasión para que me aclarase lo que deseaba de mí.

Salimos de la casa y empezamos a pasear lentamente, sin prisas, hablando de muchas cosas y recordando los tiempos en los que me daba clases.

La noche era apacible, el cielo limpio dejaba contemplar miles y miles de estrellas, entre ellas la nuestra, la más brillante de todas, encima de nuestras cabezas.

En aquellos momentos, al contemplar los cielos, intuí que aquella estrella nos traía un mensaje nuevo. Un mensaje de esperanza y de cambio en todos los sentidos de la vida y creía que el portador del mismo era Jesús, que había llegado al mismo tiempo que ella. Incluso llegó a decirme que el niño era el Mesías anunciado por los profetas.

No salía de mi asombro ante aquellas palabras. Todo me resultaba muy difícil de entender y de razonar. Me dejaba llevar

por él, sin el menor deseo de opinar sobre lo que pensaba al respecto, limitándome a recordar las palabras que los sabios astrólogos habían manifestado unos días antes en aquellas eternas reuniones de estudios.

-Tengo la seguridad de que Joshua será el que libere a los judíos del sometimiento de Roma -me expresó.

Me animó a prepararme y a hacerle un seguimiento al hijo de María, comentándome que Judas de Gamala le había indicado que yo debía convertirme en su sombra y que de mí iba a depender, en gran medida, el éxito de nuestro movimiento.

Ese niño será quien un día lleve a nuestro pueblo a la victoria en la lucha que venimos manteniendo contra el Imperio y el que liberará a todos los judíos.

Cuando me quedé solo volví a recordar la profecía: “En Belén nacerá un Rey que apacentará al pueblo judío”

Aquella noche, aun cuando me sentía muy cansado, no conseguí conciliar el sueño hasta muy avanzada la madrugada, pensando y recordando la conversación mantenida.

Antes de iniciar el camino de retorno quise ver y despedirme de Joshua, que seguía con los ojos abiertos como si estuviese esperando mi visita. Le miré queriéndole transmitir mis fuertes sentimientos hacia Él.

En silencio le dije que siempre estaría a su lado y nunca dejaría de seguirle. Quise creer que llegó a entender cuanto le dije, expresándomelo con una suave sonrisa.

María me esperaba para darme la bendición y, como siempre, me abrazó con mucha ternura.

En aquella ocasión el camino se hizo más corto que de costumbre porque casi todo el trayecto lo hice dormido subido en la Romera, que así era como se llamaba mi borriquilla.

Al llegar a casa, fui recibido con gran contento por los astrólogos, que continuaban trabajando en torno a la gran mesa, como les había dejado días antes; sus reuniones eran continuas. Allí nunca se descansaba, por lo tanto debía atenderlos durante muchas horas, pero aunque mi trabajo fuese agotador, yo lo realizaba a gusto.

A los cuarenta días del nacimiento de Jesús, José y María dejaban Belén y partían hacia Jerusalén. Su primera parada fue en la casa de Needar. Durante aquella visita llevaron al niño al Templo para presentarlo a Jahvé, tal como lo dice la ley del Señor. Le acompañamos Needar y yo, y les ofrecimos dos tórtolas que compramos a uno de los vendedores de animales que tenía su tenderete cerca del Templo.

Terminada la ofrenda, nos encontramos con José de Arimatea acompañado por Simeón, un viejo sacerdote zadoquita que, al ver al niño lo cogió entre sus brazos, lo levantó y llevó su mirada a los cielos repitiendo por dos veces:

“He visto al Mesías, he visto al que nos salvará, ya puedo morir”.

Aquella frase retumbó en aquel lugar y muchos de los que la escucharon se acercaron a ver al niño y alabaron su hermosura. Entre ellos, el rabino Hillel, que saludó con efusión al que era su amigo y compañero del Sanedrín; José de Arimatea.

Tenía referencia de Hillel, al que se le conocía como “el Grande” pero nunca había estado tan cerca de él.

Se decía que había nacido en Babilonia y fue quien fundó la Escuela de Estudio de las Sagradas Escrituras -el Tanaj- a la que siguieron y pertenecieron muchos líderes religiosos. Ésta estuvo enfrentada durante muchísimo tiempo a la rígida escuela de Shammaí.

Hillel tomó al pequeño, a la vez que sus labios susurraban a María que su hijo sería un gran hombre que lucharía por los demás. Aquella frase me sobrecogió porque venía a confirmar cuanto había oído decir de Él.

José de Arimatea oyó cuanto dijo y le preguntó por qué declaraba aquello; él le contestó que su corazón se había estremecido como nunca lo había hecho al tenerlo y sentirlo entre sus manos.

-Este niño es El Enviado, es El Mesías -afirmó el viejo Simeón.

Seguidamente dejamos el Templo y nos marchamos a descansar.

A la mañana siguiente volví a mi trabajo y Joshua con sus padres continuaron su marcha en una caravana que salió desde Jerusalén. Pasados varios meses, en los que los astrónomos habían proseguido estudiando los efectos de aquella luminosa luz, decidieron retornar a sus casas. Marcharon todos excepto Benamí, que creyó conveniente pasar los últimos años de su vida en la tierra de sus antepasados.

Dada su avanzada edad, continué a su servicio, cuidándole y ayudándole en todo cuanto pude, durante algo más de tres años.

En ese tiempo no dejó, ni una sola noche, de mirar a los cielos. Era su pasión. Todos los días al caer la tarde se preparaba para observar las estrellas, sentado en su sillón.

Una noche se quedó dormido sobre aquel asiento y su mirada permaneció para siempre fija en el universo que siempre había formado parte de su vida.



CAPÍTULO IX ADIÓS A UN AMIGO

JESÚS DEJABA DE SER NIÑO Y EMPEZABA A VIVIR su plena juventud. Había sido educado en el judaísmo, al igual que sus padres, y adoraba a Yahvé como único Dios, obedeciendo con escrupulosidad la Torá⁷ que le fue revelada a Moisés, alrededor de la cual se desarrollaba, discutía y se hacía nuestra vida.

Sus primeros años los vivió en la ciudad egipcia de Heliópolis a la que José, junto con su hermano Cleofás, habían acudido para llevar a cabo las obras de reforma y consolidación del templo judío.

Éste fue fundado por el sumo sacerdote Onias IV para sustituir al templo de Jerusalén, atacado y profanado por parte de los griegos.

Allí Jesús creció y, desde muy pequeño, empezó a asistir a una escuela iniciática, donde recibió enseñanzas en diferentes lenguas, entre ellas el hebreo, el arameo y el griego. Después de unos años de estancia en esa ciudad, marcharon a Séforis

⁷ La Torá es el libro de la Ley de los judíos.

donde su padre participó en su reconstrucción. Allí, durante tres años, recibió la sabia enseñanza del que sería doctor de la ley, Gamaliel. Más tarde, José decidió llevar a su familia a Nazaret.

En este periodo, tal como se me había encomendado, procuraba atenderle el mayor tiempo posible. Cuando podía y me encontraba cerca de Nazaret, acudía hasta allí para estar con él, conocer sus inquietudes y darle algún consejo. Siempre que me acercaba a visitarle, lo hacía con la suficiente discreción para no ser visto y delatado a las fuerzas invasoras.

En aquella ocasión, fue la muerte de José el Carpintero la que me había llevado hasta aquel lugar para estar con los míos. En realidad, lo habían sido y eran parte de mi familia. Sentí aquella pérdida de forma desgarradora en lo más profundo de mi alma, como si hubiese sido la de mi propio padre.

Al entierro de José acudieron un grupo de amigos zelotes, llegados desde diferentes lugares.

En multitud de ocasiones utilizábamos los momentos tristes de los nuestros para poder celebrar las reuniones de nuestra organización sin llamar la atención.

Los funerales duraron siete días y durante ese periodo de luto -el shiva- las visitas de los familiares y amigos fueron constantes. Todos sentimos aquel luctuoso hecho y podría decirse que aquellas circunstancias nos hicieron unírnos aún más.

A mi llegada, salieron a recibirme Jesús, muy afligido y mi hermano pequeño Santiago, y me contaron lo sucedido. Al tener ambos las mismas edades y al haberse criado juntos en la misma casa se profesaban un amor fraterno.

A ellos les hacía un seguimiento en sus estudios. Santiago avanzaba normalmente, pero Él conseguía mejores resultados,

y lo hacía de forma asombrosamente fácil, preguntando todo y a todos. Eran muchas las inquietudes que tenía para su edad, tan sólo algo más de once años.

Muchos fuimos los que nos dimos cita en aquellas dolorosas fechas para honrar al cuerpo de José. La primera en hacer acto de presencia fue Johamna. Había llegado unos días antes del fallecimiento de su cuñado. Ella fue la que colocó al cadáver la mortaja y no dejó un instante sola a su hermana María. Dirigía y llevaba el peso de aquellos penosos ceremoniales. En procesión funeraria llevamos el cuerpo de aquel que había sido querido y respetado por toda Galilea hasta su sepultura. Tras los elogios exaltando sus virtudes volvimos a la casa para continuar las exequias.

Durante el tiempo que éstas duraron, se rezaba diariamente tres veces el kadish.⁸

Después de la ceremonia mortuoria y estando con Jesús a solas, sentados en la puerta de la carpintería, me sorprendió exponiéndome su pensamiento de cómo debíamos reaccionar contra las fuerzas al servicio del Imperio Romano.

Él consideraba que actuábamos con poca agresividad y excesivo miramiento. Por ello, debí de contestarle que no era tan fácil hacerlo como Él pensaba.

-Tampoco es tan difícil como vosotros creéis -me respondió creyéndose ya un hombre.

-¿Has dicho creéis? -le pregunté desconcertado, aunque más me desconcertó su respuesta.

-¿Acaso pensáis que no me he dado cuenta de las actuaciones de vuestros movimientos, de que cada vez que venís a visitarme

⁸ El kadish es uno de los principales rezos de la religión judía.

siempre hay algún tipo de revuelta en algún paraje cercano a Nazaret? –se expresaba con rotunda claridad.

Quise quitarle importancia a sus palabras e intenté cambiar la conversación preguntándole por su abuelo Joaquín, el padre de María, que ya por ese tiempo se sentía muy mal, enfermo de los pulmones y padeciendo continuos dolores de espalda, agudizado por su avanzada edad.

Pero Jesús deseaba hablarme de cuanto sucedía e intuía que iba a sobrevenir. Pensé entonces que no podía, ni debía por más tiempo, tenerlo apartado de algo que deseaba conocer.

Él no era un niño corriente, estaba llamado a ser un agitador de masas y no iba a negarle lo que había descubierto por sí mismo.

Le expuse cómo, desde hacía quince años, se empezó a preparar un movimiento que tuvo sus orígenes en los nacionalismos de los macabeos y de los asideos, con el único fin de luchar contra la opresión de los romanos. Mi entrada en ese grupo se produjo en Belén, el mismo día de su circuncisión, participando desde entonces en cuantos hostigamientos, encerronas, algaradas callejeras y asaltos fueron organizados contra los romanos. Hablamos de cómo el ambicioso y sangriento Arquéalo reprimió con dureza una revuelta en Jerusalén, poco antes de salir hacia Roma, donde fue investido por Augusto, procurador de Judea y Samaria, en la que muchos de los nuestros sufrieron el castigo de la muerte y otros tantos fueron encarcelados.

Él seguía con suma atención cuanto le exteriorizaba, por ello continué contándole que, tras esa cruel actuación al servicio de Roma, muchas mujeres quedaron viudas y muchos niños huérfanos.

-Escuché con gran dolor ese deplorable hecho en la carpin-

tería a varios amigos de mi padre y presté mucha atención a cuanto hablaban y supe cómo muchos de los que habían participado en dicha revuelta murieron tal como tú me has contado. Quiero unirme a vosotros -prosiguió diciéndome.

-¿A nosotros? ¿No te das cuenta de que aún eres un niño?

Observé su rostro; mi contestación no le agradó y, reaccionando con mucha pasión, me indicó que se consideraba ya un hombre capaz de ayudar a sus hermanos en aquella lucha contra Roma.

Jesús no concebía que los zelotes estábamos siendo perseguidos por el simple hecho de serlo, por ello tuve que explicárselo poniéndole mucha fuerza a mis palabras.

Me preguntó por qué nos llamaban así y le manifesté que por ser celosos de salvaguardar la pureza de la ley de Moisés, y además porque confiamos en la creación del reino de Jahvé en la tierra, por medio de la lucha político-mesiánica que nos llevaría a la liberación de los romanos.

Recuerdo muy bien que la primera reunión con asistencia multitudinaria, lejos del secretismo tenido en anteriores encuentros, se produjo en Galilea. Desde aquí nos extendimos por todo el territorio judío. En esos momentos estábamos presentes en muchísimos lugares. Sin embargo nuestro movimiento estuvo vivo hasta transcurridos sesenta y seis años del nacimiento de Jesús.

¡Cómo me acordaba de Judas de Gamala! ¡Qué ardor y pasión ponía en todo cuanto hacía! Él, junto con el sacerdote Zadoq, fueron los verdaderos creadores de nuestro movimiento en tiempos de Herodes Antipas. Me gustaba recordar los días de lucha junto a él en el ataque a las tropas que los romanos mantenían en Sèforis, una población a unos seis kilómetros de Nazaret.

A la conversación se unió Juan, el que sería conocido como

el Bautista, hijo de Zacarías y de Isabel. Había llegado de Eín Karem, población de las montañas de Judea, para asistir a los funerales de su tío. También su madre, Isabel, había fallecido hacía tan sólo unos meses.

Tendría Juan la misma edad que Jesús, no obstante su aspecto rudo y fuerte le hacía parecer algo mayor. Me dio la sensación de hallarme ante un joven tímido, si bien muy desenvuelto. Estuvo muy atento y pendiente de cuanto decíamos.

Dejamos la charla a la llegada de Nuriel, que acudió acompañado por José de Arimatea y el magistrado Nicodemo.

El de Arimatea era uno de los setenta y un integrantes del Sanedrín, el consejo supremo de nuestro pueblo en el que recaían las competencias legislativas, administrativas, judiciales y religiosas. Era decurión del Imperio Romano, el encargado de las explotaciones de estaño y plomo. Todos lo tenían por un hombre honesto y justo que, aun perteneciendo a la mencionada institución, apoyó siempre a nuestro movimiento de forma discreta. Pertenecía al grupo de los fariseos y llegó a ser una autoridad en la Ley. Un hombre de una gran religiosidad y ferviente creyente en la resurrección de los muertos que compartía nuestra filosofía de lucha nacionalista.

Para los nuestros era importantísimo contar con él, y con otros tantos, dentro de las instituciones existentes en Jerusalén. En más de una ocasión en la que nos persiguieron, nos refugiamos en su casa, situada en las afueras de la ciudad. Por ser él quien era, nunca levantó sospecha y nadie nos molestó jamás.

También Nicodemo formaba parte del grupo de los fariseos que pertenecían al Sanedrín, si bien era un zelote oculto.

Johamna y las hermanas de Jesús, Salomé y Mirian, habían preparado la mesa y nos instaron a sentarnos para comer unos ex-

celentes huevos y lentejas que nos habían traído los amigos y vecinos, tal como era costumbre en los funerales de un ser querido.

Con curiosidad vi cómo María en un rincón amamantaba a Jacob, el más pequeño de sus hijos.

Gamaliel había llegado aquella misma mañana del enterramiento para darle el último adiós a su fiel amigo.

Era éste un fariseo venerado por sus gentes, uno de los más sabios doctores de todo el territorio judío, un gran conocedor de las leyes mesiánicas y un excelente profesor, que durante tres años enseñó a Jesús y a Santiago.

Con el tiempo, formaría parte del Sanedrín, llegando a ocupar la presidencia de la mencionada institución.

Por la conversación mantenida con él, llegué a la conclusión de que, aunque no pertenecía a nuestro movimiento, sí simpatizaba con nosotros. Su forma de pensar influyó en la enseñanza que le transmitió a Jesús.

Aquel día nos expresó su rechazo al dominio romano sobre el pueblo judío porque se sentía nacionalista, aunque nunca estuvo de acuerdo con los métodos que utilizábamos para luchar contra el Imperio de Roma. No concebía la reyerta con derramamiento de sangre. Creía que se podían conseguir los mismos fines con procedimientos pacíficos.

No compartíamos su forma de pensar, pero admirábamos a aquel buen hombre que, a lo largo del tiempo, nos defendería en muchas ocasiones.

Por primera vez en aquella cena intervino mi padre. Pronunciándose al respecto nos indicó que, tanto José como él, nos habían apoyado económicamente, al no poderlo hacer en la calle luchando por razones de edad.

Juan permaneció en silencio durante el tiempo que duró la cena, con los oídos y los ojos puestos en quien hablaba y en los comentarios que se hacían, empapándose de cuanto se decía. Al finalizar la noche nos expresó su deseo de formar parte de nuestro grupo.

Tampoco conversó el bueno de Santiago, que se reservó su forma de pensar, si bien estuvo atento a todo lo hablado aquella noche.

Al terminar nos dirigimos hacia la chimenea, ubicada en el fondo de la habitación, y nos sentamos junto a ella para continuar charlando. El fuego chisporroteaba y nos envolvía en un agradable calorcillo que nos traía recuerdos de antaño. Los actos de los funerales de José habían dado fin. Nos dispusimos a descansar, saliendo de aquel reconfortante rincón.

Tras unas horas de sueño comenzó la marcha de quienes habían llegado a la ciudad de Nazaret. Fueron saliendo de forma escalonada después de tomar un buen desayuno.

Nuriel y yo, levantados de los asientos vimos marcharse a todos y nos quedamos esperando a Needar y al Cananeo, que no habían asistido al entierro, ante el temor de ser detenidos por las tropas romanas. Éstas tenían orden de captura dictada por Herodes Antipas, que gobernaba Galilea tras la muerte de su padre Herodes.

Durante la espera, unos tres días, me dediqué a preparar a Jesús, a Santiago y a Juan, que aprendían con facilidad cuanto les explicaba. Debían adquirir en muy poco tiempo los conocimientos suficientes para poder defenderse en un mundo hostil y duro como aquel.

Santiago, un joven de carácter exquisito y siempre deseoso de complacer a todos, no deseó unirse a nuestro movimiento.

Su vocación religiosa se lo impedía. Pensaba que rezándole a Yahvé, con la devoción que lo hacía, podría conseguir mucho más que luchando contra los dominadores. Conforme transcurrió el tiempo se fue convirtiendo en un hombre piadoso, justo y respetado por todos y terminaría formando parte de los jebusitas de Jerusalén, luchando desde la pobreza con los más necesitados.

La llegada de Needar, acompañado por Simón, tan anhelada por todos nosotros, se hizo una realidad. Al ver a su cuñada María, se fundieron en un abrazo largo y sincero. La serenidad mantenida durante los días que duraron los funerales se rompió al ver a su cuñado, y todo su ser se hizo llanto. Un llanto lleno de amargura, con sabor a soledad.

Con el transcurrir del tiempo, el Cananeo, que llegó a ser uno de los rebeldes extremistas más temido, seguiría fielmente a Jesús hasta su muerte.

Tomamos leche de oveja con unas tortas preparadas con rica miel de romero de las colmenas de las laderas del Tabor y dátiles de los palmerales de Tiberiades. Seguidamente, nos fuimos a la parte trasera de la casa, a la zona de la carpintería, donde preparamos las actividades a llevar a cabo contra los dominadores y que ejecutaríamos en los siguientes meses, debiéndolas transmitir a los nuestros que, dispersos por todo el territorio judío, luchaban por nuestra causa.

Needar tenía la responsabilidad sobre Judea; Nuriel, sobre Perea; Simón el Cananeo se había hecho cargo de la dirección en Samaria; y a mí me encomendaron Galilea.

Salimos con la mayor rapidez posible. Estábamos convocados a una asamblea a celebrar en Magdala al día siguiente y, además, debíamos marchar lo antes posible para evitar que nos delatasen los servidores de Roma.



CAPÍTULO X

SEÑALES PARA LA POSTERIDAD

ERA DE MADRUGADA CUANDO NOS DESPEDÍAMOS de los nuestros. Quedaban tristes, pero convencidos de que debíamos marchar y continuar con nuestras ilusiones.

Jesús y Juan me acompañaban por decisión propia, meditada y sentida. En el caso de Jesús, discutida con su madre, pues al ser el mayor de los hermanos deseaba que Él continuase al frente del taller de carpintería.

Estudiamos los inconvenientes que suponía el tener que abandonar Nazaret y María cedió dando la bendición a su hijo, porque comprendió sus deseos de marchar.

Con las primeras luces del día, Jesús, Juan y yo dejábamos Nazaret para partir de inmediato hacia Magdala, población de la costa occidental del Mar de Galilea, cercana al Tabor. Este monte me traía grandes y buenos recuerdos de mi niñez. Era nuestro anhelo subir a una de las tres colinas entre las que se encontraba encajada nuestra aldea para poder divisarlo. En él debíamos refugiarnos en caso de que nos tropezásemos con una patrulla. Conocía muy bien cada uno de sus rincones, así como las diferentes cuevas y abrigos existentes.

El camino, por cierto, corto, lo hicimos andando. Los asnos, más que una ayuda, eran un estorbo e impedirían nuestros movimientos en caso de vernos con algún grupo de soldados que normalmente vigilaban toda aquella zona.

Ser el máximo dirigente de los zelotes de Galilea me hacía ser muy conocido y buscado al mismo tiempo por todos los rincones de aquel territorio. Todas estas circunstancias y el peligro que corrían yendo conmigo, los puse en conocimiento de mis acompañantes antes de iniciar la marcha y aun así decidieron seguirme. Desde ese instante, nunca más me separé de Jesús, siempre estuvimos juntos.

Siendo muy temprano llegamos a nuestro destino, la casa de Admiel, un nacionalista galileo descendiente de la tribu de Benjamín, luchador contra la invasión romana y acomodado agricultor. Era dueño de las mejores huertas de los llanos de Genesaret, que producían excelentes y ricas hortalizas. Sus frutas también eran reconocidos por todo el territorio galileo.

En aquel lugar nos esperaba un grupo de compañeros, que al vernos salieron contentos a nuestro encuentro. Simón el Cananeo había llegado hasta allí el día anterior desde Nazaret para preparar el encuentro con diversos dirigentes zelotes. Desde hacía varios días nos aguardaba Judas de Gamala, el hombre más buscado del territorio judío, al que tanto admiré y todos seguíamos.

Tampoco faltó a aquel encuentro Judas el Sicario, uno de los zelotes más astutos de Galilea, el que con el tiempo sería su mejor amigo y uno de los más firmes seguidores de Jesús.

También se incorporó Andrés y su hermano Simón el Bariona, al que Jesús le impondría el nombre de Pedro, más conocido como el Forajido.

En aquella asamblea, celebrada con unos días de retraso

como consecuencia de la muerte de José, íbamos a decidir las medidas a llevar a cabo en relación con la puesta en marcha del censo de Quirino, siendo gobernador de Siria.

Tras la comida preparada por Liora, esposa de Admiel, y su joven hija Mariamne, una preciosa chiquilla de algo más de once años, al igual que Él, despierta como un búho y avispada como ella sola, Judas dio comienzo a aquella asamblea.

Se consideraron diferentes intervenciones en las que se expuso la gravedad de las medidas impuestas por Quirino, quien obligándonos a empadronarnos, pretendía llevar a la práctica una política recaudatoria severísima. Se decidió poner en marcha un levantamiento en toda Galilea. Este pronunciamiento sería alimentado con acciones individuales de hostigamiento hacia todo lo que se presumiese romano.

Se acordó hacer uso de la sicca⁹ y ponerla al servicio de la causa cada vez que se tuviera la oportunidad de proferir algún tipo de perjuicio y daño personal a los romanos y a quienes les apoyasen. También se deliberó y se acordó organizar continuos acosos contra grupos de soldados.

Terminado aquel Consejo, que duró toda la tarde, volvimos a separarnos sin perder tiempo alguno. Todos sabíamos hacia dónde debíamos dirigirnos y por qué camino teníamos que desplazarnos para evitar problemas innecesarios.

Yo proseguí la marcha hacia Naín con los jóvenes Jesús y su primo Juan y a mitad de camino tuvimos la adversidad de encontrarnos con una patrulla formada por tres soldados que, al descubrir nuestra presencia, no dudaron en acercarse con intenciones que yo bien conocía.

⁹ La sicca era una daga pequeña que los zelotes escondían entre sus ropas.

Estábamos en un terreno que yo dominaba muy bien. Por ello, indiqué a mis acompañantes que me siguieran y subieran con rapidez hacia el monte Tabor. Corrimos por difíciles vericuetos y escarpadas veredas para escondernos en diferentes puntos del monte.

Una vez alcanzada una altura prudencial, como polluelos de perdiz, nos aplanamos en el suelo esperando a que los soldados subieran y llegasen hasta dónde estábamos.

Aquellos hombres se dispersaron para buscarnos. Desde donde me hallaba observé cómo Juan, sin amedrentarse lo más mínimo, se acercó a uno de ellos y sin darle opción a defenderse, lo tomó por la cabeza y le partió el cuello.

No fui menos lento que él. Por la rapidez con la que arremetí con mi sicca al soldado, que subía con sigilo y se acercaba a donde yo le esperaba. No le dio tiempo a darse cuenta por dónde le llegaba el ataque y no supo reaccionar oportunamente. Aquel soldado había subido el Tabor para acabar con mi vida o para apresarme y hacerme morir crucificado. Yo tenía que defender la mía y evitar el trance de la cruz.

Su muerte o mi muerte, me pregunté. Siempre la suya, me dije. Por ello, no lo dudé un instante. No había alternativas, salté sobre él y se la introduje por el costado cercano al corazón, acabando con su vida.

El tercer soldado no corrió mejor suerte, también cayó muerto en la falda de aquel monte Tabor.

De inmediato nos reagrupamos y les pedí ayuda para ocultar los cuerpos, con el fin de que no fuesen descubiertos por los soldados que enviarían para buscarlos. Los trasladamos y los cubrimos ocultándolos a gran distancia de donde íbamos a escondernos.

Realizada aquella operación, les requerí que me siguieran monte arriba. Conocía el Tabor como la palma de mi mano. No había rincón, oquedad o cueva que no me fuesen familiares. De niño jugaba en aquel monte con mis amigos. Disfrutábamos ascendiendo hasta la cima, incluso una vez llegué a conocer una cueva desconocida para todos por la dificultad que ofrecía el terreno para llegar hasta ella y, además, por su entrada, bien camuflada por un denso follaje silvestre.

Subimos con gran celeridad hasta llegar a ella. Una vez dentro, me sentí bien, porque sabía que en su interior estábamos seguros; nadie llegaría hasta allí. Siempre que acudía a esa zona, e intuía la presencia de nuestros perseguidores, me refugiaba en aquel lugar. Allí tenía suficiente reserva de agua y comida para aguantar durante algo más de un mes.

En aquella ocasión, estaríamos unos días escondidos, los suficientes para desorientar a nuestros enemigos, despistarles y volver a emprender la marcha.

Nos acomodamos sentándonos en el suelo. Juan y yo charlamos durante un buen rato y Él permaneció en el más absoluto de los silencios, pensativo y cabizbajo. Me preguntaba qué pasaba por su cabeza.

Aquella actitud no era la que adoptaba normalmente. Por ello, me llamó la atención.

-¿Era necesario hacerlo? -me dijo bastante afectado por lo que acababa de vivir unas horas antes.

Su pregunta no coincidía con la exposición hecha, hacía tan sólo unos días, en Nazaret. ¿Dónde estaba la agresividad de la que me habló y que era tan necesaria emplear con los servidores de Roma?

-Esos hombres eran soldados armados. No había elección.

Eran sus vidas contra las nuestras –le respondí con coraje, añadiéndole que también eran las de nuestros seres queridos y compañeros de lucha.

De nuevo Jesús se concentró en sí mismo y volvió a enmudecer y a seguir con la postura pensativa que venía manteniendo. Pasadas unas horas, el cansancio nos venció a los tres y nos quedamos dormidos.

Disfrutamos de un reconfortante sueño, no recuerdo cuánto tiempo dormimos, pero sí que fue lo suficiente para reponernos. Nuestra alimentación, durante los tres días que estuvimos en aquel recinto, consistió en higos blancos conservados en cerotes de palmas, así como en dátiles, ciruelas negras y frutos secos guardados por mí en la cueva.

La oscuridad de aquel receptáculo era casi absoluta en la parte donde nos encontrábamos. Nos alumbrábamos con una pequeña luz producida por finas antorchas, fabricadas y escondidas por mí, convencido de que en alguna ocasión tendría necesidad de ellas.

Recuerdo cómo Jesús se acercó a una de las paredes donde habíamos colocado una de las antorchas y cogiéndola entre sus manos se dirigió hacia la zona exterior más próxima a la salida de aquella gran sala. Reparé que tomó un pequeño trozo de hierro encontrado en la cueva y comenzó a dibujar sobre la pared.

Aunque le llevó casi todo el día, esperé a que terminase su trabajo. En ningún momento le interrumpimos, aun teniendo una rabiosa curiosidad por conocer lo que plasmaba en la pared. Pensé que lo mismo debió de ocurrirle a Juan.

Me preguntaba si lo materializado con aquel fragmento de

metal hacía referencia a su estado anímico o, por el contrario, sentía la necesidad de expresar sus sentimientos personales a través de lo dibujado.

Al llegar la noche, Jesús volvió a la parte más interna de la sala, en la que Juan y yo charlábamos tal como lo habíamos venido haciendo durante todo el día. Se sentó junto a nosotros, partió unas almendras y las tomó con higos secos. Después se recostó sobre una pared y se durmió repitiendo:

-¿Era necesario hacerlo?

He de reconocer que la repetición de aquella frase me chirriaba en los oídos, descolocándome un poco y, a la vez, me producía grandes deseos de contestarle con dureza. Pero en la vida hay ocasiones en las que uno debe contenerse y pensar que las situaciones no deseadas pasarán pronto.

Cuando dormían, me acerqué a contemplar la pared pintada. Me di cuenta de que el dibujo realizado sobre la pared de piedra había sido esculpido posteriormente con aquel fragmento de hierro que le sirvió de punzón. Había realizado un círculo y dentro introdujo una estrella de cinco puntas con una de ellas hacia arriba. Había grabado un pentáculo que para nosotros era el símbolo de la verdad, además de representar la conexión de la parte material de la persona con su voluntad, así como la conjunción de lo terrenal con lo místico.

Al despertarnos, observé que en Jesús se había transformado el gesto de su cara y la dureza del día anterior se había suavizado. Pienso que Juan se dio cuenta también de aquel cambio y le preguntó por lo pintado en la pared. Le contestó que dejaba en aquel sitio un recuerdo de nuestra presencia, que nos haría volver en otra ocasión a aquel sitio y que al dibujar aquel símbolo quería de alguna forma indicar que aquel recinto se con-

vertiría en un reducto donde se guardase la verdad.

-¿Por qué has dirigido la punta hacia arriba? -le consulté con suma curiosidad.

-He querido simbolizar la hegemonía, que siempre prima lo espiritual sobre lo material.

Permanecemos el día descansando y aguardando que transcurriesen las horas y llegara pronto la noche, nuestra aliada. Ésta nos ayudaría a dejar aquel recinto que nos había servido de refugio para desorientar a aquellos que nos habrían buscado en el caso de que hubiesen descubierto los cuerpos de los soldados muertos. En una noche bastante oscura bajamos el Tabor por su parte posterior hacia el fértil valle de Esdrelón, siguiendo los caminos más difíciles para ir a Naín.

En aquella población nos estarían esperando los compañeros que debían llevar a todos los rincones del territorio judío el mensaje de oposición al censo de Quirino, así como los acuerdos tomados en la asamblea de Magdala. Llegamos a Naín de madrugada. Nos extrañó que nadie nos esperase. Más tarde, por un viejo vecino, supimos como, tres días antes, fue llevado a cabo un ataque por sorpresa con una virulencia fuera de lo normal, masacrando a los reunidos y a quienes llegaban al encuentro. El triste hecho aconteció la jornada que nos vimos obligados a guarecernos en la cueva.

El conocimiento de aquella noticia hizo que se nos partiese el alma y se llenase de dolor. Fueron muchos los compañeros que murieron luchando antes de dejarse prender y ser vejados en el martirio de la crucifixión.

Allí se olía a muerte y a venganza. Aquel horrendo paraje se había cubierto de sangre. De sangre vertida por gente con nues-

tros mismos ideales, con las mismas ilusiones y hasta con los mismos deseos de libertad y esperanza en un futuro. Todas esas metas quedaron allí para siempre.

Aún podían verse esparcidos los cuerpos de muchos de los nuestros que llevaban dos días a pleno sol. Jesús permanecía inmóvil, sorprendido y a la vez indignado con aquella horrenda estampa. Con los ojos llenos de lágrimas y mirando a los cielos volvió a repetir:

-¿Era necesario hacerlo?

Yo sí tenía claro que volvería a matar, no una vez, sino mil, si las circunstancias lo requiriesen, para liberarnos del yugo romano.

Nuestra gente tenía muy claro que, mientras los romanos persistiesen en someter a nuestro pueblo, no descansaríamos un instante en impedirlo, aunque en ello nos jugásemos la vida.

Una vez dada sepultura a nuestros muertos nada teníamos que hacer allí, en aquellos tristes y duros momentos. Si continuábamos en Naín, podíamos correr muchísimo peligro.

Sin dilación alguna abandonamos aquella población, pues debíamos alcanzar a primeras horas de la mañana el monte Gelboe, que forma el borde norte de Samaria, para sentirnos a salvo, al ser estos terrenos recónditos para ocultarnos durante el día.

Era vital viajar de noche y escondernos durante el día hasta llegar a Jerusalén. En la oscuridad había más posibilidades de podernos mover, pues conocíamos por dónde y cómo hacerlo.

La ciudad Santa me ofrecía la ventaja de que en ella no era conocido, por lo tanto esas circunstancias me darían la libertad para desplazarme sin problema por toda la ciudad.

Caminamos penosamente por aquel monte hasta alcanzar un abrigo a mitad de camino entre la base y su cima. Una vez

puesto a salvo, les comenté que en aquel entorno del Gelboe habían descansado Saúl y sus hijos, antes de sufrir la muerte.

Aquel día tuvimos suficiente tiempo para organizarnos. Vimos la inconveniencia de continuar viajando los tres juntos y pensamos en separarnos para no llamar la atención. Decidimos que Juan, al conocer perfectamente la parte montañosa cercana al valle del Jordán, nos dejaría e iría hacia Jericó a incorporarse a uno de los grupos que operaban en aquel territorio. Jesús y yo continuaríamos juntos e intentaríamos llegar a Jerusalén en diferentes etapas.

Pasamos la jornada escondidos en el Gelboe, estudiando el camino a seguir y hacia el anochecer dejamos aquel sitio. Habríamos caminado algo más de una hora cuando nos separamos. Juan bajó el monte caminando hacia el valle del Jordán para seguir la corriente del río y dirigirse hacia Jericó, mientras nosotros enfilamos diligentes hacia Jerusalén, atravesando las diferentes zonas montañosas existentes. Durante el viaje hicimos paradas breves para comer en casa de compañeros que vivían en Sicar, Siquén, Efraím, Betel y Betania, donde llegamos a la casa de Marta y Lázaro.

CAPÍTULO XI EL DEBATE

DURANTE UN LARGO RECORRIDO ANDUVIMOS por un estrecho sendero, rodeado de grandes olivos. Aquella noche descansamos en uno de los muchos molinos existentes, donde se molían las aceitunas y se extraía su aceite.

A la mañana siguiente, salimos hacia Betania y entramos en ella por la zona cercana a la frontera con el desierto de Judá y la percibimos dormida sobre la ladera oriental del Monte de los Olivos.

Nuestros antepasados conocían a Betania con el nombre de Asarí y siempre nos dijeron que fue construida por los hijos de Benjamín.

La llegada de Jesús a Betania fue acogida con júbilo por los hermanos Lázaro y Marta, que ofrecieron su casa al hijo de José y de María, sus amigos. Al no haberles podido avisar de nuestra llegada, Marta dispuso todo lo necesario y arregló una habitación donde podríamos aposentarnos durante un largo tiempo.

Pensé que en un principio era mejor y más conveniente hospedarnos en Betania y desde allí Jesús se trasladaría a Jerusalén cada vez que deseara hacerlo, al ubicarse ambas poblaciones a muy poca distancia, a tan sólo cinco kilómetros.

También pudo haberse alojado en casa de su tío Needar, pero no lo creí necesario debido a la mucha actividad que éste venía desarrollando en pro de nuestra causa y porque no quería ver a Jesús involucrado en ella, al menos por ahora.

Imaginé el ajetreo vivido durante aquellos días como consecuencia de los acontecimientos acaecidos en las últimas semanas. Por ello, pensamos que quedándose en Betania, le haríamos mucho bien. Marta, con tan sólo unos años más que Él, podría comprenderlo y hacerle sentirse bien en aquella casa. El tiempo hizo que entre ellos surgiese una gran amistad para toda la vida.

Lázaro era un joven zelote, comerciante, panadero y dueño de la mayor tienda de Betania, donde se vendía de todo, desde la más pequeña de las quincallas y bujerías hasta los mayores aperos de labranzas. También le pertenecía la mayor almazara del lugar, donde se molía la mayor parte de las aceitunas que se recogían en toda la zona.

La elevada posición social y económica de Lázaro le había hecho codearse con los más importantes personajes políticos y religiosos de Betania y también de Jerusalén.

Durante la charla mantenida Marta nos comentó sentirse contenta porque a la semana siguiente Mariamne llegaría a pasar una larga temporada con ella. Deseaba encontrarse con su prima porque la adoraba y hacía mucho tiempo que no la había visto.

Jesús oía cuanto se decía sobre Mariamne en silencio y pude observar como en su rostro se exteriorizaba una suave sonrisa complaciente y a la vez llena de socarronería, como queriendo esconder para él solo la satisfacción producida al saber que ella compartiría techo también con Él.

Únicamente había estado con ella unas horas durante su viaje a Magdala y desde entonces la recordaba gratamente.

Se había sentido bien con Mariamne charlando de muchos temas que nunca había hablado con otra mujer; y es que, según nos contó Marta, aquella joven rompía los moldes establecidos en la sociedad judía sobre la mujer. Tanto, que logró convencer a su padre para ilustrarse como un hombre. Ella deseaba aprender todo lo necesario, sin ninguna cortapisa especial. Admiel era hombre muy especial, con una mente muy abierta y quizás al no tener hijo, quiso que ella ocupase el puesto del varón que siempre deseó y no pudo tener.

En ese instante de la charla, les propuse ir al día siguiente a visitar Jerusalén y todos hicieron suya mi propuesta, al tiempo que me retiraba a descansar.

Marta y Jesús se quedaron charlando y, por lo que me contaron al día siguiente, la conversación fue muy interesante. Recordaron ocasiones vividas cuando años atrás, siendo niños, acudían a Jerusalén a celebrar la fiesta pascual.

Aquella mañana, Lázaro me relató lo ocurrido en Naín. Con crudeza y profunda pena fue exponiéndome, con voz desgarradora, cómo los soldados al servicio del Imperio sorprendieron a sus compañeros y les dieron muerte de forma cruel. Supimos por él, quiénes fueron los amigos caídos en aquella lucha y cómo el grupo que él comandaba logró salvarse al haberse producido el ataque una hora antes de su llegada. Nada pudieron hacer por ellos porque allí nadie quedaba con vida cuando llegaron.

Finalizada aquella conversación, decidimos iniciar la marcha, nos dispusimos a poner los aparejos a los animales y en poco tiempo, con Jesús y Marta, nos dirigíamos hacia Jerusalén a lomo de tres asnos.

Después de recorrer un buen trecho, distinguimos a lo lejos, dentro de las montañas de Judea, la colina sobre la cual se levanta Jerusalén. Al acercarnos a ella, divisamos el Pináculo del Templo, construido por Salomón, erguido hacia el cielo y vigilante del camino de Jericó por donde nos dirigíamos a la gran ciudad. Era el único lugar del mundo al que todos los judíos debíamos peregrinar.

Ante aquella visión extraordinaria de Jerusalén, Jesús le dijo a Marta que una ciudad construida en lo alto de una montaña y fortificada con murallas no podría desaparecer ni permanecer escondida.

Desde donde permanecíamos observamos el valle del Cedrón, blanco de almendros floridos. También veíamos el valle del Hinón situado hacia el oeste de la ciudad y el Tyropoeón, que formaban parte del paisaje de Jerusalén.

Seguimos la marcha y, dejando a nuestra derecha el Monte de los Olivos, todo verde, atravesamos el Jardín de Getsemaní, lleno de flores multicolores, y entramos en la ciudad por la Puerta de Susa. Dejamos las borriquillas amarradas cerca de un abrevadero para continuar a pie por el Pórtico de Salomón hasta llegar a la Puerta Hermosa.

Al entrar por ella, Marta se dirigió al patio de las mujeres y nosotros al de los hombres, próximo al Santo y al Santo de los Santos, donde oramos durante una media hora.

Hacia el mediodía volvimos a reunirnos los tres y salimos. A esa hora el calor ya empezaba a hacerse insoportable.

La curiosidad de Jesús por todo cuanto veía se hacía patente. Se paraba a charlar con los transeúntes y con cuantos sacerdotes se encontraba a su paso. Siempre tenía alguna pregunta que hacerles o alguna sugerencia que realizarles.

Siguiendo nuestro caminar nos paramos en un corro formado por escribas y sacerdotes enzarzados en un debate público celebrado en plena calle y en el que podían participar cuantos quisiesen. Allí se discutía con gran derroche de sabiduría. Jesús, en un principio, escuchaba la opinión de aquellos hombres, pero enseguida empezó a dialogar con ellos en un perfecto hebreo en lugar de utilizar la lengua de los romanos o el arameo que era la que a diario utilizábamos, desconcertando con ello a aquellos hombres. Posteriormente demostró sus grandes conocimientos sobre las Sagradas Escrituras, las leyes de Moisés o sobre cualquiera de los temas planteados allí. No era normal que un joven de su edad dominase una lengua caída en desuso y sólo utilizada por personas de una vasta preparación como eran las que formaban parte de aquellos debates en plena vía pública.

Sus conocimientos se hacían tan patentes y sus razonamientos eran tan profundos, que iba refutando cada uno de los argumentos expuestos por algunos de los doctores o bien reafirmando y potenciando lo expresado por otros.

Quienes lo escuchaban quedaban fascinados, admirados de su sabiduría y conocimientos, pero sobre todo asombrados de su erudición. Aquellos sacerdotes se interesaron por Él y le pidieron que se integrase de forma continuada a aquel círculo de doctores y teólogos.

Antes de partir, nos animaron a hacerles una nueva visita en los próximos días. Discretamente Jesús me preguntó si era conveniente aceptar aquella invitación. En el momento de contestarle se nos acercó la persona que parecía tener la mayor autoridad del grupo. Dando un paso hacia donde estábamos, volvió a reiterarnos la invitación.

-¿No me has reconocido, verdad? -me preguntó.

Quedé un poco confuso ante aquella pregunta, pues no recordaba aquella cara, pero pronto me sacó de dudas.

-Nunca olvido un rostro –me indicó. Nos conocimos hace ya muchos años en el Templo, siendo Jesús un recién nacido.

Sí, aquel sacerdote era Hillel el Grande. Entonces, lo reconocí bajo aquellas barbas largas. La presencia de aquel hombre vino a despejar cualquier duda sobre la invitación que acababan de hacernos. Crucé mi mirada con la de Jesús y entendió correctamente mi mensaje, por ello aceptó la proposición que le habían hecho.

Antes de retornar cada uno a sus menesteres, nos despedimos de quienes formaban parte de aquel grupo de discusión y debate con saludos efusivos por parte de ellos y de respeto por el nuestro.

Desde allí continuamos paseando por las calles de los alrededores del Templo.

Mientras recorríamos aquella zona, Jesús observaba con atención a los vendedores de animales y frutas vociferando la bondad de los productos que ofrecían a los viandantes.

Entendí que aquella situación le molestaba en demasía, porque los puestos de ventas se ubicaban a las puertas del Templo, no obstante no exteriorizó en público su desagrado.

Al dejar atrás aquellos tenderetes, me preguntó si no existía otro sitio más retirado donde poder ubicar el mercado lejos del recinto sagrado.

Mi presencia pasó desapercibida porque no me había movido con nuestra organización por Jerusalén en ninguna ocasión por lo que, para mi bien, allí no me conocían.

Esas circunstancias me iban a dar la posibilidad de despla-

zarme con suma facilidad por sus calles y por las instituciones, pero tenía muy claro que no iba a caer en la confianza absoluta, alguien podría haberme visto con anterioridad en cualquier otra población. Fue en aquel instante cuando resolví dejarme la barba y nunca más he vuelto a quitármela.

Decidimos dejar aquella zona y bajamos por la escalinata del Atrio Regio para recoger los asnos y salir hacia el sitio donde Salomón fue ungido Rey, el manantial de Gihón, desde donde se condujeron las aguas al estanque de Siloe a través del túnel de Ezequías.

Junto a aquella fuente, un hombre de avanzada edad sufría con los pies agrietados y ensangrentados como consecuencia de haber caminado descalzo durante largo tiempo.

Jesús se le acercó y ante nuestro desconcierto empezó a lavárselos con suavidad, porque el dolor que sufría era insoportable. Después de secárselos con tremenda delicadeza, Marta le acercó un ungüento preparado por ella y que siempre llevaba consigo en una bolsa de piel y se lo fue untando suavemente. Antes de disponernos a comer se quitó sus sandalias y se las puso a él.

En aquel sitio nos sentamos a la sombra de sus palmeras y cerca de sus aguas para percibir su frescor. Marta sacó la comida, guardada en uno de los serones de nuestros animales ofreciéndole una porción de la misma a aquel pobre hombre y allí sentados cómodamente sobre la hierba fresca, nos dispusimos a tomar el resto y a descansar un rato.

Después volvimos a pasear por los alrededores del Templo y, algo más tarde, reiniciamos la marcha dirigiéndonos hacia la casa de José de Arimatea, dejando atrás el Atrio de los Gentiles, donde los prestamistas vociferaban al unísono.

Desde allí, tomando el camino de Samaria y dejando a la dere-

cha las aguas rojas del estanque de Betesda, llegamos a la casa de José, que al percibir nuestra presencia salió feliz a recibirnos.

Era el de Arimatea, tío abuelo de Jesús, hermano de su abuelo Joaquín, un hombre serio, una buena persona y defensor de nuestra causa. Formaba parte del Sanedrín, donde todos sus miembros le profesaban un gran respeto.

Siempre estuvo dispuesto a ayudar económicamente a nuestra organización, pero fue mucho más importante la asistencia que nos prestaba dando cobijo a nuestras gentes en los momentos de suma dificultad, sobre todo cuando algunos de nuestros compañeros eran perseguidos por los soldados al servicio de los romanos. Tenía una gran mansión en el centro de una fértil huerta, a las afueras de la ciudad donde abundaban los olivos, higueras, vides y otras muchas plantas.

Acudimos a su casa porque allí debía entrevistarme con Needar y Nuriel para hacer un análisis pormenorizado de la situación creada tras el desastre de Naín.

Ya en ella debimos esperar unas horas antes de que éstos vieran. Primero llegó Nuriel, acompañado por Lázaro y media hora más tarde lo hizo Needar con Menahem, uno de los hijos de Judas de Gamala y de los pocos supervivientes de Naín.

Todos los llegados participaron en aquella reunión a la que fue invitado Jesús. En ella me enteré por Menahem cómo en Naín había muerto su padre, quien en aquellos momentos ostentaba la máxima responsabilidad de nuestro movimiento.

Judas de Gamala fue un intelectual fariseo, nacido en Gamala, al nordeste del Mar de Galilea, el cual dedicó su vida a luchar contra las injusticias y el sometimiento de los romanos, haciéndoles comprender a todos que el pueblo judío no debía pagar tributos a Roma y sí hacerlo a la causa de Dios.

Menahem nos explicó que él mismo, con sus propias manos, había dado muerte a su padre con su sicca al ser hechos prisioneros con otros compañeros. Su padre les había hecho prometer a todos sus hijos que, en caso de que lo detuvieran, lo mataran antes de sufrir el martirio de la crucifixión. De aquella forma satisfizo la promesa hecha y además le proporcionó la posibilidad de escaparse ante la confusión creada entre los soldados que nunca esperaron aquella reacción por su parte.

Todos sentimos aquella pérdida, porque él fue el verdadero motor material que nos movió a todos haciéndonos ser, y sentirnos zelotes, conduciéndonos por un sendero hacia Jahvé a través de la liberación de nuestro pueblo. Ahora le correspondía tomar la dirección de nuestro grupo a su lugarteniente Nuriel, mi maestro, y en realidad el maestro de todos. Bajo aquel aspecto taciturno, tímido y callado se escondía un gran hombre lleno de vida y vivencias; un hombre sabio, bondadoso y fuera de lo común. Éste, con Judas, había dirigido la organización, siendo el verdadero guía espiritual de nuestro movimiento y el más fiel y leal compañero del de Gamala.

Nuriel hizo una exposición minuciosa de la situación de nuestra organización. Cada uno de los asistentes a aquella reunión expresó la indignación que sentíamos y, después de muchas horas llenas de tensión, se tomó el acuerdo de incrementar las agresiones y asaltos al enemigo.

También se pensó y decidió que Jesús debería acudir de forma continua al Templo para prepararse y conocer cuantas materias y disciplinas se ofrecían y se impartían por parte de los doctores y sacerdotes responsables del mismo.

Su asistencia a aquellas clases nos daría la posibilidad de ob-

tener mucha información del entorno del sumo sacerdote Anás, así como de cuantas noticias llegaran a sus oídos.

Jesús asentía con los gestos de su cara a los deseos expresados por los presentes, sin dejar de observar un instante el rostro de Nuriel, el cual exponía con extremada claridad y nitidez la necesidad de que alguien de los nuestros, permaneciera dentro del Templo y cerca de quienes más influencia ejercían en la población judía. Jesús no levantaría ningún tipo de sospecha. Era importante que perfeccionase sus conocimientos sobre la ley de Moisés, para así poder rebatir cuantas veces fueran necesarias las interpretaciones que se venían haciendo en los últimos tiempos sobre ella.

Recuerdo que en ese momento Nuriel sonrió y dijo en voz más baja de lo normal:

-¿Aprender de ellos? -manifestó y siguió afirmando- en estos momentos nadie domina mejor la ley de Moisés que Jesús.

Terminada la reunión todos se marcharon. Cada cual por separado excepto Lázaro y Marta que lo hicieron juntos, ambos partirían hacia Betania.

Debimos cambiar nuestros planes de quedarnos durante un tiempo en Betania. Se decidió por parte de Nuriel que Jesús se quedase en la casa de José de Arimatea, por lo tanto también yo me quedaría en ella acompañándole durante un largo periodo, el tiempo necesario para llevar a cabo su preparación con meticulosidad en todas las materias y en las disciplinas que se impartiesen en el Templo.

Aunque normalmente las casas en Jerusalén se componían de una habitación y una cocina, aquella de José era una amplia mansión de campo con diferentes cuerpos de viviendas. Nos hicieron ocupar uno cercano al de la casa principal, al que se

llegaba a través de un ancho pasillo empedrado. Aquella parte había estado dedicada durante muchísimos años a almacén de granos, pero en aquel momento se venía utilizando como lugar de cobijo para quienes acudían buscando refugio. Era un sitio bonito, apacible y lleno de la tranquilidad necesaria para poder llevar una vida interior reconfortante durante el tiempo que estuviésemos viviendo allí.

Al día siguiente de nuestra llegada, tal como habíamos previsto, nos dirigimos de nuevo al Templo. En esta ocasión entramos al recinto sagrado por la Puerta de las Ovejas. Al atravesarla nos paramos con uno de los sacerdotes que el día anterior se había interesado por la forma en cómo Jesús llevó la discusión con los doctores. Tuvimos la sensación de que aquel hombre de vestidura mugrienta esperaba nuestra llegada.

Al vernos se acercó y nos comentó que el sumo sacerdote tuvo conocimiento por boca de Hillel de lo ocurrido en el debate del día anterior y se interesó por conocerle.

Quiso saber quiénes éramos, de dónde habíamos llegado, qué hacíamos en Jerusalén y dónde nos hospedábamos.

Antes de que yo pudiera intervenir, Jesús se adelantó presentándose como su hermano y diciéndole que habíamos llegado a Jerusalén a visitar a nuestros familiares.

Aquel sacerdote sentía mucha curiosidad, más por lo que desconocía de nosotros que por lo que le habíamos revelado, y prosiguió preguntándonos el lugar donde nos hospedábamos.

Yo le respondí de forma concisa y sin el menor titubeo que vivíamos en la mansión de José de Arimatea.

Aquella simple respuesta lo tranquilizó muchísimo y le hizo cambiar su semblante. Dulcificando la expresión de su rostro nos confesó que José de Arimatea era un amigo muy querido,

que ocupaba asiento contiguo al suyo en el Sanedrín. A partir de ese instante no hubo más interrogatorio, más bien todo lo contrario, todo fueron facilidades.

Aquel sacerdote nos invitó a visitar al sumo sacerdote y nos indicó que él personalmente nos acompañaría a su palacio. Aceptamos su ofrecimiento y nos dejamos conducir por él.

Seguidamente nos dispusimos a abandonar aquel recinto sagrado y nos dirigimos a entrevistarnos con Anás.

Tras un recorrido interesante, observando el ambiente que se respiraba por las calles, llegamos a la casa del sumo sacerdote y, tras esperar unos minutos en la antesala, un levita nos acompañó hasta su presencia.

Después de andar un estrecho pasillo nos presentamos ante Anás el cual había sido nombrado sumo sacerdote gobernando Quirino.

Nos encontramos con un hombre de unos cincuenta años que se encontraba rodeado de pergaminos. Nos invitó a sentarnos ante su mesa y con una sonrisa profunda nos saludó. Dirigiéndose a Jesús le expuso que le habían hablado de su intervención en el debate con los escribas y doctores de la Ley.

También le dijo cómo su intromisión en el debate había sido muy elogiada por todos, más que por su contenido, que fue muy bueno, por la forma de exponerlo.

Este le ofreció la posibilidad de asistir a los encuentros de estudio que semanalmente se celebraban, así como la invitación a participar en los debates sobre las Sagradas Escrituras que diariamente se realizaban en la sala del Sanedrín, junto al Patio de los Sacerdotes.

Jesús me miraba y entendía muy bien el mensaje que yo le transmitía con mis ojos, pues se había producido tanta com-

plicidad entre nosotros que nos entendíamos en el silencio. Asentí a que aceptase las proposiciones realizadas por el sumo sacerdote. Él le expresó su conformidad y su decisión produjo en Anás una gran satisfacción que se reflejó en su rostro. El sumo sacerdote me pidió que los dejase solos.

Abandoné la habitación, volví a la antesala donde seguía el sacerdote que nos había acompañado y con él estuve hablando largo tiempo.

Transcurridas unas dos horas la puerta se abrió y ambos salieron juntos. Anás, con el brazo por encima del hombro de Jesús, mostrando visiblemente el agrado que le había causado.

Al acercarse a mí, me expresó la extraordinaria impresión que se llevaba de mi hermano.

Me dijo además que le había manifestado sus deseos de mantenerlo junto al grupo de jóvenes que se preparaban para ejercer el sacerdocio y que asistiría a una yeshiva¹⁰ donde llevaría a cabo el estudio de la torá¹¹ y del talmud¹².

Fingí mostrar cierta contrariedad con aquel ofrecimiento y a cambio de mi aceptación, conseguí que me autorizaran a realizar cuantas visitas fuesen necesarias a aquel lugar para acompañarle.

Aquella circunstancia me daría la oportunidad de poder moverme con libertad en el entorno del sumo sacerdote y el Sanedrín, que era el centro de poder de Jerusalén.

¹⁰ Centro de estudios.

¹¹ Libro de la ley de los judíos.

¹² Libro que contiene la tradición, doctrinas, ceremonias y preceptos de la religión judía.

De esa forma conseguí mucha información valiosísima para nuestra organización.

Cada mañana, al amanecer, nos veíamos en la cocina tomando la primera comida y, una vez terminada ésta, dejábamos la casa, porque Jesús debía marchar a estudiar.

CAPÍTULO XII SUEÑO DESEADO

ERA SÁBADO Y ESTÁBAMOS EN BETANIA, EN casa de Marta, a donde nos habíamos trasladado a pasar el día de descanso. Desde varios días antes, Jesús me había pedido ir, porque percibía que Mariamne, su amiga de Magdala, ya se encontraría allí.

Partimos la tarde del viernes para pasar la noche con ellos y antes de que anocheciera ya estábamos en el umbral de la casa de Lázaro y Marta. Con gran alegría salieron a recibirnos y nos invitaron a entrar.

Empezaron a sonar las trompetas anunciando la llegada del sábado, a la vez que nos recordaban cómo, a partir de aquel instante, se debían terminar los trabajos pues nuestra ley lo prohibía.

Aquella mañana del viernes, Marta, ayudada por Mariamne, que había llegado el día anterior, había preparado para aquella noche y para el sábado una cena a base de cordero y una gran variedad de frutas. La tomamos con gran satisfacción, porque además de ser unos platos riquísimos, nuestro apetito era muy grande.

Lázaro y yo nos levantamos y fuimos a sentarnos a la puerta del patio cubierto de un emparrado de hojas verdes, donde las vides afloraban sus frutos. Allí, bajo el frescor de sus ramas y la atenta mirada de Marta, mantuvimos una larga conversación; la tranquilidad de la noche nos predisponía a ello.

Cuando se retiró su hermana a descansar, Lázaro me confesó que sentía un miedo enorme de ser hecho prisionero y terminar su vida crucificado. Todos sentíamos miedo de esa terrible situación y ninguno queríamos vivirla. Un miedo apagado siempre por la concienciación, recibida desde que teníamos noción de vivir envueltos entre las injusticias que los romanos acometían a diario contra nuestras tierras y nuestra gente.

Sí, ¿por qué negarlo? Miedo, un temor atroz, fuera de lo normal. Pero sabíamos tragárnoslo y no manifestarlo en ningún instante. Exteriorizarlo hubiera significado nuestra esclavitud total y esa complacencia no se la íbamos a proporcionar a quienes detestábamos.

Le comenté cómo todos lo teníamos, que era algo normal, muchos compañeros me habían comentado lo mismo y le dije que nuestra fortaleza de espíritu sería capaz de vencerlo con facilidad. Lázaro asintió a cuanto le expresé y la fuerza con la que apretó mi mano me lo confirmó.

Durante el tiempo en que estuvimos conversando, Jesús y Mariamne también charlaban sentados sobre la hierba del patio contiguo. Debió de ser una conversación interesante porque se le notaba entusiasmado. Siguieron hablando después de retirarnos a dormir, departiendo hasta la madrugada.

A la mañana siguiente, Jesús me esperaba porque deseaba relatarme la conversación mantenida con Mariamne. Ella le

había transmitido sus sueños de querer prepararse en todas las materias al igual que podía hacerlo un hombre, aunque era consciente de la dificultad que suponía poder llevarlo a cabo.

Aquella aspiración de Mariamne resultaba difícil de conseguir, por no decir imposible, porque era mujer y como tal no podría acceder a ninguna institución en la que se impartiera algún tipo de enseñanza.

Como mujer no tenía ni los derechos religiosos, ni los civiles que teníamos los hombres.

Le expliqué cómo, al faltarle aún unos meses para cumplir los doce años, dependía totalmente de su padre y que, con mucha probabilidad, la destinaría, si no lo había hecho ya, a un hombre que la haría su esposa.

Jesús me pidió que hablase con ella y conociese directamente de sus labios cuáles eran sus deseos e inquietudes. Yo no tenía inconveniente alguno en conversar con ella durante el tiempo que fuese necesario y así se lo hice saber.

Hacia el mediodía decidimos salir los tres a pasear por el campo para poder hablar con tranquilidad y sosiego. Tomamos un sendero serpenteante saliendo desde la casa de Marta, ubicada a las afueras de Betania, hacia un pequeño prado cubierto de árboles. Allí nos sentamos a la sombra y volví a exponerle a Mariamne lo que unas horas antes le había relatado a Jesús: las tremendas dificultades que tendríamos para poder realizar sus deseos.

Ella comprendió mi planteamiento y lo consideró correcto, aunque según me dijo no estaba dispuesta a ajustarse a los cánones establecidos. Su padre era un hombre con una mente muy abierta y le había prometido no casarla con quién no deseara, al tiempo que le permitió prepararse en las distintas disciplinas.

Le dije que me movería entre gente conocida e intentaría obtener una solución, aunque no debía hacerse muchas ilusiones porque no sería fácil persuadir a las autoridades religiosas de instruir a una mujer, pues ni tan siquiera en los cultos en las sinagogas las mujeres podían intervenir. Aquella joven, con una fuerte personalidad, oía mis palabras con suma atención y confiaba en que yo le pudiera solucionar su petición.

Durante el tiempo en el que hablamos, Jesús permaneció en silencio y no pronunció palabra alguna. Al final me mostró el deseo de ver convertido en realidad los deseos de Mariamne.

Terminamos la charla, pues debíamos marchar para asistir a los servicios religiosos. Acudimos a la sinagoga a celebrar los oficios del sábado. Lázaro inició la ceremonia con una oración seguida por todos y se continuó con la lectura de pasajes de la Torá, -Torah- por parte de algunos de los miembros del comité de hombres que la dirigían. Una vez leídos escuchamos el sermón.

Desde la sinagoga nos fuimos a un pequeño vergel situado a las afueras de Betania, donde se acostumbraba a ir para disfrutar del día al terminar los actos religiosos. Aquella fue una bonita y agradable tarde, rodeada de tranquilidad y sosiego. Desandando lo andado y muy contentos volvimos a la casa donde Marta y Lázaro nos esperaban con la mesa repleta de buñuelos y ricos dulces de leche frita rebozados en miel.

Al anochecer volvieron a sonar las trompetas de nuevo, anunciando el fin del sábado. Aquella noche no podía conciliar el sueño pensando cómo podría darle una salida satisfactoria a los deseos de Mariamne. Con los mismos pensamientos que me acosté, me levanté. A la mañana siguiente abandonamos

Betania y marchamos hacia Jerusalén ya que al día siguiente Él tendría clases. También debíamos contactar con amigos que nos ayudaran a encontrar un lugar donde ella pudiese prepararse. Durante el camino Él no dejaba de pensar en los días vividos, donde las horas se le hicieron efímeras. Atrás dejábamos a Mariamne envuelta en sus sueños.

Jesús fue hacia el recinto del Templo para recibir las enseñanzas religiosas que se impartían en la planta situada por encima del Atrio Regio en una gran sala con escritorios individuales y una mesa rectangular de grandes dimensiones sobre un estrado, desde donde uno de los doctores se dirigía a los alumnos. Asistían a esas clases catorce personas, siendo Él el más joven de todos. Las instrucciones eran dadas en arameo por doctores y sacerdotes del Templo.

Mientras permaneció en aquel recinto, me dirigí hacia la casa de Needar. Lo hallé haciendo lo mismo que la primera vez que me encontré con él, estaba reunido con un grupo de personas. Frente a su vivienda y bajo el palmeral seguía exhortando a un grupo de marginados, acompañado por un nuevo y joven discípulo. En esa ocasión faltaba el Cananeo, el cual se encontraba en Samaria coordinando el movimiento zelote. Esperé un rato para no interrumpirle su plática. Se dio cuenta de mi presencia, y deseó acabar su charla con aquellas personas. Se fue despidiendo individualmente de cada uno de los asistentes y se acercó a mí abrazándome con gran cariño.

Nos encaminamos al interior de su casa y nos sentamos en la mesa del pequeño patio, todo lleno de preciosas macetas entre las que destacaba un fragante jazminero rebosante de pequeñas y olorosas flores blancas.

Hablamos de la situación presente y le expuse las razones

por las cuales me había acercado hasta su vivienda. Le pregunté las posibilidades reales que Mariamne tenía de recibir algún tipo de enseñanza.

-Ninguna -me contestó lacónicamente.

-¿Has olvidado su condición de mujer y que como tal le está prohibido ausentarse de casa si no es para ir a los oficios en la sinagoga?

Bien sabes que simplemente dialogar con una mujer en público es censurable, aunque ésta sea tu esposa –prosiguió.

Estaba al corriente de todo lo que me decía, pero debíamos encontrarle una solución. Era cuestión de echarle imaginación. Dimos muchas vueltas a aquel asunto y él la encontró, si no la mejor, al menos sí la única posible. Me propuso preparar entre todos nosotros a Mariamne y que Jesús llevase el peso de su formación, porque Él, debía transmitirle todas las enseñanzas que a diario obtuviese. No había otra posibilidad viable, al menos conocida por nosotros.

Hacia media tarde me dirigí al Templo a buscarle. Le localicé en la gran escalinata esperándome. Allí charlaba animadamente con otro joven de unos quince años. Al llegar a su altura los saludé y Jesús me lo presentó diciéndome cómo le había conocido en una de las clases a la que habían asistido. Se llamaba Juan y era hijo de un zelote tapado.

Aquel joven me contó que se encontraba en Jerusalén estudiando la Ley, deseando consagrarse al sacerdocio al igual que lo había hecho su padre que ejercía en Aín Karen, un pueblo muy cercano a Jerusalén.

A lo largo de la conversación mantenida, sentados en aquellas escalinatas, Juan nos refirió que su nacimiento tuvo lugar en Betsaida, -Betseda- donde su abuelo trabajaba en un taller

de calafatería de su propiedad, ayudado por su padre que compaginaba aquel oficio con su labor sacerdotal.

Intuí que los dos jóvenes terminarían siendo grandes compañeros. El tiempo vendría a darme la razón, los dos acabaron siendo buenos e inseparables amigos que caminaron siempre por el mismo sendero.

Nos despedimos de Juan, que marchó a su pueblo, mientras nosotros nos dirigimos a la casa. Nuestra llegada era esperada por Nicodemo y por José de Arimatea, el cual nos había preparado unos lebrillos con agua para refrescarnos.

Después de la cena le pedí a Jesús salir al campo a pasear un rato. Aproveché aquel recorrido para comentarle lo que habíamos pensado Needar y yo con respecto a los deseos de Mariamne.

Entendió el planteamiento hecho y me dijo que estaba totalmente de acuerdo con lo decidido y convencido de la alegría que le daríamos a ella. Aquella solución ya era algo para empezar, mucho más de lo esperado.

También me confesó que le hacía mucha ilusión transmitirle a Mariamne los conocimientos adquiridos en sus pasados años, además de los que a diario venía obteniendo en las clases de grandes y excelentes profesores. Me di cuenta de que al decirme todo aquello, su cara se llenaba de felicidad y hasta sus ojos brillaban de alegría, agradeciéndome el esfuerzo realizado por buscarle una salida a los deseos de ella y me dijo que entre todos haríamos realidad los sueños de aquella joven.



CAPÍTULO XIII

YATABEL

NOTÉ QUE LA SEMANA SE LE HACÍA MUY larga. Un día me preguntaba si el viernes iríamos a Betania; otro se interesaba por la hora de salida. Deseaba que el tiempo pasase velozmente, que corriese deprisa. Cuando le observaba, le percibía soñando con Mariamne, la mujer con la que parecía sentirse bien.

Era ella una joven extrovertida, que lucía constantemente una suave sonrisa en sus labios carnosos. Sus grandes ojos rasgados, de color negro como la endrina, resaltaban en su cara grácil y menuda, bajo una melena suelta de cabellos también negros, cayéndole sobre los hombros. En su cuerpo pequeño encerraba una personalidad muy fuerte a la vez que dinámica, pero, sobre todo, destacaba por tener una inteligencia fuera de lo normal. Desde muy niña se sintió mal y disconforme con las restricciones y limitaciones a las que se tenía sometida a la mujer.

Mariamne siempre quiso prepararse y adquirir los mismos conocimientos que un hombre, al concebir a la mujer en su mismo plano de igualdad. Una importante reivindicación que llevaría adelante a lo largo de su vida. La misma que Jesús hizo siempre suya.

Durante los días precedentes al sábado, Él acudía a sus clases y se instruía junto a Juan, con el que se iba uniendo en una amistad cada vez más entrañable, firme y verdadera.

El viernes, tan esperado, partimos con la borriquilla de Nicodemo puesta a nuestra disposición. La habíamos aparejado y colocado sobre su lomo dos serones, en los que metimos diferentes frutos y verduras del huerto que llevábamos para obsequiar a nuestros anfitriones. Como el camino era muy corto, lo hicimos andando. El animal seguía nuestros pasos. A mitad del trayecto, junto a la fuente de Yatabel, vimos a un hombre tumbado en la tierra boca abajo. Nos acercamos, le dimos la vuelta y le observamos, pero su rostro sucio de tierra y sangre seca nos impedía reconocer sus facciones. Nos sobrecogieron las condiciones tan pésimas en las que se hallaba aquella persona. Aquel hombre estaba muy malherido, había sido agredido salvajemente. Su cuerpo magullado yacía inconsciente. Limpiamos su cara con agua sacada del pozo. Al retirar la sangre y la tierra de su rostro apreciamos que era un joven de no más de dieciocho años. Lavando su cuerpo observamos que debió de ser apaleado con un objeto contundente, bien con una barra de hierro o con un palo duro. Con no poco esfuerzo conseguimos subirlo sobre Bastiana, nuestra apreciada borrica.

Durante el corto trayecto que nos quedaba por recorrer, Jesús caminó junto al joven sosteniéndole la cabeza con su mano izquierda y sus hombros con la derecha; yo permanecí pendiente de sus piernas y Bastiana, una burra vieja que percibía muy bien lo acontecido, aminoró su marcha y no dejó en ningún momento de llevar su paso acompasado al nuestro.

-Ya nos enteraremos de lo ocurrido cuando vuelva en sí, si

es que el pobre vuelve –le comenté cuando volvimos a iniciar la marcha.

Nos hicimos muchas preguntas durante el tiempo en que caminábamos hacia Betania.

-¿Quién o quiénes pudieron realizar aquella acción tan violenta?

-¿Qué razones tuvieron para hacerlo?

Entre preguntas y preguntas, con una lentitud pasmosa, llegamos a Betania. Marta, al vernos llegar, salió sobresaltada y detrás de ella Mariamne. Ellas nos ayudaron a bajar al herido con sumo cuidado y a introducirlo en la casa.

Se improvisó y preparó una mesa donde se le haría la primera cura y mientras llegaba el sanador de Betania lo recostamos sobre la cama de Marta, que se dirigió velozmente en su busca; él debía de vivir muy cerca de su casa porque en unos minutos llegó.

Ya dentro de la habitación donde habíamos llevado al enfermo, nos advirtieron que uno de los que allí estábamos podría quedarse para ayudarlo. Preferí ser yo el que lo hiciese, porque aunque no tenía grandes conocimientos en medicina, en diferentes ocasiones ayudé a Needar a curar a sus enfermos.

El sanador fue lavando y secando, con una suavidad exquisita cada una de las partes del cuerpo donde aparecían magulladuras y pidió a Marta que tomase un trozo de tela con agua fresca salada y lo fuese colocando sobre las contusiones de aquel cuerpo.

Ella hacía lo encomendado, mientras nosotros nos dirigimos a la cocina, donde él se dispuso a preparar un unguento para aplicárselo al herido. Sacó de un morral sujeto al cuello una pequeña vasija de barro refractario, la cual puso al fuego que habíamos preparado en un horno con aserrín. Empezó a elaborar la pócima derritiendo en ella un trozo de cera amarilla que des-

prendía un agradable olor y un trozo de resina de pino sólida. Al líquido obtenido, le añadió un poco de aceite de oliva y un pequeño trozo de sebo de carnero. Una vez mezclados aquellos componentes, los volvió a calentar y les fue añadiendo diferentes hierbas, entre las que distinguí el romero y el tomillo.

Esperábamos a que se enfriase aquel preparado, mientras mojábamos los labios del herido con agua. En un momento de la cura abrió con gran esfuerzo los ojos y los cerró con la misma lentitud que los había abierto.

El sanador secó de nuevo cada una de las partes húmedas de aquel cuerpo contusionado y untó pequeñas porciones del unguento preparado, extendiéndolo suavemente por las zonas afectadas.

El joven fue recobrando la consciencia y empezó a darse cuenta de donde se hallaba. Le apetecía hablar, pero le costaba trabajo articular las palabras. Con sus ojos nos expresaba su agradecimiento.

Aquella mirada fue captada por Jesús que acababa de entrar en la casa. A Él la cara de aquel hombre le resultó familiar, pero no llegaba a recordar dónde podía haberla visto, ni a quién pudiera pertenecer ese rostro.

La llegada de Lázaro despejó todas las dudas al respecto. Al estar ante el herido y observarle, se dio cuenta de que aquel hombre era el más joven de sus compañeros de su grupo en Jerusalén. Acarició la frente de su amigo y le llamó Santiago. Dirigiéndose a nosotros nos dijo que era uno de los hijos de Zebedeo. Al oírlo, Jesús asoció su cara a la de su amigo Juan. El parecido era asombroso, diferenciándose en la edad. Ambos tenían los cabellos cobrizos, fuertes, y una pronunciada nariz aguileña que resaltaba en sus caras enjutas y alargadas.

Dejamos al herido descansar después de haberle dado varias cucharadas de leche caliente y nos dirigimos a la mesa, donde las mujeres habían colocado dos grandes fuentes, una con un guiso de cordero con almendras dulces, dátiles y sémola y otra con frutas frescas.

Estuvimos sentados cerca de tres horas. Charlamos de todo con gran avidez. Lázaro nos habló de Santiago, de cómo habían quedado citados aquel día en la fuente de Yatabel para dirigirse juntos desde allí hacia Belén, donde debían mantener una importante reunión el domingo con compañeros llegados de otros rincones de Judea. Nos contó que llegó a la fuente y esperó durante varias horas a Santiago y que al no aparecer decidió volver a Betania y salir hacia Belén el domingo bien temprano.

Mariamne habló de lo agradable que había sido estar toda una semana junto a Marta; de las salidas realizadas al campo a pasear cuando el sol caía; y de las conversaciones tan interesantes mantenidas.

En un momento de la conversación, nos comentó las ganas que tenía de vernos llegar, pues pensaba que habríamos logrado una solución a la petición hecha la semana anterior. Aquel comentario dio lugar a que Jesús le explicase todo lo deliberado al respecto. Mariamne se sorprendía escuchándole. Le resultaba difícil creer lo que oía. Era increíble: sus sueños se estaban convirtiendo en realidad. Se lo decía Jesús y en Él creía; aquellos deseos que tenía desde años atrás podrían realizarse, tendría la posibilidad de educarse y adquirir los mismos conocimientos que cualquier hombre deseoso de prepararse.

Intervine para aclararle que no sería tan fácil como aparentemente pudiera parecer, pues encontraríamos muchas dificultades en recorrer aquel camino iniciado; con tesón lo conseguiríamos.

El domingo debía venir a Jerusalén pues tendría que estar cerca de quienes íbamos a dedicarnos a darle clases; podría ir a vivir a la casa de Needar o bien quedarse en el huerto de José de Arimatea.

Al final se impuso la conveniencia de no separar a Mariamne de Jesús y que fuese a la casa de José, porque era una mansión con bastantes habitaciones y tenía una buena biblioteca con suficientes libros sagrados interesantísimos para poder estudiarlos. Ella manifestaba hacer cuanto le dijésemos porque sería lo mejor.

Marta se sentía contenta y expresó la envidia sana que sentía hacia su prima. La animó a seguir luchando y trabajando como lo venía haciendo.

-Tú serás nuestro referente, el de la mujer judía, en ti nos miraremos todas –apuntó Marta- Tú serás nuestro ejemplo a seguir.

Todos poníamos mucha atención a los comentarios de Marta. Aquello que decía formaba parte de un lenguaje nuevo y nos sorprendió la forma contundente de exteriorizarlo.

Por conocer muy bien el papel tan secundario de la mujer en nuestro pueblo pensaba que íbamos a tener grandes problemas con Mariamne al venir a Jerusalén. Las afirmaciones y deseos de Marta eran asentidas por Jesús en su integridad y observábamos cómo, las mismas, influirían en un futuro en su comportamiento hacia la mujer. Realmente ella, mujer dulce, de una serenidad y amabilidad admirable, siempre estuvo dispuesta a ayudar a todos y de una forma especial a Mariamne, por la que sentía un gran cariño.

Las horas pasaban y el sueño se iba haciendo dueño de todos, por ello decidimos dejar aquella interesantísima conversación y retirarnos a descansar. Antes de irme me acerqué a la cama donde dormía Santiago y pude comprobar que lo hacía sosegadamente.

Al amanecer, la casa volvió a llenarse de vida. Todos en pie nos disponíamos a empezar el día celebrando el Sucot, la fiesta de los Tabernáculos o la fiesta de la Alegría, como otros muchos la llamaban. Todo era júbilo en los días de su celebración. Evocábamos y a la vez recordábamos el Éxodo de los judíos desde Egipto a la tierra Prometida por Dios. En recuerdo de este hecho se construían muchísimas chozas a lo largo del territorio de Judea. De esta forma teníamos presente lo ocurrido en las cabañas que los judíos construyeron a lo largo del desierto para vivir.

Nuestra cabaña, la suca, era algo mayor que las demás. La construimos en el llano posterior de la casa de Lázaro y la adornamos con flores variadas, frutas y otros productos del campo. No faltaban ni las ramas de palmas, ni las de los verdes sauces de ríos, ni las tres ramas de mirto y, por supuesto, los limones con los que la adornábamos, tal como exigía la tradición.

También por costumbre se nos había transmitido que las chozas eran visitadas cada uno de los días por Abrahán, Jacob, Isaac, Moisés, José, David y Aarón, a los cuales se les tenía en cuenta diariamente y de forma individualizada en los rezos que se hacían al inicio de cada una de las comidas.

Durante siete días de Septiembre -Tishrei- hacíamos de la suca nuestra vivienda principal. A ella llevábamos los mejores utensilios de cocina que había en la casa de Lázaro y en ella comíamos y muchos días incluso dormíamos.

Lo primero que hicimos aquella mañana, antes de salir para unirnos a la peregrinación masiva que con motivo de estas fiestas se celebraba, fue hacer la primera comida y comprobar el estado de Santiago, por ello decidí entrar a verle. Jesús mantenía una amena conversación con él.

El enfermo, mucho más recuperado, sobre todo anímicamente, si bien muy dolorido aún, empezó a contarnos que esperando en el pozo de Yatabel a Lázaro, fue atacado por un grupo formado por unos cinco jóvenes, hijos de saduceos, con quienes había discutido el día anterior, en el Patio de los Gentiles, y que éstos le siguieron hasta aquel lugar apartado y le golpearon con palos hasta hacerle perder el conocimiento.

Volvió a confirmarnos que era hijo del rabino galileo Zebedeo. -¿Eres hermano de Juan? -le preguntó Jesús.

La respuesta afirmativa no se hizo esperar.

-Y tú eres Jesús -le respondió aquel joven con voz quebrada.

Continuó comentándole que su hermano Juan le había hablado muy bien de Él, sintiéndose muy contento por tenerlo como compañero y vislumbrando que iban a vivir muchas experiencias en común.

Invitamos a Santiago a levantarse y a que nos acompañase a tomar la comida de la mañana en la suca; lo hizo con no pocos esfuerzos, sentándose con todos los demás. No dejaba de contarnos lo mal que lo pasó cuando percibía que la vida se le escapaba mientras le golpeaban entre chanzas y burlas.

Más tarde salimos todos hacia el Templo de Jerusalén a excepción de Marta, que quedó cuidando a Santiago. Fue una comitiva transmisora de alegrías y sonrisas compartidas con otros grupos que se dirigían a Jerusalén. Muchos conocidos de Lázaro y Marta se unieron y terminamos siendo un nutrido grupo al juntarse a nosotros otros grupos menos numerosos.

Fuimos muchas las personas que aquella mañana entramos por la Puerta del Agua y bastantes los que, en el Estanque de Siloe, como era costumbre, nos mojamos la cabeza, la cara, los brazos y manos con sus aguas ricas de propiedades extraordinarias.

Una vez llegados al Templo, nos unimos a las plegarias y oraciones que allí se realizaban. Se hicieron muchas alabanzas de agradecimiento por la buena cosecha obtenida y rogativas para que no faltasen las lluvias las cuales traerían una buena producción en las próximas recolecciones.

Al anoecer, bastante cansados, regresamos a Betania.



CAPÍTULO XIV MARIAMNE

El domingo -Alhad- dejábamos Betania para ir a Jerusalén a la casa de José de Arimatea. Nos acompañaba Mariamne. Santiago quedaba en convalecencia guardando reposo, aún no se sentía fuerte.

Hicimos un alto en la fuente de Yatabel para descansar un poco y beber su agua fresca. Junto al brocal, pudimos ver los restos de sangre de las heridas sufridas por Santiago y varios trozos de maderos, con ellos debieron de haberle golpeado. Sacamos agua del pozo con una tina de madera bastante deformada por el tiempo y saciamos nuestra sed.

Proseguimos el camino hasta llegar a Jerusalén y una vez allí, nos dirigimos a la casa del de Arimatea, donde acomodaríamos a Mariamne.

Grande fue la alegría de éste cuando la reconoció. Hacía mucho tiempo que no la veía y aún la recordaba como a una niña. “Una simpática y traviesa chiquilla, bastante rebelde, que nos hacía sonreír con sus ocurrencias”. José era muy amigo de sus padres, tanto de Admiél como de Eliora. Al encontrarse ante ella su rostro se llenó de gozo y satisfacción. La estrechó con gran afecto y cariño y Mariamne le respondió de igual forma.

Echándole el brazo por los hombros, la llevó hacia el aposento que ella ocuparía durante su estancia en aquella casa. Estaba preparado para ella con exquisito esmero, era una preciosa habitación luminosa a la que le llegaba la luz por diferentes ventanales, uno de los cuales daba al rincón más bonito de aquella huerta; un espacio todo lleno de frutales, sobresaliendo entre ellos naranjos y limoneros cargados de frutos.

Descansamos brevemente antes de reunirnos en un gran salón ubicado en la parte central de aquella casa. Volvimos a plantearnos la forma de sacarle el máximo rendimiento a las enseñanzas que Mariamne recibiría.

Sobre la marcha creímos conveniente que acudiera a las clases del Templo acompañando a Jesús, asistiendo a las mismas, hasta que se percataran de su presencia y se lo prohibieran.

Si eso ocurriera, a partir de ese momento seríamos los demás sus instructores y le transmitiríamos nuestras experiencias y conocimientos en las diferentes disciplinas.

Al día siguiente Mariamne salió de su habitación con el cabello cortado, intentando con ello disimular su feminidad. Nos resultaba extraño verla con aquel nuevo aspecto, pero no sólo no dejaba de ser una joven bonita, sino todo lo contrario, aquel pelo corto acentuaba su belleza.

Jesús sonrió nada más verla entrar. La vio muy guapa. Entre bromas, llegó a decirle que podría pasar perfectamente por un chico. También había cubierto su cuerpo con una saya de color azul y sus hombros con un paño blanco, que escondía aún más su condición de mujer.

Después de desayunar dejamos la casa y nos dirigimos hacia el Templo. Cerca de éste nos tropezamos con Juan el de Bet-

saida, que aceleró el paso al vernos y abrazó a Jesús con alegría, me saludó a mí y quedó esperando a ser presentado a la joven Mariamne.

Ella se dio a conocer sin necesidad de presentación, manifestándole que debía de ser Juan. Él asintió expresándole su satisfacción de conocerla y ofreciéndose a ayudarla.

Hablamos de su hermano Santiago, de lo vivido con él en los pasados días, de cómo había entrado a formar parte de la organización con menos de diez años. Era evidente que esa edad le favorecía para realizar acciones de información, porque no se desconfiaba de él cuando se encontraba junto a los dominadores. Las confidencias que obtenía sobre sus movimientos eran imprescindibles para organizar cualquier tipo de operaciones de castigo.

Santiago nunca llegó a equivocarse ni a equivocarnos en lo referente a los movimientos de los soldados romanos, y sus avisos evitaron muchas detenciones que habían sido planeadas contra los nuestros.

Al ir creciendo su pasión iba en aumento, el ímpetu que ponía en la defensa de los principios del grupo le hacía encarnarse contra quienes pensaban de forma diferente.

Hablamos durante un buen rato de las proezas de Santiago, pero hubo que interrumpir la conversación. Era conveniente estar en la clase sentados antes de que el doctor de la Ley entrara en ella.

Marcharon, Mariamne flanqueada por ellos. Antes de dejarnos, advertí la preocupación en sus rostros y la intranquilidad y desasosiego contenidos ante la situación que iban a vivir en las próximas horas. Después de dejarlos fui hacia el sureste de la ciudad al encuentro de Needar, que me esperaba junto al estan-

que de Siloe -Shiloaj– el construido por el rey Jizkiahu, hacía unos setecientos años y al que llevó las aguas de la fuente de Guijón.

Caminaba pensando sin saber hacia dónde me iba a dirigir, ni a quién iba a ver. Al llegar hasta él, vi que se encontraba acompañado por el Cananeo. Acababan de llegar y me esperaban para bajar desde allí hacia el valle de Cedrón. El descenso lo hicimos por un camino poco transitado y abrupto, pero merecía la pena intentarlo, porque así evitábamos encuentros no deseados.

Me dijeron que habíamos quedado con Nuriel en la tumba, tallada en la roca viva, del profeta Zacarías, que estaba en un paraje discreto, de difícil localización e ideal para mantener una reunión sin ser vistos. Al llegar nadie nos aguardaba, por lo que decidimos sentarnos sobre una de las rocas cercanas y tomar unas frutas secas que Simón sacó de su morral de piel de cabra.

Tras una espera de algo más de media hora llegó un joven, que nos dijo ser discípulo del maestro Nuriel. Nos pidió que le acompañásemos. Tomando un atajo muy difícil de bajar llegamos a una casa solitaria situada en la parte más baja del valle. Hasta ella se trasladaba Nuriel un par de días a la semana para dar clases a un grupo de jóvenes los cuales acudían allí desde diferentes casas labriegas de la zona.

Este viejo maestro pensaban que era más fácil trasladarse a reunirse con el grupo de jóvenes a que ellos acudiesen a su encuentro, de esa forma les ayudaba y les hacía más fácil la asistencia a sus clases.

Me alegré de volver a verlo y, aunque no era un hombre mayor, lo veneraba. Siempre tuve la impresión de que se percataba de ello. Tomamos asiento ante una larga mesa rectan-

gular utilizada para impartir sus conocimientos a sus discípulos y empezamos la reunión.

Nos expuso brevemente la situación anímica en las que se encontraban nuestros hombres tras el mazazo sufrido en Naín y que éstos, en lugar de amilanarse y acobardarse, se sentían enardecidos y hambrientos de venganza contra aquellos que habían venido a esquilmar nuestras tierras.

También nos informó de la convocatoria de la Asamblea General a celebrar el próximo verano, en la cual tomaríamos el acuerdo de emprender acciones contundentes contra los dominadores.

Nos instó a que mientras tanto llegase esa fecha se cometiesen actos violentos de acosos individuales y en grupos de tres o cinco hombres. Estos se perpetrarían preferentemente en las grandes poblaciones y no sólo estarían dirigidas contra los soldados romanos, sino también contra aquellos que colaborasen de forma activa y palpable con el Imperio.

Antes de despedirnos nos comentó cómo en un corto espacio de tiempo pasaría a integrarse en el grupo de los maestros de la escuela dirigida por Gamaliel. Aquella nueva situación le serviría para captar a nuevos integrantes para nuestra organización. Jóvenes que se convertirían en hombres capacitados para ocupar los cargos desde donde se podrían ejercer influencias para ayudar a vencer a los enemigos.

La nueva responsabilidad que Nuriel iba a contraer en muy poco tiempo me produjo una gran alegría, llenándome de orgullo, y así se lo expresé.

Durante tres largas horas de reunión expusimos opiniones, sentimientos y acordamos las propuestas que allí se pusieron sobre la mesa.

Al marchar, Nuriel nos fue saludando y deseando suerte desde el umbral de la puerta de aquella escuela del valle del Hebrón.

El retorno lo hicimos por otro sendero diferente al que nos había llevado hasta allí. Efectuamos una parada ante la tumba Bnei Jazir. Fuimos acompañados por el joven ayudante de nuestro maestro y máximo dirigente, que conocía el terreno como la palma de su mano por haberse criado en la zona del valle.

Ante la inminente llegada de una patrulla de soldados, nos hizo escondernos en un pequeño abrigo camuflado por la vegetación. Aprovechamos aquel encuentro para descansar sin correr el menor peligro, además de evitarnos el desagradable momento de la identificación. Una vez que los soldados hubieron pasado, seguimos nuestro camino por aquella ladera abrupta y empinada que nos llevó de nuevo al mismo sitio de donde habíamos salido unas horas antes. Allí nos despedimos del joven ayudante que volvió al valle junto a Nuriel.

Me quedé en el estanque de Siloé hasta ver desaparecer de mi vista a Needar y a Simón el Cananeo. Desde aquel sitio emprendí la marcha para recoger a Jesús y Mariamne que estarían a punto de concluir las clases y me esperaban para volver a casa. Durante el camino no dejé de pensar en cómo le habría ido a Mariamne en su primer día de clase. ¿La habrían reconocido? Y si era así ¿Cómo reaccionaron?

Mis preguntas pronto tendrían respuesta. Me encontraba en los alrededores del Templo, subiendo la escalinata principal.

CAPÍTULO XV EL RABINO

ESPERÉ A QUE LLEGASEN HASTA MÍ Y MIENTRAS lo hacían, observaba la cara de Mariamne. Traía un rostro reluciente de felicidad por lo cual supuse que no había tenido ningún contratiempo. Me abracé a aquella joven mujer, exteriorizándole mi gran satisfacción y felicidad y ella me correspondió de la misma forma. Al instante los cuatro estábamos riéndonos. Aquella situación eufórica no era normal en las calles de Jerusalén, y menos si en ella participaba una mujer. Muchos transeúntes se sorprendían al vernos contentos y felices.

Nos sentamos en las escalinatas y me contaron lo acontecido aquella mañana. Mariamne me dijo que habían subido a la primera planta, sin llamar la atención, por lo que nadie se fijó en ella.

Una vez que dejaron atrás las anchas escaleras, se dirigieron a una de las salas sin el menor problema y se sentaron a esperar la llegada del doctor de la Ley. Continuó Jesús contándome cómo aquel profesor no observó nada anormal en la presencia de ella. Es más, me dijo que el doctor en Escritura Sagrada Shammaí, haciendo una consulta sobre el contenido de la clase impartida, preguntó a Mariamne, y ella le respondió con absoluta tranquilidad,

sin percibir que era mujer. Juan intervino para decirnos que se puso muy nervioso, sobre todo durante esos segundos anteriores a la contestación a la pregunta formulada.

Otro tanto ocurrió, aunque en esta ocasión no le hicieron ninguna pregunta, con otro de los doctores que después de haber pasado en varias ocasiones ante ella, e interesándose por su trabajo, no advirtió que era mujer.

Los cuatro nos sentíamos bien. Aquel día las cosas salieron como habíamos deseado. Éramos conscientes de que podrían darse cuenta de que Mariamne era una mujer y entonces la invitarían a abandonar aquel centro y le prohibirían volver a entrar. Teníamos muy claro que llegada esa ocasión, ya se nos ocurriría alguna justificación.

Llegó la hora de separarnos, Juan se despidió y los tres tomamos el camino de regreso, charlando animadamente y recordando los instantes más interesantes vividos durante el día.

Nicodemo esperaba nuestro regreso y no había querido comer con el de Arimatea para que lo hiciésemos juntos. Intuí que deseaban decirnos algo importante. Nos sentamos a la mesa y en la comida nos preguntó por lo ocurrido aquella mañana.

Mariamne les fue relatando pormenorizadamente todo lo acontecido en las clases, así como la gran satisfacción experimentada por lo bien que le había ido su primer día. Ellos mostraron complacencia al conocer sus comentarios y así se lo expresaron.

Antes de finalizar la comida Nicodemo le manifestó a Jesús que aquella mañana se había reunido el Sanedrín y que en una sala contigua a la de sesiones, se congregaron un grupo de sus miembros influyentes y se pronunció su nombre con fuerza entre los convocados a aquella asamblea.

Se había comentado su gran inteligencia, su afán por aprender la Escritura Sagrada y la forma sagaz y clara de interpretarla y que, por parte del sumo sacerdote, se había expresado el deseo de que Jesús se iniciase en el rabinismo, si estaba decidido a ello; también se comentó que aquella decisión se la debería transmitir Anás en persona, a la mayor brevedad posible.

Jesús escuchaba con sorpresa cuanto se decía sobre Él y de vez en cuando miraba a Mariamne para observar la cara que ponía al oír lo que se manifestaba sobre su persona.

El rostro de ella no exteriorizaba ningún gesto y se mantenía en un mutismo absoluto escuchando cuanto le comunicaban a Jesús.

Pienso, conociendo el sentido de la libertad que tenía, que con aquella forma de proceder no deseaba influir en la decisión que Él pudiera tomar al respecto.

Terminada aquella exposición, Jesús nos dijo que nunca había pensado en ello, y ni tan siquiera se le había pasado por la cabeza si serviría o no para ser rabino. No se imaginaba ejerciendo como tal y me pedía con los ojos indicaciones sobre la decisión a tomar, el camino a seguir.

Jesús esperaba de mí una respuesta y yo, exclusivamente, pensaba en nuestra causa. Fue la primera vez, en todo el tiempo junto a Él, que no le fui sincero y pensé más en nuestra organización que en Él. Confiaba y ansié que en aquella ocasión optara por iniciarse en el deseo manifestado por Anás.

Aquel día buscaba mi mirada para pedirme ayuda y yo con la mía le transmitía un mensaje de aceptación. Yo pensaba que era mejor y más conveniente en aquella ocasión un pronunciamiento afirmativo aceptando aquel ofrecimiento si se lo proponía el sumo sacerdote, bien en persona o a través de terceros.

Él sería una nueva e importante voz entre los judíos. Nuestra organización necesitaba muchas personas como Jesús. El grado de influencia y la autoridad ejercida por un rabino en nuestro territorio eran muy importantes entre las personas de nuestro pueblo. La libertad de movimientos proporcionada por su posición religiosa le permitiría abrirnos muchas puertas. Además, podríamos conocer a muchísimas personas y, a la vez que divulgaba las Sagradas Escrituras, extendería nuestra filosofía de vida a todos los hombres y mujeres que lo oyeran. Por otra parte, al ser El Mesías, todo aquello que incidiese en su preparación religiosa lo beneficiaría y por ende a los nuestros.

Me encomendaron que lo cuidase con celo, que vigilase cada uno de sus movimientos protegiéndole de todo y de todos y que lo acompañase a todos los lugares a donde fuere.

Lo hacía con mucha satisfacción, no por el hecho de servir a quien venía a liberar al pueblo judío, sino también porque para mí era parte de mi familia, mi hermano menor.

Como Él callaba y no decía nada me decidí a expresarle sin rodeos que debía aceptar tal ofrecimiento sin pensárselo dos veces, porque personalmente le sería bueno. Mariamne hizo tuyas mis palabras, convencida de que sería un gran rabino y le reconocía un grado de inteligencia superior a la de cualquier otra persona, por ello debía acceder.

Oídos todos los razonamientos nos mostró su disposición a estudiar la propuesta que le iban a realizar. Lo haría previamente a la llegada del alba, aprovechando la noche para tomar una decisión antes de que fuera llamado para conversar con el sumo sacerdote.

Terminando de hablar, se levantó de la mesa y se despidió con un hasta mañana, a la vez que nos deseó un buen descanso.

Seguidamente todos nos marchamos a dormir, aunque aquella noche ninguno íbamos a poder hacerlo.

Los pasos de Jesús rompían el silencio de aquella noche, paseando con lentitud, con pisadas pausadas desde el zaguán hasta un pajar situado en el lateral.

Su andar acompasado me hacía pensar en la serenidad con la que debió de profundizar la decisión a tomar. Mucho debió de meditarla, por el tiempo que transcurrió desde que nos dejó hasta que conseguí dormirme.

Otro tanto le ocurrió a Mariamne. A través de las cortinas de sus ventanas divisaba la tenue luz de la lamparilla de su habitación, encendida hasta muy tarde. ¡Cuánto me hubiese gustado conocer lo que pasó por la cabeza de aquella joven mujer en esas horas en las cuales estuvo sin dormir, sin poder quitar de su mente la conversación que habíamos mantenido!

También por la mía fueron desfilando muchos acontecimientos vividos donde el protagonista era Jesús, y escenas que imaginaba vivir cerca o junto a Él con el transcurrir del tiempo. Hoy, mirando al pasado, las he vuelto a recordar y no podía imaginar entonces que pudiesen llegar a ser tan duras.

Sólo pudimos dormir unas horas porque las claras del día llegaron antes de lo deseado y había que iniciar la nueva jornada en aquella casa donde tantos convivíamos.

El movimiento de quienes empezaban a preparar a los animales, unido al del trájín normal de una casa labriega, convertía en bullicioso lo que unas horas antes había sido quietud y silencio. La cocina, de gran amplitud, era un hervidero donde muchos entraban y salían. Mientras unos preparaban la comida otros se llevaban a la boca las tortas calientes recién sacadas del horno.

Poco a poco fuimos reuniéndonos para tomar la primera comida y al terminarla cada cual se marchó a cumplir con sus obligaciones.

Fui el primero en llegar y esperé a que los demás lo hicieran. No tardaron mucho en aparecer y de nuevo estábamos los cuatro compartiendo la misma mesa aguardando oírle.

No fue necesario preguntarle por la decisión tomada, Él se adelantó y nos dijo que lo tenía decidido. Llegar a la conclusión alcanzada no le había resultado nada fácil, había estudiado las ventajas e inconvenientes y se inclinaba por aceptarla mostrando sus deseos de prepararse para ser rabino y consagrarse a ello. Nos miramos y todos captamos los sentimientos de alegría que despertó aquella determinación.

Dejamos la casa y un día más nos dirigimos hacia el Templo. Los acompañé hasta la puerta de las Ovejas y los dejé adentrándose en el recinto sagrado, que la atravesaron por delante de la Puerta Hermosa, en dirección a la zona del Pórtico Real. Yo marché hacia la fortaleza Antonia, cuartel general de la guarnición de los soldados romanos en Jerusalén, ubicada junto al muro noroeste del Templo, donde me esperaba Abaie, Padre del Bien, como todos lo conocíamos.

Era Abaie el jefe de los carceleros de la fortaleza-prisión. Su bondad y su humanidad eran reconocidas por todos. Gracias a él, los sufrimientos de los presos fueron más llevaderos. Los zelotes lo apreciábamos muchísimo al facilitarnos el contacto con los nuestros cada vez que estos eran encarcelados. A través de él podíamos hacerles llegar los alimentos necesarios y algún que otro mensaje escondido en la cesta que lográbamos introducir.

A Abaie lo conocí en la casa de Needar y su mirada limpia me llamó la atención. Desde aquel día surgió una verdadera amistad. Me agradaba estar con él y cada vez que podía le visitaba. Siempre tenía a mi disposición una bonita historia o una interesante información que transmitir.

Penetré dentro del recinto carcelario atravesando el portón de una antesala donde se hallaba la estancia en la que se encontraban y descansaban los soldados. Este espacio era público y todo aquel que lo deseara podía acceder. Para alcanzar el interior de la fortaleza se pasaba por una gran puerta de hierro que impedía la entrada a quien no formara parte del servicio de seguridad de aquel centro o bien no trabajase desempeñando algún menester en él.

Pedí a uno de los guardias que custodiaba la antesala y que tenía la misión de vigilar la entrada de aquella fortificación ver a Abaie. Llamó a uno de sus compañeros y me hizo seguirle a través de una escalera de anchos escalones hasta la primera planta de la torre Hípico, donde trabajaba. Al verme, se levantó de la mesa y vino a saludarme a la vez que me invitaba a acompañarle. Para dar más intimidad a nuestra conversación me hizo entrar en su aposento y cerró la puerta.

Hablamos durante unas dos horas. Me expuso la grave situación que se estaba viviendo en Jerusalén, de los enfrentamientos y altercados producidos a diario en sus calles contra los soldados romanos y cómo llegaban con frecuencia muchos detenidos en esas revueltas, a la fortaleza Antonia. Abaie conocía que yo era zelote o al menos lo sospechaba; además debía sentirse muy cerca de nuestra causa, porque de lo contrario no habría tenido sentido que me transmitiese mensajes e información que nos beneficiaba.

Al despedirnos, muy cerca de la puerta, me hizo conocedor de que al día siguiente, hacia el mediodía, se emprendería una batida contra los enemigos del Imperio con la intención de detener al mayor número posible de ellos para crucificarlos y que esa acción se iba a realizar para escarmiento de quienes perturbaban la tranquilidad de los habitantes de la ciudad. Oír aquellas palabras fue para mí un resorte, con gran rapidez me despedí de él dándole un abrazo y le agradecí la extraordinaria información transmitida.

Me marché de aquella fortaleza con prisa, debía poner en marcha a la mayor brevedad, el sistema de comunicación urgente para que cada cual se retirase del peligro y buscase refugio en un punto seguro hasta que desapareciera la amenaza.

Quienes formábamos la organización conocíamos a los compañeros más cercanos a donde vivíamos. Al igual que yo debía ponerme en contacto con los más próximos a mí, éstos a su vez, se obligaban a hacerlo con un número determinado de miembros que tenían asignados.

Los despachos de nuestra organización se realizaban desde la cúspide a la base cuando se quería transmitir una orden o una sugerencia. En esa ocasión el mensaje que se quería trasladar era lo suficientemente urgente como para que se llevase a cabo de la forma en la que yo lo estaba haciendo.

Sabíamos, porque lo habíamos comprobado en diferentes ocasiones, que en menos de tres horas el aviso nacido en un punto, llegaba a los sitios deseados de la ciudad, así como a las poblaciones más próximas a Jerusalén.

Realizadas las comunicaciones que se me habían asignado, sin la menor demora, decidí marchar a la huerta de José de Ari-

matea donde me esperaban. Sabía que allí estaría bien seguro, en Jerusalén nadie me conocía como zelote, por lo cual no debía temer por mi integridad.

Entré en la casa y mi sorpresa fue grande al ver en ella a Needar y Nuriel. La verdad es que no me esperaba verlos allí. Había pensado en ellos creyéndolos ocultos en diferentes escondites. Más tarde me dijeron que ningún lugar era tan seguro como aquella casa y su huerto.

-¿Quién podría desconfiar de un destacado y respetuoso miembro del Sanedrín? –arguyó Needar.

El tiempo nos fue confirmando esta apreciación.

Tanto Mariamne como Jesús sabían que el plazo límite para aguardar mi llegada sería una media hora y, transcurrida la misma, si yo no aparecía, debían marcharse. Así lo hicieron viendo mi retraso.

Ellos llegaron menos contentos que de costumbre aunque se alegraron de vernos a todos en la casa, pero aquella alegría duró muy poco. Al ver nuestra preocupación intuyeron que nada bueno podría estar ocurriendo, sobre todo cuando al salir del Templo no me vieron esperándoles.

Nuriel nos pidió llevar una vida rutinaria, realizando con normalidad lo cotidiano, sin realizar cambio alguno en los movimientos a ejecutar diariamente y asistiendo a los actos y a las reuniones ya programadas. Ellos quedarían allí coordinando los acontecimientos que podrían avecinarse.

Cuanto pudiese suceder en las próximas horas era impredecible en aquellos momentos. De lo que estábamos seguros es de que iban a ser muy largas.



CAPÍTULO XVI

AMAR

AL ANOCHECER SE NOS CONFIRMÓ QUE A todos los nuestros les había llegado el mensaje, por lo que empezamos a tranquilizarnos. Con nuestros correos de ida y vuelta teníamos la certeza absoluta de que las informaciones llegaban a su destino. Una vez recibidas éstas, cada cual sabía a dónde dirigirse, las diferentes acciones posibles se habían preparado de forma minuciosa.

Unos buscarían refugio en los abrigos más inhóspitos y escondidos del territorio de Judea, otros se organizarían con compañeros en grupos formando partidas de hostigamiento para atacar mortalmente a quienes saliesen en la búsqueda de los nuestros y los jóvenes más activistas marcharían a distintas poblaciones para emprender acciones rápidas de sabotaje ya preparadas de antemano, con el fin de distraer a los romanos y obligarles a salir de Jerusalén y acudir a los diferentes frentes abiertos, debilitando así su acción inmediata dentro de la población en la que deseaban actuar.

Nos quedaba aguardar con paciencia los acontecimientos que se vivirían al día siguiente. Aquella sería una noche de es-

pera y mucha sangre fría. Se establecieron unos turnos de descanso, para que siempre quedase alguien despierto controlando la situación y a la espera de recibir alguna información con el fin de actuar de forma inmediata y contundente.

El primer turno de guardia me tocó hacerlo a mí. Needar y Nuriel se fueron a dormir; más bien diría, a descansar, porque conciliar el sueño en aquellas circunstancias era más que improbable, por no decir imposible.

Jesús y Mariamne decidieron quedarse conmigo y acompañarme en mi tiempo de vigilia.

Supuse que aprovecharían aquellas horas en vela para comentarme los hechos acontecidos aquella mañana sin necesidad de tenerles que preguntar. Al menos, hasta ahora, siempre había sido así.

No me equivoqué, transcurrido un corto espacio de tiempo, Jesús tomó la palabra y me relató que al llegar aquella mañana a clase se le acercó uno de los sacerdotes y le pidió que le acompañase porque Anás deseaba verle.

Le siguió al despacho de Anás, que le esperaba junto con el anciano Hillel.

Jesús fue recibido con amabilidad y con un gran abrazo. Le invitaron a sentarse en un cómodo sillón colocado frente al suyo.

Después de unos minutos de conversación le fue haciendo preguntas sobre su vida y le dijo que a través de los profesores conocía lo bien que le iban sus estudios y que un gran número de ellos y de los doctores de la Ley, encabezados por el rabino Hillel, le habían propuesto enaltecerlo y elevarlo al grado de rabino.

El sumo sacerdote había llegado a conocer que Jesús tenía una gran capacidad de razonar y de conectar con la gente y, aun teniendo poca edad, era capaz de profundizar en la interpretación de las Sagradas Escrituras.

Por estos motivos y por el afecto que le había tomado le expresó el deseo de tenerlo muy cerca. Intuía que lo iba a necesitar a su lado.

Él le había pedido que aceptase aquel ofrecimiento porque los doctores de la Ley se lo habían solicitado con mucha insistencia.

Llegado a este punto nos dijo con un semblante radiante que había aceptado, encantadísimo y muy ilusionado, el ofrecimiento hecho, y que si este cometido era el de rabino lo recibía con mayor gozo, porque de esa forma podría servir mejor a los intereses del pueblo judío.

Concluyó aquella entrevista mostrándole su agradecimiento y reiterándole el honor supuesto al haber sido escogido para estar cerca de él.

Mirando a Mariamne le dijo, que oyendo la propuesta que le hacía el sumo sacerdote, la tenía presente pensando que a partir de aquel día su asistencia a las clases resultaría más fácil. Al estar junto a Él todos tolerarían su presencia y no se inmiscuirían en su situación irregular.

Así sucedió, todos creyeron que al ir siempre acompañado por ella, de alguna forma Mariamne estaba autorizada a asistir a las clases que se impartían en el Templo.

Jesús se había convertido de la noche a la mañana en el joven preferido de Anás y eso nos agradaba.

Cuando nuestro turno de vela llegaba a su fin, golpearon con insistencia la puerta de la casa. Me dirigí hacia ella y miré por una pequeña ventanilla comprobando que quien llamaba a esas altas horas de la noche era un joven de unos dieciséis años. La contraseña “Dios está con los judíos” vino a confirmarme que era uno de nuestros hombres.

Al abrir la puerta encontré a quien había hecho un largo recorrido hasta llegar a nosotros exhausto y jadeando. Entró y le ofrecimos una jarra de agua que bebió con avidez. Fue recuperándose poco a poco, a la vez que nos comunicaba la muerte de dos soldados romanos en una emboscada preparada por Lázaro y sus compañeros en Betania, entre los que se encontraba él.

Era evidente, que de inmediato, el ejército invasor mandaría varias patrullas para intentar detener a los autores de aquellas muertes, por lo cual era necesario reforzar la avanzadilla de Betania para esperar a quienes llegasen hasta allí.

La confusión creada con aquellos actos de hostigamiento era la más idónea para asestar otro duro golpe a aquellos que con toda certeza llegarían a aquella aldea para apresar a los nuestros. Además la noche sería nuestra aliada, al igual que venía siéndolo siempre. A los soldados romanos les resultaba difícil repeler una agresión por sorpresa y en la oscuridad. Por el contrario a los nuestros, conocedores del terreno donde se movían y dominando cada rincón y recodo de los caminos, les resultaba más fácil llegar a ejecutar las acciones de lucha emprendidas en esas circunstancias.

Fuimos a despertar a Needar para que continuase el siguiente turno de guardia. Al llegar a donde estábamos, le comunicamos las novedades ocurridas en Betania. Nos expresó la imposibilidad de haber podido conciliar el sueño y nos dijo haber oído la conversación mantenida con el mensajero recién llegado.

De inmediato Needar dio las órdenes oportunas para que un grupo se incorporase a Betania, incrementando de esa forma el número de nuestros efectivos en esa población. De la casa salió velozmente otro joven a transmitir el mandato que le fue dado.

Antes de irnos a dormir, Mariamne nos preparó una recon-

fortante taza de caldo caliente de ave que tomamos antes de marchar a la cama.

Nos retiramos a descansar y he de reconocer que yo sí dormí. El cansancio, el verdadero dueño de todo mi cuerpo y mi mente, me rindió de forma brutal. La noche debió de transcurrir sin grandes sobresaltos, de lo contrario me habría despertado.

Al día siguiente, al salir de casa, llegó un nuevo mensajero anunciándonos la aniquilación de la patrulla de soldados al servicio de Roma que había sido enviada a Betania la noche anterior. También nos informó de que en aquel brutal enfrentamiento había caído muerto uno de nuestros hombres.

Dejamos la casa y durante el trayecto observamos movimientos de soldados, éstos actuaban de forma muy diferente a como venían haciéndolo en cualquier otro día.

Una patrulla salió a nuestro encuentro y nos ordenó parar para identificarnos, cosa que hicimos con normalidad, sin mostrar la menor preocupación.

Nos preguntaron de manera despótica y desagradable hacia dónde nos dirigíamos.

Nuestra contestación fue concisa:

-Al Templo –enfaticó Jesús.

Al tiempo que le decíamos a donde íbamos, el dirigente del grupo, algo más alejado, al distinguir a Jesús se acercó y se disculpó diciéndole que lamentaba no haberle reconocido.

Comentaron que tenían órdenes estrictas de identificar a todos los jóvenes judíos sospechosos de pertenecer al grupo de los zelotes y volvió a pedirnos disculpas.

Nos invitó a seguir el camino, pero nos alertó para que tuviésemos cuidado con los enemigos de Roma, puesto que éstos acechaban por todas partes.

Aquel día no era el más propicio para deambular por las calles. Al preguntarles por lo que estaba sucediendo nos dijeron que tenían algunos problemas con los malditos zelotes, los cuales habían preparado varios atentados tanto en Betania como en Meaux, y hasta habían tenido la osadía de haberlo intentado en diferentes barrios del mismísimo Jerusalén.

Nos despedimos de la persona que mandaba aquel grupo de soldados y retomamos nuestro caminar hasta llegar al Templo donde eran esperados, a los pies de la gran escalinata, por Juan el de Betsaida y juntos subieron y entraron en el edificio perdiéndose de mi vista.

En aquella ocasión, en vez de trasladarme hacia otra zona alejada del Templo preferí, sin pensármelo mucho, entrar en él a orar, evitando de esa forma estar en la calle donde podrían pararme de nuevo.

Atravesando el Patio de las Mujeres, llegué al Patio de los Hombrés, como todos lo llamaban, a través de la Puerta Bella la cual alcancé después de subir sus quince escalones semicirculares que me llevaron hasta ella. A este patio sólo se permitía la entrada a los judíos que con anterioridad se habían purificado con agua viva.

Varios grupos de religiosos lo cruzaban dirigiéndose al Patio de los Sacerdotes, cercado de muros por tres de sus lienzos, donde estaba el ara de las ofrendas en la cual se recibían las carnes de los sacrificios que diariamente se realizaban. Para los judíos, el Templo simboliza la presencia permanente de Yahvé entre nosotros.

Me dispuse a orar y a asistir al culto que a diario se celebraba en honor a Dios. Esperé a la terminación de los sacrificios que los sacerdotes estaban realizando.

Al disponer aquella mañana de mucho tiempo, oré durante un buen rato, y me predispuse a hacer un análisis exhaustivo y real de las experiencias vividas de un tiempo atrás hasta aquel momento.

Todo había funcionado tal como se había previsto, es más, sin llegar a conocer todos los detalles llegué a la conclusión de que la actuación de nuestra gente había sido mucho mejor de lo que hubiésemos podido imaginar.

Habíamos conseguido cambiarles el paso a los dirigentes romanos, al menos en esta ocasión y eso fue muy importante para nosotros.

Los frentes abiertos eran muchos, por lo cual les estábamos impidiendo actuar en la dirección que hubiesen deseado y, de esa forma, les obligábamos a hacerlo en la trayectoria que les marcábamos.

Analicé el conocimiento que tenía de Jesús el responsable de la patrulla de soldados. Reconocerlo en aquella situación significaba que le estaba considerando como el protegido de Anás. Esta circunstancia nos iba a resultar favorable y nos darían, al menos a Jesús y a mí, la posibilidad de movernos con absoluta libertad por todo el territorio de Jerusalén, en un principio y más tarde por toda Judea.

Terminados los sacrificios salí al exterior y advertí que el ambiente que se estaba respirando aquella jornada en las calles de Jerusalén, era distinto al de otras ocasiones, por ello desistí de hacer las visitas previstas. Pensé que aquel día no era el más conveniente para llevarlas a cabo, pues había muchos ojos acechando los movimientos de quienes transitábamos, por esa razón me dirigí sin dilación alguna a la sinagoga más cercana

con el fin de cubrir el tiempo muerto, hasta tanto terminasen las clases.

Por otra parte, en aquel lugar me podía sentir seguro. Allí se congregaban a diario los judíos para rezar y estudiar la Ley. En ella los judíos nos fraguábamos en la fe, en las normas sobre la devoción, la caridad y la piedad. No era anormal que la ceremonia religiosa se estuviese celebrando en aquella hora de la mañana, pero por razones desconocidas, y que no se me ocurrió preguntar, se oficiaba con muy poca asistencia de fieles, sólo una veintena.

Al terminar el Shemá, percibí una mano en mi hombro de alguien que quería llamar mi atención. Miré con discreción hacia atrás y observé a un hombre joven, como de unos diecinueve años.

Por precaución sólo le miré y continué atento a la ceremonia sin prestarle más atención. Aunque mi curiosidad era grande, no deseaba distraerme.

Meditaba sobre la lectura que se estaba haciendo sobre un texto del profeta Isaías que me interesaba oír. A través de ella viví el contenido de aquel relato, profundizando en el sufrimiento del Mesías prometido, así como en las causas que lo llevaron a su persecución por parte del poder establecido. También recordaba cómo el Enviado se vería colocado entre delincuentes.

Esperé a la terminación de la lectura de la Halajá que, por cierto, me había impresionado sobremanera, y le hice una señal al joven para vernos en la puerta cuando terminase la homilía, que iba a empezar de un momento a otro. Terminada la misma, me dirigí hacia la salida y quedé esperándole en el pórtico.

El joven no tardó en llegar hasta mí, me saludó escuetamente

y me preguntó si era el hermano del nuevo rabino. Mi manifestación afirmativa lo hizo proseguir y me expuso que formaba parte del grupo del Cananeo, el cual había reunido a sus gentes al recibir el mensaje y decidieron acudir desde Emmaús a Jerusalén para atacar el palacio de Herodes, siendo apresado y encerrado tras el enfrentamiento con la guardia de puerta.

El conocimiento de aquel hecho enardeció todo mi ser y agradeciéndole su información nos despedimos.

Le daba vueltas a mi cabeza pensando que por ser el riesgo muy grande, debería pedir autorización a Nuriel para poner en marcha de inmediato un plan para rescatar al Cananeo.

Volví al Templo y vi a Jesús y a Mariamne atravesando la Puerta de las Ovejas. Al verme me preguntaron por la situación que se vivía aquella mañana en la ciudad. Mientras estuvieron en clase no habían podido conocer nada al respecto. Caminando hacia la casa les hablé del apresamiento sufrido por el Cananeo así como de los deseos que sentía de solicitar la autorización para ir a rescatarlo lo antes posible con un grupo que, de forma urgente, pondríamos en marcha.

Jesús no dudó un instante en unirse a mí, exponiéndome su propósito de formar parte de ese grupo para acompañarme a rescatar al Cananeo. Ni yo ni Nuriel íbamos a permitir que nos siguiese en aquella acción bastante comprometida y peligrosa. Le hice comprender que no podía acompañarnos porque el destino le tenía reservada otra misión infinitamente más importante que aquella.

Una vez en la casa no hizo falta que les contase la información que me habían dado sobre al Cananeo, pues ellos habían tenido conocimiento de la misma desde el momento en que se produjo.

Tanto Nuriel, Needar como José de Arimatea habían realizado el balance de los hechos sucedidos y los consideraban muy positivos porque habíamos conseguido malograr las acciones que los romanos tenían previsto acometer contra nuestra organización.

Además contábamos con un dato bastante significativo y contundente: ellos habían sufrido la baja de veintisiete soldados y nosotros la muerte desgraciada de uno de nuestros hombres en Betania. A aquella desgracia había que añadirle la detención del Cananeo, que debía estar pasándolo mal al sentirse encarcelado.

Creí llegado el momento de solicitarle a Nuriel la autorización para ir a rescatarle, pero no pude hacerlo, Jesús se me adelantó pidiendo autorización a los reunidos para ir a sacar a Simón del palacio de Herodes. Tanto Needar como Nuriel rechazaron su deseo con una claridad absoluta, al igual que hice yo. La contundencia de sus palabras fue más que suficiente para que no insistiera en ello.

-Ni en ésta, ni en ninguna otra acción intervendrás -le expresó con firmeza Nuriel a la vez que le decía- tú has sido enviado para llevar a cabo movimientos más altos.

-¿Más altos que intentar rescatar y salvar la vida de un amigo? -le objetó Jesús.

-Sí, más altos y valiosos y, precisamente por ello, no pondremos tu vida en peligro -le refutó Needar. Hay muchos compañeros que podrán hacerlo por estar preparados para ejecutar acciones de esta envergadura.

Después de aquello era evidente que a mí tampoco me lo iban a permitir, por lo cual ni tan siquiera intenté plantearle tal petición. La demanda de Jesús no les sorprendió, también ellos

habían pensado en lo mismo. Nos dijeron que el rescate del Cananeo se puso en marcha en cuanto se tuvo noticia de la detención, pero había que esperar para conocer el desenlace.

Sabíamos que aquella noche sería una noche larga en la que quedamos aguardando la llegada de noticias respecto a la liberación de nuestro compañero Simón.

Estuvimos despiertos hasta la llegada de ésta. Hacia la media noche, el propio Simón el Cananeo fue el que nos las trajo en persona. Se presentó en la casa, el mejor sitio para pasar la noche y poder esconderse durante los días necesarios hasta salir de Judea, cosa que debía hacer, puesto que ya lo habían identificado.

Aquella mansión se llenó de alegría cuando lo vimos entrar por sus puertas. Nos abrazamos con fuerza y nuestros rostros se llenaron de gozo y júbilo.

Nos contó Simón que el asalto al palacio de Herodes cogió por sorpresa a la guardia, que nunca pudo imaginar que en el mismo día se produjesen dos ataques directos a aquella fortaleza.

Al comenzar el altercado, más de la mitad de quienes debían vigilar dormían; otro grupo de cuatro o cinco guardianes jugaban en una mesa y únicamente portaban sus armas los tres centinelas vigilantes de la puerta de entrada del palacio. Reducir a aquellos soldados fue una tarea bastante fácil, no hubo derramamiento de sangre ni tan siquiera la menor lucha. El asalto se hizo de forma limpia, en el interior no se percataron de lo ocurrido. Sus compañeros se dirigieron hacia la torre de Fasael que era donde lo tenían encerrado y con facilidad abrieron la puerta y entraron, le quitaron las cadenas de su cuerpo y lo li-

beraron. A los guardianes les ataron las manos, los pies y los amordazaron para que no pudiesen seguirlos ni lograsen gritar, evitándose de esa forma que avisaran a los suyos y pusiesen en peligro la fuga. Aquellos hombres con apariencia de fuertes soldados sintiéndose muertos se rompieron completamente. Nos refirió el Cananeo cómo ordenó a quienes fueron a matarlos que no lo hicieran, y los dejasen con vida. Nuestra victoria sería mucho mayor y más comentada dejándolos vivos que matándolos, porque vivos contarían lo ocurrido para escarnio, chanza y vergüenza de ellos mismos. A estos los encerraron en la torre Fasael, una de las tres que formaban parte del palacio.

Por último, nos relató que se llevaron gran parte de las armas almacenadas en los armeros de la torre Hípico, que fueron muchas, y que aquel mismo día las trasladaron a las montañas de Emmaús escondiéndolas en las diferentes cuevas esparcidas por ellas. Todos teníamos la certeza de que nos harían falta en el futuro.

José de Arimatea deseó celebrar la liberación del Cananeo e hizo que nos preparasen una buena y succulenta comida que tomamos con mucho apetito, ya que durante todo el día no habíamos tomado nada.

Tras la liberación, siguieron unos días de relajación en los cuales se nos aconsejó a todos una normalización en nuestras actividades profesionales para no correr riesgo alguno de que nos descubrieran tras las pesquisas que se iban a llevar a cabo en las próximas jornadas.

Uno de los días en los que Jesús y Mariamne recibían las disciplinas les fue comunicada la triste noticia de que Hillel había fallecido.

El encargado de transmitírsela fue el sabio Shammaí que

entró en la clase suspendiéndola.

Mariamne me contó que aquella muerte no sólo había afectado a quienes como ellos recibieron sus enseñanzas directamente, sino también al rígido Shammaí, que bastante afligido y afectado hizo una semblanza de Hillel.

-¿Saben ustedes por qué los judíos lo conocíamos como el Grande? –nos preguntó a todos mientras iba de una parte de la clase al final de la misma, mostrando cierto aire de angustia.

Aquella pregunta hecha de esa forma, según ella, desconcertó a quienes la oyeron.

-¿Por qué? -fue la pregunta que salió de diversas gargantas.

La respuesta no se hizo esperar. Con voz más baja de lo normal nos respondió:

-Porque era el mejor de todos, el mayor jurista que ha existido en todos los tiempos en nuestra tierra, el más sabio de los judíos.

Aquella afirmación me llamó la atención viniendo de quien venía. De todos eran conocidos los desencuentros existentes entre Hillel y Shammaí por las diferentes interpretaciones que daban a hechos sagrados idénticos.

Todo Jerusalén sintió aquella muerte y a los actos organizados no faltó nadie, ni las autoridades religiosas, ni las militares, ni ninguna clase social. Hasta el centro de la ciudad acudieron incluso todos los tullidos y enfermos, a pesar del esfuerzo que les suponía llegar hasta allí. Por quienes más se interesó Jesús fue por esos incapacitados y marginados y aprovechó la presencia de ellos para desvelarse por sus lamentables situaciones. Se pudo comprobar durante los días de duelo cuánto se le quería a Hillel y el vacío tan importante dejado tras su muerte. También Jesús se vio afligido y entristecido por aquella pérdida,

porque siempre fue consciente de que Hillel contribuyó grandemente en su vertiginoso ascenso social y religioso. Además, supo por boca de José de Arimatea cómo el Grande había influido sobre el sumo sacerdote para que tomara la decisión de acercarle a él y convertirlo en su protegido.

Al volver de los funerales, hablamos de aquellas personas rechazadas, relegadas a la miseria más absoluta y Jesús nos expuso sus deseos de ayudar a quienes necesitasen asistencia y socorro. Aquellas personas que había visto en el entierro le habían llamado poderosamente su atención.

Se preocupó por tener un conocimiento exhaustivo de la existencia de estos grupos de tullidos, enfermos y desamparados que malvivían a duras penas, sin tener casi nada que llevarse a la boca.

Al preguntarle Juan la forma de hacerlo, nos dijo que debíamos conseguirles alimentos suficientes para su sustento y llevárselos a donde se encontraban. La mejor hora para hacerlo sería a la caída de la tarde, donde nadie nos viese, porque las obras de caridad debían hacerse de forma reservada y en secreto.

-Que tu mano derecha no conozca lo que hace tu izquierda –nos manifestó.

Al igual que Mariamne, entendí muy bien las palabras de Jesús. Él siguió hablándonos y poniéndonos al corriente de cómo lo llevaríamos a cabo.

Después de oírle le dije lo peligroso que sería llegar hasta donde aquellas personas se refugiaban, a las afueras de Jerusalén, cerca del estanque de Betesda, un lugar totalmente inseguro y lleno de riesgo sobre todo por la noche.

Jesús pensaba, y así nos lo hizo saber, que, por mucha amenaza que supusiese acercarse a ellos, estaba preparado para

asumirla: desde aquel momento, nos decía, no podría irse a dormir sabiendo que otras personas pasaban hambre.

Mis razonamientos por hacerle desistir de su empeño no sirvieron para nada, estaba decidido a hacerlo con o sin nosotros. Tanto Mariamne como Juan no dudaron en acompañarle, por ello no tuve otra opción que seguirles.

Una semana más tarde, al oscurecer, preparábamos una pequeña burra y llenábamos los serones con cuantos artículos nos proporcionaban la cocina de José de Arimatea, el cenáculo de Nicodemo, carne de los animales sacrificados en el Templo, que conseguíamos gracias a la amistad que teníamos con algunos sacerdotes encargados de los sacrificios, frutos sobrantes de los diferentes tenderetes y cuanto podíamos recoger entre los conocidos, especialmente de Lázaro.

Nos encaminamos hacia la salida de la ciudad al encuentro de éstos sin importarnos lo que pudiera ocurrirnos.

Nuestra llegada fue acogida con suma extrañeza; para ellos era algo nuevo e insólito. En un principio no hicieron nada por conocernos ni se interesaron por saber qué nos llevaba hasta allí. Ante su indiferencia les explicamos que les traíamos comida. Descargamos cuanto llevábamos en los serones de la borriquilla y fuimos ofreciéndoles a cada uno de ellos un jarro de leche de cabra, un trozo de queso o salazón de pescado y una buena pieza de pan.

En un principio lo tomaron con recelo, pero pronto sus temores fueron disipándose en cuanto vieron que los cuatro nos sentamos en el suelo muy cerca del lugar donde se escondían y empezamos a comer la misma ración que llevamos para ellos.

Poco a poco, fueron acercándose a nosotros haciendo un círculo a nuestro alrededor. Observamos que entre ellos había

cojos, mancos, malformados y con diferentes taras físicas. Sin embargo, al no ver ningún leproso entre aquel grupo, preguntamos por ellos. Sólo nombrar esa palabra les atemorizó. Nos dijeron que ellos no permitirían que los castigados por Dios estuviesen en aquel lugar.

Cada dos días nos trasladábamos hasta allí para llevarles alimentos. Poco a poco, fuimos ganándonos su confianza y cada vez se mostraban más deseosos de nuestras visitas. Además de llevarles comida les hacíamos más llevaderas sus tristes situaciones. Por una parte, les ayudábamos a asearse en los estanques de agua y, por otra, les animábamos a confiar en el Padre.

Jesús se propuso además dedicar otros dos días a visitar a los leprosos que habían sido expulsados de Jerusalén y se les había obligado a vivir aislados en las proximidades del valle Hinón, en una zona acotada para ellos. Se les tenía prohibida la entrada en la ciudad y, únicamente, se les permitía llegar hasta la Puerta del Muladar, pero en ningún caso atravesarla.

La primera vez que los visitamos lo pasamos muy mal, nos resultaba muy difícil entender la situación que vivían aquellas personas. No era justa aquella realidad.

Decidido a llegar hasta ellos, recogimos agua del estanque de Siloe, que se encuentra junto a la Puerta del Muladar y, dirigiéndonos hasta ella la atravesamos caminando hacia donde sufría aquel grupo de leprosos. Al vernos llegar, desaparecieron y se escondieron como bien pudieron. Sacamos la comida y la bebida de los capachos de la borriquilla y fuimos dejándola sobre el suelo esperando que vinieran a recogerla.

Durante un buen rato aguardamos a que, al menos uno de aquellos desgraciados se acercase a recogerla, pero debimos desistir de nuestro empeño y regresar a la ciudad sin haberlo conseguido.

Dos días más tarde volvimos de nuevo a llevarles alimentos y observamos cómo toda la comida dejada días antes había desaparecido. Eso nos hizo sentirnos muy bien.

Volvimos a hacer lo mismo ya que ellos volvieron a esconderse en cuanto nos vieron llegar y tampoco vinieron a retirarla mientras estuvimos allí. A la tercera vez de llegar hasta ellos y hacer la misma acción, salieron de su escondite dos mujeres harapientas y sucias con grandes nódulos en la piel. Una de ellas cojeaba por la parálisis muscular que sufría, la otra tenía deformada sus manos por el entumecimiento sufrido en sus nervios. Ambas se acercaron temerosas. Jesús, al verlas, dio unos pasos y las tomó por las manos trayéndolas y haciéndolas sentarse junto a nosotros. Les ofreció un cesto de higos secos, un trozo de carne cocida y un poco de pan.

Muchas de las personas que se escondían, al presenciar aquella escena empezaron a salir, recelosas y con miedo a lo que pudiera acontecerles; poco a poco fueron venciendo sus desconfianzas y aquel día recogieron la parte de su ración.

El alma se me rompió al ver a un joven que no podía tener más de once años con las orejas y la nariz totalmente destrozadas. Mariamne le abrazó contra ella y hasta besó su cabeza con sumo cariño.

Supimos que un hombre no podía llegar a nosotros porque la paralización de sus extremidades se lo impedía. Jesús tomó su costo y lo llevó hasta donde se encontraba, una pequeña oquedad infecta entre aquellas rocas. Al encontrarse junto a él, acarició su cara deformada y le ofreció una porción de comida.

Después de tomar parte de lo que le proporcionamos, limpiamos aquel sucio abrigo.

Cuando dejamos a aquel pobre desgraciado le dije a Jesús si

no temía que fuésemos contagiados y me respondió que no sólo no pensaba en ello, sino que creía que quien rechazaba a un hombre se alejaba del Padre.

Después de aquella ocasión, volvieron a repetirse otras y muchas más. Otros dos días de la semana se los dedicábamos a ellos. Les llevábamos comida y nos preocupábamos de lavarles las heridas con el agua recogida del estanque de Siloe y que en varios viajes transportaba Juan con la borriquilla.

Después de limpiárselas, le untábamos a las partes más afectadas de su cuerpo un ungüento que nos preparaba Needar.

Además de ir mejorando poco a poco, consolábamos en gran medida a aquellas personas y nosotros ofrecíamos aquella acción al Padre.

CAPÍTULO XVII CONFABULACIÓN Y ENGAÑO

AQUELLA FIESTA DE PASCUA VINO A COINCIDIR con el tercer aniversario de Jesús como rabino. Tanto Él como Mariamne habían cumplido los dieciocho años y la fuerza que les unía era tan grande que casi nunca se les podía ver separados.

Jesús estuvo considerado el rabino más joven de todo el pueblo judío. Con tan sólo quince años ya lo era. Su grado de inteligencia, su capacidad de análisis y su forma de realizar sus exposiciones sobre la ley de Moisés, estaban muy por encima de la gente de su edad y también de las de muchos viejos doctores. Él podía ejercer su magisterio a lo largo de todo el territorio allí donde hubiera un hombre profesando nuestra fe.

De Mariamne se decía que era la mujer más instruida y erudita de su época en toda Judea. No en vano se había adocinado muy bien en todas las materias y disciplinas con los mismos sacerdotes y doctores de la Ley que Él.

La protección ejercida por Anás sobre Jesús fue determinante. Desde el momento de conocerle había quedado sorprendido por su sapiencia y conocimientos, así como por la firmeza,

rotundidad y seguridad con la que defendía todas sus ideas. A partir de su primer día como rabino, lo que más llamaba la atención a cuantos le oían predicar fue la claridad, sencillez y, a la vez, profundidad con la que exponía sus enseñanzas.

A todos los rincones donde se dirigía a predicar llegaba acompañado por Mariamne, su más fiel compañera y amiga. Nadie como ella le conocía tan bien y tenía la preparación y capacidad para discutir con Él sobre las escrituras sagradas y las leyes judías.

He de reconocer que me divertía mucho verlos mantener puntos de vista diferentes y en algunas ocasiones contradictorios.

No era normal que una mujer hablase y menos que discutiese con un hombre. Eso no era posible en nuestra sociedad, pero sí entre ellos. De aquellas discusiones, ellos salían fortalecidos y yo aprendía muchísimo

Comprobé en más de una ocasión, cómo hacía suyas las ideas que ella defendía sin darle la menor importancia.

En otros momentos me preguntaba por la necesidad de tener que estar siguiéndole como si fuese su sombra. Pensé que el estar junto a Él no era necesario ni imprescindible, porque se la valía muy bien sin mi continuada presencia. En más de una ocasión, concretamente en dos, se lo pregunté a mi maestro y dirigente de nuestra organización, Nuriel, y en ambas obtuve la misma respuesta:

- Estarás con Jesús hasta que la profecía se cumpla.

Aquellas palabras suyas, llenas de rotundidad y de una seguridad absoluta, cerraban cualquier posibilidad de profundizar y continuar hablando de ello.

Aquel año, la celebración de la fiesta de Pascua tuvo lugar a mediados de Abril –Nisán- del quince al veintitrés. Su celebra-

ción dependía del calendario lunar y coincidía siempre con la primera luna llena de la primavera.

Para ello, José de Arimatea había preparado su casa antes de nuestra llegada. Los trabajadores de ella habían acometido una limpieza profunda, minuciosa y concienzuda de todos los objetos, utensilios de cocina, herramientas de trabajo, vestidos y otros enseres usados normalmente, para destruir todos los restos de alimentos que contuviesen levadura.

Para celebrar aquella festividad José compró una vajilla que quiso estrenar en exclusiva con sus invitados y que usaría sólo en estos días festivos.

También se habían preparado suficientes habitaciones para dar cobijo a familiares y amigos que llegaban a Jerusalén en peregrinación desde diferentes poblaciones.

La Pascua es nuestra fiesta grande. Es la conmemoración de la libertad. Con su celebración, recordamos la liberación de la esclavitud a la que los judíos habíamos estado sometidos por parte del pueblo egipcio, desaparecida tras el éxodo emprendido por nuestro pueblo. Aquel hecho supuso que después de muchos años se lograra el sueño anhelado por todos los judíos, la libertad y el encuentro con la Tierra Prometida.

Llegamos a la mansión de José, que considerábamos nuestra, desde Hebrón hacia el mediodía del catorce. El de Arimatea volvió a darnos cobijo haciendo que siguiéramos sintiéndonos parte de su familia. Aquella casa era muy distinta a todas las demás. En ella, durante varios años, compartimos vivencias, ilusiones y esperanzas en un futuro nuevo y mejor. ¡En aquel hogar soñamos tantas cosas!

Entrando por sus puertas empezábamos a sentirnos cómodos y dentro de ella se respiraba el bullicio y el ajetreo que nor-

malmente, año tras año, trae consigo la celebración pascual, especialmente aquella en la que nos íbamos a reunir muchos amigos y familiares para celebrarla, compartiendo juntos confianza y convicciones.

José había dejado la casa porque debía asistir a una reunión extraordinaria del Sanedrín convocada de forma urgente unas horas antes de que se iniciase la celebración de la Pascua.

Después de habernos aseado, Jesús nos propuso acercarnos al Templo a orar y de paso visitaría a Anás.

Salimos de casa y fueron muchas las paradas que debimos hacer para saludar a gente que se le acercaba para estrechar sus manos o para tocarle. Jesús ya era muy conocido por aquel tiempo.

Al ir acercándonos al Templo observamos que el alboroto producido por grupos familiares era cada vez mayor. Muchas personas recién llegadas charlaban y compraban productos del campo que les ofrecían los vendedores de los puestos. Los tenderetes a pie de calle estaban repletos de pescados. Se vendían extraordinarias piezas que eran objeto de admiración.

Muchos peregrinos estaban llegando desde lejanos rincones a Jerusalén para cumplir con la ley judía o habían llegado el día anterior. Disfrutaban paseando y entonando preciosos cánticos por las bulliciosas callejas.

Al aproximarnos a la Puerta de los Corderos para entrar a orar, advertimos sorprendidos la gran cantidad de familias que acudían a llevar sus animales para que los sacerdotes los sacrificaran e inmolaran y así poderlos comer una vez desaparecido el sol por el horizonte. Eran miles los corderos que se sacrificaban al llegar estas fiestas.

Oramos durante unos minutos y seguidamente nos dirigi-

mos al palacio del sumo sacerdote a hacerle una visita. Mariamne y yo nos quedamos esperando a que terminase de hablar con Anás, en una antesala cuadrangular de valiosos y antiguos muebles adornada de bellos tapices.

Desde hacía años Jesús tenía el privilegio y la autorización para poder entrar en aquel despacho sin solicitar cita, por lo cual todas las puertas las tenía abiertas. Muy pocas personas gozaron de esa disposición que le fue dispensada. Aquél era uno de los pocos lugares a los que Mariamne no lo había acompañado. Es más, nunca intentó hacerlo.

En aquella ocasión Anás quiso conocernos, por ello nos invitó a entrar en aquel despacho. Deseaba tratarla en persona y hacerse una composición real sobre ella, necesitaba saber cómo era la mujer que siempre acompañaba a Jesús a todos los sitios y de la cual todos hablaban.

Entramos en aquella gran habitación que le servía de despacho, totalmente ordenada y adornada con exquisitez. Nos invitó a sentarnos e hizo todo lo posible para que nos sintiéramos cómodos.

Los primeros minutos fueron para hablar con ella y de ella. En ese tiempo de forma agradable e inteligente Mariamne fue contestando a todas las preguntas que Anás le hacía. Ninguna se quedó sin respuesta.

Durante más de una hora hablaron Jesús y Anás mientras nosotros permanecimos escuchándolos en el más absoluto silencio. Al despedirnos, le expuso que su yerno Caifás estaba moviendo a sus amigos y preparándose para asumir la responsabilidad de sumo sacerdote y que para ello contaba con suficientes apoyos entre muchos de los miembros del Sanedrín.

Lo extraño de toda aquella conversación era que algo que nos parecía tan confidencial lo refiriese ante nuestra presencia.

Anás le pidió su ayuda para frenar los deseos de su yerno, proponiéndole hacer entre todos un frente común contra José de Caifás.

Anás sabía que también nosotros teníamos suficientes amigos formando parte del Sanedrín para desbaratar los planes de su yerno, entre otros, José de Arimatea y Nicodemo, hombres muy queridos y respetados por todos y con suficientes seguidores capaces de impedir que Caifás fuese nombrado sumo sacerdote.

Jesús, tomando la palabra, le dijo que estaba dispuesto a hacerlo por diferentes razones. La primera de ellas, porque deseaba desde hacía mucho tiempo demostrarle su lealtad por el trato y la deferencia tenida hacia Él. La segunda, porque le parecía una forma mezquina la utilizada por Caifás para llevar a cabo su propósito. Y la tercera, y más importante, porque no compartía sus criterios sobre la ley de Moisés. Jesús pensaba, y nunca lo disimuló, que éste se había apartado bastante de ella, por lo cual su elección iba a perjudicar a todos los judíos. Él exponía su pensamiento con total naturalidad y Anás asentía a todo cuanto escuchaba.

Llegado a este punto le indicó al sumo sacerdote, que el cumplimiento de aquella petición llevaba implícito el compromiso de muchas personas en un intento que podría resultar desastroso, sobre todo conociendo la ascendencia ejercida por Caifás sobre importantes miembros del Sanedrín. También debíamos de pensar en las represalias contra las personas que se pronunciasen en contra suya en caso de su triunfo. Empezar por tanto, aquella batalla suponía calibrarla minuciosamente para no perderla.

Anás manifestó que era consciente de cuanto le decía, pero que aun así era necesario y vital intentarlo, porque tampoco compartía con su yerno Caifás criterios sobre su sentir religioso.

Llegados a este punto Jesús le exigió un compromiso serio, el

juramento por su honor y por la Ley, de que bajo ninguna circunstancia se doblegaría ante los deseos de Caifás, y que nunca abandonaría a quienes le apoyasen si aquel intento salía mal. Anás lo oyó y, sin dudarle un instante, se comprometió con Jesús, teniéndonos a nosotros por testigos de aquel acuerdo. Tras abrazarnos a Mariamne y a mí, besó a Jesús y salimos.

Cuando nos encontrábamos en la calle notamos cierta preocupación en la cara de Jesús y se lo hicimos saber. Yo entendí desde el primer momento los gestos de su rostro porque no me resultaba normal cuanto allí había acontecido. No era fácil dar crédito a lo expresado por parte del sumo sacerdote, máxime cuando lo había hecho en la primera visita que tuvimos con él.

Nunca hubo entre nosotros el menor secreto, por ello no tuvimos necesidad de preguntarle nada al respecto, nos refirió que desde hacía bastante tiempo sabía que esto iba a suceder y que en diferentes ocasiones Anás le había mostrado su preocupación por la actitud de su yerno.

A la vez que saludaba a cuantas personas se les acercaban, nos contaba cómo Caifás venía adoptando de un tiempo a esta parte actuaciones que no venían agradando a Anás, tanto que en algunos casos habían rayado en la insolencia, abusando de la relación personal que le unía con el padre de su mujer.

Caifás era un doctor de la Ley. Un saduceo, según decían todos, muy inteligente y bastante preparado, soberbio en grado sumo y gozaba de una gran influencia entre los miembros que componían el Sanedrín.

Jesús nunca gozó de su aprecio, más bien todo lo contrario, siempre lo miró con malos ojos y recelo. Caifás no soportaba verlo crecer como la espuma, sobre todo porque el que lo fa-

vorecía era su suegro. Quizás adoptase esa actitud al sentirse celoso de Él, al percibir el afecto y el cariño profesado no sólo por Anás, sino por quienes lo conocían.

Decidimos marchar más deprisa porque en la casa nos estaban esperando. Por el camino nos encontramos a José, que acababa de dejar a un grupo de compañeros del Sanedrín y con parsimonia regresaba a su hogar.

Hicimos el trayecto juntos y de una forma muy sintética le hice una exposición de la conversación mantenida con Anás, que escuchó con mucha atención aunque, eso sí, muy sorprendido y bastante desconcertado porque tampoco alcanzaba a ver con claridad el plan que nos había presentado el sumo sacerdote.

Al entrar por las puertas de la casa del de Arimatea tuvimos la mayor de las sorpresas que hubiésemos podido imaginar. Sin la menor duda, la mejor de todas, la más deseada, tanto por Él como por mí. María, su madre, esperaba nuestra llegada. Había venido desde Nazaret para celebrar la Pascua y quiso hacerlo sin anunciar su venida para darnos una sorpresa; y bien que lo logró.

Al verla comprendí la insistencia con la que José de Arimatea nos había mostrado su deseo de que ese año no faltásemos a la celebración.

Nos fundimos con ella durante unos minutos en fuertes abrazos. Yo la veía preciosa, no había envejecido nada. Quiso también compartir esos momentos de felicidad con Mariamne, a la que no conocía y a la cual abrazó y besó con gran cariño y satisfacción. Habiéndola estrechado contra ella, la apartó un poco y la miró a los ojos queriendo entrar en su alma a través de ellos. El silencio producido al contemplar aquella emotiva escena lo envolvió todo. Sólo pudo escucharse a María dirigiéndose a ella.

-¡Me gustas Mariamne! ¡Me gustas! Mucho he oído hablar

de ti, mucho y bueno, pero se quedaron cortos quienes mencionaron tu nombre.

-¡Mariamne, Mariamne! -repetía María una y otra vez.

Una gran mesa bien preparada nos estaba esperando para que nos sentáramos a cenar. A aquella cena pascual tampoco faltaron Nuriel, Needar, ni los hermanos Lázaro y Marta y hasta el mismo Simón el Cananeo y los hermanos Judas Tadeo y Menahem que habían dejado Galilea para estar aquel día con nosotros. El de Arimatea, como prueba de reconocimiento a Nuriel, le pidió que la presidiera él y así lo hizo.

Normalmente este honor correspondía siempre al dueño de la casa, pero en esa ocasión no fue así. José quiso tener una deferencia con quien lideraba a los zelotes.

Nuriel se dirigió a todos y se interesó por la persona con menos edad de la mesa. La más joven de los presentes era Mariamne y a ella le correspondió dirigirse a todos:

-¿Por qué esta noche es distinta de todas las demás noches? -preguntó ella con voz serena.

Esa frase se le reservaba al niño más joven de la casa, pero al no haber ninguno en la cena se le pidió a ella que lo hiciera; con esta costumbre se evocaba a los más jóvenes la liberación de nuestro pueblo. Este recordatorio se cumplía las dos primeras noches de la Pascua.

Durante la cena se leyó la Hagadá por parte de los asistentes. Mientras se realizaba la lectura de las narraciones del Éxodo, según los pasajes hebraicos, el silencio lo inundaba todo.

La servidumbre de José, en aquella ocasión, nos preparó una extraordinaria cena con alimentos que simbolizaban las adversidades vividas y el sufrimiento soportado por los judíos en

el Imperio Egipcio. En aquella mesa no faltaban los tres panes ázimos: el masot, que encarnaba a los componentes de la sociedad judía, verduras amargas; el maror, una gran bandeja conteniendo la pasta preparada con frutos secos, miel, manzanas y vinos además de haroset, paletillas de cordero, huevos duros y agua salada o vinagre para mojar el karpás.

Fue Jesús como rabino quien bendijo las cuatro copas de vino que cada comensal tenía ante su plato y que debían tomar durante aquella comida, pronunciando las palabras: “Os sacaré, os liberaré, os redimiré y os tomaré.”

La cena transcurrió con la más absoluta sobriedad y respeto, transportando la mente al pasado vivido por quienes con sus sacrificios hicieron posible la liberación.

Reflexionando sobre ello, no dejaba de pensar cómo nuestro pueblo volvía a sentirse oprimido, sometido por aquellos que pretendían dirigir nuestra forma de vida, un nuevo opresor a quien maldecíamos a rabiar y que dominaba gran parte del mundo. Imaginaba, o al menos deseaba creer, que quienes formaban parte de aquella mesa estarían meditando en ello como yo; no podía ser de otra forma.

-¿No creéis que todo el que se sienta judío debe odiar a los romanos y a quienes colaboran con ellos? -comenté en voz alta para que todos lo oyeran.

Al menos Jesús no pensaba así. Acercándose a mí de forma silenciosa me dijo al oído:

-Mat-Yah, ama a tu hermano como a tu alma y no lo increpes nunca.

Me negaba a aceptar aquellas palabras suyas.

Más tarde se organizaron dos grupos: uno formado por las

mujeres que se quedaron en la mesa y otro por quienes salimos al patio central de la casa.

Lógicamente, nuestra conversación giraba siempre sobre la situación que venían padeciendo las clases más humildes, como consecuencia de la dominación del Imperio Romano. Era algo obsesivo, algo que no pudimos apartar de la mente a lo largo de la vida, y esa noche no podía ser menos.

Al unirse Mariamne a nosotros, Jesús expuso todo el contenido de su conversación con Anás. Oyéndole contar lo ocurrido, todos se sintieron extrañados. Los presentes decidieron hacer todo lo posible por impedir que Caifás obtuviera los apoyos necesarios. Se trazó un plan de actuación para conseguir con éxito los votos deseados. Se preparó una lista con los miembros del Sanedrín a quienes se podría llegar con facilidad para hacerlos copartícipes con la causa emprendida. Tras una hora aproximadamente, preparando el plan a seguir, nos fuimos retirando a descansar.

A la mañana siguiente, muy temprano, salimos de la casa de José a realizar los contactos previstos con los miembros del Sanedrín elegidos. A unos llegaríamos de forma directa y a otros a través de terceras personas. Decidimos poner en marcha a cuantos zelotes con influencia se hallaban en Jerusalén para que nos ayudaran a impedir que Caifás fuese propuesto para ser sumo sacerdote.

El éxito de aquella operación dependía de la rapidez con la que la llevásemos a cabo, por lo cual no debíamos descansar hasta haber hecho todas las visitas previstas.

He de reconocer el éxito alcanzado, no imaginé concluir aquel plan tan rápidamente ni que nos iba a resultar tan fácil lograr nuestro propósito. La razón principal de haber conseguido tantos

apoyos fue el odio y la animadversión despertada por Caifás en un gran número de miembros del Sanedrín. Muchos de ellos le habían prestado su apoyo en el intento de derrocar a su suegro Anás más por miedo que por convencimiento de que fuese el nuevo sumo sacerdote de nuestro pueblo. Bastó un pequeño movimiento de un grupo de personas contra él para que cambiasen el sentido de la votación y se pusiesen al lado de Anás.

En unos días tuvimos la certeza de haber terminado con los delirios de grandeza de un mal hombre, al que considerábamos enemigo de nuestro pueblo y de nuestra religión.

CAPÍTULO XVIII LLAMADA INESPERADA

CONFORME TRANSCURRÍA EL TIEMPO, LA CONFIANZA de Anás hacia Jesús iba de alguna forma decreciendo. Cuando tenía ocasión de mostrarle su resentimiento no dudaba en hacerlo. Todos pensábamos, que su cambio de actitud, obedecía al odio nacido contra Él, por haberle exigido el juramento de la Ley y por ayudarle a evitar que su yerno fuese sumo sacerdote. Supimos por diferentes fuentes que Anás se sintió avergonzado y, si bien en un principio no le importó la humillación, pues con ella conseguía sus propósitos, logrados éstos, no olvidaría a quien se la había infligido. Estos hechos, agradaban a su yerno Caifás que no cesaba en su intento de alcanzar su sueño.

Las entrevistas, en otra época celebradas casi a diario, se fueron distanciando y quienes estábamos cerca de Jesús, intuíamos que en cualquier momento y con cualquier excusa lo apartaría de Jerusalén.

En uno de los encuentros mantenidos con el sumo sacerdote, éste le pidió que marchase a Samaria a predicar y a estudiar la situación religiosa de los samaritanos. Anás quiso de aquella

forma alejarlo de Jerusalén, otra cosa no hubiese tenido sentido, pues se conocía perfectamente cual era la realidad de Samaria. Se sabía, sin necesidad de ir a comprobarlo, que aquella provincia intentaba separarse del judaísmo y se ponía en duda casi la totalidad de la Biblia, excepto sus cinco primeros libros, el Pentateuco.

Se pretendía que Jesús corrigiese y encauzase esa situación, que desde hacía largo tiempo se consideraba como un hecho grave y de difícil solución, cosa prácticamente imposible.

De hecho, aquellas circunstancias habían provocado enfrentamientos entre los samaritanos y los galileos así como con los habitantes de Judea.

Aquella era la excusa perfecta para alejarle durante un largo tiempo del centro de influencia que era Jerusalén y además le mandaba con el propósito de hacerlo fracasar en la misión encomendada.

Sin hacer el menor comentario, ni mostrar la menor discrepancia decidió emprender la marcha hacia Samaria.

Antes de la salida del sol nos estábamos preparando para iniciar el viaje. Íbamos a hacerlo a lomo de tres asnos bastante dóciles y un cuarto que transportaría las pertenencias y los enseres imprescindibles para realizar el camino.

Emprendimos la partida a primera hora del día por el camino de Samaria. Siguiéndolo dejamos a la izquierda de la calzada el monte de las Calaveras, el Gólgota, porque era costumbre entre pequeños grupos de habitantes de Jerusalén, originarios de zonas lejanas a Judea, el ritual de exponer los cráneos de sus muertos a la intemperie y ofrecérselos al Sumo Hacedor.

Continuamos la ruta de Emmaús y tras un pesado viaje, en el que no faltó la parada que nos obligaron a hacer los soldados romanos para identificarnos, llegamos a aquella población unas

horas después del inicio del viernes, habiendo tenido más de un problema a lo largo del camino.

En Emaús nos esperaba nuestro compañero el Cananeo, el responsable zelote de aquella región, además de ser el coordinador de nuestro movimiento en toda Samaria. No quiso dejarnos solos durante el tiempo en que permanecemos en aquella zona, trasladándose desde Sabaste, la ciudad donde tenía establecido su cuartel general para acompañarnos en todo el territorio samaritano. Su presencia nos agradó a todos; tenerlo cerca era una garantía de seguridad, además nos ayudaría en todos los movimientos que hiciésemos a lo largo de nuestro camino hasta llegar a la ciudad de Cesárea.

A la mañana siguiente, después de haber dormido en casa de uno de los colaboradores de Simón, nos llevó a una majada situada a las afueras de la población donde un grupo de compañeros y amigos suyos nos esperaban para tener un encuentro con Jesús y cumplir el deseo que le habían mostrado de conocerlo en persona.

Nuestra llegada era esperada y fuimos recibidos con mucho regocijo y satisfacción por todos. Aquellos hombres sacrificaron un cabrito y habían preparado una comida para agasajarnos. Todos deseaban tocarlo y hablarle. Su popularidad y notoriedad había traspasado las murallas de la ciudad de Jerusalén. Ya se empezaba a considerar por muchas gentes sencillas, la posibilidad de que fuese el mesías esperado y prometido por los profetas. Simón les indicó que se sentaran y todos fueron acomodándose alrededor de Él formando un círculo. Jesús tomó la palabra y, tras agradecerles aquel recibimiento, pasó a contarles las razones por las cuales le hacían emprender aquel viaje.

Ellos le expusieron sus vivencias en aquellas montañas de las que bajaron para acompañarlo.

Oyéndoles, pensé que creían que Jesús era uno de los máximos dirigentes dentro del movimiento zelote, cuando no era así. Es más, el hecho de ser un rabino y tener que ejercer su ministerio durante muchas horas del día le impedía disponer de tiempo necesario para dedicárselo a nuestra organización si lo hubiese deseado.

No obstante, cada vez que podía nos ayudaba, lo hacía con su palabra, no sólo en las sinagogas, sino también en cualquier otro lugar. Sus mensajes eran dardos envenenados dirigidos de forma indirecta para contaminar de sentimientos antirromanos a quienes lo oían.

Durante todo el día permanecimos conviviendo con aquel grupo de hombres idealistas, dedicados a los demás más que a sí mismos. Al ir transcurriendo las horas se había corrido la voz de que Jesús había llegado a Emaús y muchos vecinos que supieron de su presencia fueron acercándose a saludarle y a solicitar su bendición.

La luz del día iba desapareciendo dando paso a la oscuridad de la noche, el sábado estaba a punto de llegar, por lo cual debíamos retirarnos lo antes posible. Poco a poco, el grupo se fue deshaciendo y fueron marchándose hacia el pueblo. En aquella ocasión fue el fuerte sonido de una gran caracola, utilizada por uno de los miembros del Consejo de la sinagoga, la que rompió el silencio de la noche anunciando a todos la llegada del sábado.

Cenaron y se marcharon a descansar, todos excepto Jesús, Mariamne, el Cananeo y yo que nos quedamos charlando durante un buen rato.

Yo advertía que ella permanecía en silencio cuando Jesús hablaba con algún grupo. En esos casos Mariamne adoptaba una postura de atención a cuanto Él decía, procedía de forma totalmente distinta a cuando estábamos solos los tres. Entonces ella le aconsejaba la forma de hablarle a una congregación, dependiendo del lugar donde ésta se celebrase y de la gente que participase, además, discutían y estudiaban conjuntamente la manera de hacerlo, así como el mensaje a transmitir en los distintos pueblos y ciudades.

Ambos procuraban obtener mi aprobación, que nunca les negué, aunque no es menos cierto que ninguna vez les había puesto cortapisas a sus inquietudes. Ellos hablaban y discutían y yo siempre les escuchaba y asentía. Mi cometido primordial era cuidarle y estar dispuesto en todo momento a ayudarle más que a discutir sus decisiones.

Muchos temas se trataron aquella noche, durante mucho tiempo, sobre la materia religiosa a desarrollar durante el viaje emprendido. Especialmente se preparó la charla que Jesús debía dar a la mañana siguiente en la sinagoga. A continuación, por parte de Simón el Cananeo, se nos presentó el itinerario que debíamos seguir acompañados por su grupo. Ellos conocían el territorio de Samaria por lo que serían los encargados de cuidar de nuestra seguridad.

Aquella noche Jesús nos dijo a Mariamne y a mí algo que nos llamó la atención y que no llegamos a entender.

-Si en alguna ocasión os pido que me entreguéis, hacedlo sin dudar. Si ese momento llegase, actuad en consecuencia y conforme a lo que os he dicho y no os dejéis llevar por el amor que me profesáis.

No entendimos bien lo que quiso decirnos, ni tampoco la

forma en la que nos lo dijo; nunca nos había hablado de ello. Mariamne y yo nos miramos bastante sorprendidos aunque ninguno de los dos le preguntamos el sentido de sus palabras. Oído aquello se produjo un silencio profundo y nos retiramos a dormir.

Pronto los sentí dormir mientras yo me quedaba un buen rato despierto, sin dejar de recordar y pensando en aquellas palabras tuyas.

Al día siguiente, la mañana se presentó limpia, con un cielo radiante y claro. Un buen día había nacido sobre Emaús y el bello canto de las aves, el rebuzno de los asnos y los desagradables ladridos de los perros despertaban a quienes aún seguían dormidos. Realicé mis oraciones matinales dando las gracias a Jahvé por regalarnos un nuevo día y nos dispusimos a desayunar una reconfortante comida preparada por uno de los hombres del Cananeo. Aquellos alimentos nos predispusieron a empezar la mañana con optimismo y nuevas ilusiones en la tarea que íbamos a iniciar.

Simón se acercó y nos indicó que todo estaba listo para empezar la charla en la sinagoga a la hora prevista y nos comunicó la gran afluencia de gente llegada desde las casas labriegas de las montañas, de donde se habían trasladado para asistir a los actos religiosos del sábado. Yo tenía muy claro que eran muchos más los que habían bajado a oírle y a conocerle que a asistir a los actos religiosos en sí.

Al salir a la calle, un grupo de personas nos esperaban en la puerta de la casa para acompañarnos a la sinagoga. Nos dirigimos hacia ella, no sin antes saludar a quienes nos aguardaban en la travesía para seguirnos.

La sinagoga se ubicaba en la Plaza Grande de la población, en una casa de tamaño medio, construida con piedras y bloques

de barro mezclado con paja de cereales y secados al sol. Ésta era no sólo el centro religioso, también se utilizaba como refugio y albergue de viajeros y transeúntes que desde lejos llegaban a Emaús. Se orientaba hacia Jerusalén, tal como era costumbre en nuestro pueblo, y se dedicaba al culto, al estudio y al encuentro de quienes profesábamos la religión judía. Allí se reunían de forma regular los creyentes judíos para celebrar las asambleas de fieles y se llevaba a cabo el estudio de la Ley, que se recordaba en cada una de las reuniones. Las sinagogas eran las entidades más representativas y más antiguas del pueblo judío. Nuestros mayores nos enseñaron que antaño, más de seiscientos años atrás, nuestros antepasados deportados a Babilonia por Nabucodonosor II oraban en ellas.

Llegamos acompañados por muchos vecinos a aquel recinto sagrado, donde otro grupo de personas lo esperaban en la puerta para verlo y saludarlo antes de entrar. Todos ellos nos siguieron al interior tras Él.

Ya dentro, Jesús se dirigió hacia el Ner Tamiz que mantenía su luz perpetuamente encendida y avanzó hacia el arca, la gran mesa elevada sobre una tarima y orientada hacia Jerusalén. La abrió y extrajo de ella un rollo de escritura de la Torá, que llevó hasta el atril desde donde empezó a leer. Cuando se leía aquel rollo la atención era absoluta por parte de todos los presentes. Mariamne quiso guardar la tradición y tomó asiento junto a los bancos negros ocupados por las mujeres.

La menorah permanecía con sus siete brazos encendidos. Para los judíos simboliza los matorrales ardiendo del Monte Sinaí y es uno de los símbolos más antiguos de nuestro pueblo, que en un principio localizaron en el Tabernáculo y con posterioridad en el Templo del gran Salomón.

Jesús comentó la Ley, dirigiendo un discurso lleno de mucha fuerza y fervor que enalteció a los asistentes. Una arenga cargada de rebeldía y de lucha en la que se reivindicó la libertad del pueblo judío.

Para muchos de quienes lo oíamos, el discurso estuvo muy cercano a la filosofía zelota en cuanto al derroche del nacionalismo que impregnó a sus palabras.

Terminado el acto religioso todos deseaban saludarlo y tocarlo. Nos dábamos cuenta de cómo día a día su popularidad iba creciendo y cuantos le oían empezaban a creerle, a seguirle y a transmitir esas creencias entre sus amigos y familiares. Muchos lo siguieron hasta la casa y hasta ella fueron llegando en días sucesivos gente venida desde diferentes rincones.

Una de aquellas visitas fue la de un mensajero, que había venido desde Jerusalén, para entregarle un mensaje de Nuriel.

Leímos con avidez aquella comunicación y pudimos saber que Nuriel pedía a Jesús que regresase de inmediato a Jerusalén. Graves acontecimientos debían de estar ocurriendo en aquella ciudad para que el texto fuese tan lacónico y conciso. Sin pensárnoslo dos veces y sin dilación alguna, emprendimos la marcha de vuelta.

Durante el viaje fuimos dándole vueltas a la cabeza, pensando en lo que habría podido acontecer durante nuestra ausencia; todos coincidíamos en que la llamada obedecería a algún hecho relacionado con el sumo sacerdote. Jesús no dejaba de repetir una y mil veces que Anás parecía haber cambiado de opinión desde la última vez que estuvieron juntos.

CAPÍTULO XIX ENFRENTAMIENTO ANUNCIADO

TANTO NURIEL COMO EL DE ARIMATEA ESPERABAN nuestra llegada desde la mañana y permanecieron reunidos haciendo tiempo para exponernos lo que todos habíamos temido, que Anás intentaba transferir su cargo a Caifás, por no haber sido capaz de soportar las presiones a las que desde diferentes sectores de la sociedad había sido sometido, especialmente, desde el ámbito de sus familiares.

Nuriel nos propuso tomar posiciones cuanto antes para evitar que los hechos se consumasen. Creía que era necesario ir a visitar al sumo sacerdote y recordarle sus promesas y juramentos hechos, para su vergüenza, y de esa forma hacérselos cumplir.

Según ellos deberían ir las personas ante quienes Anás había realizado la promesa: Mariamne, Jesús y yo. Decidimos ir a verlo sin la menor dilación para poder entrevistarnos cuanto antes con él.

A la mañana siguiente, a la salida del sol nos dirigimos hacia el palacio de Anás; sabíamos que Anás madrugaba muchísimo, por ello queríamos estar en la antesala de su despacho lo antes posible para ser recibidos. Pero nuestros deseos no eran los del

sumo sacerdote. Entramos en la antesala y allí nos sentamos. La espera se hizo eterna y uno de los sacerdotes nos transmitió la imposibilidad de ser recibido en aquel momento. Nos marchamos con gran rabia y volvimos al día siguiente a la misma hora y al siguiente y al siguiente y así, hasta siete días seguidos sin conseguir nuestro propósito, que no era otro que sentarnos con Anás para poder oír de sus labios cuanto se comentaba sobre su renuncia.

Al octavo día estaba decidido a no abandonar aquel lugar sin haberlo visto. Jesús, que conocía bien aquel palacio, nos hizo seguirle y entramos por una de las puertas traseras de uno de sus pasillos.

Fue grande la sorpresa vivida por el sumo sacerdote al vernos entrar sin haber dado las órdenes oportunas para recibirnos. Jesús no le dio la menor posibilidad de reaccionar ante nuestra presencia, y no perdió un segundo en plantearle la cuestión que nos hacía estar allí. Sabía bien que el éxito de una circunstancia límite como aquella dependía de no darle al adversario, y el sumo sacerdote lo era en aquella ocasión, la menor posibilidad de reaccionar y sobreponerse de la sorpresa que suponía vernos en su despacho.

Jesús era ágil y dominaba esas situaciones, por lo cual le planteó sin rodeos si eran ciertos o no los comentarios y rumores extendidos por todo el territorio judío que iba a poner su cargo a disposición del Sanedrín para que éste propusiera a Caifás como sumo sacerdote, incumpliendo de esa forma la promesa que nos había hecho. Esperamos su contestación durante unos minutos que se nos hicieron eternos. A todos nos sorprendió el silencio y la frialdad mantenida por Anás a lo largo de este tiempo, la misma exasperó a Jesús, que no dudó en llamarle traidor, mezquino y no sólo mal hombre sino mal sumo sacerdote.

Jesús podía decirle todo aquello, porque aquel hombre se había comprometido ante Él tiempo atrás, jurando por la Ley no retractarse en los planteamientos hechos sobre su continuidad en el cargo evitando así la elección de su yerno. Le reprimió que actuando de esa forma, ponía en peligro a las personas que le ayudaron y que habían apostado de forma clara por él, posicionándose de forma rotunda contra Caifás.

Los tres esperábamos la reacción del sumo sacerdote ante las fuertes palabras de Jesús, pero él permanecía en el más absoluto de los silencios. Mariamne estuvo a punto de intervenir, Jesús con la mirada le rogó que no lo hiciera, por lo cual se separó de nosotros y se fue hacia uno de los muchos ventanales de aquella gran habitación.

Yo permanecía en silencio, haciendo verdaderos esfuerzos para no participar en aquel ataque, porque habría desagradado a Jesús.

Al no obtener respuesta alguna, ni un solo gesto evidenciando la veracidad de los comentarios extendidos por Jerusalén, le pidió que los negase o se reafirmase en los mismos, pero ni tan siquiera así consiguió sacarle palabra alguna. Viendo que la situación no conducía a nada, Jesús nos indicó dejar aquel despacho. Al salir se volvió hacia atrás y le llamó mal nacido y maldito de Jahvé. Aquellas palabras fueron el resorte que hizo que el sumo sacerdote saltara como un ciervo herido. De su boca salieron, con una acritud nunca conocida ni imaginada, palabras y frases soeces, durísimas y amenazantes, contra el que hasta hacía muy poco tiempo había considerado su protegido y amigo.

-Puedes esconderte donde quieras, pero daré contigo. Pondré a mi gente a que te busquen para darte un castigo como

nunca has podido imaginar. Las palabras y ofensas que me has dirigido te las haré tragar -concluyó Anás con un gesto amenazante.

-Quién ha ofendido al Padre has sido tú, incumpliendo el juramento que nos hiciste, por ello me reitero llamándote mal nacido -volvió a repetirle.

-Acabará contigo maldito zelote.

Sus últimas palabras las oímos en silencio cuando nos dirigíamos hacia el exterior por el pasillo. Salimos y aceleramos el paso; queríamos llegar lo antes posible a la casa de José de Arimatea donde nos esperaban para conocer nuestra conversación con el sumo sacerdote. Debíamos actuar con rapidez, conociendo a Anás sabíamos que era capaz de hacer realidad sus palabras sin el menor miramiento.

Como imaginamos, ellos nos estaban esperando. Les expusimos lo hablado y fue el de Arimatea quien nos dijo que no debíamos perder tiempo, que teníamos que salir de Jerusalén de inmediato. Todos, especialmente Simón el Cananeo, estuvimos de acuerdo. Permanecimos únicamente el tiempo preciso para preparar varias mulas y dos asnos y llenar sus capachos de comida y algunos utensilios necesarios para iniciar un largo viaje, sin saber cuánto iba a durar ni a dónde iríamos. Pensamos que lo importante era desaparecer de Jerusalén y encaminarnos a un lugar alejado sin importarnos en aquel momento a dónde.

En el último segundo, todos nos inclinamos por la sugerencia que el Cananeo hizo sobre el sitio al que debíamos de dirigirnos. Propuso salir hacia una zona próxima a la población de Jericó que determinaríamos a lo largo del trayecto.

Nos acompañaría con sus hombres, los cuales se encontraban en un campamento a las afueras de la ciudad. Sería él quien comandase la comitiva, pues conocía como la palma de su mano el territorio por donde debíamos movernos y junto a sus hombres estarían siempre preparados para emprender una lucha cuerpo a cuerpo en caso de necesidad.

Sin perder tiempo, nos despedimos de todos y emprendimos nuestra marcha huyendo de Anás. Jesús, Mariamne y yo comenzábamos un camino nuevo, si bien en esta ocasión las circunstancias eran bien distintas a las de otras ocasiones. Lo hacíamos huyendo de alguien a quien Jesús le había sido leal y fiel hasta el momento en que juró en falso ante la ley de Moisés. Teníamos claro que lo ocurrido había sido una gran decepción para Él. Su rostro lo delataba. La tristeza inundaba sus ojos marrón claro.

También a Mariamne le habían afectado las últimas vivencias, pero ella era mucho más fuerte que Jesús y se repuso mucho antes que Él.



CAPÍTULO XX LA HUIDA

NOS DIRIGIMOS AL CAMINO DE BETANIA dejando atrás el estanque de Betesda. A la altura del jardín de Getsemaní, cubriéndose con los olivos milenarios que poblaban el mismo, nos esperaban los compañeros del Cananeo que, después de hablar con él, aparejaron sus mulos, montaron sobre ellos y se unieron a nosotros.

El grupo del Cananeo lo formaban cinco hombres, todos fuertes y fajados en la lucha y especialistas en el cuerpo a cuerpo. Cuantas veces lucharon contra los romanos, siempre ganaron sus encuentros. La sorpresa y el dominio del terreno eran sus principales armas, aparte de la sicca, que utilizaban a la perfección.

Dos de ellos se colocaron detrás de los animales cerrando la marcha, otros dos flanqueaban nuestros laterales y un quinto se adelantó a la cabeza de la comitiva y tomó el timón que hasta ese momento había llevado Simón, que se puso al lado de Mariamne.

Conforme avanzábamos, me di cuenta del conocimiento que tenían sobre el camino a seguir. En vez de viajar por la calzada, nos hacían ir por vericuetos y veredas paralelas, muy difíciles de transitar. Al llegar a la altura de Betania, en lugar de

bordearla, decidimos entrar en la casa de Lázaro para recoger algunos utensilios que necesitábamos. También consideramos conveniente hacerle saber nuestra decisión de huir de Jerusalén. Marta, siempre llena y rebosante de sentimientos, nos preparó para el viaje una comida a base de tortas de harina amasada con aceite de oliva y carne de cabrito con habas rehogadas con miel. Nos echó pescado secado al sol, queso de oveja en aceite y varios botes de muries, una riquísima conserva de pescado preparada extraordinariamente bien por ella misma.

Lázaro, que acababa de llegar a la casa, tras conocer por Jesús las razones de nuestra salida de la ciudad, decidió dejar todo y acompañarnos hasta donde estuviésemos seguros y lejos de Jerusalén.

Nos alegramos de la decisión tomada pues él conocía suficientes sitios y refugios donde poder escondernos, porque los terrenos por los que avanzaríamos los había recorrido en muchas ocasiones. Su casa no la conocía tan bien como aquellos caminos. Pero aún había algo más importante, contaba con muchos amigos a lo largo de aquella ruta, a los cuales había favorecido en diferentes ocasiones. Ellos nos darían la cobertura necesaria para que no lograra localizarnos la gente mandada por Anás. A todos nos pareció muy bien que Lázaro se incorporara a nuestra comitiva, especialmente al Cananeo, con quien se entendía muy bien después de haber intervenido juntos en diferentes acciones perpetradas en la zona de Jericó.

Simón ordenó salir lo antes posible de Betania y continuar la marcha sin pérdida de tiempo. Había que retirarse lo antes posible de allí, estábamos muy cerca de Jerusalén por lo que las garras de Anás podrían no estar lejos de nosotros.

El tiempo corría a nuestro favor si sabíamos aprovecharlo, por ello debíamos partir de inmediato y alcanzar cuanto antes el río Jordán, para que cuando se dieran cuenta de nuestra ausencia ya no fuera posible localizarnos. Antes de la llegada del nuevo día descansábamos resguardados y ocultos en una de las muchas cuevas existentes entre Jerusalén y el gran desfiladero, lugar hacia donde nos dirigíamos en aquellos momentos.

El trayecto recorrido acabó con nuestras fuerzas e hizo que el cansancio se adueñase de nuestros cuerpos, tuvimos que hacerlo a pie por caminos durísimos y difíciles de acometer debido a la brusquedad de los mismos. La gran pendiente de aquellas trochas y atajos dificultó muchísimo la marcha, sobre todo al hacerlo en la oscuridad de la noche.

Ya a cubierto y seguros, Jesús y Mariamne, antes de ir a descansar, tomaron un jarro de leche de cabra y un trozo de pan de cebada con levadura de mijo que Marta les había preparado. Se recostaron sobre los hatos de sus respectivos mulos, muy cerca de donde estos descansaban.

El resto del grupo nos quedamos aún despiertos durante un buen rato. Las grandes dimensiones de aquel habitáculo permitieron que algunos hombres se colocaran en un extremo del mismo y jugaran con una perinola de seis caras, apostando algunas pequeñas pertenencias. Lázaro, Simón y yo, permanecemos estudiando y preparando el recorrido del día siguiente, evitando tomar los senderos y veredas transitados con asiduidad. Una pequeña lucerna de cerámica, iluminaba con una luz tenue aquel receptáculo, permaneciendo encendida durante todo el tiempo que estuvimos en ella. Sólo se apagaba para reponer el aceite gastado.

Un turno de guardia permanente en la entrada aseguró la

tranquilidad de quienes dormíamos. Fue Lázaro el que nos despertó al caer la tarde, después de habernos preparado una buena cena. No sabíamos si haríamos otra antes del amanecer, por ello, aquella fue una comida fuerte, leche endulzada con miel, queso de cabra, salazones de pescados guisados con garbanzos y dátiles en abundancia.

Nos disponíamos a abandonar aquella cueva y Simón, que no había dejado de otear el panorama que se divisaba desde donde nos encontrábamos, observó que un grupo de soldados al servicio de los romanos marchaba realizando una ronda por aquellos parajes inhóspitos.

Aunque la distancia de donde se encontraban era bastante grande, nos hizo guardar silencio a todos, para evitar cualquier tipo de encuentro con la patrulla, nos mandó estar allí hasta que los soldados retornasen a Jerusalén. Cambiamos los planes porque no sabíamos cuánto tiempo permaneceríamos en aquella cavidad. No teníamos prisa y además el Cananeo, que conocía muy bien la lucha por sorpresa, era muy precavido, por ello no saldríamos de allí hasta que él lo determinase.

Simón dispuso que sus hombres vigilaran permanentemente aquel camino. Desde ese instante nos armamos de paciencia esperando la ocasión para continuar la marcha. Habría sido fácil haber acabado con aquella gente, pero ese hecho hubiese sido lo suficientemente llamativo como para haber delatado nuestra huida por ese camino, cosa que debíamos evitar por todos los medios.

Era preferible que los soldados regresasen a Jerusalén e informasen que no habían tenido conocimiento de nuestra presencia por aquella parte del territorio. El Cananeo deseaba hacerles creer

que la huida debió de haberse producido por otro camino distinto al de Jericó. Tras tres días de espera se observó cómo los soldados retornaban hacia el punto de salida, Jerusalén.

Habíamos preparado con meticulosidad gran parte del camino a recorrer y dadas las circunstancias, tanto Lázaro como Simón, decidieron no hacer ni tan siquiera un alto en la ciudad de Jericó, aun pasando muy cerca de ella.

En el tiempo que estuvimos escondidos, sólo salieron al exterior los compañeros del Cananeo a recoger hierbas para los animales y excremento seco de animales y leña para encender la lumbre donde cocinar un cabrito, capturado en una zona cercana a la entrada. El fuego lo encendíamos de noche y en la profundidad de la cueva evitando de esa manera que el humo nos descubriese e indicase nuestra presencia. Durante dos días nos alimentamos de aquella carne, así como de arenques, frutos secos y aceitunas.

Al atardecer del tercer día iniciamos de nuevo la marcha, viajando de noche y ocultándonos antes del amanecer.

Durante unas horas volvimos a caminar por parajes escabrosos y escarpados.

Habríamos recorrido unos veinte kilómetros, desde Jerusalén hasta la entrada del gran desfiladero que se encuentra en el camino At-Eddamm o de la Sangre como empiezan a llamarlo. Estábamos a unos quinientos metros sobre Jericó. Llegamos al albergue Maledommi de la cuesta de Aumín, un refugio público donde los viajeros podían alojarse para descansar y evitar los asaltos de los bandidos que deambulaban por aquel territorio. Los saqueos eran frecuentes, por ello a lo largo de aquel

itinerario se habían construido diversos puntos de guardia, vigilados por centinelas para evitar los muchos desvalijamientos que a diario se producían.

Podíamos habernos quedado en aquella posada, pero Lázaro desconfiaba y temía que fuéramos descubiertos y delatados por alguna persona que pernoctase allí y decidió, junto con el Cananeo, desviarnos de aquel camino y subir por otra vereda existente, mucho más intransitable y llena de dificultades.

Subiendo por ella, me di cuenta de la gran fortaleza física que Mariamne tenía. En todo el trayecto no se le oyó la menor queja y, aun sufriendo lo increíble, constantemente animaba al grupo, sobre todo a Jesús, del que no se separaba un instante. Tuvimos suerte, los animales que nos acompañaban estaban acostumbrados a caminar por todo tipo de vías. Nos apoyábamos en sus correajes y esa acción nos facilitaba la marcha. Antes del amanecer ya estábamos descansando en un nuevo abrigo, desde donde podíamos mantener un gran control sobre el desfiladero y de quienes transitasen por él.

En ningún momento del viaje temimos por un ataque de los bandidos. Éstos, normalmente asaltaban en un número no superior a tres, y a veces se hacían acompañar por un cuarto, que era el que tenía la misión de preparar la huida de sus compañeros hacia el desierto.

A la noche siguiente emprendimos de nuevo la marcha volviendo a bajar al desfiladero, pues era imposible seguir por la vereda por donde habíamos subido con la intención de ocultarnos. Tras caminar unos cinco kilómetros divisamos a lo lejos Jericó. ¡Cuánto hubiese dado por haber hecho una parada en aquella población de la que tan buenos recuerdos tenía!

Bordeamos la ciudad. La existencia de un destacamento mi-

litar, que tenía la misión de vigilar el entronque de caminos que confluían en ella, hacía peligrosa la entrada en la misma.

Entre nosotros y Jericó se interponía una gran masa vegetal, formada por grandes y frondosas palmeras datileras, así como por fértiles huertas de naranjos productoras de extraordinarios frutos.

Aquel gran oasis era la antesala del desierto, donde con asiduidad se escondían no sólo los bandidos que habían perpetrado los asaltos a los viajeros, sino también muchos perseguidos políticos.

La fuente de Eliseo, en la que me hubiese gustado haber pasado la noche, generaba aquel milagro de vegetación. En más de una ocasión estuve en ese precioso oasis, donde tantas gentes se daban cita para reponer fuerzas y seguir viaje. Muchos de los caminos construidos pasaban por Jericó, la más importante población del valle del Jordán, y conducían a diferentes partes del territorio judío. Multitud de viajeros en peregrinación a los diferentes rincones santos, así como muchas caravanas, aprovechaban este paraje para descansar y aprovisionarse para continuar la marcha. Bastantes millares de judíos lo atravesaban cada año. También el ejército al servicio de los romanos lo utilizaba continuamente para el transporte militar.

Recuerdo que de niño, mis padres me contaban que nuestros antepasados salieron de Egipto y después de cuarenta años huyendo a través del desierto cruzaron por primera vez el río Jordán, consiguiendo entrar en la Tierra Prometida.

También nos relataban cómo el Señor hizo que las murallas de Jericó milagrosamente se derrumbaran cuando los sacerdotes ordenaron hacer sonar sus trompetas, al mismo tiempo que hacían gritar a quienes venían huyendo. Bordeamos las murallas que cir-

cundaban la ciudad y nos adentramos en el río Jordán por uno de los pasos más fáciles de atravesar de aquel valle estrecho y hondo, que discurre a un nivel muy por debajo del mar. Seguimos el trayecto previsto y entramos en una parte bastante inhóspita, donde la vegetación era distinta a la que habíamos dejado atrás.

Lázaro nos guió hasta una casa aislada y situada en la ladera derecha de un desaparecido riachuelo. En ella vivía Adonía, su gran amigo, que nos abrió la puerta de su casa con un desbordante agrado al reconocerlo, y nos hizo pasar a todos. Una vez dentro explicó a su viejo compañero las razones por las que llegamos hasta allí. Él nos miraba y se fijaba en cada uno de nosotros intentando estudiarnos. Al llegar hasta Jesús y reconocerlo se arrodilló y, besándole sus manos, le pidió bendiciones. Era curioso cómo su fama había llegado hasta aquel rincón lejano y perdido de Judea.

Adonía nos ofreció su casa para estar en ella todo el tiempo que necesitásemos, explicándonos que la seguridad en aquel lugar sería total. Hasta allí no llegaban nunca las patrullas de ronda, tal vez por lo abrupto del camino o quizás por temor a sufrir un ataque difícil de repeler por aquellos vericuetos. Sin pensarlo mucho, decidimos quedarnos aquella noche en la casa de Adonía hasta que nos llegaran noticias de cuanto ocurría en Jerusalén en torno a Anás.

En la casa fuimos acomodándonos como mejor pudimos, en el salón, en los pequeños aposentos, en la cocina, en el pajar y hasta el granero llegamos a utilizar para dormir.

Agotados, rendidos y vencidos por el sueño, sin llevarnos nada a la boca nos dispusimos a descansar.

Al despertarnos, Adonía nos tenía preparada la comida en

bandejas de barro, que había colocado en una gran mesa de madera gruesa y añeja. Aquellos recipientes estaban repletos de buñuelos de harina y miel, pan de trigo sin levadura y mantequilla fabricada por él batiendo la leche obtenida de sus ovejas. El centro de aquella mesa lo ocupaba una cántara de barro con leche de cabra recién ordeñada y varias alcuzas llenas de un rico aceite de oliva, obtenido en su pequeño molino de tres rulos movidos por un asno que tiraba del mayal.

Posteriormente se pensó que Adonía y yo debíamos acercarnos a Jericó a indagar lo ocurrido en Jerusalén después de nuestra precipitada salida y así lo hicimos.

Al llegar a la ciudad atravesamos el gran palmeral y descansamos unos minutos bajo su sombra, dirigiéndonos seguidamente a una gran plaza, desde donde entramos en un zoco repleto de un bullicioso gentío que compraba en puestos colocados en plena calle, donde sus dueños vociferaban ofreciendo sus mercancías. Muchos tenderetes interiores ofrecían diferentes productos de sedas, piedras preciosas y distintas telas a cuantos viandantes se acercaban a comprar regalos para llevar a sus casas. También bastantes campesinos intercambiaban sus productos haciendo trueques.

Nos adentramos por una de aquellas callejuelas hasta llegar a un tenderete de tejidos finos y apreciados. Entramos en su interior y Adonía saludó con mucho afecto a su dueño, un buen enlace zelote, aunque por sus años no debía de participar en acciones violentas. Le preguntó si había tenido conocimiento de alguna noticia importante llegada desde Jerusalén. Antes de contestarnos nos hizo seguirle y a través de una estrecha escalera subimos a una azotea donde dos jóvenes se encontraban en actitud de oración. Después de ponerle mucha atención, ob-

servé que no dejaban de hablar entre ellos y de otear cuanto ocurría en toda la zona.

Adonía me dijo que mirase a las azoteas de otras viviendas cercanas y pude comprobar cómo en algunas se vivía la misma escena. Me aclaró que todos ellos eran informadores de nuestra organización, distribuidos en algunas ciudades para tener conocimiento de los movimientos de los servidores romanos. También me habló de las acciones de hostigamiento llevadas a cabo desde ellas por los nuestros dada la facilidad que teníamos para poder escapar de cualquier persecución saltando de una azotea a otra debido a la estrechez de las calles.

Aquel hombre se acercó al grupo de jóvenes y estuvo interesándose por la información que le habíamos solicitado y una vez obtenida la misma, nos comentó que había llegado hasta Jericó una patrulla de soldados buscando al Rabino Jesús para apresarle, acusado de haber atacado físicamente al sumo sacerdote. Mi reacción al oír aquella falsedad no se hizo esperar. De mi garganta salió un grito desgarrador.

-¡Mentira! Lo que dicen es falso. Él nunca le agredió físicamente. Yo fui testigo y puedo negar esa calumnia.

Aquellos jóvenes nos comunicaron que los soldados estuvieron buscando durante varios días a Jesús, sin resultado positivo, por lo cual volvieron a Jerusalén para informar que nada hacía sospechar que el Rabino hubiese tomado aquel camino para huir.

Volvimos a bajar por aquella escalerilla y nuestro amigo cerró el tenderete pidiéndonos que le acompañásemos a la Gran Plaza a hacer una visita y saludar a un amigo. Se refería al viejo rabino Jabul, que estaría encantadísimo de recibirnos y de charlar con nosotros.

Durante el camino, me dijo que era un hombre de una gran

bondad, formal, íntegro y enemigo del poder establecido en Judea.

Lo encontramos charlando con un grupo de viejos judíos en la puerta principal de la sinagoga. Al acercarnos a Jabul, se despidió de aquellas personas que lo oían con suma atención y nos saludó haciéndonos pasar a la casa de su familia, que se encontraba en aquella plaza.

Entramos a una pequeña sala donde pudimos hablar con absoluta libertad sin ser molestados. Nos sentamos en unos cómodos y antiguos sillones y con muchísima parsimonia, sin la menor sensación de prisas, fuimos contándole los motivos que nos hacían estar allí.

Prestó toda la atención posible a cuanto le exponíamos. Viéndolo, entendí los buenos elogios que siempre había oído del viejo Jabul.

Según decían siempre se había destacado por su inteligencia, sagacidad y sus fuertes creencias en la Ley a la que defendía con virulencia ante quienes osasen discutirla o mal interpretarla, por lo que era intransigente con quienes se desviaban de ella.

Aunque no tenía certeza de ello, se comentaba que pertenecía a la comunidad de los esenios. No me pareció procedente preguntárselo aun cuando me hubiera gustado haberlo hecho. Conocía la fuerte influencia religiosa que ejercía sobre los demás, de forma especial sobre un gran número de rabinos, porque muchos de ellos habían pasado por sus clases en el templo de Jerusalén.

Socialmente, Jabul era un hombre muy considerado en todo el territorio judío, sobre todo en Jerusalén, donde había ejercido su magisterio y se le tenía por haber sido el verdadero motor, capaz de lograr que un importante número de antiguos fariseos

se agrupasen en torno a la comunidad esenia y sus miembros escogieran toda una zona de la Jerusalén para vivir juntos.

Éste había dejado de impartir sus enseñanzas a los setenta años para venir a retirarse a un asentamiento cercano a Jericó, que fue la ciudad donde él había nacido.

Lo cierto era que, en aquellos momentos, el viejo rabino contaba setenta y cinco años y siempre había pertenecido al grupo de los fariseos, siendo un estricto cumplidor de las Sagradas Escrituras y, a la vez, un nacionalista radical, sin haber llegado nunca a pertenecer al movimiento zelote, aunque siempre mostró su simpatía por nuestra organización. Muchos creyeron que entró a formar parte del grupo de los esenios al cumplir los cincuenta años consagrándose a partir de ese momento a esa nueva filosofía de vida religiosa.

Durante la conversación mantenida nos mostró su interés por conocer personalmente a Jesús y nos pidió que lo llevásemos a la casa de Adonía lo antes posible porque entendía que Él no debería poner los pies en Jericó, al menos durante un largo tiempo. Me sorprendió el deseo de Jabul por conocerle, pero a la vez me agradó saberlo. Decidimos volver acompañados por Jabul a la casa de Adonía, a la que llegamos al anochecer.

Nuestro regreso fue detectado por los hombres del Cananeo que dio aviso de nuestra llegada. Jesús y Mariamne salieron a recibirnos.

Al encontrarse Jabul con Jesús, se vio reflejada en su cara una gran satisfacción y fijando sus cansados ojos en los de Él, extendió sus brazos y lo estrechó con fuerza, a la vez que besaba su frente. Jesús le correspondió con otro beso y Jabul se arrojó ante Él.

Fueron unos segundos de sorpresa y de emoción al verle ante

Jesús realizando aquella acción. De forma inmediata Él le pidió que se levantara y le ayudó a hacerlo. Conociéndolo bien, sabía que aquel gesto le había llenado de rubor. Una vez puesto en pie, saludó a Mariamne diciéndole que le habían llegado referencias muy buenas sobre ella y sobre todo de la consideración que se le tenía como persona. También tuvo palabras de halagos hacia Simón, a quien todos consideraban como uno de los grandes y valientes nacionalistas del pueblo judío.

Jabul nos expresó la necesidad que teníamos de quedarnos en la casa de Adonía durante el tiempo necesario, hasta que se aclarasen las cosas en Jerusalén.

Era conveniente hacerlo así, al menos hasta que tuviéramos conocimiento de la elección del nuevo sumo sacerdote, pues se suponía que a Anás le quedaba poco tiempo para dejar de ostentar su alta dignidad religiosa y en cierta manera política.

Jabul le pidió a Jesús que le acompañase al exterior porque deseaba mantener una conversación a solas. Aceptó gustosamente aquella invitación y salieron al campo. Pasearon sin prisa por los alrededores de la casa, sin separarse mucho de ella y estuvieron hablando durante largo tiempo. Cuanto hablaron aquella noche lo supieron ellos. Jesús nunca me comentó nada de aquella conversación, pienso que tampoco lo hiciera a Mariamne; pero, a partir de aquel encuentro, su filosofía de vida empezó a transformarse, a cambiar de rumbo.

Cuando entraron en la casa, la comida estaba puesta sobre la mesa y nosotros les esperábamos para tomar lo que Mariamne había preparado. Ella nunca cocinaba pero, en aquella ocasión, lo hizo.

Un agradable olor impregnaba la casa, anunciando un buen guiso de cordero con habichuelas frescas y verduras, cocidas

con cepas de vid. Al animal matado y desangrado se le mantuvo la noche anterior a la intemperie antes de ser cocinado.

Ni Jabul ni Adonía comieron la carne, tomaron exclusivamente verduras. Nos explicaron que ellos no la tomaban, pero que habían permitido sacrificar al animal para ofrecérselo. La carne no entraba a formar parte de la alimentación de ningún esenio.

Jabul decidió volver a Jericó, acompañado por uno de los hombres del Cananeo y de Adonía, que nunca tenía pereza ni para viajar ni para emprender ningún otro menester. Cuando éstos marcharon, todos nos dispusimos a descansar, excepto uno de los hombres de Simón, que velaba nuestros sueños vigilando desde un sitio estratégico la puerta de la casa y el camino de llegada a ella.

El frescor de la noche se había transformado en un asfixiante calor, tanto, que costaba trabajo respirar el aire, aún siendo temprano. Un día duro nos esperaba en aquel paraje desértico.

La Janukiya del Maestro de la Verdad

229

Tercera Parte



LOS ESENIOS





CAPÍTULO XXI EN EL MONASTERIO DE QUMRÁN

LEVANDO UNOS SIETE DÍAS EN LA CASA, Lázaro marchó para conocer in situ la situación que se vivía en Jerusalén. No había nadie mejor para hacerlo, a él le consideraban un buen fariseo y ninguna persona, fuera de sus compañeros de lucha, lo encuadraría dentro del movimiento zelote. Era el hombre ideal para dejar la casa y marchar a obtener la información precisa para tomar una determinación sobre los movimientos que debíamos emprender a partir de aquel instante. Lázaro marchó acompañado por el Cananeo y uno de sus hombres. Con nosotros se quedaron los otros tres integrantes de su grupo.

A partir de entonces, y hasta que llegaron Simón y Lázaro, nos integramos con plenitud en la vida de aquella casa labriega siempre dirigidos por Adonía, su casero, además de ser el responsable de la labor de aquel campo. Le ayudábamos en cuantas tareas nos iba indicando y al realizarlas nos sentíamos muy bien. Trabajábamos en la casa, en el huerto y cuidábamos los animales. Juntos oramos y comprendimos cómo aquel hombre sencillo, pero a la vez grande, era un ser con amplios valores y virtudes que llevaba

una vida dedicada por completo a los demás y a la oración.

Adonía laboraba durante muchas horas al día y para él, la Ley lo era todo, por encima de todas las cosas. Era el más fiel seguidor de la ley de Moisés, en el más estricto sentido de la palabra.

Coincidió nuestra presencia en aquella casa, apartada del calor humano, con la festividad de Pentecostés, que celebramos con el más riguroso y estricto significado religioso, recordando el día en que Moisés recibió de Dios las Tablas de la Ley en el Monte Sinaí y conmemorando la alianza del pueblo con El Padre.

Una mañana, al levantarnos, Adonía nos dijo que al día siguiente debía ir a visitar a un grupo de compañeros esenios, a quienes llevaría diferentes productos obtenidos de la tierra. En la casa se había ido almacenando gran cantidad, entre ellos mucho trigo y cebada guardados en el pajar y en el granero. Adonía nos invitó a acompañarle para así conocer de cerca a los miembros de la Comunidad a la cual se le llevaban aquellos frutos del campo, asegurándonos que nos alegraríamos de cuanto viviésemos en aquel viaje. Advertí la reacción de Jesús ante aquella invitación y me sorprendió su rápida aceptación, como si la estuviese esperando.

Al día siguiente, a media tarde, empezamos a preparar los mulos y los asnos que transportarían los productos que llevaríamos a Khirbet Qumrán.

Se aparejaron los animales y se les colocaron los arreos imprescindibles para poder acarrear las mercancías y nos dispusimos a cargarlos.

A unos se les acoplaron aguaderas de madera donde se portaban las tinajas conteniendo aceite; a otros se les pusieron cachos de mimbre donde se llevaban frutas; y en los serones

de esparto se colocaron sacos repletos de granos de trigo y cebada. Una de las caballerías llevaba colocadas unas artolas donde iban sentadas dos personas que nos turnábamos durante el viaje.

Al anochecer partimos hacia el Monasterio de Qumrán, una comunidad de laboro, religiosa, contemplativa y espiritual, ubicada sobre abruptos acantilados, en las cercanías del mar Muerto, a dos kilómetros de su ribera occidental, dentro del oasis Engandi y a unos trece kilómetros al sur de Jericó. Aquella zona se situaba en una región desértica e inhóspita donde vivía la comunidad de los esenios.

Hasta aquel lugar habían llegado, hacía más de doscientos cincuenta años, un grupo de judíos a quienes se les denominaba esenios, hombres santos que habían apoyado la revuelta macabea con la intención de preparar el sendero del Señor, porque tenían la seguridad de que la vida eterna sólo se podría alcanzar a través de él, y nunca lo lograría el hombre por sí mismo.

Para los esenios el alma de los hombres era inmortal y creían, entre otras muchas cosas, en la resurrección de los muertos, en el Juicio Final y en la vida eterna para quienes oyesen la palabra de Dios. Llegaron comandados por el Maestro de Justicia, de la tribu de Leví, enfrentado a los dirigentes del templo de Jerusalén y ferviente creyente de la cercanía del reino de Dios. Quizás por ello estuvo empeñado, a toda costa, en extender esta creencia por todos los rincones donde se movía. Sus seguidores meditaban constantemente sobre ello y aseguraban el inminente reinado de un rey justo descendiente de Dios. Nos contaron nuestros mayores, cómo este Maestro de Justicia, al

que todos guardaban la más absoluta de las fidelidades, instruyó a todos en la humildad, en la obediencia, en la subordinación, en la caridad piadosa, en el amor a todos los hombres y en el respeto. También nos dijeron que la clase política dominante, tras hacerle prisionero, le dio muerte, al considerarle un durísimo enemigo. El Maestro de Justicia instituyó unas reglas muy estrictas así como ritos, ceremonias y comportamientos dirigidos al cumplimiento extremado de la Torá. Cada siete años por parte de la comunidad esenia se elegía a un nuevo responsable, que podía renovar por otros siete si así era aprobado por la Asamblea General. Éste formaba con otros once miembros, el consejo de gobierno de la Comunidad que, a la vez, presidía.

Nos sentíamos contentos porque tendríamos la oportunidad de conocer al actual Maestro de Justicia. A nuestra llegada nos llevarían a su presencia por expreso deseo suyo.

Jesús se sintió repleto de felicidad al conocer que volvería a encontrarse con alguien al que tenía verdaderas ganas de volver a abrazar.

Nuestra llegada, esperada según nos dijeron por el Maestro de Justicia, fue detectada desde la pequeña torre del Monasterio por un observador que de forma continua vigilaba desde aquella atalaya la llegada de cualquier persona que se acercase. Aunque no se nos recibió con alborozo, la figura de Jesús sí despertó cierta curiosidad entre los miembros de la Comunidad.

Aquel grupo de personas funcionaba de forma jerarquizada, tanto religiosa como civilmente, siendo la mayoría de sus miembros hombres solteros o viudos. No obstante también había en Qumrán algunos matrimonios jóvenes. Estas bodas eran posibles si el casamiento se celebraba antes de que el hombre, miembro

de la Comunidad, hubiera cumplido los veintiún años.

Los esenios de Qumrán habitaban en su mayoría en cuevas y abrigos, así como en pequeñas chozas ubicadas en campamentos situados alrededor del Monasterio, excepto en la zona muy próxima al cementerio de la Comunidad. Un pequeño grupo, encargado de atender y cuidar aquel recinto religioso, vivía dentro de él, en pequeños aposentos. En el monasterio se albergaban el Maestro de Justicia y algunos de los sacerdotes, que se dedicaban a escribir diferentes tipos de manuscritos, compartiendo estos menesteres con la oración, además de llevar una vida dedicada por completo al culto de Dios.

Adonía se dirigió a los almacenes para descargar los animales que transportaban los productos del campo. Durante el tiempo transcurrido desde la salida hasta nuestra llegada a Qumrán nos contó que la mayor parte de los productos cultivados en su campo los llevaba hasta allí, al igual que lo hacían otros muchos esenios que vivían en otros puntos del territorio judío.

Supe que la comunidad esenia la formaba gente de diferentes profesiones, destacando la de los agricultores, pastores, granjeros, pescadores y otros oficios artesanales. También conocíamos la existencia de grupos esenios en otros lugares del territorio judío, a los que se denominaban Comunidades Libres.

Entre ellos no se compraba ni vendía ningún tipo de producto, ni tan siquiera se intercambiaban. El comercio entre los miembros de la Comunidad no existía, por ello no necesitaban el dinero y vivían sin bienes. Toda la producción sobrante, obtenida de los animales, del pastoreo, del campo, así como lo fabricado por los artesanos, se les vendía a grupos de compradores llegados hasta allí y de esa forma abastecían sus mercados.

Desde Qumrán y otros asentamientos campesinos cercanos, los

esenios llevaban muchos animales domésticos a Jerusalén para venderlos y sacrificarlos en el Templo. La entrada del ganado a la ciudad se hacía normalmente por la que todos conocíamos como la Puerta de los Esenios. Con lo obtenido del trabajo se autoabastecían sin tener que adquirir productos fuera de la Comunidad, salvo si se producía escasez por razones climatológicas.

Nadie era dueño de la casa donde habitaba, ésta pertenecía a la Comunidad, por lo cual estaban a disposición de sus integrantes y de los pobres que las necesitasen por carecer de ellas.

Jesús, Mariamne y yo fuimos llevados hacia el interior del Monasterio, acompañados por un sacerdote enjuto y muy delgado vestido con una túnica blanca. Subimos una escalinata que nos llevaba a la puerta principal de aquel recinto sagrado y, antes de que llegásemos hasta ella, salió a recibirnos quien menos podríamos imaginar: Jabul.

-¡El rabino Jabul! –dijimos todos sorprendidos al verle.

Todos no, Jesús no mostró extrañeza alguna porque ya sabía quién era, aunque no nos lo había dicho.

Grande fue nuestro asombro al conocer a Jabul como Maestro de Justicia, él era la persona que dirigía aquella comunidad de esenios y también todas las que existían en territorio judío. Entre ellas las de Betania y Jerusalén. Por encima de Jabul sólo estaba la asamblea de los representantes de las diferentes congregaciones esenias.

De nuevo presencié cómo el viejo rabino, al verse ante Jesús, se volvía a arrodillar ante Él, reverenciándole como a alguien muy deseado en aquel recinto sagrado. También nos saludó, con sumo afecto, a Mariamne y a mi.

Nos invitaron a pasar al interior y así lo hicimos. Se adelantó

con Jesús sosteniéndose en su brazo y unos pasos más atrás caminábamos Mariamne y yo, acompañados por quien ostentaba jerárquicamente el segundo puesto en aquella colectividad, un joven sacerdote, llamado Amok.

Jabul se apoyaba en Amok, la persona que llevaba el peso administrativo, la intendencia y la parte económica del Monasterio. Éste dejó su militancia en nuestra organización, donde se le conocía como el Sicario, para entrar en el Monasterio. Era la única persona de la Comunidad autorizada a comprar los productos que se necesitasen y a vender los sobrantes.

Al llegar al Escritorium, Jabul le invitó a entrar en una sala contigua a éste y nos rogó a los demás que esperásemos un poco, deseaba hablar a solas con Jesús. Fue una conversación corta. A lo largo de nuestra estancia en aquel entorno, éstas se reiteraron con frecuencia.

Volvimos a estar con ellos cuando salieron y Jabul nos invitó a que le acompañásemos al comedor. Antes de acceder al mismo, los hombres entramos a unos baños situados junto a éste. Mariamne lo hizo a otro más pequeño utilizado sólo por mujeres y niños. Nos purificamos introduciéndonos en piletas comunes. Al terminar nos ofrecieron unas vestimentas blancas. Comprobamos con el tiempo que los miembros de la Comunidad eran extremadamente aseados.

De allí, nos dirigimos a un recinto rectangular de grandes dimensiones, el mayor de todo el monasterio, y nos hicieron colocar de pie ante una gran mesa instalada al fondo. Era el comedor comunal y en el suelo del mismo se sentaron algo más de cincuenta personas.

Fueron entrando en el más absoluto silencio y, antes de sentarse, recogían una cuchara de madera, un plato hondo de ce-

rámica basta y un trozo de pan partido con la mano por quienes formaban el turno semanal de reparto de la comida. Jabul, en aquella ocasión; en otras lo hacía otro de los sacerdotes de alto rango, bendijo la mesa dando gracias a Dios por la comida que iban a recibir. Todos le correspondieron con una oración a la vez que tomaban asiento. De inmediato, otros hombres con grandes ollas fueron llenando los platos con un cocido a base de diferentes verduras. Antes de levantarnos se volvió a dar gracias por los alimentos recibidos. Aquella fue una comida frugal como las que se hacían cotidianamente en aquel lugar.

Los esenios sólo comían lo necesario para vivir y eran estrictamente vegetarianos.

Tuve conocimiento de que aquellos hombres se solían levantar a la salida del sol y, después de rezar, se marchaban a trabajar hasta las once del mediodía. Llegada esta hora, regresaban con sus menesteres cumplidos y se bañaban vestidos en piletas comunes con agua fría. Seguidamente, se dirigían a un almacén, donde iban depositando las vestimentas usadas y tomaban otras limpias. Para ir a la comida comunal se vestían con una túnica blanca y volvían a quitársela para volver en silencio de nuevo al trabajo. Regresaban a la puesta del sol, repitiendo la misma ceremonia hecha al mediodía.

Jesús y Jabul se quedaron hablando en el aposento de éste y Marianne y yo decidimos pasear por el exterior y conocer la vida de los habitantes del poblado ubicado alrededor del Monasterio.

Deambulamos por entre las muchas casas-chozas agrupadas por sectores artesanales; a la entrada de éstas, los artesanos trabajaban, contentos, disfrutando con lo que hacían.

Unos curtidores se ocupaban de las pieles de oveja, las cuales

manipulaban con garaturas, unos instrumentos cortantes capaces de separar con suma facilidad la lana de la piel. Otros se afanaban con los pellejos de cabras y vacas, estirándolos y tensándolos, a la vez que los iban extendiendo, ayudándose para ello de cañas colocadas en sus bordes y posteriormente puestos a secar en tendales formados por cuerdas de fibras de esparto. Nos llamó la atención la destreza con la que manejaban las zurraderas para adobar las pieles.

Otro grupo de personas, en una de las pequeñas chozas, fabricaban preciosas vasijas repujando láminas de diferentes metales, entre ellos el cobre, con variados tipos de punzones de distintos grosores en sus puntas.

Justo al lado, se ubicaba otro taller dedicado a la cestería, en el cual se trabajaba en la confección de todo tipo de cestas y canastos, dirigido por un maestro cestero que dominaba diversas técnicas de fabricación de aquellas piezas.

Éste había enseñado a aquel grupo de aprendices cuanto sabía: a trabajar con espartos, paja, cáñamo, cañas y mimbres. Ejecutaban todos los procedimientos del trenzado, del entretejido, del cordoncillo y de las esterillas, dominando con gran maestría los tranchetes, los abridores, las macetas y los punzones.

Los artesanos de la madera ocupaban varias chozas y una amplia explanada, donde trabajaban grandes piezas obtenidas de gruesos y largos troncos de árboles. Dentro de aquel recinto se manipulaba la madera, construyendo objetos que más tarde se utilizarían en los trabajos agrícolas y piezas para utilizar en la pesca. También se producían muchos tipos de aperos de labranza, como horcas, palas, horcones, rastrillos, bioldos, arados y yugos.

Un calafate daba los últimos toques a los remos de una barcaza, que debían ser recogidos por comerciantes que llegarían

hasta allí, y otros dos estaban atareados con un torno de varar pequeñas embarcaciones.

Algo alejada se ubicaba una cantería donde unos canteros golpeaban duramente bloques de piedra con mazos y macetas para obtener trozos más pequeños, otros con gruesos cinceles, punteros, uñetas y escodas manipulaban y labraban las piedras y algunos, utilizando una escuadra con un brazo recto y otro curvo, dovelaban piedras labradas en forma de cuñas para formar arcos o bóvedas.

Al llegar a la altura de cada uno de los artesanos, nos parábamos y con ellos cruzábamos unas palabras. Eran gentes amabilísimas y gozaban explicando cuanto hacían y el uso que darían a los productos elaborados. Nos ofrecían los artículos trabajados y hasta nos dejaban sus herramientas de trabajo para que comprobásemos la forma de utilizarlas.

Nos llamó mucho la atención una agrupación de pequeñas cabañas, alrededor de una central de mayores dimensiones, dedicadas a preparar a jóvenes estudiantes de sanadores. En una de ellas, un viejo de larga barba blanca, rodeado de un grupo de jóvenes, les explicaba las características y propiedades de un número importante de piedras que vimos colocadas y alineadas sobre su mesa de trabajo. Al acercarnos a ellos, el viejo esenio nos comentó que les explicaba a sus discípulos y futuros sanadores las propiedades curativas de cada una de aquellas piedras. Nos comentó que cada año pasaban por sus manos entre cinco y siete jóvenes deseosos de aprender a curar a través de los conocimientos que adquirirían durante tres años sobre los minerales contenidos en aquellas piedras.

En otra de las cabañas, un anciano se encontraba rodeado de diferentes tipos de plantas, entre las que reconocí la salvia, ro-

mero, tomillo, sulla, ortiga, raíces de acederas y valeriana, así como flores marchitas de tilo y menta, además de hojas secas de algarrobo.

Aquel doctor, especialista en plantas medicinales, cogía entre sus manos diferentes ramas de vegetales y las enseñaba a sus ayudantes, los cuales atendían con muchísimo interés a las explicaciones sobre las características curativas de cada una de ellas. Aquel grupo lo formaban jóvenes de más edad que el dejado atrás. Se dividían el trabajo de investigación. Unos cocían las hierbas, otros las filtraban una y cien veces, otros las cortaban y en el centro de ellos el doctor, como se le conocía, les atendía y contestaba a cuantas preguntas le hacían.

Otro grupo formado por unas siete personas se disponía en otra cabaña adosada, a la dejada atrás, a estudiar diferentes porciones de barros, alineados sobre unos poyetes, bajo la atenta mirada de un viejo maestro. Vimos que lo maceraban con diferentes líquidos guardados en vasijas de cerámica. Entre ellos percibimos el vinagre por su olor, también utilizaban varios tipos de aceites. Nos dijeron que principalmente los más utilizados eran los de aceituna y los obtenidos de diversas semillas guardadas en pequeños sacos.

Entramos en la choza-casa, que ocupaba el centro geométrico de aquella agrupación. Era un espacio bastante mayor que el visitado con anterioridad. Nos encontrábamos en un dispensario donde se atendía a los enfermos. En él había cinco camas, de las cuales dos de ellas permanecían ocupadas. En este recinto, ayudando a varios sanadores, practicaban un grupo de estudiantes.

En el dispensario nos atendió, con una amabilidad exquisita, quien dirigía aquel centro. Nos habló de cuanto se hacía allí y sobre todo nos ilustró con gran entusiasmo sobre la labor rea-

lizada con futuros sanadores. Nos fue exponiendo que los estudiantes adquirirían los conocimientos en aquel lugar y se les enseñaban diferentes métodos sanadores, como el estudio de cada punto del cuerpo, la curación a través de la aplicación de las manos o el del análisis e investigación de las aguas de las diferentes fuentes naturales, repartidas por el territorio judío.

Terminó sus comentarios ensalzando la labor de estos aprendices a los que, una vez adquiridas todas estas enseñanzas, se les mandaba a cuidar a grupos de enfermos y ancianos a lo largo de todo nuestro territorio y que sumaban no menos de treinta y cinco mil individuos.

Al dejar aquel dispensario, nuestra curiosidad nos llevó hasta una zona donde el humo se elevaba con suavidad. Al acercarnos comprobamos cómo la humareda divisada salía de hornos donde se cocían diferentes tipos de vasijas y platos de barro. Muchos esenios trabajaban en los hornos de cocción y en los talleres de alfarerías, amasando el barro en grandes depósitos, modelándolos y dándoles forma en viejos tornos, preparando los crisoles para cocerlo y untándole a las vasijas, antes de meterlas en los hornos, un engobe de colores rojos y anaranjados para proporcionarles unas superficies embarnizadas y lisas. Algunas de las vasijas, especialmente las que habían sufrido algún tipo de deterioro, se quedaban para quienes vivían en la comunidad del Qumrán para el uso cotidiano. Allí se fabricaban grandes candiotas de más de un metro de alto, utilizadas para meter el vino; también, extraordinarias tinajas para almacenar y conservar el agua fresca; anchas metretas para guardar el aceite; pequeñas páteras que se utilizaban para realizar sacrificios; pisteros para dar de beber a los enfermos; y cuencos para comer, tazas, barreños y lebrillos. La mayor parte de la produc-

ción se vendía a compradores llegados con bestias de carga y carros tirados por fuertes mulos, los cuales llegaban desde lejanas urbes a comprar la cerámica que allí se fabricaba. Para los esenios la comercialización de los productos obtenidos de la transformación del barro en cerámica fue importante. Con los beneficios obtenidos con sus ventas, se podían prodigar muchísimas ayudas a necesitados, enfermos y tullidos que, por cierto, eran muchos en nuestro territorio.

Tanto la tienda donde se vendían los productos obtenidos como el taller alfarero donde se preparaban las piezas originales se encontraban en un extremo del Monasterio, pero formando parte del mismo. Allí nos topamos con Amok con el que iniciamos una agradable charla. Por él supimos cómo, gracias a la venta de la cerámica, habían logrado abrir a lo largo de todo el territorio, de forma especial en Judea, diversas casas de acogida de niños, así como otras dedicadas a dar alojamiento, vestido y comida a los peregrinos más necesitados. Nos comentó que, además de éstas, tenían en funcionamiento varias casas-dispensarios, donde se realizaban pequeñas curaciones y en otras se atendía a enfermos graves, necesitados de muchos más cuidados, así como de una cama donde poder quedarse el tiempo necesario para curarse de su enfermedad.

También supimos que los esenios cuidaban con vehemencia la enseñanza de la ley de Moisés y la formación religiosa de sus hijos y sus familiares en escuelas que se venían abriendo en las diferentes comunidades donde vivían.

A lo largo de nuestro recorrido, observamos que la ausencia de mujeres y de niños era notable. Tan sólo vimos a seis mujeres transportando sendos cántaros de agua de uno de los grandes depósitos construidos en distintos puntos del poblado y,

detrás de ellas, a unos niños de muy pocos años correteando y jugando con aros.

Después de pasear durante unas horas volvimos al interior del Monasterio, donde nos esperaba Jesús, que acababa de terminar una larga conversación con Jabul. Le contamos cuanto habíamos vivido y visto aquel día en el exterior, lo que le suscitó el deseo de conocer a aquellas personas en días sucesivos. Aquella noche nos indicaron que Jesús y yo debíamos dormir en uno de los aposentos existentes en el interior del Monasterio y Mariamne lo haría sola, en otro contiguo al nuestro.

A la mañana siguiente, tal como nos había pedido, le acompañamos a visitar cuantas cabañas habíamos visto el día anterior. Volvimos a hacer aquel recorrido sin prisas parándonos de nuevo en las chozas para que conociese cuanto se hacía en ellas. Jesús se sentía muy bien charlando con aquella gente con la que llegó a compartir vivencias y conocimientos.

Durante varias jornadas estuvimos conociendo todo el territorio de Qumrán y, lo que fue más importante, compartiendo con las personas su filosofía de vida.

Uno de los días, al volver al interior del monasterio, entramos al Escritorium, donde unos escribas trabajaban en mesas de mampostería en la que destacaban unos tinteros de cerámica.

Unos escribían sobre papiros copiando partes de la Ley y las Sagradas Escrituras; otros redactaban el desarrollo del combate de los Hijos de la Luz contra los Hijos de la Oscuridad; y un grupo dirigido por Amok terminaba de transcribir un manuscrito que llamaban de Acción de Gracias, donde se recopilaban unas series de cánticos y alabanzas recogidas entre los esenios.

Pasamos a uno de los aposentos de aquella sala de escritura y lectura para poder hablar con tranquilidad.

Jesús se había quedado impresionado por el pensamiento, la moralidad y por la sabiduría de aquellos hombres. Tenía la intención de integrarse en aquella comunidad esenia. Deseaba iniciarse como uno de sus miembros sin ningún privilegio especial. Conociéndole, sabía que lo llevaría a cabo además de cumplir todas las reglas establecidas en la Comunidad. Me dijo que, si yo lo deseaba, podría acompañarle en aquella iniciación, pero que eso sería muy difícil para Mariamne, pues la entrada en la Comunidad le estaba prohibida por ser mujer. La cara de ella se desencajó, frunció el ceño y mostró su disconformidad ante la posibilidad de quedarse fuera y tener que marcharse. Jesús intentó serenarla, explicándole que ya había hablado al respecto con Jabul y, cómo él le había expuesto, la posibilidad de no tener que abandonar aquel recinto sagrado. Ella podría quedarse si ambos contraían matrimonio. Tenía que celebrarse cuanto antes, porque según las reglas de los esenios debía de hacerse antes de que Él cumpliera los veintiún años. Mariamne no podría entrar nunca como miembro de hecho, no se le permitía por ser mujer, pero podría hacerlo como esposa de Jesús.

Tanto Él como ella pensaron en la propuesta de Jabul y juntos decidieron meditarla, examinando sus ventajas e inconvenientes. Se obligaban a madurar con serenidad aquella nueva etapa de sus vidas. No era fácil tomar una determinación al respecto, por lo cual pensaron tomarse un período de unos días antes de decidirse. El tiempo era lo de menos, lo único importante para ellos era permanecer juntos y no separarse. Aquella noche observé cómo Jesús y Mariamne, antes de ir a descansar, estuvieron paseando a lo largo de los pasillos; transcurrían las horas y seguían hablando. Pasaron unos días y pensé que aún no debían tenerlo decidido porque no me habían comunicado nada.

Yo sabía que cuando tomaran la decisión, el primero en conocerla sería yo.

Una mañana al amanecer, cuando todos orábamos, se acercó un hombre de abundantes cabellos en su cabeza y en su barba negra, y tocó con ternura el hombro de Jesús. Éste se volvió hacia atrás y de inmediato reconoció a aquella persona. Se miraron a los ojos en el más absoluto de los silencios y se abrazaron. Seguimos orando y al terminar los rezos volvieron a abrazarse al salir al pasillo. Fue el abrazo de dos seres que se querían y que no se habían visto en mucho tiempo. Jesús nos invitó a acercarnos y al hacerlo me di cuenta de que aquel hombre no reconocido por mí en un principio, era Juan el Bautista, mi admirado y querido Juan.

Habían transcurrido muchos años desde la última vez que nos vimos y ahora lo tenía ante mí. Mariamne también se sentía felicísima y satisfecha de estar junto a él. Juan, después de haber sido un destacado activista, había cambiado la sicca por un cayado para apoyarse en sus largas caminatas a lo largo del territorio desértico y por el valle del Jordán predicando el arrepentimiento.

El Bautista, como se le empezaba a conocer, llevaba su voz convincente con pasión y sin descanso por todos los asentamientos rurales recorridos, participando a quienes se encontraba en los caminos o bien acudían a él, la venida del Mesías ya anunciada por las profecías. Él predicaba a los hombres un verdadero bautismo de penitencia mediante el cual se obtenía el perdón de los pecados y la limpieza de las almas.

Charlábamos con el Bautista en el momento en que se acercó Jabul y se unió a la conversación. Ellos eran grandes amigos desde que Juan llamó a la puerta del Monasterio pidiendo su entrada en la Comunidad. Llegó hasta allí arrepentido de su

pasado, donde la vida de un hombre, aunque fuese romano, no tenía valor alguno. Juan, que había sido un peligroso y feroz zelote, se convirtió en un santo esenio.

Tanto Mariamne como yo creímos conveniente quedarnos atrás y no avanzar para que pudiesen hablar con absoluta libertad. Ellos marcharon pasillo adelante, flanqueando a Jesús.

Aquella imagen, observada por todos, evidenciaba un hecho que a ninguno se nos escapaba: el reconocimiento que ambos le profesaban.



CAPÍTULO XXII UNIDOS POR EL AMOR

MARIAMNE Y YO DEJAMOS EL EDIFICIO DONDE se ubicaba la parte central del Monasterio. Salimos al exterior por la gran escalinata y nos dirigimos paseando unos doscientos cincuenta metros, sin prisa, hacia el palmeral. Al llegar a la pequeña, pero frondosa masa vegetal, nos sentamos bajo la agradable sombra de las altas palmeras datileras, esperando a que terminase la reunión que mantenían Jesús con Jabul y el Bautista.

Mariamne me preguntó repentinamente cuál era mi opinión sobre su casamiento con Jesús. Aquella pregunta tan concisa y directa, me apabulló sobremanera; no la esperaba y menos planteada de aquella forma. No recuerdo si llegué a titubear o no, al contestarle. Estoy seguro de que le dije que aquel casamiento era lo mejor y lo más deseable para los dos si querían seguir juntos, pero para llevarlo a cabo era necesario y conveniente sentir el amor y el deseo de formar parte el uno del otro.

Yo me había acostumbrado tanto a la presencia continuada de ella que no concebía verlos separados.

-¿Lo quieres tanto como para desear ser su esposa? -le pregunté conociendo ya de antemano la respuesta que me iba a dar.

-Lo amo con toda mi alma -su contestación no pudo ser más tajante y clara.

-¿Has pensado lo dura y sacrificada que será tu vida junto a Él? -volví a insistirle.

-¿Acaso ha dejado de serlo hasta ahora desde que nos conocemos? -me interrogó ella.

Era cierto lo que expresaba, los tres habíamos vivido muchos momentos duros como para pensar entonces en los que nos depararía el futuro.

Me indicó que no podría ni sabría vivir sin Jesús, porque lo necesitaba y creía que Él pensaba lo mismo con respecto a ella. Era consciente de que el camino a recorrer no iba a ser fácil, más bien todo lo contrario: sería muy difícil, lleno de espinas, pero no le importaba hacerlo con Él. Así estuvimos charlando durante un buen rato, en el cual se sinceró totalmente conmigo. La actitud demostrada, me hizo sentirme más cerca de ella.

La charla se nos había hecho muy corta por haber sido tan interesante, pero debíamos regresar al Monasterio porque faltaba poco tiempo para que empezase la comida.

Durante el retorno me dijo que le gustaría que yo estuviese presente en el instante en el que le manifestara sus deseos de ser su esposa. Aquella petición me extrañó un poco, pero me agradó enormemente. Unos minutos más tarde, cuando subíamos al interior del Monasterio y aún no había terminado de decirme aquello, advertimos que Él venía a nuestro encuentro.

Se puso muy contento al vernos y se llenó de felicidad cuando Mariamne lo miró a los ojos y le pidió ser su esposa. En su cara se exteriorizó la alegría al oírle decir aquello. La

abrazó muy contento y volvió a estrecharla una y otra vez, haciéndole patente sus sentimientos en público, cosa que no era normal. Pienso que en aquellos instantes se consideraba el hombre más feliz del mundo. No dejaba de mirarla, esforzándose en transmitirle toda la felicidad de su alma, deseando que sus negros ojos, se topasen con los suyos, para así poder sentirse más cerca de aquella mujer a quien amaba con toda su alma. Tremendamente feliz se dirigió a mí pidiéndome la bendición y solicitándome la autorización para celebrar su casamiento con Mariamne. De aquella forma me expresaba el reconocimiento como hermano mayor. No dudé un solo instante en concederles tal autorización y en darles la bendición. No tuve la menor duda al hacerlo, José habría hecho lo mismo que yo acababa de hacer. Si unos segundos antes Mariamne y Jesús se abrazaban, quienes lo hacíamos ahora éramos los tres compartiendo la misma felicidad.

De aquella gratísima ocasión que vivíamos, también tuvo la posibilidad de participar Lázaro, pues acababa de llegar desde Betania trayéndonos noticias sobre los acontecimientos que venían sucediendo en Jerusalén.

Comentadas aquellas novedades, nos incorporamos a la comida y después nos reunimos en el aposento de Jabul, donde nos relató con detalles la indecencia preparada por Anás para situar a su yerno en su puesto y cómo la misma había sido frenada por la mayoría de los miembros del Sanedrín. Aquellos hombres se habían unido contra la elección de Caifás como sumo sacerdote y era evidente que quien más había contribuido a impedirselo había sido Jesús.

Siguió diciéndonos que viendo Anás la imposibilidad de que la propuesta de su yerno saliese airosa, decidió proponer a su

hijo Eleazar para la elección de sumo sacerdote como mal menor.

Quiso Jahvé de alguna forma castigar la maldad de Anás, según creyeron muchos judíos, o quizá fuesen las circunstancias las que hicieron posible que su hijo sólo pudiese disfrutar de ese privilegio durante ocho días. Por una serie de situaciones extrañas y desconocidas, nunca llegaron a aclararse, murió ahogado en los baños de unas termas sin haber obtenido el auxilio necesario por parte de quienes se bañaban en ellas. De forma inmediata, el puesto de sumo sacerdote debió cubrirse y fue asumido por Teófilo, un hombre anciano y bueno, de carácter muy débil e incapaz de asumir una responsabilidad tan grande como era la que llevaba consigo aquel cargo.

Al terminar de contarnos todo lo acontecido en Jerusalén, Jesús y Mariamne aprovecharon la presencia de Jabul para darle a conocer la decisión tomada con relación a su casamiento, de lo cual se alegró muchísimo. Algo más tarde serían el Bautista y Adonía quienes compartirían aquella buena nueva. Los dos deseaban que los esponsales se celebrasen de forma rápida, antes de la marcha de Juan a su río, como a él le gustaba llamar al Jordán. Querían que Juan el Bautista fuese testigo de la ceremonia. Aquel no iba a ser un casamiento al estilo tradicional, porque las circunstancias que vivíamos eran muy especiales. Por lo pronto no podrían desposarse, porque ese acto debió haberse consumado un año antes de celebrarse la boda.

Recuerdo muy bien la importancia dada entre nosotros al hecho de prometerse en matrimonio. Ambas familias, tanto la del novio como la de la novia, acompañados por el grupo de amigos más íntimos, se reunían para hacerle entrega a quien

iba a ser desposada de un anillo, por el cual ambos se consideraban unidos. A continuación, se le hacía entrega de los regalos por parte de la familia y de los amigos. En aquella reunión se vio conveniente que la celebración fuese tres días más tarde, siete días antes de que Jesús cumplierse los veintiún años.

Con gran celeridad, la comunidad esenia les construyó una pequeña choza circular a buen ritmo, con el techo cubierto de pelos de cabras blancas, con dos aposentos y una pequeña entrada, donde se había colocado un fogón sobre el suelo. En uno de los aposentos colocaron almohadones y una estera en donde se sentarían durante el día y por la noche les serviría para dormir. La construcción de la cabaña se realizó muy cerca del Palmeral. Allí vivirían desde el momento en que fueran marido y mujer.

El día del casamiento hasta allí llegó la comitiva nupcial, que salió del aposento que ella ocupó durante el tiempo en el que había permanecido en el interior del Monasterio.

Una vez en su nuevo hogar vinieron a visitar a Mariamne varias mujeres que la perfumaron con suaves aromas y la vistieron con un sencillo vestido blanco sujeto por la cintura por un cordón dorado y una corona de pequeñas y sencillas flores de diferentes colores, entre las que destacaban el rioja de la flor de la adelfa. Seguidamente fue peinada por otra de las mujeres que vivían en la Comunidad. Posaba tranquila y muy bonita. Sus largos cabellos negros, sueltos y cayendo sobre sus hombros resaltaban aún más su belleza.

El Bautista, Lázaro y Adonía ayudaron a Jesús a vestirse y a perfumarse con incienso y mirra, a la vez que colocaban sobre su cabeza una corona de hojas verdes. Seguidamente, se dirigieron acompañándolo a su futuro hogar, donde Mariamne le esperaba.

Una vez que llegaron, ante los vítores y la algarabía de quienes se acercaron para acompañarles, esperaron unos cuantos minutos a que ella saliera de la casa, para recogerla y llevarla donde se iba celebrar la ceremonia de la boda.

Llevaríamos esperándoles una media hora, cuando los nuevos esposos llegaron a donde Jabul, Amok y yo les aguardábamos. A mí me correspondió ser el representante de la familia de Jesús, Lázaro lo fue de la de Mariamne y Juan, el Bautista, y Amok fueron los testigos de aquella ceremonia y a quienes les correspondieron encender el candelabro de nueve brazos, regalado por mí y que presidió aquel acto. La boda se celebró en el Palmeral, bajo una gran jupa¹³ de fina seda, elaborada para esa ceremonia por un grupo de tejedores y que instalaron, sujeta entre cuatro frondosas palmeras.

Bajo ellas, se colocaron Jesús y Mariamne, ocupando el centro de la misma como contrayentes y, alrededor de ellos, nosotros.

Durante el acto de la ceremonia, tuve que preguntarle a Jesús si la deseaba como legítima esposa y, con una gran sonrisa y con gran fuerza en sus palabras, me respondió con un contundente: sí, deseo que lo sea. La misma pregunta le hizo Lázaro a Mariamne y su respuesta fue parecida a la de Él y con no menos entusiasmo. A continuación Jabul bendijo a la pareja y leyó las condiciones acordadas y firmadas por los testigos, el ketubá – contrato matrimonial-. A continuación, Jesús recitó el “hare at mekudesht” a la vez que le colocaba en el dedo índice de la mano derecha un bonito anillo de cobre diciéndole:

-Con este anillo yo te desposo según la ley de Moisés.

¹³ Dosel utilizado en la ceremonia matrimonial judía.

Finalmente, el oficiante les ofreció vino en un vaso de vidrio que, después de beber su contenido, Jesús arrojó al suelo y rompió con su pie en mil pedazos. De esa forma se consumó el matrimonio, celebrado por el Maestro de Justicia.

Todos los presentes aclamaron con regocijo, júbilo y vítores aquella ceremonia religiosa.

En aquel instante se formó la comitiva nupcial que partiendo del Palmeral, se dirigió a la cabaña construida para los nuevos esposos. Iban flanqueados por personas portando lucernas, candiles, mariposas y grandes antorchas que iluminaban la noche. La gente aplaudía y lisonjeaba a los nuevos esposos, los cuales disfrutaban de aquella extraordinaria ocasión. Muchas personas acudieron a participar de aquella ceremonia nupcial, porque no era normal la celebración de un culto como aquel en el Monasterio de Qumrán. Aquella noche, se celebró una cena comunal preparada de antemano por todos los miembros de la comunidad esenia.

Por parte de los asistentes se ofrecieron presentes a los nuevos esposos. Eran sencillos regalos que fueron entregando, al terminar la fiesta de la boda, y que ellos recibieron felizmente: un arca de madera para guardar la ropa; un molino de mano para moler el grano; un perol, una olla, unos botes de cuero de cabra para almacenar líquidos, paños, lienzos bordados; una caldereta, un puchero, un mortero, dos cacerolas, unos candelabros, una cantarera con dos cántaros, varios cuencos para comer y un sinfín de pequeños obsequios.

Una vez terminada la cena, fueron despidiéndose de la pareja y retirándose, dejando atrás las antorchas encendidas en la comitiva nupcial, las cuales permanecerían allí hasta que se apagarán.

Uno de los últimos en retirarse fue Juan, que emprendió la marcha hacia una de las zonas más yermas y cercanas al desierto de Judea, en donde había establecido su morada y desde donde se desplazaba con sus discípulos a predicar. Nadie conocía la ubicación exacta del refugio utilizado como vivienda. Se decía que cambiaba cada dos o tres días de cobijo para mayor seguridad, viviendo acompañado por tres discípulos que lo seguían desde hacía unos años.

Tanto el Bautista como sus tres compañeros se iniciaron en el Monasterio y, llevando en el mismo algo más de tres años, tomaron la decisión de dejarlo para dedicarse a la predicación en un principio y a purificar, con posterioridad, a través del bautismo, a quienes llegaban hasta ellos.

Antes de iniciar la marcha, reconoció ante Jesús y ante nosotros su gran error por haber dado muerte a muchos que había considerado sus enemigos.

-Buscando el arrepentimiento llegué a Qumrán, donde logré la paz y la serenidad de mi alma –nos expresó con voz dulce.

Pasado un tiempo, tuve conocimiento de que Juan, cada vez que se veía con un antiguo compañero, lo animaba a dejar la lucha y a entregarse a Dios por la oración, invitándole a purificarse a través del bautismo.

El Bautista había cambiado su vida desde el mismo día en que conoció a Jabul. En el mismo instante en que se cruzaron sus miradas, arrojó de su lado la sicca que tanta sangre había hecho derramar entre los soldados al servicio de Roma y entre los colaboradores de éstos.

Había pasado de ser un duro, implacable y cruel zelote a ser un sacrificado y ejemplar esenio, cambiando la lucha mantenida dentro del reino terrenal por la del reino de Dios.

Unos días más tarde, era sábado, tras el paréntesis de la boda, Jesús comenzó su iniciación en la Comunidad –Yahah- como miembro de ella. Para los esenios, este día era considerado santo y durante todas las horas de esa jornada se mantenían en reuniones religiosas sentados según su rango, orando o bien oyendo los comentarios y manifestaciones sobre los textos de los Libros Sagrados.

Jesús fue instruido durante un año, un periodo mucho menor que el exigido a otros principiantes. Se le preparó en la filosofía y moralidad esenia, proporcionándole los conocimientos propios y necesarios de un sanador. En ese tiempo y durante muchas horas diarias estudió todo lo relacionado con la Ley, la justicia, la devoción y sobre todo la santidad. Iniciarse en la espiritualidad fue su objetivo a alcanzar. Hizo de su vida una existencia espiritual. Para ello debió meditar y estudiar los rollos que formaban parte de la riquísima biblioteca del Monasterio, muchos escritos por los esenios, algunos transcritos y otros tantos traídos desde la biblioteca del templo de Jerusalén.

Más de cinco mil manuscritos debieron esconder los esenios en las muchas cuevas existentes en los alrededores de Qumrán, con la única intención de salvarlos de los saqueadores, antes de huir del Monasterio que destruyeron los romanos en el año 70 -d. C.-

También Jesús debió prepararse para consumir el cumplimiento estricto de las reglas y los preceptos de la comunidad de Qumrán, así como el conocimiento de todos los caminos que le condujese a alcanzar el amor de Dios y de los hombres a quienes debía consagrarse y dedicar su vida por completo.

Las reglas de los esenios exigían, a quienes prestaban el juramento como miembros de la Comunidad, una vida entera

dedicada al estudio de la Ley, una escrupulosa humildad, un rechazo a la mentira, protegerse del espíritu del mal para salvaguardar la limpieza de sus corazones, guardar la más estricta disciplina personal y una ardua preparación para soportar el sufrimiento.

La práctica de la fraternidad era la virtud más valorada entre los esenios: “nunca olvides que todo hombre es tu hermano”. Tampoco sus reglas permitían la esclavitud, es más la condenaban explícitamente. Además se les requería que todos los bienes personales pasaran a formar parte de la Comunidad. También debían compartir los productos obtenidos, bien fuesen del campo, artesanales o los alcanzados a través de la pesca, que se distribuían entre ellos y entre quienes acudiesen solicitando algún tipo de ayuda: ancianos, enfermos, desempleados, viudas, mujeres solteras, esclavos fugitivos y huérfanos existentes en cualquier rincón del territorio judío.

Algo excepcional fue que a Mariamne se le permitiera iniciarse con Jesús. La medida fue tomada en la asamblea convocada para tal menester y la mayor parte de los asistentes decidieron apoyar la propuesta hecha por Jabul, si bien a ella no se le permitiría hacer el Juramento ni sería sometida a un juicio de aprobación por la asamblea comunal. Para ella, lo importante era aprender y sentirse cerca de Él.

Cuando decidieron iniciarse, Lázaro y yo creímos conveniente abandonar el Monasterio lo antes posible y volver cuando se convocase el acto de aceptación de los aspirantes. Nada podríamos hacer allí. Era más recomendable dejarles solos y no entorpecerlos con nuestra presencia. Él necesitaba descubrir la verdad. En aquel lugar se sentiría totalmente seguro por lo que no temíamos por su integridad.

Yo determiné volver con Lázaro a Jerusalén y una vez allí me incorporé a la lucha durante el tiempo en que Jesús no me necesitó. Estuve peleando durante un año, interviniendo de forma activa con mi grupo en cuantas acciones de hostigamientos me encomendaron nuestros dirigentes. Llevábamos bastantes meses en Jerusalén en estos menesteres, cuando tuvimos conocimiento por parte de Lázaro, de la celebración de la asamblea comunal, en la que se aceptaría la entrada de Jesús en el noviciado de la Comunidad.

Comuniqué aquella información recibida a los compañeros más cercanos y decidimos ir al acto.

Nos pusimos en marcha Lázaro, Nuriel, que quiso estar presente en aquella ceremonia, Marta y yo. El día escogido para la celebración de la asamblea fue un jueves, por ello salimos con el tiempo suficiente para estar el miércoles por la noche en el Monasterio.

Ocupamos la choza donde moraba Mariamne. Jesús pasaría la noche en el interior del recinto sagrado orando y preparándose para vivir lo que para los iniciados iba a ser su día grande. Mariamne nos contó las experiencias del año vivido y lo importante que había sido para ellos. Durante ese tiempo se habían unido de manera muy especial y por la forma de hablarnos denotaba el profundo amor que le profesaba. La vimos completamente feliz, enamorada y rebosante de alegría. Durante un par de horas estuvimos hablando de cuanto había acontecido en aquel lugar en el último año. Seguidamente, nos dispusimos a descansar; Marta y ella ocuparon uno de los aposentos y en el otro dormimos los tres.

Era muy temprano y las primeras luces de la mañana empezaron a aparecer, al tiempo que entrábamos al Monasterio para

presenciar el acto religioso. La seguimos y ocupamos uno de los asientos delanteros de la zona preferente. Queríamos estar muy cerca de Jesús en aquella hora tan importante para Él.

Siete aspirantes, entre ellos Jesús, entraron en hilera por una de las puertas laterales situándose ante el ara, permaneciendo arrodillados durante el tiempo que duró la ceremonia. La Asamblea acordó por unanimidad aceptar a los siete postulantes como nuevos miembros de la comunidad esenia.

El Maestro de Justicia, dirigiéndose a todos los presentes, pronunció un discurso memorable, lleno de amor y destacó el gran día que para los esenios era aquél, porque entre los siete nuevos miembros de la Comunidad se encontraba Jesús, el Enviado, como él le llamó.

Jabul, llegó a decir que Jesús era el hombre que llevaría la verdad de Dios a todos los judíos. De alguna forma, estaba insinuando que Él era El Mesías anunciado.

Terminado el discurso, pidió a quienes seguían arrodillados que se pusieran en pie y fue entregando a cada uno un hachón o paletón, como símbolo del trabajo, un paño que debían conservar el resto de sus días y una túnica blanca como símbolo de la pureza que debía presidir sus vidas.

Posteriormente, pasamos todos al comedor. Excepcionalmente se permitió hablar cuanto deseáramos, por lo que pudimos mantener una conversación agradable y distendida. Todos queríamos charlar con todos: Jabul, con Nuriel; Jesús, conmigo; Nuriel, con Jesús y Lázaro, con Jabul. Las que no dejaban de hacerlo entre ellas fueron Mariamne y Marta.

Nuriel nos contó que Teófilo, cansado y agotado por el peso del cargo, decidió dimitir y fue sustituido por Ananos, un hom-

bre bueno, piadoso y fiel cumplidor de la Ley. Para Jabul, Ananos, sufriría toda clase de mezquindades por parte de sus adversarios, que no cesarían de luchar contra él hasta que consiguieran convertir a Caifás en el sumo sacerdote.

Jesús, queriendo cambiar el sentido de la conversación, explicó cómo durante los próximos dos años tomaría parte en los diferentes ritos purificativos de la Comunidad: aprendiendo el dominio de los sentidos, soportando el sufrimiento y, llegado el caso, hasta el martirio. Se le enseñaría a perdonar, acercándose a Dios por encima de todo.

Nos dijo que aprendería las técnicas sanadoras más avanzadas y que, para ello, marcharía a conocerlas a Egipto, especialmente a la ciudad de Alejandría, el lugar donde se daban cita los más sabios sanadores y magos.

Nuriel pensó que yo debería seguir acompañándole durante el tiempo que permaneciese fuera de Qumrán.



CAPÍTULO XXIII ALEJANDRÍA

DURANTE ALGO MÁS DE UN AÑO, EL CANANEO y yo acompañamos a Jesús y a Mariamne a visitar varios países cercanos con la intención de seguir adquiriendo nuevos conocimientos en medicina. Fue en Egipto donde aprendió diferentes métodos terapéuticos de la mano de sabios médicos y sanadores, que conocían en profundidad las más sofisticadas técnicas para curar enfermedades especialmente las oculares, óseas y cutáneas. Recorrimos gran parte del valle del Nilo, donde contactamos con los seguidores del sabio Amenemope, con quienes practicaron distintos procedimientos curativos con locos endemoniados, ciegos, así como con aquellos que tenían problemas en sus extremidades: cojos y mancos.

Acudimos a la Escuela de las Lenguas de Menfis -Men-Nefer- donde Jesús aprendió, en un tiempo tan corto que sorprendió a todos, la abreviatura de la escritura jeroglífica de los antiguos egipcios, la escritura hierática. Gracias a este aprendizaje consiguió conocer las diferentes enfermedades contenidas en los papiros de procedencia tebana con los que los sanadores de Teba obsequiaron al faraón Amenhotep.

Durante el tiempo que estuvo estudiando los papiros, frecuentaba con Mariamne el centro donde un sabio curador formaba a sanadores enseñándoles a aliviar dolores a través de la imposición de manos. Pronto, con las yemas de sus dedos, llegó a conocer a la perfección la temperatura de las diferentes zonas corporales, la rigidez de los múltiples músculos que envuelven las articulaciones, así como las pulsaciones del cuerpo. Realizaron muchísimas prácticas con enfermos, consiguiendo de esta forma un conocimiento total de cada uno de los músculos del cuello y de las extremidades.

Antes de abandonar Menfis los sanadores nos despidieron con entusiasmo y entregaron a Jesús la cruz Ankh, el símbolo de la vida, para que la llevase como amuleto. La cruz ansada la llevaron los dioses egipcios como llave que abría el sendero de la eternidad.

A Mariamne la obsequiaron con el Maat, una estatuilla pequeña de una mujer sentada con una pluma de avestruz sobre su cabeza. La diosa de la verdad, la armonía y la justicia, cualidades que todos reconocieron en ella.

Desde aquella población marchamos a Alejandría -Iskindi-reyya– la ciudad que fundara Alejandro Magno. Al acercarnos a ella, la divisamos sobre la gran loma que separa el lago Mareotis del Mediterráneo.

Allí conectamos con los judíos de Alejandría, que constituían un importante grupo étnico. Estaban desligados de forma voluntaria del resto de la población en materia cultural, lingüística y religiosa, intentando no mezclarse con otras razas para preservar su religión y costumbres ancestrales.

Desde nuestra llegada, pude observar el sentimiento antijudío existente en la población, estimulado de forma especial por los intelectuales griegos y egipcios, quienes se sentían ofendidos por la forma de actuar de nuestra gente. Por ello, en un principio no fue fácil que nos aceptasen, pero la perseverancia de Jesús y el empeño que siempre ponía en ganarse a los demás lo hicieron posible.

Los primeros días, Jesús decidió salir a pasear con la intención de participar en las diferentes reuniones y debates públicos, que de forma cotidiana se celebraban en la plaza donde se ubicaba el Gran Museo, un amplio edificio de mármol blanco, construido por Ptolomeo II, donde se había logrado reunir todos los conocimientos de la época.

Estuvimos presentes permaneciendo en silencio en uno de aquellos debates, en el que se discutía el comportamiento exclusivista de los judíos en un abierto enfrentamiento entre el filósofo y escritor Filón Judaeus, judío nacido en Alejandría, y el erudito y gran filólogo Apión. Jesús estuvo muy atento a cuanto allí se decía.

Apión realizaba un discurso excesivamente violento y tremebundo contra los hebreos y Filón le iba rebatiendo cada uno de los argumentos utilizados increpándole por la falta de verdad en sus palabras y el tono amenazante e injurioso con el que hablaba.

Para el filólogo, los judíos de Alejandría gozaban de mayores privilegios que el resto de ciudadanos, aun siendo menor el número de personas que habitaban aquella ciudad comparándola con las que sumaban los griegos y egipcios. Eso hacía que se manifestara abiertamente enemigo de ellos y no paraba de llamar al enfrentamiento abierto en una lucha encarnecida.

Por el contrario el filósofo no participaba de los mismos criterios y trabajaba para que el entendimiento entre todos los habitantes de Alejandría fuese una realidad.

Terminado el debate, aquel grupo empezó a disolverse, momento que aprovechó Jesús para acercarse a Filón, presentarse a él y exponerle las razones de su presencia.

Aquel hombre, que no debía sobrepasar los cuarenta años, quedó sorprendido al saber que tenía ante él a Jesús, a quien conocía por múltiples referencias de los que llegaban desde Jerusalén. Después de invitarnos a que le acompañásemos a su casa, abandonamos aquel lugar de encuentro, dejando atrás el centro de la ciudad.

Esa noche, durante la cena, Mariamne, Jesús y Filón mantuvieron una larga e interesante conversación que los uniría para siempre en una estrechísima amistad. Durante muchas más ocasiones compartieron ideas e hicieron suyos muchos de sus pensamientos y su filosofía de vida.

Filón, además de ofrecernos su casa para que la utilizáramos durante el tiempo que estuviésemos en Alejandría, se brindó a acompañarnos al día siguiente al Museo para presentarnos a destacados médicos y hombres de ciencias.

El Centro de las Ciencias y Estudios había sido el órgano académico más importante del mundo y en aquellos momentos era el sitio de encuentro de los sabios llegados de los diferentes lugares de la tierra.

Dentro del recinto había una residencia donde durante un tiempo aquellos hombres convivían y se intercambiaban experiencias, conocimientos científicos y filosóficos. También allí se daban conferencias y clases para aquellos que quisiesen

aprender. Los gastos de aquel prestigioso centro se sufragaban con el dinero de reyes y hombres poderosos.

Era muy temprano cuando recorrimos los mismos lugares que anduvimos la tarde anterior. Al llegar a la altura del museo, el Cananeo y yo nos separamos del grupo y nos fuimos hasta el Mercado Mayor, mientras ellos entraban en el Museo de Alejandría.

Nuestra intención era obtener suficiente información sobre los sanadores de Alejandría. En estos lugares bulliciosos de las grandes ciudades suele haber gente variopinta y conocedora de secretos medicinales interesantísimos. Ya dentro de él nos mezclamos con las numerosas personas que se movían lentamente y que no sólo se acercaban hasta allí para comprar, sino también para pasear y departir momentos con conocidos.

Nos detuvimos ante un tenderete donde se exponía todo tipo de hierbas tanto secas como frescas. El puesto era atendido por un hombre bastante maduro, de cuerpo delgado y abundante barba de color cano. En un principio creímos que no íbamos a entendernos, pero nos dijo en un perfecto hebreo que aunque era nubio y su lengua el beya dominaba las tres lenguas más comunes en Alejandría, la griega, la hebrea y la egipcia. A él le expusimos nuestros deseos de conocer a alguna persona que nos pudiese enseñar las propiedades de aquellas hierbas medicinales y no dudó en invitarnos a pasar al interior de la barraca.

Entramos y nos presentó a Aaleyah, una anciana, también nubia, que mientras conversaba con nosotros no dejó en ningún momento de manipular una serie de hierbas que iba machacando en un mortero de mármol blanco.

Le hablamos de Jesús como esenio y le comentamos que había venido a Alejandría a aprender las artes curativas para

utilizarlas en territorio judío y así curar a enfermos y gente que lo necesitase.

Desde un principio desperté en ella una gran simpatía hacia Él, por ello se ofreció a enseñarle cuantos conocimientos había obtenido de sus abuelos y antepasados; además nos dijo que deseaba ponerlo en contacto con amigos suyos sanadores, conocedores de otras técnicas diferentes a las que ella utilizaba.

Aquella conversación había sido muy fructífera. Habíamos logrado en muy corto tiempo algo muy valioso que normalmente hubiésemos tardado mucho en conseguir. La suerte estaba de nuestro lado.

Salimos del tenderete con la intención de retornar y volvimos a dejarnos llevar por el bullicio existente en las calles hasta llegar a la plaza del museo donde habíamos quedado con Jesús.

Llevaríamos esperando una media hora cuando le vimos aparecer por una de las puertas del edificio. Venía acompañado por Filón y Mariamne además de otra persona que nos presentaron como Fedor, un afamado y reconocido médico griego que presidía la Academia de Medicina e impartía sus enseñanzas médicas en la misma.

Fuimos a comer a una taberna situada junto al Estadio y allí mantuvimos una interesante charla. Me di cuenta de que Fedor y Filón eran grandes amigos y defendían los mismos principios: ambos batallaban por armonizar los pensamientos griegos con los judíos. Jesús prestaba suma atención a aquella conversación y conociéndole, como le conocía, estuve convencido de que compartía todo cuanto ellos opinaban.

Después de la comida, quedó claro que a través de Fedor Jesús conocería a otros médicos y magos que formaban parte

del cuadro de profesores del Centro de las Ciencias y asistiría a las clases que él impartía.

En tan sólo tres días Jesús y Mariamne se habían incorporado a sus quehaceres como discípulos de sanadores, sun-un, -swnw⁻¹⁴ y magos.

Con Belésario, un viejo médico descendiente de la isla Cos del Egeo, seguidor de Herófilo de Calcedonia, aprendió todo lo relacionado con la anatomía humana, llegando a practicar con cadáveres. Abdullah, sanador y sacerdote de sekmet, mediadores entre los enfermos y Dios, le transmitió todas sus experiencias realizadas con enfermos a través de oraciones y drogas. Abdel, el mago egipcio de mayor prestigio de Alejandría, que pensaba que la medicina era una mezcla de ciencia y magia, les hizo partícipes de sus conocimientos sobre las posesiones demoníacas y la forma de liberar al enfermo de las mismas. La anciana Aaleyah puso a disposición de ellos todo su saber y con ella practicaron y aprendieron a mezclar todo tipo de plantas y minerales.

Trabajaron realizando múltiples combinaciones, utilizando: enebro, alfalfa, comino, coloquintida, ricino, anís, tomillo, frutos del lentisco, esparragueras, esparto, flores de jara, lavanda, higos secos, aceitunas, menta y diferentes adormideras. A algunas de las mezclas les añadían pequeñas porciones de arcillas, alumbre, hollín, carbón vegetal y en inapreciable cantidad cobre, calcita, mercurio y granito.

Tanto Mariamne como Jesús llegaron a intimar tanto con la octogenaria sanadora que los tres se sentían muy a gusto juntos y eran muchas las horas que pasaban en el pequeño laboratorio, donde ella realizaba de forma repetitiva sus mezclas sanadoras.

14 Una de las tres clases de médicos de Egipto.

Cierto día, los dos venían muy contentos porque la sanadora les dijo que ya no podría enseñarles más; todos sus conocimientos se los había transmitido y deseaba invitarles a su casa porque su familia quería conocerles.

Tal como habían quedado, a la mañana siguiente nos dirigimos hacia el lugar donde Aaleyah vivía, la zona más humilde y deprimida de Alejandría, el barrio Egipcio, un suburbio donde vivían muchos marginados, indigentes y pescadores pobres.

Una vez que llegamos a él nos encaminamos hacia la casa donde nos esperaban. Cuando percibieron nuestra presencia, ella y sus familiares salieron a recibirnos con muestras de alegría.

La anciana junto con los suyos, deseaba que pasásemos el día con ellos. Aquella era una gran familia de pescadores que no habían regateado esfuerzos por ofrecernos lo mejor que el mar le había proporcionado aquel día.

Durante el almuerzo hizo sentar a Jesús y a Mariamne a ambos lados de ella. Fue un encuentro agradable pues no dejaron de charlar animadamente durante todo el tiempo que estuvimos allí. En un momento en el que Jesús dejó la mesa, observé cómo la vieja sanadora entregó a Mariamne con suma complicidad y secretismo un pequeño ungüentario ocultado en uno de sus bolsillos, procurando que nadie se diese cuenta de ello.

Desde aquel día siempre tuve curiosidad por conocer el contenido de aquel objeto de vidrio pero nunca le pregunté por el mismo, aun cuando en varias ocasiones intenté hacerlo.

Al terminar la reunión y como prueba de afecto le entregó a Mariamne el Ka, la fuerza vital, una figurilla de un ser humano con los brazos levantados que era el símbolo de la conciencia, diciéndole que cuando la efigie actuara sobre ella, su cuerpo y su alma estarían en total plenitud. A Jesús le regaló el símbolo

de la eternidad, un anillo con una línea horizontal en su parte inferior, el Shev, que extrajo de su dedo y colocó en su anular. Éste lo llevó siempre hasta momentos antes de morir.

Al cumplirse algo más de un año de estar fuera de Khiber Qumrán, abandonamos Alejandría y volvimos al Monasterio después de detenernos durante cortos periodos en otras ciudades egipcias.



CAPÍTULO XXIV NACIR

PASARON DOS AÑOS DESDE QUE JESÚS FUE aceptado como iniciado. El primero de ellos transcurrió en Egipto y lo dedicó a adquirir conocimientos y a prepararse en medicina y magia. El segundo lo vivió en el Monasterio de forma agradable a pesar de la dureza de la vida en aquel severo lugar. Fue una etapa llena de sacrificios, de entrega, pero a la vez de felicidad. Sobre todo fue muy reconfortante para él y para su compañera. No sólo se llenaban del amor de Dios, sino también del que mutuamente se profesaban. Fruto de ese amor era el hijo que Mariamne llevaba en su vientre y que de un momento a otro daría a luz, pues estaba fuera de cuentas.

En una Asamblea Comunal Jesús debió hacer el Juramento solemne y a la vez preceptivo, de lealtad a la comunidad esenia. Ese sería el único juramento que haría a lo largo de su vida. Después de éste se le prohibía hacer cualquier otro. Obligatoriamente debió cambiar el nombre de Jesús por el de Nacir¹⁵. Desde aquel instante pasó a formar parte de la familia de los

¹⁵ Nombre que tomó Jesús al hacer el juramento como miembro de la comunidad esenia.

esenios, con todas las obligaciones que ese hecho conllevaba.

Tras el Juramento solemne, los nuevos miembros desarrollaban su magisterio en los diferentes rincones del pueblo judío, sobre todo realizando labores sociales entre mayores, enfermos, niños huérfanos y viudas que no pudiesen trabajar. Nacir fue eximido de ese menester; el Maestro de Justicia quiso tenerlo a su lado, para que le ayudase en sus quehaceres, por ello permaneció en el Monasterio.

Tal como anhelaban, nació el hijo esperado, que vino a llenar la vida de los esposos. La comunidad esenia recibió con la mayor de las alegrías el nacimiento de aquella criatura. Todos lo hicieron suyo, de forma especial Jabul, que disfrutó del niño durante el tiempo que estuvo al frente de los esenios.

A los ocho días, el Monasterio se llenó de júbilo. Celebraban el acto de su circuncisión y la imposición del nombre al recién nacido. Se barajaron varios de ellos para imponérselo a su hijo; José, Juan, Simón, Judas, Nuriel, Lázaro, y hasta mi propio nombre, todos de personas que los dos consideraban amigos excepcionales, pero al final se decidieron por el de Judas, que era el nombre que tenía su gran amigo Amok antes de entrar a formar parte de la Comunidad. En su honor le pusieron ese nombre.

Poco a poco Jabul, que acababa de cumplir los setenta y siete años, fue delegando en Nacir sus funciones religiosas. El resto de las obligaciones del Monasterio ya se las había encomendado al sacerdote Amok, porque si bien sus facultades mentales eran extraordinarias, en tan solo unos años su cuerpo había envejecido a un paso galopante.

Mientras esto acontecía en el Monasterio, en Jerusalén tenía lugar un hecho temido y esperado a la vez por los zelotes y por

gran parte de sus ciudadanos. Caifás no había declinado su empeño de ocupar el puesto que su suegro Anás había desempeñado años atrás y no quería dejarlo escapar en esta ocasión. El periodo que se vivió entonces fue la época más tensa que jamás se tuvo en Judea. Las intrigas de Caifás, unidas a las fuerzas de los votos conseguidos entre los miembros del Sanedrín, hicieron posible que éste lograra lo que tanto deseó en su vida, su máxima ambición y su sueño: ser el sumo sacerdote del pueblo judío. Su llegada a ese cargo trajo consigo las mayores represalias y persecuciones contra los opositores a su elección. El terror llenó las casas de los que osaron votar en su contra y la maldad y la venganza se adueñaron de nuestro pueblo.

Fui yo el que debía llevar a Nacir aquella mala noticia. Por ello, una mañana salí hacia Qumrán a transmitírsela. Recibí mi información con suma naturalidad, pero con gran preocupación. El mismo desasosiego invadió el rostro de Jabul al tener conocimiento de aquel hecho y con tristeza nos dijo:

-Malos tiempos nos tocará vivir con Caifás. Nuestro pueblo sufrirá las consecuencias de la elección de este nefasto personaje.

Les comuniqué que al conocerse el cambio del sumo sacerdote, la cúpula zelota había tomado el acuerdo de enviar a un grupo de sus hombres de confianza, encabezados por Simón el Cananeo, para que velasen por la vida de Nacir y para que previniese cualquier intento de Caifás por detenerle. Se había decidido que el grupo enviado estaría cerca de Nacir, sin interferir en su vida ni en la de los esenios, siendo yo el eslabón de unión entre los hombres del Cananeo y el Monasterio.

Jabul no sólo aceptó con agrado aquel acuerdo, sino que lo justificó diciendo que la vida de Nacir estaba por encima de todas las demás. Aquella decisión venía a confirmar la creencia

de que Él era un ser excepcional a quien debían cuidar.

Aunque yo comprendía el pensamiento de Jabul, éste no coincidía plenamente con el de los zelotes. Para los esenios Nacir era el designado por Dios para salvar a los hombres, mientras que para nuestra organización, era el hombre que encabezaría el movimiento para salvar al pueblo judío de la tiranía a la que estábamos sometidos.

Al grupo de personas del Cananeo se les prepararon dos chozas, una en el exterior del recinto y otra en el interior del mismo, con el fin de que velasen desde dentro y desde fuera.

Yo me marché a vivir a Jericó y ocupé la casa que Jabul tenía en la ciudad, junto a la sinagoga de la Gran Plaza, y cada cierto tiempo me acercaba al Monasterio a visitar a Nacir para darle la información del exterior que le interesaba conocer.

A mí me resultaba fácil obtenerla, porque por la ciudad de Jericó pasaba toda clase de gente de diferentes lugares de nuestro pueblo.

Transcurrieron los días, los meses y los años y la vida del Monasterio siguió su ritmo monótono, sin grandes cambios. Nadie al servicio de Caifás, ni ningún soldado romano atravesó Jericó para ir al Monasterio o a sus alrededores, por lo que la seguridad siempre estuvo garantizada en nuestro entorno.

Nacir seguía llevando el peso del Monasterio a la vez que difundía la filosofía esenia por todo el territorio judío. De esa forma extendía el Reino de Dios entre nuestra gente, sobre todo entre los más necesitados, los pobres y marginados.

Por el contrario, Jabul, sintiéndose muy anciano, seguía renunciando a sus obligaciones; la vejez seguía adueñándose de

todo su ser y los dolores de sus huesos le resultaban insoportables, permaneciendo casi todo el tiempo en su habitación en constante oración y meditación. El mismo día en que cumplió los ochenta años, sacando fuerzas de donde no las tenía, decidió convocar la Asamblea General a la que fueron llamados todos los miembros de la comunidad esenia con el fin de llevar a cabo la elección del nuevo Maestro de Justicia.

Llegó el día señalado para la celebración de aquel importante acto y, dada la transcendencia del mismo y los asuntos a tratar, acudieron muchísimos hermanos. Llegué al Monasterio coincidiendo con su celebración, había ido a ver a Nacir y como uno más de ellos asistí acompañando a Mariamne, que acudió con el pequeño Judas. La asamblea fue abierta por Jabul, anunciando a todos su deseo de renunciar a seguir siendo el Maestro de Justicia y solicitando que este cargo fuese ocupado por Nacir, puesto ejercido de hecho por Él en los tres últimos años.

Nacir propuso, ante aquel grupo de hombres, que quien mejor podría desempeñar la dignidad de Maestro de Justicia sería su amigo, el sacerdote Amok, que conocía al detalle el funcionamiento del Monasterio además de ser un extraordinario y celoso administrador.

Explicó, que nadie como Amok podría ser capaz de llevar tan bien la dirección y la administración de la comunidad esenia. Según Él, no había en la Comunidad mejor dirigente. Tanto Nacir como Mariamne valoraban a Amok por encima de todos. Para ellos fue el ser más extraordinario que conocieron en sus vidas, un hombre santo, entregado por completo a Dios y a los demás. Había sido la persona que más los había ayudado a sentir la razón de ser esenios. Para Nacir no había mejor candidato, pero una cosa fueron sus deseos y otra los de los demás.

No sólo Amok, el sacerdote propuesto por Nacir, sino todos los asistentes a la Asamblea consideraron que el nuevo Maestro de Justicia debería ser el propuesto por Jabul y por tanto la única proposición que debería someterse a votación en aquel Congreso.

Tomó la palabra el sacerdote Amok y esforzándose al máximo defendió con gran fuerza y pasión la iniciativa presentada por Jabul. Él era quien más deseaba que Nacir fuese el elegido. Todos los presentes creían que Nacir era el hombre más idóneo para desempeñar aquella función y sustituir al Maestro de Justicia. Ni uno solo de los asistentes argumentó nada en contra de la elección de Nacir, por ello, sometida aquella propuesta a votación, obtuvo la totalidad de los votos de los presentes.

Amok continuó siendo tesorero y administrador general de la Comunidad y Jabul se retiró a descansar el tiempo que le quedó de vida, que no fue largo, tan sólo se prolongó algo más de un año.

Una noche Jabul pidió que le ayudasen a salir fuera del Monasterio para ver el cielo. Le sentaron sobre una ancha mecedora que colocaron sobre la fina hierba existente junto al palmeral y mirando al firmamento se marchó de este mundo, con la sonrisa en sus labios, dando gracias a Dios y sosteniéndose con fuerza en la mano que Nacir le había ofrecido unos instantes antes de terminar su vida.

La influencia que Jabul ejerció sobre Nacir fue muy importante. Yo, que desde niño le conocí muy bien y cuidé como hermano y amigo de forma incondicional, pienso ahora, a estas alturas de mi existencia, que en su vida hubo dos etapas bien distintas, la de antes de conocer a Jabul y la que vivió después.

En la primera de ellas, Nacir vivió una realidad de alguna forma impuesta por las circunstancias de quienes lo rodearon, sobre todo por los zelotes; la otra fue la de su realidad deseada, que le fue impregnada día a día por Jabul desde que éste contactó con Él y lo conoció. Esa misma realidad también arrastró a Mariamne, quizás porque se consagró a la situación ansiada de Nacir y no a ninguna otra.

Ella se le ofreció en cuerpo y alma desde el instante en que lo conoció y siempre fue consciente de la vida que llevaría junto a Él. En realidad era la que deseaba vivir.

Nacir, en su etapa junto a los zelotes, aun sin compartir de forma absoluta sus principios, sí los entendía y hasta en alguna ocasión expresó su deseo de intervenir en contra de quienes servían a los romanos. Conociéndole como le conocía, sabía que su deseo se hubiera quedado en eso, en deseos, pues siempre fue incapaz de hacer daño físico a nadie.

En sus vivencias con Jabul, Nacir cambió mucho su manera de sentir y hasta de pensar. De su boca no volvieron a salir frases que fuesen capaces de herir a ningún otro ser.

Para Él, el perdón al prójimo empezó a ser la moneda corriente entre los que le rodeaban y nos repetía con una continuidad persuasiva:

-Si alguien te golpea la mejilla derecha, no pierdas tiempo y ponle la izquierda.

-Si el golpe que te dieran te hace daño y te duele, no maldigas ni blasfemes, haz un esfuerzo y sonríele mirándole a los ojos al tiempo que le transmites tu perdón.

Su vocabulario se fue llenando de expresiones y mensajes nuevos, que nos costaba a veces entender y asimilar, porque no eran fáciles de comprender.

Recuerdo el día en el que un grupo de hombres hambrientos, asaltados por los bandidos en el camino de Jericó, se acercaron a nuestro Monasterio buscando comida. Al verlos llegar, Nacir salió a recibirlos y los invitó a entrar. Una vez dentro del Monasterio les llevó al comedor e hizo que les preparasen comida suficiente para aplacar el hambre que traían. Aprovechó aquella circunstancia para poner los ojos sobre aquel grupo de personas y decirnos:

-Serán bienaventurados los que sintiendo hambre buscan justicia. Dignificados quienes padeciendo la pobreza no se humillan ante los que los hacen pobres y alabados aquellos que sufriendo se mantienen levantados.

Siendo Nacir el nuevo Maestro de Justicia solicité ingresar como principiante en la comunidad esenia. Aquella petición me fue concedida y posteriormente, terminado el noviciado, pasé a formar parte de la misma. Al igual que se hizo con Nacir, yo permanecí en el Monasterio cerca de Él, formando parte del grupo de personas que trabajábamos en el Escriorium, transcribiendo, estudiando y analizando la documentación contenida en los pergaminos. Aquella tarea enriqueció mi espíritu y abrió el horizonte que tenía sobre las Sagradas Escrituras.

El tiempo transcurría con una lentitud parsimoniosa, sin que Nacir sintiera la necesidad de salir de aquel recinto sagrado donde se sentía muy bien trabajando para los demás. En contadas ocasiones realizó algunas salidas esporádicas a Jericó y a diversas zonas del río Jordán, a visitar a Juan y a sus seguidores. Pasado un tiempo comprendió que allí, en Qumrán, sus mensajes no tenían el eco suficiente para que la palabra de Dios llegase a otros hombres que no fuesen los esenios; por ello

pensó en la necesidad de abandonar aquel sitio y lanzarse a recorrer otros lugares del territorio judío para darla a conocer. Esas pretensiones deseaba exponérselas tanto a Amok como a mí, por ello nos convocó y nos expresó su forma de pensar. Estuvimos de acuerdo con su exposición y le indicamos que lo seguiríamos a donde fuese.

Mariamne entendía sus deseos, sabía cómo anhelaba la llegada de la celebración de la Asamblea Comunal para elegir al nuevo Maestro de Justicia que le sustituyese. Nacir ansiaba dejar el Monasterio y salir a predicar la palabra de Dios. Tenía claro que Mariamne le acompañaría en su marcha tal como lo había hecho hasta ahora y caminarían juntos por el mismo sendero apoyándose el uno en el otro. Fue entonces cuando decidieron que su hijo debía quedarse en Nazaret con su abuela María, porque sus vidas a partir de aquel instante sería difícil de sobrellevar. Lázaro lo llevó a Galilea y a todos nos resultó muy triste separarnos del jovencísimo Judas.

Celebrada la asamblea, tal como se había previsto, Amok, el sacerdote administrador de la Comunidad, fue elegido nuevo Maestro de Justicia, a propuesta de Nacir.

En las primeras palabras que dirigió a su gente expresó, de forma clara y contundente, que seguiría siempre a Nacir desde el puesto que ocupase, estuviese donde estuviese. Con el tiempo pude comprobar cómo aquellas palabras expresadas se hicieron realidad. Amok fue uno de los seguidores más fieles que tuvo a lo largo de su vida.

Unos meses más tarde, Nacir tenía preparada su marcha. Dejaba atrás una parte importantísima de su existencia, la que le hizo concebir la vida de forma distinta. Una nueva búsqueda

se abría de nuevo ante Él. Con pena contenida, y a la vez con alegría, abandonó con gran sentimiento el Monasterio. Allí quedaban sus compañeros y amigos conseguidos durante un largo período de su vida. Le acompañábamos, además de Mariamne, Simón el Cananeo y sus hombres que lo escoltaban y cuidaban, Juan el de Betsaida, su compañero de estudios en Jerusalén, con quien no había perdido el contacto y que lo había visitado en diversas ocasiones a lo largo de los años vividos en la Comunidad.

El Cananeo decidió iniciar la marcha desde el Monasterio e ir directamente hacia el río Jordán, desde donde Jesús empezaría su periplo por tierras judías.

CAPÍTULO XXV EN EL JORDÁN

QUISO INICIAR SU CAMINO PREDICANDO LA palabra de Dios por territorio judío visitando a su primo Juan, al que todos conocían como el Bautista.

Juan también predicaba y enseñaba a lo largo del Jordán, en la zona cercana al caserío de Vetania¹⁶. No lo veíamos desde hacía unos años. Tardarían en dar con él, pues no tenía ningún asentamiento fijo; por motivos de seguridad personal se trasladaba de un sitio a otro a lo largo del valle.

Siempre iba acompañado por un grupo de seguidores y de discípulos, anunciando la llegada del ser prometido y revelado por los profetas.

En más de una ocasión recorrió el Jordán desde su nacimiento en las montañas de las estribaciones del monte Hermón hasta el Mar Muerto o Mar Salado como también se le conocía. Todos decían que el Bautista era la voz que suplicaba en el desierto, el verdadero camino que llevaría a los judíos hacia Dios a través del arrepentimiento.

Juan, que había consagrado su vida extendiendo este mensaje por donde caminaba y había hecho del bautismo una liturgia,

¹⁶ Población distinta a Betania. Estuvo situada en el Jordán.

recorría a diario el largo valle. En un principio, la palabra la transmitía con dos compañeros que como él eran nazireos consagrados por completo al servicio de Jahvé, pero poco a poco se les unió un grupo de hombres ejemplares, semejantes a los que les seguían desde el Monasterio.

El Bautista abandonó Qumrán, porque prefirió dedicarse a la predicación y a la purificación de los pecados. El renacer a una nueva vida tras el bautismo era para él más importante que el estudio de la Ley y de las Sagradas Escrituras y pensaba que su actitud era la más conveniente para preparar a los hombres ante la inminente venida del Hijo del Padre.

La presencia de Jesús con su comitiva en Wad-kharrar, un arroyo de montaña de aguas claras y transparentes que desemboca al río Jordán, la conoció el Bautista de forma inmediata, al comunicársela uno de sus hombres, destacado a lo largo del valle, no sólo predicando sino también, observando cualquier movimiento de la gente que Caifás tenía distribuida en aquella zona. Al tener conocimiento de aquella llegada salió con sus gentes al encuentro de la comitiva que descansaba del viaje, a la sombra en uno de los márgenes del río.

Inmensa fue la alegría que tanto el Bautista como Jesús exteriorizaron al verse frente a frente. Ambos habían cambiado mucho. La madurez llenaba sus rostros pero sus miradas penetrantes y limpias seguían siendo las mismas. La delgadez que presentaba el cuerpo del Bautista, sobre todo en su rostro, era notable. La vida durísima que llevaba entre el desierto y el río Jordán desde hacía muchos años de forma continuada, había hecho mella en su rostro y en su cuerpo.

Juan nos saludó, intercambió unas palabras muy agradables con Mariamne y seguidamente hizo un breve apartado con

Jesús, caminando ambos a unos metros por delante de los demás.

Terminada aquella corta charla, Juan nos hizo seguirle por un sendero difícil de transitar hasta un paraje cercano al case-río de Vetania, el sitio donde Juan y los suyos tenían montado su refugio y donde pasaríamos la noche.

Llegamos a un paraje situado en el margen izquierdo del río Jordán, donde nos detuvimos y nos dispusimos a descansar. Era un conjunto de cuatro o cinco pequeñas cabañas, donde se preparaba espiritualmente a las personas que acudían desde diferentes poblaciones del territorio judío, especialmente de Jerusalén, a recibir el bautismo de la mano de Juan o de sus seguidores.

Se cenó, porque llevábamos provisiones para el viaje; normalmente ni el Bautista ni sus discípulos lo hacían por la noche, sólo efectuaban una comida durante el día, sobre las doce de la mañana, un almuerzo frugal, a base de miel silvestre, insectos y diversos tipos de raíces.

Aquella noche hablamos muchísimo, casi no dormimos. Mientras que unos se retiraban a descansar, Jesús, Mariamne y yo continuamos conversando con Juan. Durante la charla nos expuso las muchas contrariedades que Jesús tendría predicando. Nos comentó cómo él, sin haber salido del río Jordán, las había tenido y le habían llegado noticias de cuanto molestaban sus predicaciones, porque el número de adeptos que acudía a recibir el bautismo, aumentaba por día y esa situación la consideraban peligrosa. Una amenaza en toda regla para la clase religiosa dominante que se había hecho acomodaticia.

Era cierto todo cuanto nos decía; el Bautista, sin habérselo

propuesto, se había convertido en una verdadera amenaza y según el Sanedrín había que acabar con su vida cuanto antes.

Lo de Jesús aún sería más grave, ya que su intención no era la de quedarse de forma sedentaria en un espacio determinado como había hecho Juan, sino que se desplazaría por todo el territorio judío.

En otro momento de la conversación Juan me expuso que me responsabilizara de su grupo de discípulos en caso de que fuese detenido y encarcelado. Por su cabeza nunca pasó la idea de que lo crucificaran porque pensaba que sus muchos seguidores en Jerusalén, llegado el caso, lo impedirían.

Con aquella propuesta quería expresarme su agradecimiento. Nunca olvidó que fui yo quien lo introduje en el movimiento zelote, y con el ofrecimiento del liderazgo de su grupo quería reconocérmelo. Yo me opuse a tomar aquella dirección alegando que, no deseaba dejar a Jesús, y que además debía caminar junto a Él por mandato de los dirigentes zelotes. Por otra parte, pensaba que no había nadie mejor para dirigirlos que Jesús; ninguno estaba tan preparado para afrontar aquella responsabilidad. Después de un buen rato de charla nos dispusimos a descansar, era muy tarde para seguir hablando de un tema tan complejo como aquel.

A la mañana siguiente muy temprano, estaba todo dispuesto para salir con el grupo de viajeros que había llegado para su bautismo y nos pidió que le acompañásemos. Se emprendió la peregrinación con el Bautista y Jesús a la cabeza, detrás de ellos sus discípulos y a continuación quienes iban a iniciarse en la nueva vida a través del bautismo. Cerrando la marcha caminábamos los demás. El Cananeo y sus gentes nos seguían a una

distancia prudencial. Se marchaba en fila de a dos y en un ensimismado silencio, sólo quebrado por la voz del Bautista con una monótona letanía repetida continuamente por sus discípulos. Fuimos avanzando por estrechos senderos y veredas hasta llegar a un remanso del arroyo Wad-kharrar.

Nos colocamos alrededor de aquella poza de agua y Juan el Bautista se introdujo en ella hasta la altura de sus rodillas. Desde el centro de aquella balsa, donde se había colocado con las manos elevadas a las alturas invocaba la llegada de Dios hasta aquel remanso del río, para llenar de vida a quienes allí esperábamos recibir el bautismo. Todos los presentes oraban desde la tierra firme y no dejaban de mirar a lo alto, esperando que se hiciesen realidad las palabras de llamada a los cielos.

Yo observaba a Jesús y a Mariamne, percibiendo que ambos estaban integrados en aquel grupo y seguían con rigor los ritos que allí se realizaban.

El celebrante invitó a todos a que fuesen entrando de uno en uno en el agua y se acercasen hasta él para iniciar la ceremonia del bautismo. El primero en dar el paso fue Jesús que, introduciéndose en ella se dirigió hasta Juan.

Aquella decisión tan resuelta desconcertó al Bautista, y podría decirse que le turbó, porque de forma diligente le dijo:

-¿Cómo tú vienes hacia mí para que te bautice, si soy yo el que necesitaría ser bautizado por ti?

-Tú has invocado al Padre, por ello está contigo y quien está con él, me tiene a mí. Juan, cumple con lo que Dios te ha encomendado. Echa sobre mi cabeza el agua de vida, para que borre de mí los pecados vividos y me renueve por completo –le respondió Jesús.

Juan el Bautista tomó su cabeza y le invitó a sumergirse en aquel remanso del río. Durante unos segundos permaneció zambullido en ellas y emergió de las mismas con los brazos elevados hacia el cielo. Aquella estampa de Jesús saliendo de las aguas enardeció a todos los presentes que esperaban el bautismo.

El Bautista se dirigió a todos diciéndonos con voz contundente: -Éste es El Prometido, El Hijo del Padre, El Maestro¹⁷. El que escuche tu voz oirá la palabra de Dios.

Y diciendo esto, hizo un movimiento de genuflexión e inclinó su cabeza en prueba de reverencia y de reconocimiento.

Todos los presentes hicieron lo mismo a la vez que exclamaban:

-Tú eres El Prometido. Tú eres El Hijo del Padre –repitieron una y vez, al tiempo que empezaron a venerarlo, arrodillándose ante Él.

Seguidamente entramos en el agua Mariamne, Juan el de Betsaida, el Cananeo y yo. Él nos observaba complaciente y rebotante de felicidad. Desde ese día todos seguimos al Maestro en el nuevo camino que empezábamos a recorrer y a partir de aquel instante ya nunca más nos separaríamos de Él.

Uno a uno, fueron entrando en aquellas aguas para que Juan los bautizara. La alegría de aquellas personas se reflejaba en sus caras. De esa forma empezaban a renacer a la nueva vida predicada por el Bautista. Una vida en la que compartirían a Dios. Terminado aquel acto sagrado, de la misma forma que llegamos al Wad-kaharrar fuimos retirándonos en el más absoluto de los silencios y meditación. Aquellas buenas gentes

17 A partir de este momento, Mat-Yah empieza a denominar a Jesús, Maestro.

regresaron a sus respectivos lugares de origen, llevando en su bagaje una nueva semilla, que iría germinando y extendiéndose de hombre a hombre por todos los rincones del pueblo judío.

Cuando nos quedamos solos, el Bautista volvió a mostrarle la preocupación que sintió al conocer la noticia del abandono de Qumrán para dedicarse a predicar la palabra de Dios. Intuía los sufrimientos que le acarrearía la decisión tomada, porque él los venía sufriendo en su propia piel.

Llevar a cabo los encuentros con las personas que acudían a Vetania a obtener el perdón a través del bautizo se interpretaba por el Sanedrín como un acto en contra de la Ley de Moisés y, por lo tanto, era una acción perseguida por quienes se hacían llamar cumplidores de la misma. Ellos pensaban acabar con su vida cuanto antes. Juan era consciente de aquello, pero su compromiso con Dios era muy grande, mayor aún que su propia existencia. Por estar decidido a seguir ese camino, estaba dispuesto a todo, costase lo que costase.

A Jesús no le importaba nada perderla con tal de predicar la palabra del Padre y nos expresó su deseo de retirarse al desierto para orar, purificar su alma y sentirse a solas con Dios.

No quería sentirse mediatizado por nada ni por nadie, ni tan siquiera por su compañera, la mujer que más quería. Ella permaneció con sus labios cerrados durante el tiempo en el que Él detallaba cuanto iba a hacer en los próximos días. Una mañana muy temprano, antes de que los rayos del sol apuntaran por el horizonte, inició la marcha hacia el desierto.

Durante treinta y nueve jornadas, con sus días y sus noches, permanecimos preocupados, a caballo entre las cercanías del desierto y la población de Vetania esperando su llegada.

Si largo se hace el tiempo para los que esperan, más largo

debió de resultarle al que tuvo que estar en el desierto en ayuno, soportando las inclemencias y los rigores climáticos acentuados por la época estival en la que este hecho aconteció. Aquel año el calor en la zona del Jebel Quruntul, unos montes escabrosos e infranqueables, se hizo asfixiante.

Lo ocurrido en el desierto nunca lo sabremos, porque nunca nos habló de ello, ni tan siquiera a Mariamne, según supimos por ella más tarde. Pero debió de ser muy duro aquel retiro, dadas las condiciones paupérrimas en las que retornó. Durante varias jornadas estuvimos esperando su llegada a la entrada del desierto, por donde suponíamos que podría llegar. Estábamos seguros de que El Maestro permanecería en el desierto menos de cuarenta días pues en su mente nunca estuvo el superar el tiempo que Moisés estuvo en el monte Sinaí. Todos comentábamos que llegaría en pésimas condiciones físicas, pero nunca pudimos imaginarnos que El Maestro se presentaría en tal estado de deterioro. Su cuerpo, de por sí delgado aunque muy fuerte, presentaba un aspecto débil, envejecido y famélico. Al verlo lo sentimos vencido, pero nos sorprendió la completa lucidez de su mente.

Aun en aquella situación nos regalaba una leve sonrisa dibujaba entre sus labios secos y agrietados, como si con ello estuviera enfatizando el triunfo total de la voluntad del hombre sobre el medio.

Lo primero que hizo al llegar fue dirigirse a Mariamne, a quien se abrazó sin fuerza, diciéndole una frase casi imperceptible. Una frase que a pesar de haber sido pronunciada con una voz debilísima pudimos captar los presentes en aquel encuentro. De sus labios sedientos, con pequeños cortes y heridas escamosas salieron frases que aún resuenan en mis oídos:

-El espíritu del mal ha sido vencido por El Padre. El sacrificio ha merecido la pena, este es el nacimiento de un nuevo reino.

El Maestro se sentía muy mal y mientras sus labios balbuceaban palabras incoherentes, sus piernas fueron arqueándose con suavidad y cayó al suelo con pasmosa lentitud desde los hombros de Mariamne en los que se sostenía, sin haber podido hacer nada por evitar su caída.

Pienso que su victoria sobre el desierto fue una anticipación a la que sería la victoria de la vida sobre la muerte.

Estuvimos en Vetania el tiempo suficiente para que se repusiese. Mariamne le cuidó con un cariño y mimo extraordinarios. En esos días llegó Andrés, el Hijo del Trueno, como se le conocía y su alma se llenó de alegría al verlo porque le quería muchísimo. Éste había abandonado en Galilea su condición de pescador y de zelote y fue en busca del Bautista, al que creía un Mesías, para unirse a él, pero al encontrarse con El Maestro no tuvo la menor duda de que a quien buscaba era a Él.

Hacía unos años que junto con Felipe, su entrañable amigo, un piadoso maestro que enseñaba a jóvenes en Betsaida, dejaron el pueblo para purificarse junto al Bautista. Cuando llegamos a Vetania, Andrés predicaba por la parte alta del Jordán por lo que no pudieron ver al Maestro.

Estuvieron esperando su regreso con la misma ansiedad con que lo esperábamos nosotros para presentarle a su amigo Felipe y pedirle que les dejara unirse a su grupo.

Aquella petición le agradó y les permitió unirse a Él, no sin antes indicarles la dificultad que entrañaría llevar a cabo sus deseos. Pero ambos estaban curtidos en cuantas vicisitudes pudiésemos imaginarnos, por lo que aquel matiz añadido no les afectó.



CAPÍTULO XXVI TRAVESÍA SOÑADA

TODO ESTABA DISPUESTO PARA EMPRENDER la marcha a lomos de mulos y asnos. El camino hasta llegar a Galilea era largo, por ello lo haríamos en diferentes etapas. Juan el Bautista con los suyos nos despidieron al dejar aquel paraje del Jordán; él y El Maestro se fundieron en un fuerte y emotivo abrazo.

El Bautista tomándole de la mano se dirigió a todos sus discípulos y les dijo:

-Si en algún momento me detienen, seguidle.

Después de aquellas sentidas y conmovedoras palabras, fuimos despedidos con júbilo y alabanza por todos. Como siempre, dirigía nuestra marcha el Cananeo que prefirió, aunque el camino no era el mejor, llegar a Galilea subiendo por los recovecos del valle del Jordán. En aquel medio era más fácil ocultarse de las miradas de la gente de Caifás, que tenía ojos y oídos en todas partes. Nuestra primera parada la hicimos frente a la fortaleza del Alexandrión, donde tuvimos que protegernos del calor asfixiante que lo envolvía todo. Más tarde continuaríamos nuestro viaje hasta alcanzar la población de Sucot, contigua al barranco del arroyo Yabboq, donde pasaríamos varios días.

En posteriores jornadas alcanzaríamos los pueblos de Enón y Salín. En ambos El Maestro fue muy bien recibido.

Durante el viaje predicaba donde le era posible reunir a un grupo de personas, utilizando las pequeñas sinagogas halladas a nuestro paso.

Conforme avanzábamos, más gente se sentía atraída y cautivada por sus mensajes de amor, de perdón y de justicia, y nos proporcionaban la comida suficiente para subsistir y un lecho para descansar y dormir.

Uno de los días, cayendo ya la tarde, nos acercamos a la población de Escitópolis, la ciudad donde nací, la antigua Beit-Shean. Supimos que por aquella zona merodeaba un grupo de los descendientes de los antiguos escitas, profesionales del asalto en los caminos, que se dedicaban a robar a quienes transitaban por allí. Ante aquella información el Cananeo aconsejó la conveniencia de entrar en dicha población para pasar la noche.

Escitópolis era una de las diez ciudades que formaban la Decápolis, quizás la más importante de todas. Estas urbes se congregaron en una sola región al compartir la misma cultura e idéntica lengua. El color oscuro de su suelo, se lo proporcionaba la piedra de basalto con la que había sido cimentada.

Mis padres vivieron en una de las habitaciones que daban a un patio central de una casa comunal construida con ladrillos. Simón decidió que pasásemos la noche en la posada de Beísan, propiedad de un buen compañero. Aquel día, como se hacía en todos los hogares judíos, se celebraba la fiesta de Rosh Hazaña, la entrada del nuevo año. Recuerdo que dio comienzo el día de nuestra llegada, el uno de Tishrei -Septiembre- Octubre-.

Nunca olvidaré la entrada que tuvimos al comedor al son del

shofar; aquel cuerno de carnero emitía un bellissimo sonido como jamás había oído otro igual. Aquel salón repleto de viajeros se disponía a celebrar el nuevo año con una excelente y bien preparada comida y, por supuesto, con un largo servicio religioso, lleno de plegarias de arrepentimientos y peticiones de bondades para el año que se estrenaba.

Durante la cena, el temido zelote y amigo de Felipe, Bartolomé, de sobrenombre Natanael que acababa de llegar de su pueblo, Caná, al enterarse de la presencia de éste en la posada se acercó a saludarle. Se le invitó a compartir aquella comida y durante la cena estuvo hablando animadamente con El Maestro, poniendo mucha atención a cuanto decía. Tan a gusto se sintieron aquella noche, el uno con el otro, que Él le pidió que abandonase su actual vida de lucha y le siguiera. Éste aceptó su propuesta sin ninguna reticencia.

Un baño reconfortante con el agua conducida desde el monte Gelboe y la rica cena que nos ofrecieron nuestros amigos, nos predispusieron a descansar hasta la mañana siguiente.

Muy temprano nuestra comitiva, a la que se había unido Bartolomé, se dirigió desde la posada hasta Nájál Jarod, sobre el que se había construido un puente de madera por donde salimos de la ciudad. Desde allí, marchamos hacia Caná.

Después de atravesar los montes Gelboe hicimos un alto en la fuente En Jarod ya que nos encontrábamos bastante cansados. Allí nos repusimos para el día siguiente adentrarnos en el valle de Yezrael y visitar las poblaciones de Sunén y Yezrael donde nos esperaban porque tenían conocimiento de nuestra llegada.

Siete días más tarde, el grupo decidió entrar en la población de Naín. Para Él la entrada en aquel pueblo fue muy dura, por-

que los recuerdos que nos traía aquel lugar eran muy dolorosos y tristes. Nunca pudo olvidar la masacre que presenciamos al llegar aquel día negro. Fuimos al centro de la población y, desde allí, acudimos a la sinagoga donde se celebraban los actos religiosos. Entramos en silencio para no interrumpir los oficios, pero fue inevitable que gran parte de los asistentes, al notar nuestra presencia, giraran sus cabezas para ver quiénes irrumpían en aquel recinto sagrado. La sorpresa que tuvimos fue grande, sobre todo Juan el de Betsaida, porque quien dirigía la guemará¹⁸ era Zebedeo, su padre, el viejo rabino Amoraim, que habían mandado a aquel pequeño pueblo a pasar los últimos años de su vida y así, de esa forma alejarlo lo máximo posible de Jerusalén.

Zebedeo al darse cuenta de nuestra presencia, se dirigió a quienes oraban y les dijo que aquel era un día hermosísimo porque acababa de entrar por la puerta El Mesías.

A continuación, les manifestó que El Maestro era el portador de la palabra de Dios ante los hombres de buena voluntad y les comentó que había llegado con Juan, su hijo, a quien no veía desde hacía muchos años.

Aquel recinto sagrado se llenó de júbilo y se compartieron abrazos y saludos. Por el curtido rostro de Zebedeo se derramaron lágrimas de alegría al ver entrar a su hijo.

Entre los asistentes a aquel acto religioso destacaba Santiago, que había ido desde Jerusalén a Naín para visitar a Zebedeo, su padre. Nunca imaginó encontrar en aquel pueblo a su hermano, a quien no veía desde hacía mucho tiempo. Tampoco

18 La guemará es la parte del Talmud que corresponde al comentario y al análisis del texto escrito.

creyó coincidir en aquella ocasión con El Maestro, al que buscaba desde años atrás sin haber tenido la posibilidad de conseguirlo. Zebedeo invitó al Maestro a que subiese a la mesa desde donde dirigía los oficios y llevase su palabra a los presentes. Así lo hizo dirigiéndoles un discurso memorable que llenó de fuerza a todos y de forma muy especial a Santiago.

De la sinagoga marchamos hacia la casa de Zebedeo, donde su esposa Salomé, al ver entrar al Maestro se postró a sus pies, besó sus manos y le pidió bendiciones. A continuación abrazó a Juan, su hijo amado, al que tanto había deseado ver. Salomé vació la despensa, así como la de otros vecinos, para dar de comer a cuantos entraron en la pequeña casa. Aquel día Santiago recordó la forma salvaje en que le golpearon por ser zelote y cómo le dejaron desahuciado y sin conciencia, junto a la fuente de Yatabel.

Santiago le pidió al Maestro mantener una entrevista. Salieron a la calle y emprendieron un paseo por aquellas estrechas calles. Le habló de sus deseos de dejar la lucha armada contra los romanos, de sus sueños por seguirle y de la ilusión que le suponía emprender su mismo camino, para de esa forma transmitir a la gente su mensaje de amor. Unos días más tarde me contó Santiago cómo al terminar la conversación El Maestro se dio cuenta de que llevaba una espada a su cintura y le dijo que sólo le aceptaría en el grupo de personas que lo seguían si la abandonaba. Ante esa petición cogió la espada y se la entregó.

Al día siguiente se celebraba el Yom Kipur, el día de la Expiación, del Juicio Divino y del Arrepentimiento. En este día alegre, el día más importante y santo del año, estaba prohibido comer, beber y bañarse. Iniciamos el ayuno al atardecer y lo terminamos ya entrada la noche del día siguiente, unas veinti-

cinco horas. Por la tarde se colocó un talit¹⁹ ante la vista de todos para llevar a cabo la oración. Era la única vez del año en que se hacía esto. La terminación del ayuno de ese día se anunció con el sonar del shofar.

Durante unas semanas permanecimos en Naín. Hasta allí llegó gente, desde distintas aldeas cercanas, a oír los mensajes que El Maestro transmitía a quienes acudían a la sinagoga. También visitó a diferentes grupos de artesanos y campesinos.

Éstos vivían en los más recónditos terrenos de la montaña, a donde se accedía por trochas y veredas difíciles de subir. Sacaba fuerzas de lo más profundo de su cuerpo y de su mente y llegaba hasta donde se proponía sin el menor problema.

Terminadas las predicaciones en Naín salimos hacia Nazaret, el pueblo donde vivimos una parte importante de nuestras vidas. Santiago el hijo de Zebedeo se nos unió a este viaje, y ya no nos dejaría nunca. La llegada se produjo cayendo la tarde. María, el pequeño Judas, así como mis padres, nos esperaban a la puerta de la carpintería. Alcanzamos la ciudad una hora más tarde de lo previsto y allí nos aguardaron sin moverse. Nos abrazamos y pasamos al interior de la casa donde nos habían preparado una buena comida.

Sobre la mesa se encontraban varias bandejas de huevos con sémola que tenían un aspecto excelente y un rico cordero asado sobre un fuego de sarmientos de vid, así como unas perdices y codornices. Mi madre hizo que aquella succulenta cena fuera acompañada con un buen vino, terminándola con tortas de harina amasadas con aceite, zumo de dátiles, de uvas y una riquísima meloja.

19 Manto cuadrangular utilizado en la oración.

El pequeño Judas sentado entre El Maestro y Mariamne no llegó a separarse de sus padres y en todo momento estuvo recibiendo las caricias de ellos, las necesitaba.

María por una parte y mis padres por otra, no dejaban de preguntarnos por nuestro futuro. Parecía como si no desearan que llegase, como si quisieran que el tiempo se cristalizara en aquel presente y no corriese, que todo se paralizara en aquel preciso instante lleno de tanta felicidad.

Durante la cena se comentó que en tres días se celebraría en Caná la boda de Jacob, el hijo más joven de María, con una bella doncella de aquella población. No habíamos vuelto a ver a Jacob desde que abandonamos Nazaret el día que dimos sepultura a José, aunque sí habíamos seguido sus pasos. Había sido Jacob un niño muy inteligente. Desde muy joven destacó por su vasta preparación y conocimiento de las Sagradas Escrituras, así como de las demás ciencias. Supo compatibilizar su vida espiritual con el trabajo en la carpintería paterna, profesión aprendida con mi padre, su maestro carpintero y de los Zebedeos de Betsaida con quienes había trabajado durante un par de años. Terminábamos de comentar la noticia de la boda, cuando se incorporó a la cena Jacob. Al verse los dos hermanos se fundieron en un gran abrazo. El parecido físico entre ellos era muy grande, salvando la distancia de sus edades. Jacob le expresó lo orgulloso que se sentía de Él y nos contagió a todos su alegría al conocer que El Maestro iba a asistir a su boda.

Durante los tres días que permanecimos en Nazaret, predicaba a diario en la sinagoga y al igual que ocurría en otros pueblos, sus discursos enfervorizaban a quienes iban a escucharle.

Caminando por la calle, la gente se le acercaba y lo presentaban a sus hijos pequeños para que los tocara y les hablase.

Sólo al final de su estancia, el día antes de nuestra partida hacia Caná, un grupo de vecinos se acercó, mostrándole el temor que se tenía en la población sobre su permanencia en ella. Se pensaba que el Sanedrín podría tomar represalias contra Nazaret por haberle dado cobijo al Maestro y a sus seguidores.

Aquel recelo mostrado por sus paisanos, le desconcertó sobremedida.

¡Qué los que habían jugado con Él de pequeño le invitasen a salir de su pueblo era algo que no llegaba a entender, ni alcanzó a concebir nunca!

-Por desgracia así ha ocurrido siempre: quienes menos creen en los dirigentes son aquellos que los han tenido más cerca y los han visto crecer y jugar con ellos. Estos piensan que si ellos son gente normal, ¿por qué El Maestro iba a ser diferente a ellos?-

La salida hacia Caná, situada a unos seis kilómetros hacia el norte de Nazaret –Kefar Cana-, le hizo olvidar la reacción que tuvieron muchos de sus vecinos contra Él, por lo que la alegría que se respiraba en aquella comitiva lo contagió profundamente.

Subimos y bajamos un sinfín de pendientes que nos llevarían hasta el lugar donde debía celebrarse la boda.

CAPÍTULO XXVII EL VINO Y EL PAN

OFICIA LA CEREMONIA RELIGIOSA EN LA sinagoga, todos fuimos a la casa de los padres de la novia, que se hallaba a un kilómetro del centro de la población de Caná, en una finca de olivares y viñedos, en la que se cultivaba además una gran variedad de árboles frutales rodeando la amplia casa de campo. Disponía de un agradable patio central cubierto de parras y cientos de plantas con flores; un verdadero paraíso. El trayecto acompañando a los nuevos esposos se llenó de vítores y alabanzas, hasta llegar donde se festejaba la comida que se ofrecía a los invitados.

Diferentes mesas largas lucían adornadas con flores y plantas aromáticas y sobre ellas muchas bandejas con varios tipos de comida elaborada con anterioridad. La madre del novio fue distribuyendo a los invitados y acomodándolos por grupos en las diferentes mesas.

Los novios ocupaban el centro, flanqueados por el padre de la nueva esposa y por María que atendía además a los convidados. También El Maestro y Mariamne se colocaron en la mesa nupcial con el resto de los familiares más cercanos de los contrayentes.

En aquel banquete ocupé una mesa en la que también estuvo Pedro, recién llegado desde las playas de Betsaida, donde se dedicaba a la pesca, además de llevar la dirección de los zelotes en la región del Lago de Genesaret.

La alegría reinaba en aquella amplísima casa y todos disfrutábamos de aquel día de felicidad, comiendo y bebiendo. Conforme se iba terminando el contenido de los platos, se sacaban los que quedaban en la cocina.

Después de muchas horas de celebración, se acabó el vino y los asistentes solicitaron insistentemente más bebida, aunque en la casa ya no quedaba. Teniendo conocimiento El Maestro de esa falta, se levantó de la mesa y acercándose a la de sus discípulos les mandó traer seis barricas de barro que contenían buen vino, recogido y acarreado desde Nazaret para regalar a los novios. Lo trajeron y fue distribuido entre los comensales, que aplaudieron a quienes las portaron al centro de aquel gran comedor. El contenido de aquellas barricas era excelente y todos elogiaron la prontitud con la que Él había resuelto el problema, agradeciendo el acierto al haber previsto esa contrariedad.

Salieron las primeras luces de la mañana y aún seguían celebrando aquella fiesta, en la que debo destacar la felicidad de María al verse rodeada de los suyos.

Aquellos momentos de felicidad fueron rotos por el conocimiento que tuvimos de una lamentable noticia. Pedro, que había llegado a Caná, se había dirigido a donde se festejaba la boda, dejando a sus hombres esperándole en la arboleda de la fuente Yenesa, a una distancia prudencial del lugar de la celebración. Cuando éstos comían, irrumpió una partida de ronda con la intención de robarles la comida. Aquella acción provocó un intenso

forcejeo; antes de que los soldados tuvieran la posibilidad de sacar sus armas, con suma rapidez, les habían dado muerte.

Aquel acontecimiento nos conmocionó a todos. También Pedro, de forma airada, mostraba su malestar ante tan inoportuna situación y aunque él no hubiera participado en esa matanza, tenía muy claro que fueron sus hombres los que habían protagonizado aquel incidente.

Aunque teníamos la intención de estar durante unas semanas en Caná sólo pudimos permanecer allí unas pocas horas más, porque se esperaba la llegada de los soldados al servicio de los romanos, que habían salido desde Naín para controlar el hecho ocurrido en dicha población.

En los casos lamentables como aquellos se debía poner tierra de por medio y evitar las complicaciones saliendo de la ciudad cuanto antes. Partimos hacia Tiberiades, un lugar en el que por sus características nos permitía pasar desapercibidos durante unas semanas, escondidos en los diferentes rincones existentes en la pendiente de su ladera y en las del propio lago Genesaret. Transcurrido ese tiempo saldríamos, en cuanto tuviésemos posibilidad de hacerlo, hacia Cafarnaúm, pues los vecinos de Tiberiades no disimulaban sentirse bien con el poder romano y temíamos que pudieran delatarnos.

Era Tiberiades uno de los sitios más bellos de Galilea, otros lo conocían como Tiberias y había sido mandado construir en honor al emperador Tiberio, sobre la ruina de un cementerio de la antigua Rakkat por Herodes Antipas en el 772 -F. d. R.-²⁰. Al anochecer llegábamos, a través del estrecho valle de los Ladro-

²⁰ Fundación de Roma

nes, a aquel lago de agua dulce cercado por montañas, que se situaba a algo más de doscientos metros por debajo del nivel del mar y al que desembocan las aguas del Jordán.

Como la noche era agradable y apacible, aun cuando era invierno, El Maestro decidió dar un paseo por la orilla de aquel mar.

Habiendo andado algo más de doscientos metros, tuvimos un encuentro con un grupo de pescadores, a quienes se les unió Pedro, que había llegado hasta allí unas horas antes con sus hombres. Al preguntarles por qué estaban varadas sus barcas nos dijeron que regresaron porque habían echado en tres ocasiones las redes y no fueron capaces de capturar ni un pez.

Andrés, había sido uno de los mejores patrones de pesca del mar de Galilea, por ello sabía muy bien que las condiciones que se habían dado aquella noche eran las menos propicias para pescar. También conocía que pronto la luna saldría y, como consecuencia de ello, los peces subirían a la superficie en no mucho tiempo, por lo tanto la ocasión era óptima para echar las redes de nuevo. Sin dudarlo, le pidieron a Pedro, que se disponía a regresar a su casa en Cafarnaúm, que les dijese a sus compañeros pescadores que volviesen a salir y echasen las redes al agua. Los pescadores dudaron si hacer caso o no a la proposición formulada a través de Pedro, pero finalmente decidieron volver a salir a pescar.

Echaron una lanzada y las redes se llenaron de peces, tantos que estuvieron a punto de romperse.

Repletas las barcas regresaron a la playa, descargaron y volvieron a salir de nuevo. Hasta tres veces zarparon y en todas ellas ocurrió igual que en la primera salida.

Los demás pescadores, que se encontraban más alejados, viendo asombrados lo que acontecía, no dudaron en salir con

sus barcas a las aguas del lago y también pescaron copiosamente durante toda la noche. Extenuados de tanto pescar dejaron las barcas y Pedro se postró a los pies del Maestro dándole las gracias, al igual que lo hacían el resto de sus compañeros.

Pedro, que nunca se había doblegado ni arrodillado ante nadie, en aquella ocasión lo hacía.

¿Qué quieres que realice? –preguntó Pedro.

-Deja todo lo que haces y sígueme; desde hoy quiero que seas pescador de hombres –le respondió El Maestro.

Aquel hecho trascendió por todo el valle y todos quisieron ver en aquello un milagro.

Al día siguiente, predicó en la sinagoga de Tiberiades, donde habían acudido muchos de sus vecinos a oírle, sobre todo pescadores con sus familias. Al terminar el acto religioso y salir a la calle le esperaban un grupo de personas acompañando a un muchacho al que todos conocían como un endemoniado. Lo habían llevado hasta allí para que El Maestro lo curase. El joven, que no había dejado de dar alaridos desde mucho antes de llegar a la sinagoga, al verle, dejó de gritar y el pavor invadió todo su rostro.

El Maestro llevó sus manos a la cabeza del adolescente y lo miró durante unos segundos, a la vez que frotaba con el dedo pulgar su frente y su nuca, en un movimiento circular.

Al instante se le cambió el gesto y su rostro se iluminó con una sonrisa agradable, a la vez que decía a todos:

-¡Estoy curado, me he curado! –gritaba contento aquel joven.

Los alaridos se habían convertido en gritos de alegría y complacencia.

Al salir de la sinagoga, los testigos de aquella curación y los

que se enteraron de lo ocurrido le siguieron. Todos querían estar cerca de Él, hablarle, preguntarle por cientos de cosas, tocarle las manos y no apartase de su lado.

Subimos a una loma cercana, porque Él necesitaba sentirse solo y orar en recogimiento, pero no lo consiguió, porque fueron muchos los enfervorizados adeptos que le siguieron. Comenzó a rezar con sus discípulos y a sus oraciones se unieron los que habían llegado. El tiempo transcurría y una gran cantidad de gente continuaba allí, sin la menor intención de retirarse. Al preguntar si había comida para los presentes le contestaron que solo tenían unos panes y varios peces, cantidad insuficiente para las personas que allí le acompañaban.

El Maestro hizo llamar a Simón el Cananeo al que envió a recoger panes y pescados en salazón. En algo más de una hora volvió y repartió la comida traída entre los presentes, que sin ser abundante fue lo suficiente como para engañar el hambre.

Terminado el reparto, El Maestro se dirigió a todos.

-Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí no tendrá nunca hambre, ni sed.

Entre aquella gran cantidad de personas agradecidas se encontraban tres hombres, que por curiosidad se habían acercado hasta allí, criticando cuanto decía y extrañados de que manifestase cosas como las que acababa de expresar, siendo el hijo del carpintero José.

Habiéndoles oído, El Maestro les recriminó que murmuraran de la forma en que lo hacían.

-Ese es el pan que baja del cielo, el que nos ofrece el Padre. Todo el que lo coma no morirá.

Dos de los hombres agacharon sus cabezas avergonzados y el tercero optó por separarse del grupo y bajar de aquel cerro.

Al día siguiente en toda la región se hablaba de aquel hecho. Muchos, con fuertes voces, le llamaban Mesías, otros Profeta, y la mayoría quisieron hacerle rey de los judíos. Ante aquella situación, bajó de aquella colina como pudo, sin que los presentes lo advirtieran. Desde aquel momento, fuera por donde fuese, se multiplicaban las personas que se le acercaban, unos para oírle y otros para que los curase de las más extrañas enfermedades y dolencias.

Muchos de los que lo escuchaban se convirtieron en incondicionales y empezaron a seguirle por donde se desplazaba. Todos querían comprometerse con el nuevo mensaje del Reino de Dios.

Hacia finales de kislew –diciembre- desde Tiberiades nos encaminamos a Magdala, la ciudad de la que era originaria Mariamne. Al llegar, nos dirigimos a su casa, donde nos esperaba Admiel, su padre, y Liora, su madre. Llevaba muchos años sin estar con ellos y les vio físicamente cambiados, pero aunque la vejez había dejado su huella en sus rostros, tenían buen aspecto y se sentían aún jóvenes. De nuevo en aquel deseado encuentro volvimos a vivir la cara bella de la felicidad.

Nuestra llegada coincidió con la celebración de la fiesta de la Januká o de las Luminarias con la que los judíos conmemorábamos la bendición del templo de Jerusalén por parte de Judas Macabeo.

Cuando era niño mi madre me contó que se llamaba de las Luminarias o de las Luces porque, en cierta ocasión, al encenderse el candelabro del Santa Santorum del Templo, observaron que tan sólo había aceite para un día y sin embargo éste permaneció encendido durante las ocho jornadas consecutivas que duró la rebelión de los Macabeos contra los griegos de An-

tíoco Epífanos por haber impuesto el culto a Zeus. En recuerdo a aquel acontecimiento, estas fiestas duraban ocho días y aquel año su finalización coincidió con el dos de Tevet -Diciembre- por ello se celebró un banquete especial presidido por el candelabro de nueve brazos, con todas sus mechas encendidas sobre aceite y colocado en un lugar visible desde la calle, para que quienes pasaran por ella conociesen que allí, en aquella casa, vivía una familia judía.

Una rica carne de cordero aderezada con trigo tostado y un buen trozo de carne de ternero, rociada con aceite de oliva, fueron preparados con mucho cariño por parte de Liora durante el día del viernes ya que al caer la noche empezaba el banquete. A la cena, que había sido organizada para Él, se agregaron dos fariseos amigos de los padres de ella, personas muy influyentes de Magdala que estaban interesadas en conocerle personalmente.

En el transcurso de la misma, se acercó una mujer con su esposo enfermo en una parihuela. Aquel hombre venía padeciendo desde unos días antes fuertes dolores de vientre que no lo dejaban vivir. Se rogó a quienes lo acompañaban que lo colocasen sobre una mesa para curarlo, ante la sorpresa y contrariedad de los dos invitados fariseos, que no entendían cómo siendo sábado se atreviera a efectuar aquella acción de curación. Los fariseos pensaban que la Ley siempre estaba por encima de todas las cosas y ésta prohibía expresamente realizar ningún tipo de actividad, por muy importante que fuese.

Ante la situación creada, se dirigió a los fariseos inquiriéndoles:

-Si alguno de vosotros vierais a un niño caer a un pozo, ¿lo dejaríais morir o lo sacaríais antes de que se ahogase?

Ambos se miraron pensando las palabras que acababa de decirles y respondieron al unísono:

-Lo salvaríamos.

-Eso es lo que voy a hacer con este hombre, salvarlo, aun siendo sábado. Por encima de la Ley está la caridad y este enfermo la necesita ahora mismo y no mañana. Si no lo curamos hoy, nunca tendrá un mañana.

Se acercó al hombre, que tendido sobre la mesa sufría las dolencias de su cuerpo, y levantando su camisa empezó a frotar con sus manos el vientre inflamado de aquella persona, que tumbado se sentía morir. Poco a poco, se fue relajando y el dolor físico le fue desapareciendo. Media hora después el enfermo, ya curado, y todos sus acompañantes dichosos e impresionados salían de la casa.

Al otro día, fuimos hacia la sinagoga con la intención de celebrar los actos sabáticos. Mucha gente acudió ese día a escucharle, por ello decidió celebrarlos en la calle, cosa que también le fue criticada y reprobada por un grupo de fariseos llegados desde diferentes lugares para oírle. Se mantuvo una corta pero profunda conversación con éstos y eso fue suficiente para que decidieran quedarse y participar de aquel acto religioso. La capacidad de persuasión que El Maestro tenía sobre quienes se acercaban a escucharle era grande y así nos lo venía confirmando, día tras día, a cuantos le acompañábamos en sus predicaciones.

Hacia la media mañana llegamos a la casa de Mariamne y recibimos la mala noticia de que Juan el Bautista había sido apresado por orden de Herodes Antipas y trasladado a la fortaleza de Maqueronte, en la población de Perca, al oeste del Mar

Muerto, donde fue encarcelado. Había sido acusado de levantar a las masas e incitarlas a la sedición contra las autoridades religiosas y por tanto de ir contra el orden establecido.

Pasamos unos días durísimos, sobre todo Él, que sufrió sobremanera por la situación de su primo y amigo. Se temía todo lo peor, incluso su muerte, por ello estuvo pendiente de quienes llegaban desde otras poblaciones, especialmente desde Jerusalén. Además, nos solicitó obtener la máxima información posible sobre la detención de Juan el Bautista.

Más tarde, me pidió que le acompañase a la playa, pues deseaba descansar paseando por la orilla del lago. Nos dirigimos hacia la misma por el recorrido más corto y allí esperamos a los restantes componentes del grupo para marchar a Cafarnaúm.

Nuestra llegada coincidió con la arribada a la orilla de Pedro con su barca. Venía desde Tiberiades para recoger unas redes y llevarlas a Cafarnaúm. Aprovechamos aquella circunstancia para partir con Pedro sin esperar a quienes le seguían. El Maestro se había marchado cuando llegó a la playa el resto de sus seguidores para embarcarse y poner rumbo hacia donde Él había salido con anterioridad, la ciudad escogida como centro estratégico y desde donde nos moveríamos para ir a predicar a las poblaciones cercanas del Mar de Galilea. Todos preguntaban por Él, porque debería haber estado allí esperándoles para salir juntos hacia aquella población. Ninguno de los presentes, ni los discípulos, ni los pescadores sabía que ya habíamos salido con Pedro y Mariamne. Tomaron unas barcas y se dirigieron hacia el noroeste del lago donde quedaron sorprendidos al vernos en la playa de Cafarnaúm. Aquello fue suficiente para que se volvieran a disparar los comentarios y se hiciera todo tipo

de especulaciones y conjeturas, que corrieron de boca en boca entre todos los pescadores. Todos se preguntaban cómo habían podido llegar hasta allí. Algunos llegaron a decir que se habían trasladado en espíritu e incluso dijeron que fue andando por la superficie de aquellas aguas.



CAPÍTULO XXVIII UN POZO DE VIDA

ESTABLECIMOS NUESTRA RESIDENCIA EN LA aldea de Cafarnaúm entre la casa de Pedro, la de su suegra y una pequeña almazara propiedad de ésta. Mariamne y El Maestro, quedaron en la vivienda de Pedro, el Cananeo y yo nos alojamos en la parte trasera del molino junto a la prensa de aceite y el resto de los discípulos se quedaron en la de su suegra, que era mucho más espaciosa y en ella sólo vivía aquella extraordinaria mujer.

La primera vez que Él entró en la casa de la suegra de Pedro fue a petición de éste, pues le había pedido que fuese a verla porque se sentía bastante enferma con unas fiebres muy altas. Estando junto a ella, pidió a todos que se retirasen de la habitación y la dejasen a solas con Mariamne y con Él. Ante una señal le llevé su morral. De él extrajo unas hierbas secas y bastante olorosas. Cuando yo salí quedaron solos los tres. Antes de una hora y ante los ojos atónitos de todos, la mujer se sentía bastante mejor y su fiebre había bajado de forma sorprendente. Tan restablecida se sintió que por la noche nos sirvió la comida

sin acordarse de su enfermedad. Incluso estuvo más dicharachera que en otras ocasiones.

Cafarnaúm, situada en una península rodeada de agua dulce y eminentemente pesquera fue escogida por El Maestro para extender su palabra entre sus sencillas gentes. Éstas realizaban su vida alrededor del lago comercializando gran cantidad de pescado fresco y en salazón y otros se dedicaban al cultivo de cereales, especialmente del trigo que se criaba en los extensos trigales que rodeaban a la población. Muchos de estos productos los vendían a los comerciantes llegados por la ruta de caravanas de Egipto a Damasco, que pasaba por aquel lugar y que era el punto donde se proveían de los productos necesarios para continuar el camino.

Contaba la ciudad con una sinagoga en estado ruinoso construida con grandes bloques de sillares de caliza, con asientos circundando las paredes del interior de los muros de piedra.

Casi todos los días que estuvimos en aquella ciudad, El Maestro llevó la palabra del Padre a cientos de personas que acudían a oír los mensajes de fe que les hacía llegar a sus corazones.

Quienes lo escuchaban, poniendo atención a sus mensajes profundos y claros, apreciaban gran diferencia entre lo que éste decía y la opinión del resto de los sacerdotes y escribas; por ello, siempre que podían lo seguían.

En una ocasión, acudió a una de sus predicaciones Mateo, el recaudador de los impuestos para los romanos. Durante la intervención del Maestro, aquél puso extremada atención a sus palabras, y al retirarse, un número importante de los asistentes le reprocharon haber asistido a aquel acto religioso siendo público. Ante la actitud de aquellas personas, Él les recriminó

diciéndoles que el Padre no lo había mandado para salvar únicamente a los íntegros y a los justos, sino también a los pecadores y arrepentidos. Diciéndoles eso acompañó a Mateo a la salida, y éste le agradeció esa acción. El Maestro volvió a hablarles a todos recordándoles la obligación que los judíos teníamos de abrir las puertas de nuestras sinagogas a quienes quisiesen entrar a ellas.

-Si alguien llega a pedirnos pan, sentémosle a nuestra mesa y démosle de comer, y si sólo tenemos comida para nosotros, compartámosla –nos recordó.

Dos días más tarde, caminando por la calle de la Luz, vio a Mateo en el despacho de recaudación de impuestos y acercándose le miró a los ojos y le pidió que dejase todo aquello que lo ataba al dinero y fuese con Él. Mateo le siguió. Vendió todos sus bienes y cuanto tenía lo entregó a los más necesitados. Aquella noche, Leví, como muchos conocían a Mateo, organizó un banquete en honor del Maestro en el que no faltó ni el cabrito condimentado con cebollas silvestres, azafrán y hierbabuena servido con una excelente mostaza, ni un riquísimo pescado en salmuera aromatizada con eneldo y alcaparras. La comida se terminó con un abundante calostro de cabras recién paridas, endulzado con miel de romero. A aquella comida asistieron muchos seguidores del que consideraban, El Mesías.

Desde Cafarnaúm visitaba las diferentes ciudades cercanas al Mar de Galilea: Corazaín, Betsaida, Corsia Hipos, Gergesa y otras. En algunas de ellas estuvimos varios días; en otras, semanas. Pero siempre volvíamos a nuestro asentamiento principal, la población de la que habíamos salido. Además de predicar, realizaba curaciones a enfermos que le llevaban desde

lugares cercanos a donde nos encontrábamos. Las mismas tuvieron mucha repercusión entre los habitantes de aquella zona: la curación de un sarnoso, la de un paralítico al que hizo poder desplazarse y la de un ciego al que le devolvió la vista.

Volvieron a llegarnos noticias de Jerusalén, en esta ocasión mucho más graves: nos anunciaban la muerte de Juan el Bautista. Aquel suceso fue un fuerte revés para todos.

Pasamos la noche orando junto al Maestro, acompañándole en su pena hasta bien entrada la mañana. Él tomó la decisión entonces de dejar Cafarnaúm y marchar hacia Jerusalén para celebrar allí la próxima fiesta de la Pascua –Pésaj. Juan el Bautista había sido muy crítico con quien gobernaba Galilea y Perea, Herodes Antipas y su segunda mujer Herodías, a consecuencia de su casamiento, considerado por todos como escandaloso. Éste había repudiado a su mujer y Herodías había abandonado a su esposo Herodes Filipo, hermano de Antipas. El Bautista fue quien denunció con más ímpetu aquella actitud y quizás por esa razón sufrió su persecución; primero, apresándole; a continuación, martirizándole; y más tarde, matándole.

En los planes que tenía Herodes Antipas no entraba el quitarle la vida, por temor a que muchos seguidores de Juan se organizaran y levantasen al pueblo contra el poder que ostentaba. Sin embargo entre la mujer de Herodes Antipas y su hija trazaron un plan para convencerle de que la vida de Juan el Bautista había que segarla.

Madre e hija tenían previsto ceder a los múltiples requerimientos que Herodes hacía a la joven Salomé, entre ellos, el de hacer el amor con ella. Una noche, tras la cena, Salomé bailó de forma provocativa e insinuante para Herodes Antipas y acercándose a él, lo besó y le ofreció su baile. Éste le devolvió un lascivo beso y

volvió a hacerle una nueva solicitud de amor que ella aceptó complacida a cambio de la cabeza del Bautista. De aquella forma, sin el menor juicio y sin dignidad alguna, Herodes Antipas mandó quitar la vida a quien tanto luchó por llevar a los demás la voz de Dios y hacer sentirse libres de pecado, a tantas personas a las que bautizó en las aguas del arroyo Wad-kharrar.

Unos días más tarde de aquel luctuoso y deplorable acontecimiento iniciábamos el viaje hacia Jerusalén. Se decidió tomar una ruta segura, la que atravesaba Samaria, porque era la más corta y nos resultaría más fácil de realizar. Antes de entrar en Samaria, paramos en Nazaret para pasar unos días con el joven Judas al que no veíamos desde hacía un tiempo así como a María y a mis padres. Allí se encontraban sus hermanos, Jacob y Judas, los cuales habían acudido a visitar a su madre, que se lamentaba de estar enferma desde hacía unos meses. En cuanto vio a su hijo entrar, su enfermedad pareció desaparecer.

Cuando marchábamos de Nazaret, sus hermanos le pidieron poder acompañarle a Jerusalén y de esa forma unirse a su causa. Aquella petición fue aceptada de buen agrado y para nosotros fue una gran noticia.

Desde allí, atravesando la llanura de Esdrelón llegamos a Genua donde hicimos una parada para comer. Cuando nos disponíamos a hacerlo se acercó un grupo de leprosos pidiéndonos comida. Él se acercó a ellos intentando reconfortarlos con su palabra y ofreciéndoles gran parte de la comida que llevábamos. Entre éstos se encontraba un adolescente con deformaciones en su cara y en sus brazos que aparentaba la misma edad que su hijo. Éste caminaba sostenido al brazo de una mujer que parecía sana. Ella le refirió que era la madre de aquel joven y

que había optado por acompañarle en su larga enfermedad y no abandonarlo a su destino, aun sabiendo que podría contagiarse de la enfermedad de su hijo. El Maestro la escuchaba con gran pena a la vez que estrechaba al muchacho contra su cuerpo exteriorizándole mucho amor. Antes de que se retirasen los fue lavando y curando a cada uno de ellos sus heridas ayudado por Mariamne.

Después de tomar parte del alimento que llevábamos y de descansar un poco continuamos el viaje. A partir de aquí iríamos adentrándonos en la zona montañosa a través de la subida de Gur. Llegamos a la cima y desde allí observamos la llanura de Dotan. Aquella noche la pasamos en la pequeña aldea de Sanar, en la casa de uno de los hombres del Cananeo.

Sin detenernos en ninguna otra población, conseguimos entrar en Samaria con la seguridad de que en aquella tierra no sería posible predicar. Los samaritanos, a quienes nosotros no considerábamos auténticos judíos de religión, no aceptarían oír la palabra del Maestro y harían todo lo posible para evitar su predicación en su territorio. Muchos de ellos eran descendientes de los antiguos colonos, llegados desde otras urbes hacía unos seiscientos cincuenta años. Ocuparon nuestras tierras y se mezclaron con la gente de nuestro pueblo que habían conseguido permanecer allí. De esa forma nació un nuevo pueblo, una población con una gran mezcolanza de creencias religiosas y un exacerbado odio a quienes no fuesen samaritanos. Ni tan siquiera reconocieron el templo de Jerusalén. Construyeron el suyo en el monte Garizín en Siquem, al que acudían en peregrinación a orar y a ofrecer sus sacrificios, porque tampoco aceptaban nuestros Libros Sagrados, a excepción del Pentateuco.

Llegando a la aldea de Sicar, entre los montes Ebal y Garizín, el cansancio hizo mella en todos y el calor sofocante nos impidió avanzar cuanto deseábamos, por ello el Cananeo decidió hacer un descanso y resguardarnos de aquel abrasador sol. Nos detuvimos junto a un pozo y bebimos el agua de la fuente que brotaba de sus profundidades. Después de saciar nuestra sed, nos retiramos. Unos fueron a descansar a un olivar cercano y otros se acercaron a la población en busca de comida. El Maestro quedó junto al brocal. Conocía aquel pozo y sabía que se trataba de la fuente que el Patriarca Jacob le regaló a su hijo José.

Hasta allí llegó una samaritana y sacó agua con una tina. Cuando se disponía a marchar le pidió agua para beber. Ella quedó sorprendida al ver lo que le solicitaba un judío y a la vez que llenaba su cántara, repitió por dos veces:

-¿Por qué entre los judíos y los samaritanos existe esta enemistad, que impide que puedan hablarse como nosotros lo hacemos? –le preguntó con tristeza la samaritana.

-Porque olvidan que el amor entre las personas está por encima de todo –respondió con serenidad El Maestro.

Ella le ofreció un jarro de aquella agua fresca que bebió con satisfacción.

-Yo te daré el agua de vida, porque quien bebe de ella nunca más tendrá sed –murmuró suavemente.

-Señor, yo quiero beber de ese agua.

Y bebió de aquel agua, que era su palabra, la palabra del Padre que Él iba derramando por las mentes de los que encontraba por los caminos. Habló con ella durante un buen rato y se encaminó a la población de Sicar con aquella mujer. Allí tuvo la posibilidad de llevarles la palabra a muchos de quienes se acercaron a escucharle, en su mayoría amigos y conocidos de la mujer del pozo,

como le gustaba llamarla. Ninguno creíamos lo que veíamos. Era inconcebible comprobar cómo El Maestro era seguido por los samaritanos, teniendo en cuenta la rivalidad no sólo nacionalista, sino racista que existía entre nuestros pueblos.

Los samaritanos le invitaron a que les acompañase a la cima del monte Garizín -Gerizim- donde antaño estuvo construido su templo. Aceptó la proposición y subió acompañado de gran gentío hasta la cima sagrada, donde estuvo orando sobre las ruinas existentes. No había ninguna duda: terminados los rezos y entonados los cánticos todos estaban entregados a su causa. Al bajar la ladera del monte, la samaritana le pidió seguirle. Él aceptó su proposición y se convirtió en una más del séquito que lo acompañaría hasta Jerusalén y que no lo abandonaría desde ese momento. Durante cinco días nos mantuvimos en esa ciudad y fueron muchas las personas que le siguieron a partir de entonces.

Hasta Sicar llegaron noticias de que tras la muerte del Bautista, muchos de sus seguidores decidieron salir en nuestra búsqueda. Juan les había dicho que si le detuvieran, como se esperaba, se unieran lo antes posible al Maestro. La mayoría de aquellos hombres ya lo conocían en persona y, al igual que hicieron Andrés y Felipe, quisieron secundarle. Ahora eran ellos quienes deseaban hacerlo, al sentirse sin dirigente. El Bautista se consideró el adelantado del Maestro, quien le abrió el camino para que Él continuara. Siempre se había considerado su adelantado y les había pedido a los suyos que le siguieran.

Se decidió dar por finalizada nuestra estancia en Sicar y muchos vecinos salieron a despedirle expresándole muestras de afecto. Desde allí nos dirigimos, dejándonos atrás la aldea de Lesona, hacia la población de Silo donde decidimos parar para

orar ante el altar del santuario donde estuvo colocada el Arca que Yahvé entregó a Moisés y que fue custodiada por la anfictionía²¹ de los Jueces.

Después de pasar la noche en Silo, salimos hacia Efraín donde recabaríamos información de lo que sucedía en Jerusalén.

21 Confederación religiosa de las tribus de Israel.



CAPÍTULO XXIX NACIMIENTO DE UN MESÍAS

ANTES DE LLEGAR A EFRAÍN, A TAN SÓLO veinticinco kilómetros de Jerusalén, conocimos, por parte de los componentes de una caravana que se dirigía a Samaria, el rumor de que se buscaba al Galileo²² para hacerlo prisionero. Aquella noticia, que nunca hubiésemos deseado conocer, aunque sí la esperábamos, nos hizo cambiar todos nuestros planes. En vez de entrar directamente en Efraín decidimos quedarnos en la montaña para pasar allí un tiempo prudencial, hasta conocer la realidad de los rumores difundidos.

Sabíamos que aquellos montes reunían las condiciones óptimas para escondernos, como las tuvieron antaño cuando se ocultaron en ellas los habirú²³. Movernos por los senderos y vericuetos que atravesábamos, no fue tarea fácil ni tampoco lo era vivir en aquella montaña, por ello a los siete días de estar allí se decidió que el Cananeo y yo bajásemos y fuésemos a conocer de primera mano la veracidad o no de las intenciones que existían en Jerusa-

²² Para los romanos y los miembros del Sanedrín Jesús era conocido como El Galileo.

²³ A los antiguos hebreos se les conocían como habirú.

lén de detener al Maestro. Nos dirigimos a Betania, a la casa de Lázaro y Marta. Sabíamos que allí encontraríamos la información necesaria que habíamos ido a buscar.

La llegada a esta población no pudo ser más triste. Al entrar en la casa un grupo de personas nos transmitió la amarga y dura noticia de que Lázaro estaba muy enfermo y que todos esperaban la llegada de su muerte. Dentro, junto a Marta, estaban José de Arimatea y Nicodemo, que habían acudido desde Jerusalén a acompañarla en cuanto se enteraron de la gravedad en la que se encontraba Lázaro.

Al vernos, Marta se apartó del grupo y vino a abrazarnos entre llantos. Nos preguntó primero por El Maestro y quiso saber si venía con nosotros sin darnos tiempo a preguntarle por el estado de su hermano. Nuestra respuesta negativa le dejó mucho más desconsolada.

-Si al menos El Maestro estuviera aquí, todo sería más fácil; pero pensándolo bien es mejor que no haya venido con vosotros –nos expresó afligida y descorazonada.

-¿Por qué? –se interesó el Cananeo.

Marta, con mucha más amargura que la derrochada a nuestra llegada, nos habló de la existencia de una orden de detención contra El Maestro, por ello temían lo peor. José de Arimatea se acercó y vino a corroborar lo que acababa de decirnos Marta. Según él, la mayor parte de los miembros del Sinedrín, encabezados por Caifás, en total connivencia con el poder romano y con los sectores económicos más poderosos, se sentían molestos con el nacimiento, según ellos, de una nueva figura mesiánica, que se autoproclamaba, por donde iba, liberador religioso del pueblo judío y portador de una nueva

verdad que anunciaba el reino de Dios.

Decían también, que si Él se hacía llamar El Mesías enviado, los zelotes, los verdaderos enemigos del pueblo, venían considerándole el libertador político de los judíos desde su nacimiento.

Era cierto que para ellos El Maestro podría encabezar un movimiento político-religioso que acabase con los dominadores, el que podría congregarse en torno suyo a todos los judíos y convertirse en su rey.

Por conocer muy bien la forma de pensar que teníamos muchos judíos, Caifás convocó al Sanedrín para tomar las medidas necesarias que contrarrestaran los comentarios extendidos.

Reunido el mismo, el sumo sacerdote les hizo ver que si El Galileo lograba movilizar a las masas contra el poder romano, éstas atacarían Jerusalén sin piedad. Por ello, tenían el deber de decidir entre hacerle callar, costase lo que costase, o permitir la destrucción de la ciudad y del Templo por parte del ejército al servicio de Roma. Según Caifás había suficientes razones políticas, más que religiosas, para acabar con el peligro de que Él continuara predicando a tantos y tantos judíos que a diario acudían a oír su palabra y lo seguían después de escucharlo.

No cabía la menor duda de que las críticas iban debilitando tanto al poder político de los saduceos como al poder religioso de los fariseos, un grupo exasperadamente ferviente, que habían preferido la perfección religiosa como camino para la salvación y con un poder social enorme que no estaba dispuesto a perderlo en beneficio del Galileo. Ante aquella disyuntiva, la mayoría de los asistentes a la reunión del Sanedrín optaron por apoyar los razonamientos de Caifás, respaldado por su suegro Anás.

Otros asistentes al Sanedrín, entre ellos José de Arimatea y el

grupo que le seguía, se opusieron a respaldar la proposición de Caifás, y quisieron mostrar su malestar levantándose y abandonando la sala donde se reunían los miembros de aquella alta institución, por la injusticia y el desafuero que se perpetraba. Aquella acción emprendida por José de Arimatea y los suyos fue acompañada de las protestas de muchos seguidores de Caifás y Anás.

Nuestro temor se había hecho realidad. Cuanto antes debíamos salir de Betania para hacerle llegar al Maestro la confirmación de la información que fuimos a buscar, al tiempo que haríamos llegar la desafortunada novedad de la grave enfermedad de su amigo Lázaro. Pedimos a Marta ver a su hermano antes de partir hacia las montañas. Nos llevó al lecho donde moría el enfermo. Mis manos tomaron las de Lázaro sin pensar que podría reconocerme. Al sentir mi mano estrechando la suya abrió sus ojos y me agradeció la visita con una casi imperceptible sonrisa. Sus labios se entreabrieron con lentitud balbuceando algo ininteligible. Era el mismo movimiento de labios el que repetía una y otra vez. Marta, totalmente afligida, nos dijo que no dejaba de pronunciar el nombre de Jesús. Al oír ese nombre pronunciado por Marta, Lázaro movió levemente sus ojos.

-¿Quieres decir El Maestro? –le preguntó el Cananeo acercando su cara a la suya.

Y de nuevo nos confirmó con sus gestos que era por Él por quien nos preguntaba.

-¿Quieres verlo? –le matizó Marta.

Con un imperceptible movimiento de cabeza nos confirmaba sus deseos de despedirse del Maestro. Lázaro siempre había dicho que El Maestro era el mejor de todos los hombres

que había conocido. Lo dejamos con el nombre de Jesús en sus labios y nos despedimos de Marta iniciando el camino de retorno, no sin antes haber echado las provisiones necesarias para los compañeros que nos esperaban en las montañas y que estaban faltos de ellas.

Nuestra llegada era esperada por todos. Quizás el que menos preocupación mostró fue Él y quien más, sin duda alguna, Marianne, que salió con prontitud a preguntarnos por las noticias obtenidas. Nos sentamos todos alrededor del Maestro y empecé a exponerles toda la información recabada y que nos proporcionaron Marta y José de Arimatea. Seguidamente le transmitimos además las paupérrimas condiciones en las que habíamos visto a Lázaro en el lecho de muerte, así como sus últimas palabras. Explicábamos lo ocurrido en Betania y Él permanecía en silencio, un silencio asfixiante, demoledor, capaz de rompernos el alma a todos.

Marianne se le acercó por detrás y tomando su cabeza acarició una y otra vez sus cabellos y los iba enredando entre sus dedos. Fue el momento que Él aprovechó para decirle que pronto saldrían para Betania: deseaba ver a Lázaro cuanto antes.

-Cuando tú quieras. Estamos preparados para salir en cualquier momento -le contestó ella.

Simón el Cananeo le manifestó la inoportunidad de dejar aquellas montañas. Con igual opinión participaba Pedro, que añadió que bajar era enfrentarse con el peligro.

-He de hacer lo que debo hacer. Las cosas del Padre no deben esperar, el que se encuentre junto a mí, estará siempre cerca del fuego, pero ese fuego le acercará al Reino que todos ansiamos alcanzar.

Todos entendimos lo que quiso decirnos. Mariamne no dejaba de mirarle y de sujetar su mano entre las suyas como muestra de apoyo y de amor. Le convencimos de lo necesario que sería evitar en lo posible llegar a Jerusalén por el camino que nos habíamos marcado desde Efraín. Iríamos, aunque diésemos un gran rodeo, hasta Jericó y desde allí a Betania, donde veríamos a Lázaro y decidiríamos si entrábamos en Jerusalén a celebrar la fiesta de Pascua.

Tras recorrer un camino dificultoso, realizamos una parada en la casa de nuestro buen amigo esenio Adonía, donde pasamos la noche.

Al igual que años atrás, nos recibió con el mismo agrado que entonces y como lo hacía con quienes llegaban a su caserón. Con sana alegría y entrega nos proporcionó la comida suficiente para satisfacer nuestras necesidades, aun cuando éramos muchos los seguidores del Maestro. Aquella noche nos comunicó a todos los presentes su firme propósito de ir a Jerusalén a celebrar la fiesta de Pascua.

Llegada la mañana, desde muy temprano, la casa de Adonía la rodearon un gran número de discípulos del Bautista. Unos habían acudido porque querían seguir al Maestro, tal como Juan se lo había indicado, y otros autodenominados ebionitas, los pobres, prefirieron no seguirle y continuar su marcha unos hacia Decápolis y otros a Jerusalén. También llegó hasta aquella casa un pequeño grupo de esenios encabezados por el Maestro de Justicia Amok, que deseaban dejar, al menos por un tiempo, el Monasterio, para formar parte de la comitiva del Maestro que lo acompañaría a Jerusalén.

Al enterarse de la presencia de aquella gente en la calle salió

a recibirles. Ambos colectivos le pidieron poder seguirle para ayudarlo a extender su mensaje. El Maestro les habló con la fuerza percibida al saberse acompañado con fe y con total entrega, como lo hacían aquellas personas. Su predicación llenó a aquellos hombres sinceros y buenos de fuego, de brasa ardiente capaz de quemar cualquier tipo de tibieza. Cerró sus palabras con un significativo mensaje cargado de su verdad y de esperanza.

-Sí, seguidme, porque mi yugo nunca os hará sentir os oprimidos, a través de mí conseguiréis la tranquilidad y el sosiego para vosotros mismos.

Todos decidieron acompañarle. El propio Amok caminaba a su izquierda y Mariamne a su derecha. Los tres entraron en Jericó y se dirigieron paseando a la sinagoga, de la que tan gratos recuerdos guardaban en sus almas desde el tiempo que estuvieron en el Monasterio. En ella se hallaba reunido un nutrido grupo de personas para oírle.

Tras un corto descanso, volvimos a iniciar la marcha. Muchos le acompañaron hasta la salida de la ciudad. Fue entonces cuando un hombre, al que le faltaba la vista, le gritó con todas sus fuerzas, llamando su atención, para que se volviese y se acercara hasta él. Como podía, a duras penas, el ciego intentaba llegar hasta quien creía que podría curarle, pero le resultaba difícil, por ello no dejaba de llamarle con toda la fuerza de su garganta.

-¡Maestro! ¡Maestro! -repetía una y otra vez aquel hombre.

Al no desistir en su intento consiguió que Él le oyera y se volviese hacia el lugar de donde venía aquella voz desgarradora. Retrocedió hasta llegar a él, tomó sus manos y aquella persona se aferró a la suya con todas sus fuerzas y fe, pidiéndole curación.

-Tu fe es la que puede salvarte.

-Señor, con fe y contigo que lo puedes todo. Sin ti no podré curarme. Señor, quiero que me devuelvas la vista, quiero seguirte y no puedo hacerlo -le argumentó Bartimeo, que así se llamaba aquel hombre.

En presencia de sus seguidores puso una de sus manos en su cabeza y la otra la llevó a sus ojos administrándole un ungüento que sacó del morral que llevaba a su hombro. Tanta fue la fe derrochada en un instante por aquel hombre que empezó a ver ante el asombro de todos.

-Tu fe y los deseos tan fuertes que tenías de curarte te han devuelto la vista, no yo, como estás pensando.

Después de aquel milagro, como denominaron los presentes, proseguimos nuestra marcha hacia Betania por el camino de los Ladrones. Muchos de los presentes, decidieron dejar todo y seguirle hasta Jerusalén. Pero algo importante aconteció antes de llegar. El encuentro del Maestro con Lázaro trajo consecuencias tan graves, que hicieron que su entrada en Jerusalén produjese una feroz reacción de Caifás y del Sanedrín.

CAPÍTULO XXX RETORNO DE LA MUERTE

NUESTRA ENTRADA EN LA CASA DE MARTA FUE celebrada por todos, porque nos esperaban con impaciencia. Desde hacía tres días, Lázaro había entrado en un estado de coma profundo. El Maestro entró y fue a buscar a Marta, ésta al verle se levantó y fue a abrazarle exponiéndole la grave situación en la que se encontraba Lázaro. Ella estaba convencida de que si El Maestro hubiese llegado antes, su hermano no estaría en la situación de muerte en la que se encontraba.

-No pierdas la esperanza, porque tu hermano pronto sanará y volverá a la vida. -Así le hablaba mientras sus manos acariciaba sus cabellos.

Nos pidió a todos que le dejásemos a solas con Lázaro y nos solicitó el mayor de los silencios, por lo que decidimos dejar la casa y salir fuera. Con Él quedaron ayudándole Marta y Marianne. Debieron de estar en la habitación del enfermo algo menos de tres horas. Todos esperábamos, con impaciencia y en un mutismo total, la salida de alguno de los de dentro para conocer cuanto ocurría. Andrés y Santiago no dejaban de suplicar al Padre por el pronto restablecimiento de nuestro amigo.

La primera en salir de la casa fue Marta, llena de felicidad y contenta. Al verla así, la esperanza volvió de nuevo a todos los presentes y pensamos que todo iba bien. Detrás de ella caminaba Él y Mariamne, no menos felices. El Maestro nos comunicó que pronto se recuperaría, que lo había dejado dormir durante unas horas, tiempo suficiente para restablecerse y poder volver con nosotros. Lázaro descansó unas cinco horas, tras las cuales mejoró muchísimo y se levantó para asistir a la comida que Marta había preparado para festejar su recuperación.

A aquel banquete asistieron los seguidores del Maestro que le acompañaban; también lo hicieron muchos de los amigos de Lázaro, así como un numeroso grupo de vecinos de Betania que acudieron al enterarse de su recuperación y se unieron a aquella celebración y a la alegría que se derrochaba aquella noche.

Corrió como el viento la noticia de la vuelta a la vida de Lázaro y en muy poco tiempo se conoció en todo el territorio judío, y por ende en Jerusalén. Cada cual contaba la versión que más le agradaba, pero la que arraigó por encima de todas fue la de su resurrección por parte del Maestro. Mientras lo curaban sólo estuvieron con el moribundo, El Maestro, Mariamne y Marta y nunca comentaron nada de lo ocurrido en aquella habitación, ni de lo hablado en la misma. Los demás estuvimos fuera de ella, por lo tanto, nunca supimos qué se dijo dentro, todo fueron suposiciones más o menos acertadas.

Cuando los miembros del Sanedrín tuvieron noticia del nuevo acontecimiento, se dieron cuenta de la gravedad de lo ocurrido y el calado que aquel hecho había tenido entre la gente. Les resultaba muy duro de aceptar eso.

La vuelta a la vida de Lázaro los colocaba en una situación embarazosa. Si los judíos llegaban a creer aquello -para Caifás y los suyos supercherías- serían legiones de personas las que le seguirían. Al igual que se había hecho con Juan El Bautista, otro iluminado según el sumo sacerdote, debería hacerse con El Galileo. Se le dejaría entrar en Jerusalén y en el momento propicio se le detendría, juzgaría y ajusticiaría. Casi todos los miembros del Sanedrín pensaban de la misma forma.

Estuvimos varios días en Betania, haciendo los preparativos para marchar a Jerusalén. Crecía la preocupación por la situación que se estaba tejiendo a nuestro alrededor. Quienes lo acompañábamos éramos conscientes de ello. Pero Él, aun intuyendo cuanto le iba a acontecer, estaba decidido a ir. Le estuve hablando sobre nuestra marcha, de las muchas posibilidades que tenía de ser detenido y de perder la vida. Él escuchaba pensativo y en silencio cuanto le decía.

-Lo que tenga que ser será, estoy dispuesto para todo -expresó totalmente convencido de lo que decía.

-¿Pero crees que merece la pena realizar tanto sacrificio? -le inquirí enojado.

-Si el Padre lo quiere así, es que merece la pena la entrega.

También Mariamne le habló de ello, como de igual forma lo hizo el Maestro de Justicia Amok, el cual abiertamente se había convertido en uno de sus seguidores más activos. El Maestro tenía decidido entrar en Jerusalén fuese como fuese, lo que debía hacer una vez dentro de ella e incluso estaba preparado para que la profecía se hiciese realidad. Cualquier opinión al respecto gozaba de poco valor, si no era la que Él quería oír. De-seaba que hiciésemos nuestro su pensamiento y llegásemos a

comprender y entender su actitud ante aquellas circunstancias.

Había mantenido charlas con cada uno de nosotros por separado, pero quiso tener otra conjuntamente con los tres a solas antes de nuestra salida hacia Jerusalén. Caminamos desde la casa de Lázaro hasta un prado a las afueras de la población. Llegado a él nos sentamos en el suelo y dialogamos sin prisa durante largo tiempo sin ser molestados por nadie. Intuíamos que iba a revelarnos algo muy importante, muy especial y distinto a todo cuanto se hablaba en grupo para que nosotros fuésemos los primeros en conocer. Durante más de una hora nos relató su pensamiento sobre lo que iba a suceder y cómo deberíamos actuar con respecto a ello. Me daba cuenta, conforme iba hablando, de cómo su verdad, se le veía reflejada en sus ojos y lo llevaba a defender con fuertes razonamientos cuantos argumentos nos transmitía con absoluta rotundidad.

Aquel día tenía la certeza de haber sido enviado por el Padre para salvar a los hombres con su nuevo mensaje de vida, y era su firme decisión hacerlo realidad hasta las últimas consecuencias. Las profecías que los profetas habían anunciado y que se transmitían a todos sonaban una y otra vez en los oídos del Maestro. Si a Él le habían escogido, como decían todos, para realizar los designios del Padre, nunca se opondría, ni haría nada en contra de los mismos, más bien todo lo contrario, estaría dispuesto a llevarlos a cabo.

Todo se llevaría tal como anunciaban las profecías, desde la entrada en Jerusalén en su borriquilla Blanquilla, como vaticinó el profeta Zacarías, hasta la forma de llevarse a cabo su entrega a los soldados al servicio de Roma, así como su muerte. En mi mente se iban agolpando preguntas y preguntas, cuyas respuestas no deseaba conocer. Me aterrorizaba tener

acceso al futuro, pero no sabía cómo planteárselas. No quería enfrentarme a una realidad que sabía que iba a acontecer y que nos había expuesto con suma naturalidad aquel día.

-Uno de vosotros debe entregarme. Es inexcusable que así sea -nos expuso con suma naturalidad. Y prosiguió insistiendo: para que los designios del Padre se hagan realidad, es necesario que el sacrificio sea consumado.

Mariamne y yo nos miramos recordando la conversación mantenida con Él en Emaús: "Si en alguna ocasión os pido que me entreguéis, hacedlo". Si aquella noche no entendimos lo que nos decía, en esos momentos lo comprendimos. Pero hacer aquello que nos pedía era muy duro de llevarlo a cabo. ¿Quién le iba a entregar? -me preguntaba para mis adentros, pero no hallaba contestación.

-Nadie cumplirá tu petición -murmuré.

-Habla por ti y no por los demás -Amok me contestó exasperado.

-¿Tú lo entregarías?

-Yo lo entregaré si Él me lo pide. Él sabe mejor que nadie lo que debe hacerse.

-Tú lo has dicho, amigo amado, te lo pido porque es preciso hacerlo. Tú serás quien me entregue -le anunció abrazándole. Pero no me entregarás como Amok, sino que lo harás como Judas Iscariote, tu antiguo nombre de lucha como zelote antes de entrar a formar parte de los esenios. No quiero que el Maestro de Justicia sea conocido como la persona que me entregó a los romanos.

Ella callaba, escuchando muy atenta y desconcertada aquella conversación.

-Tú, Mariamne, el día en que yo falte, y no esté entre vosotros

capitanearás la barca de mi Padre. Sé que no será fácil llevarla a buen puerto, más bien todo lo contrario, pero estoy convencido de que lo intentarás y lo conseguirás con la ayuda de Amok y Simón Pedro, de todos conocido como el mejor patrón.

-Y tú Mat-Yah, mi hermano del alma, mi amigo inquebrantable y hasta mi padre en múltiples ocasiones, tú que me cuidaste siempre, y nunca me abandonaste ni demostraste el menor atisbo de celos, tendrás que transmitir a todos si lo crees necesario cuanto has visto y vivido junto a mí.

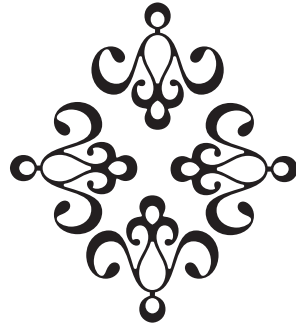
Seguimos hablando durante largo tiempo, mientras el sol emprendía el regreso hacia su ocaso y la noche empezaba a llegar. Ya era hora de volver a casa, por lo que decidió regresar cuanto antes. Aquella noche, durante la cena, no se comentó nada de cuanto habíamos hablado. Sí lo hicimos, de la inminente salida hacia Jerusalén, que no gustaba a algunos de sus seguidores, pues en aquel viaje veían un serio peligro para su integridad.

Simón el Cananeo expuso la necesidad de organizar la marcha de la forma más discreta posible, al menos hasta conseguir entrar en Jerusalén, donde el arropamiento de la gente nos proporcionaría una mayor seguridad durante el tiempo que estuviésemos en ella. En realidad todos sabíamos que aquello se quedaría en un deseo, porque la información recibida era que el Sanedrín esperaba su llegada para detenerle.

Mariamne, colocada detrás del Maestro, nos oía y masajeaba con delicadeza sus hombros, con movimientos suaves, frotando sus brazos y pies con un ungüento oloroso. También

echaba en sus cabellos un agradable perfume.

Una vez que estuvieron ultimados todos los detalles del viaje con la máxima precisión, fuimos dejando aquel aposento y nos marchamos a descansar. Aquella noche fue la más larga de mi vida. El día no llegaba nunca, ni deseaba que llegase. Todo mi cuerpo estuvo envuelto de fundados temores y una pregunta atormentaba mi mente: ¿Qué ocurrirá mañana?



La Janukiya del Maestro de la Verdad

339

Cuarta Parte



DEL FERVOR A LA LOCURA





CAPÍTULO XXXI LA CENA

TAL COMO SE HABÍA DECIDIDO Y COMO HABÍA sido anunciado por el profeta Zacarías, El Maestro entró en Jerusalén como un libertador subido sobre un asno –la cabalgadura de David- acompañado por un grupo de seguidores. La comitiva la abría Simón el Cananeo con dos de sus hombres vigilando todos los movimientos de quienes se acercaban al Maestro y de aquellos que presenciaban nuestro paso, seguida de otros dos que lo flanqueaban y un quinto cerrando la marcha. Detrás caminaba Mariamne y, a ambos lados de ella, Judas Iscariote y yo. Los demás, discípulos y seguidores formaban un grueso grupo que envolvía el cortejo.

La entrada de la comitiva se hizo por la Puerta del Muladar y desde ella subimos por una de sus empinadas calles. A la altura del estanque de Siloam un joven esperaba nuestro paso desde unas horas antes. Al llegar hasta donde él estaba, se abrió paso y llegó al Maestro indicándole con gestos que lo curase porque no podía hablar. Al darse cuenta de la presencia del joven, bajó del asno y, acercándose a la pileta, tomó un poco de agua y barro de la parte baja del abrevadero por donde salía

un pequeño chorrillo de agua y aproximándose a él la untó sobre sus labios y le estuvo hablando. No habría transcurrido mucho tiempo, cuando aquel hombre gritaba anunciándonos a todos que podía hablar.

La felicidad le había vuelto y quedaba reflejada en su cara. No dejaba de besar las manos del Maestro sin dejar de gritar una y otra vez:

-¡Hablo! ¡Estoy hablando!

Y aquel hombre, con grandes esfuerzos, se incorporó al cortejo y lo siguió.

Volvió a subir a la borriquilla y continuó la marcha. Al paso de la comitiva salían muchos vecinos curiosos, deseosos de verle de cerca. Quienes más se arremolinaban alrededor de Él eran grupos de niños que lo vitoreaban, saludándole como lo hacían los mayores. La mayoría de la gente le llamaba Hijo de David, Mesías e Hijo del Padre, pero sobre todo le gritaban Rey de los judíos. Numerosos tullidos y enfermos habían acudido a Jerusalén desde diferentes lugares, porque deseaban acercarse para tocarle y sentir sus manos sobre sus cuerpos, pues creían con fe ciega, que si llegaban hasta Él se curarían de sus padecimientos. Este recibimiento contó con muchísima más gente de la esperada. Considerábamos una contrariedad aquella masiva presencia de personas recibéndolo, porque eso irritaría y crisparía aún más a los miembros del Sanedrín, que no cejarían en buscar la oportunidad para detenerlo antes de que el seguimiento de los judíos fuese a más.

Acompañados por la multitud nos dirigimos hacia el Templo, donde deseaba orar con sus discípulos. Durante el trayecto marcado no fuimos molestados lo más mínimo por ningún sol-

dado al servicio de los romanos. Era normal que actuaran de aquella forma, porque de haberlo hecho de otra manera se habrían tenido que enfrentar a un gran número de personas seguidoras del Maestro.

Al llegar al Templo muchos vendedores, sobre todo los de animales destinados al sacrificio y los que vendían productos del campo, dejaron sus tenderetes para aproximarse al hombre que llegaba montado sobre la pollina. También los de otras mercancías abandonaron sus puestos para unirse al clamor de la gente que acudió y daba alabanzas al Mesías.

-¡Nosotros, humildes comerciantes, creemos en ti! –le gritaban con toda la fuerza de sus gargantas y Él les decía:

-El que cree en mí, cree en el Padre. Yo no hablo por mí. Él me guía a donde debo ir y lo que debo hacer.

De entre aquella multitud salió la voz de un fanático fariseo que vociferó con todas sus fuerzas:

-¡Blasfemo, eres un blasfemo! ¿Cómo puedes decir eso que dices en nombre del Padre?

Entre agasajos, saludos afectivos y algún que otro insulto entramos al Templo y allí estuvimos el tiempo suficiente para orar. Él quiso aprovechar aquella ocasión en que estábamos reunidos todos sus discípulos y gran número de seguidores, para prepararnos para los acontecimientos que iban a suceder.

Al salir y después de haber caminado unos cincuenta metros coincidimos con un grupo de hombres enfurecidos que acorralaban a una mujer insultándole con frases hirientes y vejatorias. Al acercarnos a ellos nos ofrecieron piedras para arrojarlas contra la pobre mujer. Mariamne no pudo soportarlo y separándose del Maestro, franqueó la barrera formada por

aquellos hombres y se dirigió hacia ella, la abrazó y desafiando a los presentes les dijo que no iba a permitir aquella lapidación. El Maestro, tras seguirla, se colocó entre ambas mujeres y el corro de hombres encolerizados, y les preguntó las razones para apedrearla. El más exaltado de todos, con una agresividad fuera de lo común, le expresó que aquella mujer era una adúltera y debía ser castigada según la Ley de Moisés. El Maestro le pidió a Mariamne que se apartase del lado de la desdichada y propuso a los pecadores presentes que se colocasen junto a aquella mujer para ser lapidados con ella por los que no hubiesen cometido pecados.

Al oír esto, aquellos hombres agacharon sus cabezas y avergonzados abandonaron la plaza dejando allí a la mujer, que siguió al Maestro cuando éste inició de nuevo su camino.

A través de los anchos escalones de piedra de la escalera de los Macabeos bajamos para atravesar el valle del Cedrón, que separa Jerusalén del Monte de los Olivos y nos dirigimos hacia la parte meridional del monte Sión, en busca del Cenáculo, local propiedad de Nicodemo, en donde se celebraban banquetes en determinados momentos festivos. Éste había querido celebrar la cena Pascual, porque deseaba acompañar al Maestro al saberle perseguido; quería, de alguna forma, demostrar al Sanedrín no tener miedo. A la cena, que celebramos el Miércoles de Pascua, se unieron, además de sus discípulos, sus más íntimos seguidores. Pocas personas, porque sólo deseaba compartir aquellos momentos con los más íntimos, los más cercanos a Él. Al término de la misma, nos explicó a todos cuanto presagiaba, aunque con anterioridad nos lo había transmitido a Mariamne, a Amok y a mí. Tras sus comentarios, causó mucha extrañeza el hecho de que uno de nosotros debía entre-

garlo a los soldados al servicio de Roma. Sus explicaciones eran difíciles de entender. Se miraban unos a otros intentando descubrir en su mirada al delator.

-Si alguien piensa que entre nosotros hay un traidor, que deje de hacerlo. No juzguéis una acción no tomada ni deseada por quien tiene que ejecutarla –se dirigió a todos en tono enérgico.

Quiero que Amok, mi buen amigo y querido Amok, desde hoy y hasta los fines de los siglos, Judas Iscariote, se sienta a mi lado como prueba de reconocimiento y afecto –y añadió – Os pido que compartamos con amor este trozo de pan como hemos hecho en diversas ocasiones.

Tomando un gran pan fue fragmentándolo en trozos y los entregó a todos los que estábamos en aquella larga mesa. Tanto Mariamne como Judas Iscariote le ayudaron a repartir las porciones partidas. Una vez distribuidos tomó una barrica y fue llenando con buen vino las pequeñas jarras que cada uno de los asistentes tenía ante sí, a la vez que nos decía:

-Comamos este pan, bebamos este vino y demos gracias al Padre por permitirnos recibir lo que es parte de Él.

La cena transcurrió con sumo recogimiento y gran preocupación, como si todos esperasen de un momento a otro lo que El Maestro les había anunciado que iba a acontecer. Todos procuraban sentirse lo más cerca de Él intentando transmitirle mucha fuerza, la fuerza de todos, la que sabíamos que no le iba a faltar.

Aquella noche, casi terminando la cena, utilizando un símil para todos entendible, anunció que cuando Él faltara, Pedro tomaría el timón de aquel barco y Mariamne comandaría aquella tripulación de la que todos iban a formar parte. Observé a Simón Pedro y percibí cómo aquella proposición hecha por El

Maestro no le había agradado. Que una mujer dirigiera aquel grupo no entraba en los planteamientos que Pedro debió de haberse hecho. No entendía cómo ella iba a estar al frente de aquel grupo mayoritariamente de hombres.

Minutos más tarde Él se levantó de la mesa y se dirigió hacia una piletta situada en un rincón del cenáculo y tomando una silla nos pidió que nos fuésemos acercando hasta donde estaba.

Me desconcerté mucho al ver que iba a lavarnos los pies puesto que nunca un señor lavó los pies a su siervo. Tampoco entendí por qué esto se iba a hacer después de la cena cuando la costumbre era hacerlo antes de ella.

Uno a uno de nosotros fuimos llegando hasta Él, nos sentábamos a su lado y nos quitaba las sandalias, a la vez que nos lavaba los pies y nos los secaba. De todos los presentes sólo Simón Pedro se negó a que se los lavase pues sintió verdadero aturdimiento ante aquel hecho.

-Señor, no soy merecedor de que tú me laves los pies –le inquirió mostrando su contrariedad.

-Lo que hago en estos momentos lo comprenderás cuando yo no esté entre vosotros –le expresó ante las miradas atentas de los demás, que, aunque tampoco le entendían, callaban.

Y continuó hablándonos:

-Si yo, al que todos llamáis El Enviado, os lavo los pies, también vosotros debéis hacerlo con los humildes, porque quien sirve a sus hermanos está sirviendo al Padre. Venturosos seréis si hacéis esto en su nombre y venturosos, si os amáis los unos a los otros.

-Éste será el mensaje que os dejo, para que lo hagáis llegar a todos los hombres, porque si decís que El Padre me envió, yo también os enviaré a vosotros. Si me queréis, guardaréis sus reglas, porque quien las preserve será el que me ame.

Terminado el lavado de pies a cada uno de los presentes, El Maestro, más ceremonioso que en otras ocasiones, con la mirada hacia lo alto, se dirigió al Padre diciéndole:

-Ha llegado mi hora, estoy preparado para ir contigo. Señor glorifica a quien te habla, para que yo, tu hijo, te glorifique a ti.

-¿Adónde irás, Maestro? –Muchos desearon hacerle esa pregunta, pero fue Simón quien se la realizó.

-Voy a encontrarme con quien decís que me ha enviado, pero tened la seguridad de que pronto os reuniréis conmigo y con el Padre, que os dará la gloria que todos habéis ganado.

-¿Qué camino debemos tomar para compartir tu rumbo? – le preguntó Tomás, El Mellizo.

-Tomás, siempre el de la verdad y el de la vida. Ése es el camino que debéis seguir.

Dirigiéndose a Iscariote le recordó que a él también le había llegado la hora. Al decirle esto ambos se fundieron en un fuerte abrazo. Los ojos de Judas se llenaron de lágrimas al abandonar el Cenáculo, acompañado por El Maestro, hasta la puerta.

Poco más tarde Él salió para buscar el silencio preciso en el huerto de Getsemaní o huerto del Molino de Aceite como también se le conocía. Una vez allí, casi todos se acomodaron como pudieron para descansar y dormir un poco. El Cananeo, Pedro, Nuriel, Juan el de Betsaida y yo encendimos una pequeña hoguera y nos colocamos alrededor para calentarnos. El frío hacía acto de presencia a esa hora de la noche. El Maestro y Mariamne, cogidos de la mano, se retiraron unos cincuenta metros, donde se arrojaron en actitud de oración. Desde donde nos encontrábamos los veíamos bien y no apartábamos la vista de ellos. Al menos quienes estábamos allí, ante aquella hoguera, éramos conscientes del inminente peligro que corríamos esa noche y entre nosotros

lamentábamos que no pudiésemos convencerle de que desistiera de hacer aquel viaje a Jerusalén para celebrar la Pascua. Quizás, si nos hubiera escuchado, hoy podríamos estar en otra zona, lejos de la amenaza que estábamos sufriendo.

La noche transcurría con una lentitud angustiosa, inquietante, rayando en la exasperación. Nuestra impotencia se iba haciendo patente conforme el tiempo avanzaba, sin poder hacer nada por nuestra parte ante aquella situación. Quien mayor serenidad demostraba aquel día era mi maestro Nuriel, que curtido en la lucha clandestina siempre había visto la muerte muy cerca de su gente. Él no dejaba de hablar, intentando tranquilizarnos, de forma especial a Simón Pedro que mostraba un gran nerviosismo y era incapaz de controlar sus impulsos. La noche continuaba con su pasmosa agonía ante la pequeña hoguera y seguíamos sufriendo por el desánimo que la situación nos causaba. Mientras los dos continuaban orando con la mirada dirigida al cielo, a lo lejos, un grupo de hombres avanzaba en la oscuridad de la noche para sorprenderle.

CAPÍTULO XXXII

HUMILLANDO AL HOMBRE

A TRAVESANDO EL CEDRÓN SE DIVISABAN LAS luces de muchas antorchas en movimiento. Eran llevadas por un grupo de personas que avanzaba caminando hacia donde estábamos, el huerto de Getsemaní. Ante aquella visión nos levantamos con celeridad y nos dirigimos hacia donde oraba El Maestro con Mariamne, para comunicarles lo que sucedía. La pasmosa tranquilidad demostrada al conocer aquellos acontecimientos nos resultó sorprendente.

-No temáis por lo que ha de sobrevenir, debéis saber que no sólo es inevitable que suceda, es necesario que sea así.

-Pero Maestro, debemos impedir por encima de todo que te detengan -le encajó Simón Pedro.

-Ni tú ni nadie debe impedir esta noche mi detención -le exigió con firmeza. Escrito está cuanto ha de acontecer, por lo tanto no vamos a ser nosotros los que nos opongamos a ello.

Esperábamos y deseábamos que Mariamne interviniera y le dijese algo, pero ella enmudecía y permanecía pensativa, intentando asumir aquellos momentos cargados de todo el dolor del mundo que le hacían sufrir lo indecible. En su rostro se reflejaba

el pesar, como si temiera que su injerencia pudiera romperle su seguridad. Las luces de las antorchas seguían acercándose y nuestra espera allí nos hacía sentirnos más tensos, aguardando su llegada. ¿Quiénes eran? ¿Con qué intenciones vendrían? Aquella espera se hizo eterna. Ante nosotros, con suma tranquilidad, Él seguía orando. Simón Pedro, con la mano en la sicca, permanecía intranquilo. ¿Qué pasaba por su cabeza en aquel instante?

El Cananeo se había retirado hacia el lugar de acampada, donde todos dormían, para avisar a sus hombres que descansaban debajo de un frondoso olivo milenario, por si era necesario entrar en acción.

Nuriel y Juan el de Betsaida no lo dejaron solo ni un solo instante, intentando convencerle de que aún era posible eludir la detención, invitándole a que se marchase hacia un paraje seguro.

Nosotros, que éramos muchos, y algunos bien preparados para cualquier acción de intimidación, podríamos entretener a quienes llegaran, dándole de esa forma tiempo al Maestro para que escapase. Él hacía oídos sordos a todo cuanto le decíamos sin aceptar ningún tipo de consejo. Sólo se preocupaba por orar.

Hacia el amanecer, al ir dando fin la noche, un grupo de soldados se acercó para detener al Maestro. Acompañándolos iba Judas Iscariote, sufriendo lo increíble. Al llegar éste a su altura, dio un paso hacia Él y lo abrazó.

-Maestro, la hora que nunca debió llegar ha llegado. ¿Qué debo hacer ahora?

-Lo primero es enterrar para siempre al Judas Iscariote que llevas dentro y vuelve a ser de nuevo Amok, el Maestro de Justicia. El mundo necesita de gente como los esenios que oren y trabajen por los demás, a la vez que sirvan de ejemplo a todos. Marcha al Monasterio y no me olvides en tus oraciones. En ese

instante El Maestro se quitó el collar con la esfera de ámbar que en su día le regaló el sabio Adir cuando fue a visitarle siendo un recién nacido y lo puso en su cuello.

Amok, separándose de Él, marchó con gran tristeza y pesadumbre.

-¿Qué os trae por aquí? –preguntó El Maestro al jefe de aquel pelotón.

-Venimos buscando al rabino, al que llaman El Galileo ¿lo conocéis?

-Yo soy el hombre que buscáis.

Aquel soldado, temeroso por hallarse, frente a frente, ante el hombre del que todos hablaban maravillas, quedó desconcertado.

-Señor, traigo órdenes de deteneros y trasladaros ante la presencia de Anás.

No había terminado de transmitirle la orden de detención cuando Simón Pedro extrajo su sicca de su cintura e hirió al soldado en su cara. Aquella acción molestó en demasía al Maestro y a quienes estábamos acompañándolo en aquella dolorosa madrugada, sobre todo después de habernos rogado, expresamente, que no hiciésemos nada por impedir que se produjese la detención; por ello obligó a Simón Pedro a que guardase la sicca y la devolviese a su cinto.

Los soldados detuvieron al Maestro y lo condujeron hasta la presencia del vitalicio Anás. Seguimos a la comitiva que, con una rapidez fuera de lo normal, avanzaba llevándolo detenido a presencia de Anás. Íbamos separados unos metros detrás de la misma; lo suficiente para que Él nos percibiese y no sintiera la angustia de sentirse solo. El trayecto entre el Huerto de Get-

semaní y la casa de Anás se nos hizo corto, porque no deseábamos tener que separarnos de Él.

Al llegar a la puerta de entrada de la casa se le forzó a entrar y al hacerlo nos dirigió una profunda mirada llena de temor y angustia. Mariamne, como conocía bien aquel palacete y a algunas personas de las que formaban parte del servicio por haber realizado varias visitas al mismo acompañando al Maestro, no tuvo problemas para entrar. Tampoco los tuvo Simón Pedro, porque su atrevimiento le hacía superar cualquier tipo de obstáculo. Entró haciéndose pasar por un mensajero que venía a traer un correo para el sumo sacerdote. Ella logró entrar hasta la sala donde Anás le interrogaba y allí vio y escuchó cuanto se dijo, llegando a sufrir desconsoladamente al presenciar el ultraje al que fue sometido sin la menor piedad.

Aquel fue el reencuentro de dos personas que años atrás habían estado unidas por una gran amistad y hoy, el odio de Anás los había separado. Éste lo había protegido y admirado durante muchos años y ahora estaba dispuesto a utilizar toda su influencia para llevarle a la cruz y todo porque Él le había afeado y recriminado el incumplimiento de la promesa que le hizo. Por ello, El Maestro se enfrentó abiertamente a aquel hombre poderoso sin importarle que a partir de aquel instante sería considerado su enemigo y sufriría su persecución. El sumo sacerdote nunca fue capaz de reconocer ni aceptar la falta que lo llevó a tenerle como enemigo. Y ahora, frente a frente los dos, la soberbia, materializada en la venganza de Anás y la humildad hecha amor del Maestro. Dos posiciones opuestas. Una lucha desigual. En esas condiciones, siempre debiera triunfar el amor.

-Hace años que no nos vemos y llegas hasta mí con las mu-

ñecas amarradas. ¿Por qué? –fueron las primeras palabras que el sumo sacerdote le dirigió.

-¿Y tú me lo preguntas? ¿Acaso no habéis ordenado que me detengan? -le respondió.

Anás le contestó con voz enérgica y el rostro desencajado por la soberbia, que le rebosaba a raudales en aquellos instantes en que le tomaba declaración.

-No, no he tenido la satisfacción de hacerlo, y bien que me hubiera gustado.

Verdaderamente la orden de detención la había dado José de Caifás, porque Anás no tenía potestad para dictarla. Aunque seguía teniendo el título de sumo sacerdote no podía ejercerlo como tal por ser vitalicio y no titular del mismo; sin embargo, en aquella ocasión actuó a petición de José de Caifás, como de hecho ocurrió. Caifás quiso darle a su suegro la satisfacción de que él fuese el primero que interrogase a su antiguo amigo y protegido rabino.

-¿Es cierto que te dedicas a soliviantar al pueblo contra el poder establecido? –continuó preguntándole.

-Bien sabes que siempre he hablado en público, en las sinagogas y en otros lugares sagrados. Pregúntales a quienes me oyeron y hablaron conmigo y te responderán que solamente les hablé y prediqué sobre el Padre.

-¿No te das cuenta cómo has blasfemado al hacerlo, que haces creer a quienes escuchan tu palabra que eres El Hijo de Dios? ¿Me equivoco?

-No te equivocas. Tú lo has dicho con absoluta claridad. Él es nuestro Padre.

El interrogatorio se prolongó durante algunas horas, más de

las necesarias, en las cuales se le obligó a contestar a muchas preguntas planteadas de forma inexacta y ante falsos y preparados testigos, pagados para declarar en contra del Maestro. Fue vejado, maltratado y golpeado con gran brutalidad ante Anás, que lo mandó ante la presencia de su yerno, Caifás, quien planteó al Sanedrín la conveniencia de detenerle y crucificarle. El razonamiento del sumo sacerdote, repetido en cuantas ocasiones tenía, y que mantuvo ante el Sanedrín, fue el de la conveniencia de la muerte del Galileo antes de que los romanos atacasen a Jerusalén y acabasen con muchos judíos que podían levantarse contra Roma por seguirle.

Muchos miembros del Sanedrín, al enterarse de su presencia en la casa de Anás, se hicieron acompañar por familiares, amigos, criados y gente pagada para que se agolpara delante de la puerta de éste, esperando su aparición para zaherirlo con sus voces, amenazas e improperios. Y así fue, salió amarrado de pies y manos, maltrecho y malherido, seguido por un nutrido número de judíos al servicio de los romanos y de muchos miembros del Sanedrín que lo insultaban y golpeaban para mayor escarnio. De la casa de Anás fue llevado al palacete de José de Caifás donde estaba reunido con un nutrido grupo de sacerdotes, quienes habían sido convocados de forma urgente para urdir una estrategia para condenarlo. Éstos esperaban con impaciencia su llegada para tomarle una nueva declaración.

Hicimos varios intentos para entrar dentro de aquel palacio, pero la guardia nos lo impidió. El Maestro se vio solo y eso sí nos preocupó bastante. El tiempo que estuvimos esperando a que lo sacaran de aquel edificio se nos hizo eterno, porque no sabíamos lo que ocurría dentro de aquel recinto y eso nos intranquilizaba.

Simón Pedro intentó entrar, pero le fue imposible hacerlo pues uno de los soldados de la guardia que vigilaba la entrada al palacio lo reconoció como una de las personas que había golpeado, con su sicca, a uno de sus compañeros cuando fueron a detener al Galileo. Mintió a aquel soldado diciéndole que no conocía al detenido y marchó velozmente de aquella puerta antes de que lo delatasen, lo detuvieran y lo encarcelaran.

Lo sucedido dentro de aquel lugar debió de ser muy duro por el odio que Caifás sentía contra El Galileo. Ese sentimiento era conocido por todos y en más de una ocasión lo había exteriorizado tanto en público como en privado.

Entre las razones expuestas por José de Caifás primaba que El Galileo se hacía pasar por El Hijo de Dios, por El Mesías, se autoproclamaba Rey de los judíos y decía que resucitaría al tercer día de su muerte.

En realidad ninguna de esas cosas llegó a decir las El Maestro de esa forma, sino que fuimos los demás, sus seguidores, quienes las hicimos extender, convencidos de la veracidad de cuanto decíamos.

La intención del sumo sacerdote fue la de presentarlo como un embaucador que engañaba a la gente haciéndose pasar por El Mesías esperado por el pueblo judío. Nunca había llegado a olvidar que tenía ante él, a quien se opuso a su elección en el cargo que ahora ocupaba. Por ello no había cejado en buscar argumentos para condenarlo a muerte y ahora tenía la oportunidad de vengarse.

En los primeros años de rabino en Jerusalén, El Maestro llegó a alcanzar muchísimo prestigio entre un buen número de

miembros del Sanedrín, por ello tuvo la posibilidad de ejercer su influencia para impedir durante un tiempo que Caifás llegase a alcanzar la máxima jerarquía judicial-religiosa del Tribunal Supremo del pueblo judío. Unos años más tarde, tras ser nombrado Valerio Craso procurador por el emperador Tiberio, Caifás consiguió ser designado sumo sacerdote en el año setecientos sesenta y siete de la fundación de Roma y ahora desde este puesto, sin haber olvidado el pasado, se ensañaba con Él e intentaba acorralarlo para obtener su declaración de culpabilidad y así conseguir su ejecución. Deseaba por encima de todo darle muerte, pensando que tomando esa medida, conseguiría acallar el mensaje de amor que iba calando entre sus seguidores.

Las previsiones de Caifás no se hicieron realidad: la semilla sembrada por El Maestro siguió germinando y extendiéndose. La persecución contra sus seguidores continuaría durante todo el tiempo que estuvo como sumo sacerdote, hasta el año setecientos ochenta y cinco de la fundación de Roma, fecha en la que fue retirado de su cargo por el procurador Vitelio, sustituto de Valerio Craso, su protector y amigo personal.

Después de toda la noche de interrogatorio, al salir los primeros rayos del día, volvieron a sacarle del palacio, deshecho y atado de pies y manos, entre un grupo de soldados. Caifás no tenía autoridad para sentenciarlo a muerte, por esa razón y no por otra le enviaba ante quien la ostentaba.

Al sacarlo a la calle vimos cómo en su rostro se reflejaba el dolor por el trato recibido. Al acercarse Mariamne, su mirada se refugió en la de ella, su esposa, su compañera y su amiga. Fue indescriptible cuanto sentimos esperando su salida, viendo aquel momento. Se nos rompió el alma de tanta pena y

nuestros sufrimientos quedaron minimizados ante los de ellos. Él quiso transmitir a quien amaba con toda el alma un mensaje que exclusivamente ella captó, porque se conocían muy bien y entendían el lenguaje de sus miradas. Cuando era conducido por el grupo de soldados nos quedamos ligeramente atrás; ella se apoyaba en mi brazo y en el de José de Arimatea. Observé que sus ojos se humedecían y arrojaban unas lágrimas cuando le pedía a José que hiciese lo imposible para que su ejecución se llevase a cabo el viernes si lo condenaban a la crucifixión.

¿El viernes? ¿Por qué el viernes?, me preguntaba sin encontrar respuesta alguna.

Nunca, durante el tiempo que estuvimos juntos, la había visto derramar una sola lágrima, pero en aquel momento lo hacía y ello me destrozó aún más de lo que estaba.

Mariamne se adelantó unos pasos hasta alcanzar a quien mandaba en aquel grupo de soldados. La vimos acercarse y mantener unas breves palabras con éste. Al terminar volvió y nos dijo que lo llevaban hasta el palacio de Herodes, ante el prefecto Poncio Pilatos. Allí se le haría el juicio.

Desde el principio de su mandato, Pilatos ejerció su poder desde Cesárea, pero al llegar la fiesta de Pascua tenía por norma trasladarse a Jerusalén para estar más cerca del lugar a donde llegaban grupos nacionalistas, que acudían en gran número por aquellas fechas para organizar continuas revueltas contra el poder establecido. Tenía Pilatos fama de ser un hombre muy despiadado, porque cualquier tipo de levantamiento lo abortaba con gran dureza. Su fama de hombre cruel entre quienes se oponían a los romanos se había extendido por todo el territorio de Judea.

Se había preparado en muy pocas horas una acción muy comprometida y difícil, dirigida por el Cananeo para liberar al Maestro en el trayecto comprendido entre el palacio de José de Caifás y el de Herodes. Sin embargo la guardia que lo escoltaba era muy numerosa, por ello aquel intento no llegó a ponerse en práctica.

CAPÍTULO XXXIII RUGIDOS DE FIERAS

LA LLEGADA AL PALACIO DE HERODES TUVO lugar a primeras horas de la mañana del viernes catorce de Marzo –Nisán-. Dentro de aquel recinto, José de Arimatea, amigo personal del prefecto Pilatos, le esperaba. Había acudido allí para interceder por El Maestro y también para pedirle que la crucifixión, en caso de verse obligado a firmar la sentencia de muerte, se llevase a cabo en viernes. Poncio Pilatos hizo pasar al que traían detenido hasta una gran sala donde se dictaban sentencias y se dispuso a oírlo. El Maestro se sorprendió viendo en aquel lugar al de Arimatea.

Pilatos ordenó que le soltasen las manos y los pies y le dijo a José de Arimatea que podía hablarle antes de interrogarle él. En un principio le fue imposible articular ninguna palabra viendo las lamentables condiciones en que tenía sus muñecas. Entre sollozos, besó aquellas heridas y pidió al prefecto permiso para utilizar una jarra de agua que había sobre la mesa. Al indicarle éste con un leve movimiento de cabeza su autorización, tomó la jarra de agua y cortando un trozo de su vestimenta, vertió el contenido de ella sobre el tejido cortado; tomó sus brazos y limpió las heridas de sus muñecas y de sus pies.

¡Cuánto hubiésemos dado por haber podido ayudarle como lo hizo José de Arimatea!

¿Qué podría pasar por la mente de Pilatos, un hombre de tanto poder en Judea al presenciar aquella escena de verdadero amor?

-Sé que estás sufriendo muchísimo, Maestro, pero espero que todo termine bien –le expresó el de Arimatea.

-No olvides José que para ti terminar bien tiene un significado distinto al mío. Quiero que se cumplan los deseos del Padre. Al terminar de curar a su amigo José dio las gracias a Poncio Pilatos por haberle permitido realizar aquella acción. Éste deseó conocer al Galileo y antes de empezar el interrogatorio le preguntó quién era.

-Soy Jesús, un judío hijo de José y de María -le contestó.

Habiéndole interrogado durante algo menos de una hora no vio ninguna razón para dictar sentencia de muerte contra Él, como deseaban el sumo sacerdote y los miembros del Sanedrín.

Poncio Pilatos tuvo en cuenta que la justicia romana no condenaba a pena de muerte la trasgresión de la ley de los judíos. Conociendo su origen galileo, donde gobernaba Herodes Antipas, decidió mandárselo a éste para que lo juzgase, máxime cuando conocía que con motivo de la festividad pascual había llegado a Jerusalén, y se hospedaba precisamente en el ala opuesta del palacio donde se encontraba el prefecto romano. Se lo mandó, creyendo que al acogerlo en la Pascua lo absolvería y lo dejaría en libertad sin cargos. El Maestro fue conducido ante la presencia de Herodes. Este traslado le molestó muchísimo y se enfureció contra Poncio Pilatos al entender que nunca debió habersele mandado para juzgarle. Lo triste y doloroso fue que aquella ira recayó contra Él, a quien volvieron a

vejar y a menospreciar colocándosele sobre su cabeza una corona de espinas y una capa roja de falso rey para burla de todos.

-Salve, rey de los judíos -le aclamaban los vecinos agolpados en la explanada del palacio viéndole en el balcón a donde fue sacado.

Vestido de esa forma, Herodes volvió a enviarle a Poncio Pilatos que vio en ello una contrariedad. Tenía que darle solución al conflicto planteado por el grupo de dirigentes de Jerusalén. Pilatos se reunió con destacados miembros del Sanedrín, exponiéndoles que no veía causa alguna para dictar aquella sentencia de muerte, y les propuso, tal como era costumbre entre los judíos, poner en libertad a algún detenido con motivo de la Pascua.

Entre los presos se encontraba el conocido Barrabás, un temido extremista de Judea, verdadero azote de los romanos, encarcelado en los sótanos de la fortaleza Antonia para ser ajusticiado por cometer diferentes acciones violentas con derramamiento de sangre. Pensó Poncio Pilatos que colocando al Galileo junto a Barrabás y proponiéndoles a quienes vociferaban en la calle que escogieran la libertad de uno u otro, todos se inclinarían por pedir la libertad del Maestro, pero se equivocó.

-¡Libertad para Barrabás! ¡Libertad para Barrabás y muerte para El Galileo! -vociferaban con fiereza y crueldad.

Pilatos no lograba entender la reacción de aquella gente, llevada allí por el sumo sacerdote y los suyos. Como éste no hacía caso a aquella petición, José de Caifás le recordó que si lo soltaba se convertiría en enemigo del César y visitarían al emperador para exponerle su actitud contra los deseos del pueblo.

La astucia y maldad del sumo sacerdote sobrepasaba todos los límites, que de forma clara chantajeaba al prefecto al presentar al Galileo como la persona a quien todos consideraban el enemigo del pueblo y del emperador romano. Según Anás,

en los mensajes que Él transmitía intentaba suplantarle haciéndose llamar Rey de los judíos.

Poncio Pilatos mandó que lo azotasen en presencia de quienes se agolpaban en la plaza. Las tres correas unidas en una, con las que fue azotado, golpeaban una y otra vez en el pecho, en las partes dorsales y en la espalda, hasta recibir treinta y nueve azotes. De esa forma quiso complacer a los congregados a las puertas del palacio, esperando con esa medida complacerlos y calmarlos, pero éstos reaccionaron de forma contraria a lo previsto. Deseó infligirle aquel duro castigo, pensando que si el pueblo no se compadecía de Él, al menos llegase a la muerte con un grado importante de inconsciencia. De esa forma sufriría menos en la cruz.

Pasado un tiempo supimos que la reacción de Poncio Pilatos, reticente a firmar la sentencia de muerte, no sólo era debida a la amistad que le unía a José de Arimatea, sino también porque su mujer, Prócula, se lo había pedido, argumentándole que aquel al que muchos llamaban Maestro era el verdadero Mesías.

Poncio Pilatos le hizo salir a uno de los balcones del palacio, intentando que aquella figura rota conmoviese e impresionara al populacho; pero en lugar de conseguir el propósito deseado los enardeció aún más y gritaron con más fuerza.

-¡Crucifícalo, Pilatos, crucifícalo! -y seguían insultándole a la vez que continuaban vociferando: ¡Crucifícalo, crucifícalo, Pilatos, cumple nuestra Ley!

Entre todas las voces, una sobresalió entre todas, la de Caifás.

-Debe morir porque es un blasfemo, no sólo dice que es El Hijo de Dios sino que cree serlo.

-¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Mucha fue la presión soportada por Poncio Pilatos de aquellas exaltadas gargantas, tanta que al final no pudo aguantar más y dirigiéndose hacia José de Arimatea le dijo que lo sentía, no podía hacer nada más para salvarle. Se fue hacia la gente que esperaba fuera y le entregó al Galileo para que lo crucificaran por el delito de conspiración contra Roma, rebelión, superchería y suplantación del César.

José de Arimatea se quedó hablando con Poncio Pilatos y su mujer Prócula, mientras El Maestro era dejado a la suerte del populacho.

Le sacaron atado, con la corona de espinos colocada sobre su cabeza y un sayo por vestido. Al verle aparecer por la gran puerta, las voces se multiplicaron y el sonido se hizo atronador.

Caifás había mandado preparar un madero y pidió a los suyos que lo llevaran hasta la puerta del palacio por si Poncio Pilatos firmaba la sentencia de muerte esa misma tarde; él hubiera preferido que la crucifixión se ejecutara pasado el sábado, de esa forma El Galileo permanecería en la cruz tres días. Sin embargo, la petición de José de Arimatea había sido aceptada por Pilatos, que decidió que la crucifixión del Galileo fuese lo antes posible, aquella misma tarde del viernes.

Una vez fuera del recinto le soltaron las manos y lo acercaron al madero colocado a unos pasos de la puerta por donde fue sacado; éste estaba apoyado en el suelo y era sostenido por varios hombres. Al llegar el reo se lo colocaron sobre su hombro derecho. La gente agolpada arreció la voz con el beneplácito y la satisfacción de los sumos sacerdotes Anás y José de Caifás así como la de otros muchos miembros del Sanedrín que presenciaron con una gran complacencia aquella tétrica comitiva.

Los primeros pasos titubeantes y lentísimos del Maestro con aquel pesado madero hacía presagiar que no podría seguir con él a cuestas por mucho tiempo. Este hecho lo había observado el responsable de aquella crucifixión, por lo cual ordenó a quienes lo asistían buscar a varias personas para ayudarlo a llevarlo. Habiendo andado algo más de una treintena de pasos, su cuerpo no pudo mantenerse en pie y cayó al suelo desplomado. Cuando se acercaron para auxiliarlo, se dieron cuenta del aspecto desencajado de su rostro, la situación que se vivía hacía presagiar lo peor. Para aquella turba lo triste hubiera sido no haber podido disfrutar del espectáculo de la crucifixión de aquel hombre por lo que se decidió, si se quería llevar a fin aquella ejecución, buscar a alguien para que llevase el madero.

No todas las personas aglomeradas allí querían verlo morir y menos crucificado. Muchos sufrían al contemplarlo. Una de ellas, se ofreció a llevar el madero al verle padecer, fue Simón el Cireneo, un hombre fuerte, de unos cincuenta años, curtido en las tareas del campo y con aspecto rudo. Él no se amilanó ante aquel pesado madero, se lo echó al hombro y lo llevó a cuestas delante del Maestro que, a duras penas, podía seguir caminando. ¡Lenta agonía para quien lo había dado todo en vida por los demás!

Una nueva caída vino a alarmar a Caifás y a su séquito de voceros. Se les veía preocupado porque de seguir así, aquella crucifixión corría peligro de no llegar a su término. Me di cuenta de la situación y aproveché aquellos segundos de confusión para ofrecerme a sostenerle en su caminar. Mariamne, que no se había retirado ni un solo segundo de su lado, observó mi decisión e hizo otro tanto acercándose. Entre los dos lo levantamos y lo sostuvimos sobre nuestros hombros. ¡Cuánto agradeció aquello! Caminar de aquella forma le supuso un ali-

vio, pero sobre todo, le compensó mucho percibir nuestra presencia física, dejando de sentir la soledad que lo había envuelto durante el recorrido realizado. Solo ante aquella gente, la misma que días atrás le había aclamado y llamado Rey de los judíos y en esos momentos deseaba verlo morir en la más dura de las muertes: la crucifixión. De nuevo nos veíamos los tres unidos, los tres enlazados por nuestros brazos y los tres sufriendo juntos, los tres caminando hasta el montículo donde Él dejaría de ser persona.

Al observarle y ver su estado físico, me preguntaba si había merecido la pena haber llegado a aquella situación. Me respondí a mí mismo que no la había merecido. Era desolador verlo así. Lo notaba completamente abatido.

Habíamos terminado el trayecto que correspondía a la parte vieja de la ciudad y salimos de ella por un camino bastante transitable, que nos conduciría hasta una elevación donde esperaba el poste vertical en el que lo clavarían.

Los hijos de Simón El Cireneo, Alejandro, Rufo y Omar, que presenciaban con pesar aquel lamentable cortejo, se acercaron diligentes al ver que su padre llevaba el travesaño de la cruz y le ayudaron a transportarlo. Tres nuevas paradas tuvimos que hacer antes de llegar al lugar donde debía ser crucificado. No podía dar un solo paso más.

A lo largo del recorrido, algunas de las personas presentes en aquel amargo caminar se acercaban al Maestro: unas para ofrecerle agua que refrescase su garganta, otras para secarle la cara del sudor que llenaba su cuerpo o para limpiar la sangre que resbalaba por su frente emanando de las heridas causadas por las espinas de la corona. Tampoco faltaron quienes lo alcanzaron para tocar y besar sus manos y su frente.

María, su madre, acompañada por su nieto que ya contaba diez años, seguía la marcha de aquel cortejo de ajusticiamiento muy cerca de Él, sufriendo lo indecible. Judas había llegado a Jerusalén para celebrar la fiesta de Pascua desde Nazaret, donde vivía con su abuela desde hacía unos años. Nunca imaginaron que aquellos días se iban a convertir en la fiesta más amarga y dura de sus vidas.

La comitiva llegaba a su destino y El Maestro seguía su sufrimiento, sin poder sostener su cabeza, que a duras penas, iba apoyando alternativamente en los hombros de Mariamne y en el mío.

Durante aquel durísimo recorrido tuvo un recuerdo entrañable para su amigo Amok.

-¿Dónde estará? ¡Cuánto debe de estar sufriendo! –mi contestación no le llegó nunca, porque nada pude expresar, no supe qué decirle.

-En cuanto puedas ve a buscarle, seguro que está en el Monasterio, donde ha debido de volver tal como le pedí. Cuida de Mariamne y de Judas como has cuidado de mí –me dijo.

No pudo seguir hablándome. Su voz se fue apagando y nosotros nada podíamos hacer por Él.

CAPÍTULO XXXIV UNA INJUSTICIA

LA TARDE IBA CAYENDO. EL CIRENEO Y SUS hijos pusieron sobre el suelo el travesaño de madera que habían transportado hasta las afueras de los muros de la ciudad. Colocaron al Galileo tendido mirando al cielo y una vez que los soldados clavaron sus brazos por debajo de sus muñecas, subieron el madero hasta la base superior del poste vertical, de unos dos metros de longitud, que habían empotrado en el suelo. En seguida le levantaron las piernas y clavaron sus talones al poste. A ambos lados de la cruz donde lo colocaron había dos cruces más. En ellas dos hombres acusados de importantes robos con derramamiento de sangre. Aquella loma iba a ser testigo de una gran injusticia cometida por la clase dirigente de un pueblo.

Tres cruces firmes estaban clavadas al suelo. En el centro la del Galileo, con una inscripción: Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum -Jesús Nazareno, Rey de los Judíos-, que había mandado grabar el mismo Pilatos para befa del sumo sacerdote Caifás y sus seguidores. Él, entre dos hombres, Dimas y Gestas, sopor-tando con estoicidad la ignominia de verse entre malhechores, tragándose las impertinencias de Gestas, que desde su cruz lo

zahería, y los despropósitos de quienes desde abajo le increpaban de forma vil y ruin. Muchos eran los que rodeaban la cruz; aquel lugar se había convertido en una jauría de hombres esperando percibir de cerca la señal de la muerte. Una muerte precedida de un dolor infinito, de una tortura interminable y de una agonía imperecedera.

Presenciando aquel crimen infame, a los pies de la cruz, se encontraba Mariamne, estrechando contra ella a su hijo, que con los ojos enrojecidos de tanto llorar no dejaba de mirar a su padre roto. Roto completamente. Roto por la impotencia que sentía al no poder hacer nada contra la situación que estaba viviendo, ni tan siquiera podía consolar a Judas, su hijo. Roto por creerse abandonado por el Padre. Ni su voz, ni su mirada a los cielos llegaban a su destino. Roto por su debilidad y por encontrarse tan frágil que ni tan siquiera se sentía vivo.

Pero aun sintiéndose así, sacó fuerzas de donde no las tenía para hablarles a su esposa y a su hijo.

-Mariamne, mi compañera amada, protege a nuestro hijo, aún es un niño.

-Judas, hazte un hombre luchando contra la injusticia.

A continuación, con una voz imperceptible, pidió agua. En ese instante Mariamne tomó un paño empapado de vinagre y abriendo con disimulo un pequeño unguentario vertió su contenido sobre el trozo húmedo que entregó al Cananeo. Éste se lo acercó a los labios para refrescárselos. El propósito de ella se hizo realidad; El Maestro inclinó la cabeza sobre su hombro y dirigiendo su mirada a los que sufríamos junto a la cruz, nos dijo con una resignación absoluta:

-Todo está consumado, ya no puedo más, la profecía se ha cumplido.

En aquel momento Mariamne y yo nos miramos. Me acerqué a ella y le dije que me sentía rabiosamente impotente, preguntándole qué podríamos hacer.

-El Maestro sigue vivo –me reveló con absoluta seguridad ante mi desconcierto.

Mariamne me contó sucintamente que acababa de utilizar la pócima entregada por la egipcia Aaleyah y cómo al tomarla El Maestro había entrado en una muerte aparente, difícil de descubrir. A mi mente llegó el momento que vivimos en Alejandría cuando la sanadora, le entregó el unguentario que tanta curiosidad despertó en mí.

–Debemos actuar con rapidez. Tenemos poco tiempo, me dictó.

Nos dirigimos a Needar y ella le expuso como le había proporcionado la poción. Después de oírla se desconcertó ante aquel comentario y sin pérdida de tiempo actuó en consecuencia. Se acercó aún más a la cruz y estuvo observando el cuerpo del Maestro, intentando captar la menor indicación de vida.

Los soldados empezaron a extraer los clavos y a soltar las cuerdas de los brazos y pies de los ajusticiados, pues el sábado no tardaría en llegar. Empezaron a quebrarles las piernas. Al llegar al Galileo, Needar les pidió que no se las rompiesen porque acababa de morir y ellos, comprobando temerosos cuanto le decía sólo simulon fracturárselas, además de hacerle una herida superficial en el costado. Los conocimientos de Needar como médico y la profunda observación del cuerpo del Maestro le hicieron comprender que efectivamente no había muerto y nos pidió separarnos un poco de la cruz. Nos dijo que, afortunadamente, la actuación de Mariamne lo había librado de una muerte segura. El Maestro aún seguía vivo y había que intentar sacarlo cuanto antes de allí si queríamos salvarlo.

De improviso todo se estremeció; el cielo se abrió y se llenó de relámpagos, truenos y lluvia. Quienes fueron a ver la crucifixión huyeron despavoridos y atemorizados al relacionar aquella muerte con el sorprendente e inesperado fenómeno. Junto a las cruces quedamos sus seguidores, Mariamne, su hijo, su madre y Marta. De todos los discípulos sólo faltaron el de Arimatea y Judas Iscariote –Amok- éste se encontraba en El Monasterio. Sabíamos que José de Arimatea continuaba reunido con Poncio Pilatos para solicitarle la autorización y así poder retirar lo antes posible el cuerpo de la cruz y enterrarlo en un sepulcro ubicado en su huerto. La ley judía prohibía la permanencia de un crucificado en la cruz el sábado, por lo que con toda seguridad Pilatos lo autorizaría. Esperábamos impacientes la llegada de José para retirar el cuerpo. Pedimos a quienes aún quedaban que se retiraran cuanto antes, porque nada se podría hacer allí. Nuestro deseo fue aceptado por todos, y fueron marchándose poco a poco. Nos quedamos el Cananeo, Nicodemo, Marta, Lázaro, Mariamne y yo esperando a José de Arimatea.

Por parte de los guardias que custodiaban a los ejecutados no hubo el menor impedimento para llevarnos el cuerpo; es más, nos ayudaron a subirlo sobre un carro tirado por un mulo que Nicodemo tenía preparado para trasladarlo. De los guardias asistentes a aquellas ejecuciones, dos nos acompañaron a enterrarlo a la sepultura mandada construir en una parte del huerto de José de Arimatea. Todos los presentes caminamos detrás del carro durante el trayecto, relativamente corto, que separaba el sitio de la crucifixión hasta donde debíamos enterrarlo.

Se invitó a los dos soldados a que entraran en la casa a comer algo. En un principio se mostraron reticentes, pero terminaron por aceptar el ofrecimiento y pasaron. Sacaron comida y bebida

suficiente para tumbar al más fuerte de los mortales y antes de una hora, los soldados, apoyados en sus brazos, dormitaban sobre la mesa.

Mientras esto sucedía en la cocina, nosotros, en lugar de dirigirnos a la sepultura, nos detuvimos en la pequeña estancia del jardín en la que nos esperaba Needar; éste había abandonado el área del ajusticiamiento en cuanto se dio cuenta de que El Maestro vivía, para preparar una mesa y curarlo; una vez allí, bajamos el cuerpo y lo colocamos sobre la misma, para realizar una urgente curación de sus heridas ayudado por Mariamne.

Entre tanto, los demás preparábamos una falsa mortaja que impregnamos con un ungüento obtenido con los jugos de las hojas de diferentes plantas, semillas y de flores amarillas de la aulaga entre otras. Una vez terminada la trasladamos a la sepultura y la dejamos dispuesta de forma que quienes entraran en el sepulcro creyeran que Él se había desprendido de ella.

Simón el Cananeo esperaba a que terminásemos de depositarla para ayudarnos a sellar el sepulcro. El problema se planteó al mover aquella roca. Era imposible conseguirlo entre los cuatro, por ello me acerqué a la casa a buscar ayuda. Cuando entré en ella me encontré a los soldados dormidos y a José y a Lázaro esperando acontecimientos. Les expliqué la situación y dejaron la casa con la esperanza de que los soldados no se despertasen. Éramos esperados con impaciencia por quienes habían quedado cuidando el sepulcro; sin perder tiempo alguno, conseguimos colocar la roca cerrando su entrada con la utilización de varias palancas. Volvimos sin pérdida de tiempo, unos a la casa, donde aún seguían los soldados en la misma posición en la que los dejamos y los demás a la casita del jardín, donde Ne-

edar seguía curando las heridas del Maestro que empezaba a recuperar el conocimiento.

En uno de los momentos en que Mariamne puso la mano en su frente, entreabrió los ojos. Se sintió atónito y desconcertado y no creyó lo que veía. Hacía verdaderos esfuerzos por admitir que pudiese estar vivo y recuperándose de la pesadilla vivida.

Pero, aun hallándose muy malherido, había que pensar en huir de allí lo antes posible si queríamos salvarlo. Teníamos que aprovechar aquella mala noche de continuas tormentas para trasladarlo a un recinto mucho más seguro y lejos del huerto de José de Arimatea. Needar pensó que el mejor de todos los sitios, al menos durante unos días, hasta la recuperación de sus heridas, sería su casa. Allí podría curarlo mejor, en ella contaba con más medios quirúrgicos. De cualquier forma teníamos unos días para permanecer allí y continuar curándose sin temor a ser buscado porque para todos Él estaba sepultado. Pasados éstos, debíamos encontrarnos lejos de Jerusalén porque volverían a perseguirnos. Como Caifás había hecho difundir el mensaje de la resurrección del Galileo al tercer día de su muerte, -la prueba aportada en el juicio contra Él- intuíamos que transcurridos estos, ordenaría abrir el sepulcro para presentar ante los seguidores del Maestro y del pueblo judío las pruebas de su cuerpo muerto. De esa forma, demostraría que cuanto se había dicho sobre su resurrección era falso.

En otro carro distinto al utilizado para desplazar el cuerpo desde el Gólgota lo llevamos a la casa de Needar.

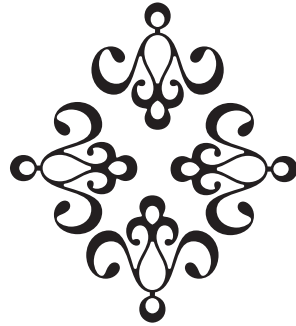
Al día siguiente nos contó José de Arimatea, que los soldados despertaron unas horas después de habernos marchado y decidieron ir a la puerta del sepulcro y permanecer en él, pues te-

nían órdenes de no dejar de vigilar su entrada en ningún momento. Al llegar al sepulcro comprobaron cómo la puerta de entrada al mismo estaba bien sellada y que sería imposible quitar aquella gran piedra sin el consentimiento de ellos. Allí quedaron haciendo guardia para cumplir el cometido encomendado. Si aquella noche eran dos soldados quienes vigilaban el sepulcro, unas horas más tarde, y a petición del propio Sanedrín, se reforzó la guardia con cuatro soldados más, temiendo que los seguidores del Galileo se acercaran a robar el cuerpo y dijeran a todos que había resucitado.

El carro que llevaba al Maestro había llegado a la casa de Needar antes de lo previsto. Lo bajamos con sumo cuidado y lo colocamos sobre la cama, donde éste le cuidó sin descanso durante la noche.

Nos sorprendía a todos la rápida recuperación que experimentaba el enfermo conforme iban transcurriendo las horas. Tanto mejoró, que decidimos sacarle de la casa de Needar y salir de Jerusalén hacia otra zona alejada de la ciudad, porque aquel sería uno de los lugares donde podrían buscarlo. Aprovechamos la noche para escapar. Era conveniente que Needar viniera con nosotros, pues sus cuidados eran imprescindibles para lograr el total restablecimiento de quien viajaba tendido en el carro. Nos dirigimos hacia Emaús. Allí el Cananeo tenía un habitáculo cercano a la población donde podríamos permanecer durante unos días lejos de las miradas de los demás.

Emaús sería el sitio ideal donde podríamos ir por estar muy cerca de Jerusalén. En las condiciones en las que se encontraba, no era conveniente emprender un largo viaje.



Quinta Parte



VUELTA A LA LUZ





CAPÍTULO XXXV EL REGRESO

PASADO EL TERCER DÍA DE LA CRUCIFIXIÓN SE corrió la voz entre el pueblo de la resurrección del Galileo. Quizá este rumor fue lanzado por los hombres de Caifás o por algunos de los miembros del Sanedrín. Era la oportunidad que tanto había ansiado José de Caifás para demostrarnos a todos, especialmente a quienes lo habíamos seguido, de que El Galileo era un embaucador que nos engañó a todos, haciéndonos creer eso.

Muchas fueron las personas congregadas ante el sepulcro al tercer día de la crucifixión; entre ellas, varios de sus discípulos. Todos esperaban que el sumo sacerdote, de un momento a otro, diera la orden para retirar la losa del sepulcro. Cuando ésta fue dada, se necesitó un grupo de hombres para quitar la gran piedra. Grande fue la sorpresa que recibieron al comprobar que en el interior sólo quedaban las telas del sudario con las que se debió amortajar. Dentro de la cámara mortuoria no había ningún cuerpo, por lo que José de Caifás vio echados por tierra sus argumentos. De inmediato se extendió la noticia de la resurrección del Galileo.

Nada más conocerse ésta, el sumo sacerdote y los miembros del Sanedrín difundieron con celeridad el bulo de que su cuerpo había sido robado durante la noche por sus discípulos, aprovechando el sueño de los guardianes. Aquel rumor apenas fue creído, porque era difícil sostener que los guardianes se durmieran y no se hubiesen dado cuenta de que un grupo de personas llegara hasta allí, abriera el sepulcro quitando la losa, sacase el cuerpo, y lo cerrara. Sin embargo, la noticia de la resurrección corrió de boca en boca de forma rápida anulando la historia lanzada por Caifás, que no fue creída por nadie.

Los discípulos, que presenciaron con incredulidad la apertura de aquel enterramiento, corrieron a comunicar la noticia a sus compañeros que, escondidos en diferentes alojamientos de Jerusalén, temían ser reconocidos por los seguidores de los saduceos y delatados ante el Sanedrín. Hasta Emaús llegó con celeridad el hecho ocurrido.

Estudiamos todas las posibilidades posibles a llevar a cabo y vimos la necesidad de que Mariamne y yo nos dirigiésemos a Jerusalén a poner en orden la situación de nuestros seguidores. Una vez allí, recogimos a Marta que se había quedado con Salomé durante unos días y fuimos a la casa de Nuriel para conocer de primera mano los últimos acontecimientos. Nos tropezamos con Juan, quien nos expresó, con una alegría inusitada, cómo El Maestro había resucitado a los tres días de su muerte. Mariamne le dijo que lo sabía pues había estado con Él. Juan escuchaba atentísimo cuanto le transmitió.

Nuriel salió a recibirnos y nos relató todo cuanto pasaba, así como los comentarios extendidos entre los judíos, que según él, seguían aceptando el relato generalizado sobre la resurrección, poniendo de esta forma en manifiesto apuro al Sanedrín

por haber incitado a la población contra El Maestro. Nuriel nos planteó la necesidad de convocar a los discípulos escogidos con el fin de aprovechar el descontento existente en la población en favor de la causa emprendida por Él, para que de alguna forma estos hechos incidiesen en contra del poder establecido en Judea. José de Arimatea se encargaría de citar a los discípulos a una reunión a la que asistiría El Maestro.

Celebrado aquel encuentro con Nuriel volvimos a Emaús, donde nos esperaban deseosos de conocer la reacción de los ciudadanos de Jerusalén. Afortunadamente vimos a un enfermo bastante mejorado y tanto su estado de salud, como de ánimo progresaban de forma rápida y satisfactoria.

Le indicamos que Nuriel deseaba su asistencia al encuentro donde iban a ser invitados los discípulos escogidos. No sabíamos cómo respondería a nuestra proposición, sin embargo no mostró reticencia alguna por asistir, sino todo lo contrario: le agradó volver a sentirse con los suyos y así poder despedirse de todos. Nos dijo que durante una temporada, hasta tanto se recuperara, se retiraría a meditar. Nunca hasta ese momento le había oído decir que durante un tiempo se alejaría de la actividad pública. Él era consciente y sabía cómo, a partir de aquel momento, su vida estaría en un continuo peligro, por lo cual debió pensar en refugiarse en un paraje seguro y poco conocido donde pasar desapercibido y dedicarse a la oración y meditación. A Mariamne le agradó aquella idea, por ello su cara se iluminó al oírle hablar así. Ella creía firmemente que su vida corría peligro si no se actuaba con celeridad.

Pasaban las jornadas y la mejoría se iba notando día a día, por ello, decidimos volver a Jerusalén y asistir a la reunión con-

vocada por Nuriel. Salimos al anochecer, sin apenas luz del día, para pasar lo más inadvertidos posible. No obstante, a la salida de Emaús, nos adelantaron Andrés y Felipe que se dirigían hacia Jerusalén para asistir a la convocatoria de Nuriel. Al saludarnos nos reconocieron a todos. La alegría de encontrarnos fue tan grande como lo fue el desconcierto que experimentaron al ver al Maestro vivo.

-No, no es posible, no puede ser posible que Él sea éste que tenemos ante nuestros ojos. -Se decían los dos, mirándonos y mirándose asombrados e incrédulos.

Pero sí, quien los saludaba era el mismo Maestro, el que les pedía que se acercasen. Segundos más tarde se abrazaban.

Como nuestra marcha era muy lenta porque debíamos avanzar a un ritmo pausado para no perjudicar en exceso las heridas del Maestro, Simón el Cananeo les pidió que se adelantaran. No era conveniente ir viajando en un grupo numeroso, pues de esa forma llamaríamos la atención. A petición de Needar también yo debía de acelerar mis pasos para ir a controlar la llegada de los discípulos. Antes de partir me preguntó acerca de la conveniencia o no de la asistencia del Maestro en el Cenáculo, porque pensaba que aquella casa de reuniones podría estar sometida a vigilancia por quienes servían al Sanedrín y podrían delatarnos. Me adelanté con Andrés y Felipe, que avanzaban con una alegría desbordante y mucha rapidez, pues estaban impacientes y deseosos por llegar cuanto antes para poder contar al resto de nuestros compañeros cuanto habían visto y oído. Nos dirigimos sin pérdida de tiempo hacia el Cenáculo, en donde habíamos cenado dos semanas atrás.

Antes de entrar a aquel comedor tomé las precauciones adecuadas y al no observar nada anormal, accedimos a él. Allí nos

reunimos todos los discípulos, excepto Judas Iscariote. Todos querían conocer mi opinión sobre los últimos rumores extendidos respecto a la desaparición del cuerpo del Maestro. Todos excepto Nuriel, que conocía lo ocurrido, quedaron sorprendidos al oír a Felipe y a Andrés relatándoles el encuentro vivido con El Maestro, al que vieron con sus propios ojos y con el que lograron hablar durante unos minutos.

Mucha incredulidad se respiraba en el ambiente tras escucharse aquellas palabras, tanta que algunos de los presentes dudaron de la veracidad de las mismas, creyendo que lo relatado por sus compañeros había sido el fruto de una visión y no de un hecho real. Tomás El Mellizo fue quien mostró más desconfianza, tanta, que dijo no creer hasta que no palpase con sus dedos las heridas de sus muñecas, de sus pies y de su costado.

Estando discutiendo sobre la resurrección, la conversación que a lo largo del día se comentaba entre los vecinos de Jerusalén, se presentó El Maestro. Su entrada sorprendió enormemente a todos los presentes, que no daban crédito a cuanto veían sus ojos. No era posible, les habían visto morir en la cruz, vieron también cómo lo retiraban de ella para llevarlo a darle sepultura, y ahora aparecía vivo ante ellos.

-Este hombre no es un espíritu -decían unos.

-Éste es el Maestro -manifestaban otros.

-La paz sea con todos vosotros, hermanos -fueron sus primeras palabras al encontrarse con ellos.

Y, dirigiéndose a Tomás, le hizo acercarse rogándole que tocara las heridas de su cuerpo. Éste se aproximó y, entre incrédulo y desconcertado, llevó sus manos hasta su costado, tentando su herida ya cicatrizada y palpando más de una vez

sus muñecas, sus pies y las heridas de los clavos. Dirigiéndose a los compañeros les dijo que quien les hablaba era de carne y hueso y no un espíritu.

Aquella noche todos estuvieron más pendientes del Maestro y de lo que decía que en otras ocasiones. Él tenía la oportunidad de hablarle a todos juntos, posiblemente por última vez. No tenía la certeza de curarse de las secuelas de sus heridas, por lo cual no quería dejar pasar esta ocasión sin transmitirles sus mensajes.

Nos pidió a quienes nos hallábamos congregados que siguiéramos unidos, porque esa sería la única forma de sentirnos fuertes para extender la palabra del Padre. También nos animó a dejar de forma inmediata nuestros escondrijos, a emprender sin miedo la predicación de las enseñanzas recibidas, y a transmitir a los demás el amor al hermano y el perdón a los que mostrasen arrepentimiento. Así mismo nos demandó caminar por todos los rincones judíos, enseñando y bautizando a cuantas personas desearan seguir los nuevos principios doctrinales. Por último, nos indicó que aceptásemos a Pedro como nuestro dirigente durante el tiempo de su convalecencia fuera de Judea. En cuanto a las directrices para cuando Él faltase, ya lo había dejado muy claro en anteriores ocasiones: Simón Pedro llevaría el timón de aquella nave que empezaba a navegar y Mariamne sería quien la mandaría.

El Maestro abandonó el Cenáculo, no sin antes despedirse de cada uno de los presentes con un beso y un abrazo. Le acompañaba en su marcha Mariamne y Needar. Al salir le pregunté por el sitio donde quedaríamos y me dijo que me esperarían en Emaús, en el mismo recinto desde donde habíamos salido.

La reunión daba a su fin y ya nos disponíamos a marchar cuando llegó Nicodemo jadeante y preocupado comunicándonos cómo acababan de detener a José de Arimatea. Su detención, por orden directa de José de Caifás a propuesta del Sanedrín, se produjo al abandonar el Templo para reunirse con nosotros. Las razones de la detención no tenían consistencia, pues se acusaba tanto a José de Arimatea como a sus amigos de haber organizado la trama para robar el cuerpo muerto y hacerles creer a todos su resurrección. Se le explicó a los presentes que ése fue el bulo lanzado por los miembros del Sanedrín y hecho correr por Jerusalén. También aseguraban que los amigos del Maestro habían aprovechado el sueño de los guardianes de la tumba para abrirla y sacar su cuerpo. Según supimos por Nicodemo, la detención y su posterior encarcelación en la fortaleza Antonia, no sólo la imaginaban sino que la esperaban porque fue un prendimiento anunciado. Lo hermoso fue, que aun intuyendo su apresamiento, el de Arimatea se sintió halagado al haber podido contribuir a salvarle la vida al Maestro y por ello se sentía el hombre más afortunado del mundo.

-Mil veces que naciera, mil veces haría lo mismo -fueron sus palabras minutos antes de su detención.

El encuentro de aquel día con sus discípulos sirvió para fortalecernos a todos espiritualmente y salir de allí llenos de su presencia. Se marcó un plan de actuación viable para transmitir su mensaje y se asignaron los grados de responsabilidades de cada uno de los asistentes en los diferentes lugares del territorio judío. Antes de marcharnos Simón Pedro propuso elegir a quien sustituyese a Judas Iscariote. Hizo una exposición de las virtudes que debía reunir la persona a nombrar. Él pensaba que

el merecedor de tal nombramiento era José Barsabás, el Justo, un hombre bueno y además muy querido por todos. Para mí fue la mejor de las proposiciones, pero no todos los asistentes pensaban de igual forma. Su pretensión fue rechazada mayoritariamente por los asistentes.

Juan sugirió entonces mi nombre para que fuese sometido a votación: No fue necesario realizarla al ser aclamada por unanimidad de los presentes, incluso por José Barsabás y el mismo Simón Pedro. Sin proponérmelo, me vi sustituyendo a mi buen amigo Judas Iscariote e impidiendo sin desearlo que lo fuese el Justo.

Mi elección fue acogida con entusiasmo por todos. Pedro se acercó a mí y me abrazó, dando prueba con ese gesto de mi reconocimiento como elegido de la nueva organización religiosa que nacía y que se constituía aquella noche.

Terminamos a altas horas de la madrugada con el compromiso de que pasados treinta días nos veríamos en Galilea, concretamente en Cafarnaúm. Era intención de Simón Pedro que desde aquella población iniciásemos la nueva andadura para extender el nuevo mensaje. Nos pareció normal aquella decisión, porque casi todos los discípulos éramos galileos.

Volvíamos a separarnos y cada cual marchó a su casa para poner en orden sus cosas y dar a conocer a sus familiares la decisión que habíamos tomado. Yo iría a ver al Maestro y a Mariamne.

Salí hacia Emaús para conocer las intenciones que ellos tenían sobre su futuro. El retorno lo hice con el Cananeo que igualmente ansiaba saber la opinión del Maestro para obrar en consecuencia. Los dos habíamos dedicado prácticamente nuestras vidas a cuidarle. Ni tan siquiera tuvimos tiempo de formar una familia. Yo en realidad la tenía desde hacía años; mi familia siempre fue Él y

Mariamne y era mi intención seguir formando parte de ella durante mucho tiempo, quizás durante toda la vida.

Muy de madrugada llegamos a la casa donde nos aguardaban. Encontramos al Maestro bastante cansado. El esfuerzo que le había supuesto ir hasta Jerusalén en plena convalecencia fue enorme. Nos esperaba recostado sobre la cama, hablando con Needar, su tío, su amigo y su médico, que había peleado por salvarle la vida, con un interés fuera de lo normal y con exquisitos cuidados. Nada más llegar nos expuso sus objetivos con respecto a su futuro inmediato, pues aunque lo había anunciado a todos hacía unas horas en el Cenáculo, quería completarnos la información dada.

Nos sentamos junto a su cama y nos expresó sus deseos de viajar hacia Galilea con el firme propósito de refugiarse en un lugar donde pudiera ocultarse del Sanedrín, curar sus heridas y pasado un tiempo incorporarse de nuevo al grupo. Sabía, conociendo a Caifás, que no cejaría en su búsqueda para volverle a crucificar y Él no soportaría ese trance una segunda vez. No quería pasar de nuevo por esa durísima prueba, no tanto por Él, sino por sus amigos y familiares más queridos, sobre todo por Mariamne, su madre y su hijo, a quienes había visto sufrir desde la cruz sin poder hacer nada por consolarlos. También nos dijo que durante el tiempo en el que permaneciera oculto recuperándose de sus heridas, meditaría y oraría por todos nosotros.

-¿Tienes decidido dónde vas a retirarte? –le pregunté expectante y deseoso de que el sitio escogido estuviese cercano a donde yo ejercería mi ministerio.

-No lo sabemos aún, aunque probablemente a Galilea. Tú conoces mejor que nadie aquel territorio y sabrás llevarnos a un

lugar seguro, donde ni los ojos ni los oídos del Sanedrín puedan llegar –me contestó Mariamne.

-Maestro, tú conoces el mejor sitio de todos. Está en el Monte Tabor. Ya estuvimos escondidos allí con Juan el Bautista durante unos días –le recordé. Fue el día en el que nos cortó el paso una patrulla de soldados romanos al acercarnos a la ciudad de Naín, y debimos darles muerte para que no nos detuviesen o delatasen.

-Sí, es cierto. Nunca he olvidado aquellos días, ni las circunstancias que nos hicieron refugiarnos en aquella cueva y he de reconocerte que pocos lugares existen como ése para un retiro no deseado como éste -respondió con absoluta certeza.

Simón el Cananeo, siempre dispuesto a todo, nos dijo que nos acompañaría hasta El Tabor y después se dedicaría a su nuevo menester cumpliendo así con el compromiso adquirido, hacía tan sólo unas horas, en el Cenáculo con los compañeros. Needar nos seguiría hasta verlo más recuperado y una vez sanado, retornaría a su casa en Jerusalén para seguir curando a quienes lo necesitasen y preparando a nuevos zelotes. La lucha contra los romanos debía continuar hasta la victoria final, hasta ver salir del territorio judío a las tropas traídas por los romanos.

Optamos por no decirle nada sobre la detención de José de Arimatea, porque de haberlo sabido no lo hubiésemos convencido para ir a Galilea y era conveniente que su salida hacia el Tabor la hiciésemos cuanto antes. En Judea su vida corría mucho peligro, más de lo que podíamos sospechar, sobre todo tan cerca de Jerusalén.

Como ya era muy tarde y pronto llegaría el amanecer, decidimos echarnos a dormir y descansar lo suficiente para estar pre-

parados para marchar al atardecer del día siguiente. Deberíamos volver a viajar de noche para evitar encuentros indeseados. Aunque aparentara sentirse muy mejorado, era preocupante emprender un largo viaje; debíamos hacerlo en cortos trayectos y descansar más a menudo de lo que lo hubiésemos hecho en condiciones normales. Simón el Cananeo, conocedor excepcional del terreno que íbamos a atravesar, conocía muy bien dónde podríamos descansar sin peligro alguno hasta llegar a Galilea.

Al anochecer marchábamos con una parsimonia inusitada. El itinerario fue bastante duro y penoso para Él. Recorrer aquellos caminos y veredas en las condiciones en las que se encontraba no fue lo fácil que hubiésemos deseado. Durante el viaje, algunas de las heridas no cicatrizadas, llegaron a abrirse por completo.

Una vez llegados a los pies del Tabor, entre el Cananeo y yo, fabricamos, como mejor pudimos, una parihuela para subirlo hasta la altura donde se ubicaba la cueva. Debimos de hacerlo con celeridad, pues el nuevo día llegaba. El armazón construido lo llevábamos entre los cuatro, Mariamne y Needar abrían la marcha y Simón y yo la cerrábamos. La subida nos resultó muy difícil y muchas fueron las paradas hasta llegar a ella. Él sufría al ver las dificultades del ascenso. Mariamne, como siempre, sacaba fuerzas de donde no las tenía, o quizás sí, y nos animaba continuamente a no desfallecer y seguir subiendo hasta la cueva. Con mucho esfuerzo y no pocos sacrificios logramos llegar hasta la que sería su nueva morada durante un tiempo imprevisible. Después de un corto descanso, desbrozamos la parte más baja de la vegetación que tapaba la entrada, sólo lo imprescindible para dejar un estrechísimo paso de acceso. Una vez dentro, sólo tuvimos fuerzas para tumbarnos sobre el suelo.

Descansamos un par de horas y nos levantamos decididos a

dejar habitable aquel sitio. Todo se encontraba exactamente igual a como lo habíamos dejado años atrás. Nadie había entrado, me habría dado cuenta de ello si así hubiese sido. Yo había colocado unas señales que se mantenían en los mismos puntos y de la misma forma. Aquello era una prueba inequívoca de que aquel refugio había permanecido oculto para todos. Le preparamos un lecho con la parihuela y gran cantidad de hojarasca y largas hierbas secas recogidas en los alrededores de la cueva que cubrimos con un largo manto de hilo de Mariamne. Después construimos un pequeño fogón con tres piedras redondas, donde encendimos un fuego y preparé una cocción de hierbas aromáticas, que además de relajarnos, nos reconfortó. La tomamos sin perder tiempo, pues debíamos seguir trabajando en la preparación del recinto.

A pesar de estar bastante cansados, el Cananeo y yo volvimos a bajar al pie del monte a recoger todo cuanto trajimos y que no pudimos subir porque trasladábamos al Maestro. Conseguimos ascender con todos los pertrechos y logramos alcanzar la cueva al amanecer bastante extenuados. Un pequeño descanso fue suficiente para reponernos y empezar a preparar el plan a seguir. La primera decisión tomada fue que allí se quedasen el menor número posible de personas, cuantas más estuvieran, más difícil sería el abastecimiento de quienes permaneciesen en ella y evidenciarían con facilidad la presencia del Maestro allí. Por ello lo ideal era que sólo le acompañase una persona en aquel lugar.

-Si debe quedarse alguien, está clarísimo que seré yo –respondió Mariamne.

No discutimos su decisión, pues además de ser su esposa, es-

taba muy preparada para afrontar cualquier imprevisto que pudiera presentarse durante su permanencia allí. La presencia de Needar ya no resultaba imprescindible, porque la curación que a diario se le realizaba podría hacérsela ella. Le dejó una vasija con unguento obtenido de líquidos extraídos de diferentes semillas y de distintas variedades de vegetales, entre ellas el romero y el mastranto.

Todas las mañanas y todas las tardes debería lavarle las heridas y las zonas próximas, secárselas y untarle el medicamento. Tampoco era necesario el Cananeo. Aquel entorno ofrecía toda la seguridad y además era bastante inaccesible, por lo cual no podía existir temor ante presencia alguna si se permanecía dentro de aquella oquedad. Yo, por otra parte, al estar establecido en Galilea, tendría la posibilidad de acercarme a aprovisionarles cada cierto tiempo o en caso de gravedad ella podría ponerse en contacto conmigo.

Decidimos bajar al día siguiente por la noche para no llamar la atención. Needar y el Cananeo proseguirían sus respectivas tareas; Needar ganando adeptos para el movimiento zelote y Simón llevando la palabra del Maestro a donde le mandasen a predicarla. Needar le dio a Mariamne la dirección de uno de sus compañeros que vivía en las cercanías del Tabor, para que en caso de una urgencia se acercase a verle. De esa forma se conectaría con él inmediatamente, en cuanto ella lo creyese necesario.

Preparamos la cueva para que pudieran vivir durante un corto periodo de tiempo. El suficiente para que los miembros del Sanedrín con el sumo sacerdote a la cabeza se olvidasen de Él. No les iba a resultar fácil vivir en aquel perdido rincón, aun-

que contaban con su fortaleza para salir adelante. La intención era permanecer en El Tabor un tiempo mínimo, quizás un trimestre. Deseaban marchar lo antes posible al Monasterio de Qumrán, donde el Maestro de Justicia les esperaba. Allí terminaría de restablecerse y podría empezar cuanto antes a predicar junto con su amigo Amok. Ambos deseaban, y así lo habían meditado durante largo tiempo, que toda la gente joven de la Comunidad partiera de allí y se dedicara a predicar todo cuanto habían aprendido.

Habíamos transportado suficiente comida para permanecer allí aislados durante un periodo prudencial de varios meses. En el caso de que yo me retrasase en subir más de lo previsto, Mariamne se las valdría para bajar y solicitar ayuda.

Sentado en el suelo, con la espalda apoyada en aquellas rocas marmóreas, los veía dormir plácidamente. Me hice el firme propósito de acompañarles el mayor tiempo posible en su obligado retiro. Pensé con tristeza y rabia en aquella reclusión forzada que habían de vivir quienes yo más quería. Aquella era la reclusión de un hombre, que sin haber tenido la conciencia del Mesías que todos vieron en Él, había puesto en marcha el mayor movimiento revolucionario social de todos los tiempos, el sustentado en los principios de igualdad de derechos entre todas las personas y en la lucha por intentar sacar a los pobres y a los oprimidos de la injusta situación en la que vivían.

El día siguiente se nos hizo muy corto. Dedicamos gran parte del tiempo a charlar y recordar los muchísimos momentos vividos, así como las vivencias agradables pasadas. Tantas evocamos que incluso nos hicieron sonreír en más de una ocasión. Al llegar la noche, y antes de marcharnos, tal como lo habíamos decidido, tomamos una bebida caliente que nuestra entrañable

Mariamne había preparado. La despedida fue dura, yo diría que durísima, como lo son todas las que se sienten. Dejar a mi amigo resultó ser el instante más amargo vivido desde su crucifixión.

-No me apetece dejaros -les dije.

-Tampoco yo deseo que lo hagas -me contestó Mariamne-, pero has de hacerlo, es inevitable que sea así.

Al marchar, dejaba enfermo a quien consagré mi vida desde muy joven y al que siempre había cuidado y ahora, debía decirle adiós. En unos segundos pensé muchas cosas y algunas de ellas me turbaron y me dieron mucho miedo. Quizás por primera vez llegué a sentir celos de Mariamne. Debía abandonar el Tabor sin demora. Tanto Needar como el Cananeo me insistían en ello. A ella sólo pude decirle que me lo cuidara, y al Maestro lo abracé evitando que me viese llorar, pero al separarme me di cuenta de que Él también lo hacía. Fue una bonita despedida, ¡inolvidable y única!

Mirándonos, los dos empezamos a sonreírnos, a la vez que nos dábamos un fuerte abrazo.



CAPÍTULO XXXVI PUERTA A LA ESPERANZA

NO PASABA UN DÍA SIN DEJAR DE TENER UN bonito recuerdo de ellos y por muy penoso que éste me hubiera ido siempre estaban dentro de mí. No me resultaba fácil realizar la labor encomendada en la primera reunión celebrada en Cafarnaúm presidida por Pedro. A ella no faltó ninguno de los convocados y, si bien no todos estuvimos de acuerdo con la generalidad de cuanto allí se expuso, todos aceptamos los acuerdos tomados. Tal como yo deseaba me mandaron dirigir Galilea. Años más tarde supe que tanto Lázaro como Nuriel le habían pedido a Pedro que me asignara dicha región con el fin de estar cerca del Maestro. Aquella decisión me vino muy bien; podría sentirme más próximo a ellos aunque no pudiera verlos con la asiduidad deseada. En una de las visitas que Nuriel hizo a Nazaret nos llamó al Cananeo y a mí.

Habría pasado algo más de mes y medio desde la última visita que les hice cuando una noche decidí subir al monte Tabor. Les llevé una cantidad suficiente de provisiones para un largo período, ya que no sabía el tiempo que tardaría en volver a verles.

Al llegar me alegré de haber ido porque desgraciadamente le hallé bastante enfermo y podía estar a su lado en esos momentos; me resultó penoso verle así, sobre todo cuando esperaba encontrarlo restablecido. Mariamne salió a la entrada de la cueva al sentir que alguien se acercaba hasta allí. Al ver que era yo quien llegaba, acudió a recibirme y, al abrazarse a mí, empezó a llorar sin poder contenerse.

-¡Jesús se nos muere, se nos muere! –me dijo temblando como una niña asustada.

Me acerqué hasta donde yacía El Maestro y reparé en su cara demacrada. La altísima fiebre nos hacía temer lo peor.

Aquella mujer, a quien siempre conocí entera y valiente, la encontré muy abatida. Me refirió el estado de gravedad en el que El Maestro había entrado el día anterior y cómo, de no haber llegado yo aquella noche, hubiese bajado para avisar a Nedar. Según ella, se iba reponiendo y hasta llegaron a pensar que muy pronto se pondría bien para emprender el camino hacia el monasterio de los esenios. Durante su estancia en la cueva se habían hecho muchos propósitos para llevar adelante, el principal de todos era el de seguir predicando y extendiendo la palabra del Padre. También conversamos sobre su hijo. Habían decidido llevarlo a vivir al Monasterio de Qumrán con ellos porque consideraban que debían prestarle más atención.

Después de referirme éstos y otros detalles, entramos al interior y allí, en su lecho, El Maestro permanecía sufriendo ante las circunstancias en las que se encontraba. Nos hizo una señal para que nos sentáramos a ambos lados de su cama, esforzándose para sonreírme e intentando agradecerme mi presencia allí. Tomó mi mano, estrechándola con la suya, pero noté que había perdido la fuerza. Yo apretaba la suya intentando trans-

mitirle todo mi amor.

-Poco puedo hacer ya, he luchado hasta la extenuación –fueron sus palabras.

Intenté animarle diciéndole que todos sus discípulos le esperaban, que sus palabras iban calando entre quienes las escuchaban y que sus mensajes estaban siendo llevados y difundidos por muchos lugares.

Asió la mano de Mariamne con su derecha y soltó la mía llevándola a las mejillas de ella que estuvo acariciándolo con una gran ternura durante un buen rato.

-Ahora sí ha llegado la hora de partir hacia El Padre. Él me está esperando -nos decía al ir apagándose.

-¿Qué haré yo sin ti? ¿Cómo podré vivir sin sentir tu fuerza? –le contestó Mariamne.

-Sé que podrás hacerlo. Tú harás lo mismo que los demás. Al igual que hacen tus compañeros, llevarás por todos los rincones de nuestro pueblo la palabra del Padre y transmitirás las enseñanzas que juntos aprendimos en Qumrán -le contestó con mucho poderío, sin dejar de acariciar sus mejillas.

-Así lo haré –le respondió toda apenada, sacando fuerza desde lo más profundo de su ser.

Con un trozo de tela limpiaba una y otra vez la frente sudorosa de aquél que no sólo había sido su maestro, sino también su mejor amigo y esposo.

Sin importarle mi presencia, Mariamne le iba recordando escenas vividas por los dos. Lo único que deseaba en aquellas circunstancias era hacerle olvidar la dramática situación en la que se encontraba y ofrecerle unos bonitos sueños fabricados con todos los momentos agradables y bellos que aún conservaban en sus mentes y que a lo largo de sus vidas habían perdurado

dentro de ellos.

Le habló de aquellos primeros días, cuando sintieron por primera vez que estaban enamorados, haciéndole revivir los momentos en los que una noche, tendidos sobre la hierba, contemplaba las estrellas que les hacían guiños de complicidad. Él sonreía al oír aquello.

Le hizo sentir el instante en el que con sus manos unidas, sus dedos entrelazados y temblorosos como cervatillos perdidos, se prometían amor para siempre, por encima de todo, o el momento en que por primera vez sus labios se besaron cálidamente en el Valle de las Margaritas, al empezar a marcharse el sol, cuando el cielo se llenaba del rojo intenso que tanto les gustaba. Sus ojos se iluminaban y su sonrisa seguía en su rostro, haciéndole adquirir una expresión continua de serenidad.

Le recordó gozosa el derroche de ternura y la pasión desbordada con la que se vieron envueltos en aquel precioso amanecer de Qumrán, haciendo por primera vez el amor. El Maestro seguía sonriendo

Mariamne evocó los bellos momentos vividos, retrocediendo al día en el que lo esperaba para decirle que sentía en su cuerpo algo muy especial, algo que le hacía creer que estaba embarazada. Y cómo Él, al conocer esa noticia, daba saltos de alegría sintiéndose el hombre más feliz del mundo. Sus ojos desbordaban una satisfacción difícil de describir. ¡Y seguía sonriendo!

Conforme Mariamne le iba hablando y evocándole instantes entrañables, Él asentía. ¡Y sonreía! Se sentía bien con lo que ella le contaba. Tan bien se hallaba oyéndola hablar así que, sonriéndole, le susurró un “¡te quiero, Mariamne!”

Me daba cuenta de que estaba consiguiendo lo que se había propuesto: llenar la mente de aquel ser admirable con cosas agradables y deseadas de oír.

Escuchar contar aquellas vivencias me producía un sabor agrisado extraño de alegría y pena hermanadas, de gozo y dolor a la vez. Lo importante era que los recuerdos del tiempo vivido le estaban haciendo mucho bien y pienso que quizá también se lo estaba haciendo a ella. Sí, se lo hacían los dos y a la vez a mí que la oía con un nudo en la garganta producido por las lágrimas contenidas.

De esa forma serena fue quedándose dormido aferrado a nuestras manos

Pasaban las horas y la fiebre persistía, se iba adueñando por completo de su cuerpo. Entre los dos procurábamos hacérsela bajar, humedeciendo su cuerpo con agua que se evaporaba con rapidez.

Empezaba a amanecer. Una tenue claridad se introducía por la entrada de aquella cavidad y cada segundo que pasaba iba empeorando: Él sentía la muerte rondando su cuerpo, la iba percibiendo por momentos. Al darse cuenta de ello extrajo de su dedo el anillo que le había regalado la anciana sanadora Aaleyah, siempre lo había llevado puesto hasta ese instante y se lo entregó a ella, ésta lo colocó en su pulgar. A mí me pidió con gestos que, le quitase la cruz Ankh que llevaba al cuello y la pusiese en el mío.

Al llegar el nuevo día nos pidió, con la voz casi imperceptible y entrecortada, que lo sacáramos al exterior, porque deseaba sentir el aire fresco en su cara al mirar desde aquella altura la tierra de los judíos. Entre los dos, con gran esfuerzo, lo incorporamos con mucha suavidad levantándolo del lecho. Como

podimos lo llevamos a la entrada de la oquedad y lo recostamos con la cabeza levantada y sostenida por Mariamne para que divisara el ancho horizonte y el Mar de Galilea.

¿Qué pasaría por su mente al contemplar aquellas tierras que en tantas ocasiones recorrió? ¿Qué pensaría de su vida entregada al Padre?

Él se sujetaba a nuestros brazos, aferrándose con todas sus fuerzas, que no eran muchas, sin querer dejarnos. Asiéndose a nuestras manos se sentía más seguro. Sus ojos nos miraban sorprendidos, sin creer lo que estaba ocurriendo, haciendo verdaderos esfuerzos para conseguir mantenerlos abiertos. Miraba una y otra vez a Mariamne, queriéndole transmitir sus deseos, porque ya no lograba coordinar sus palabras.

¡Dios! El Maestro iba dejando de ser Él, se estaba muriendo, se apagaba como una lamparilla a la que le empieza a faltar el aceite. Nos dejó, envolviéndonos de dolor, cuando el sol llenaba de luz todo el Monte Tabor.

CAPÍTULO XXXVII

DOMINADA POR LA INDIFERENCIA

SU MUERTE NOS INUNDÓ DE TRISTEZA. LA soledad se hizo dueña de todo el Monte Tabor y nos cercó por completo. En los primeros días entre Mariamne y yo apenas se cruzaron palabras, sólo hablamos lo imprescindible. Nuestro recogimiento fue total. Todos nuestros pensamientos se concentraban en Él. Le velábamos. Ella me miraba, yo la observaba y los dos contemplábamos aquel cuerpo inerte sin encontrar explicación alguna. Aquello no tenía sentido. Él, el hombre más grande de cuantos habíamos conocido, sólo, con ella y conmigo.

El Maestro, el día anterior a su muerte, al intuir que ésta era inminente e inevitable, había pedido que lo enterrase en el Tabor, en un sepulcro difícil de localizar, en la cueva o cerca de ella y que en el mismo no figurase identificación alguna. De esa forma, si descubrían su cuerpo, nadie sabría a quién había pertenecido.

Transcurrido el tiempo que debíamos guardar a nuestros muertos antes de darles sepultura, lo enterramos en una pe-

queña oquedad cercana a nuestra cueva. En ella dejaríamos su cuerpo el tiempo necesario para que se llevase a cabo su descomposición y pasados unos años lo trasladaríamos a nuestra cueva. Sellamos la entrada con piedras y una mezcla de granos de caliza.

De regreso pasamos toda la noche hablando. Fue Mariamne la que inició aquella conversación, expresándome sus intenciones para un futuro que comenzaba en ese momento. Quería seguir los deseos del Maestro, unirse al resto de los discípulos para extender por todo el territorio judío la nueva doctrina por donde hubiera un hombre dispuesto a hacerla suya. Lo primero que iba a hacer era buscar a Simón Pedro, como cabeza visible de todos, y ponerse a su disposición.

Decidimos dejar el Tabor la noche siguiente. No quisimos hacerlo durante el día, ya que de esa forma evitábamos que nos viesan bajar y además porque necesitábamos descansar y dormir.

Tal como habíamos previsto, descendimos, no sin antes borrar cualquier rastro de nuestra presencia allí y orar ante su tumba durante unos minutos. Un pequeño ramillete de flores silvestres que Mariamne se entretuvo en buscar y recoger, quedó en ella como único recuerdo. Mariamne sólo llevó consigo el diario que Jesús escribió a lo largo de su vida.

Una vez abajo, me expresó el deseo de ir a Nazaret a ver a su hijo, que vivía con su abuela y hasta allí la acompañé. Yo tenía también verdaderos deseos de verla, así como a mis padres, a quienes llevaba mucho tiempo sin visitar. Sólo pude estar con ellos un día, porque debía reincorporarme a mi misión de apostolado. Mariamne se quedó durante un tiempo en Nazaret, hasta unas semanas antes de la fiesta de Pascua. Ella

había decidido llevar a Judas, su hijo, a Jerusalén.

Mi encuentro con Mariamne y su hijo tuvo lugar de forma casual una jornada antes de entrar en la Ciudad Santa en una gran explanada donde las caravanas hacían noche. Ambos habíamos llegado en diferentes grupos y aunque la aglomeración de personas era muy grande el joven Judas me reconoció. Nos abrazamos los tres con una gran alegría y durante algo más de una hora estuvimos conversando. Dejé mi grupo y me incorporé al de ellos. A la mañana siguiente después de recorrer unos kilómetros entramos en Jerusalén.

Estando en la casa de José de Arimatea, que acababa de salir de la cárcel, coincidimos en aquellos días, entre otros, con Simón Pedro y Santiago.

Ella tenía verdaderos deseos de hablar con Simón Pedro y aprovechó la cena para hacerlo. Desde el primer momento se puso a su entera disposición para la causa por la que todos luchábamos.

-Puedes disponer de mí desde estos instantes y enviarme al lugar que creas más necesario –le dijo Mariamne.

Intuí que aquel ofrecimiento más que agradecerle a Pedro, lo contrarió enormemente y tuve la certeza que tras oír sus palabras se puso en guardia no sólo con ella, sino también con el resto de quienes estábamos sentados en la mesa.

La respuesta de éste no se hizo esperar. De forma esquiva le dijo:

-Todos los responsables de las distintas poblaciones han sido elegidos desde hace mucho tiempo y no existe la menor posibilidad ni de quitar a ninguno ni de efectuar nuevas designaciones. Son los delegados de cada territorio los que deben contar contigo.

-No deseo ocupar ningún espacio que dirija otro compañero. Sólo quiero ayudar desde cualquier puesto, aunque éste sea el

más humilde del territorio judío –le contestó Mariamne.

-En nuestro territorio es difícil, pero si tienes mucho empeño y deseos de iniciar el apostolado por otros lugares del mundo, puedes hacerlo sin ningún tipo de problemas.

Aquella respuesta sorprendió a todos, especialmente a Mariamne que sabía muy bien que el deseo del Maestro fue el de extender la palabra del Padre por territorio judío.

Tanto José de Arimatea como Santiago el Mayor y yo fuimos testigos de aquella conversación bastante concisa y tajante por parte de Pedro, que no discurrió por los derroteros que todos deseábamos, sobre todo, por los que había imaginado y anhelado Mariamne.

Ella esperaba otra cosa de aquel diálogo, cualquier otra, excepto la indiferencia mantenida por Simón Pedro con ella y que todos pudimos apreciar en la contestación dada a quien El Maestro había elegido como capitana de la barca que éste debía de timonear.

Con aquellas respuestas crueles, Pedro le estaba diciendo que no contaba con ella en su proyecto religioso.

En aquel momento tenso de la conversación, yo no dudé en ofrecer a Mariamne la dirección de Galilea que me habían asignado, convencido que Pedro lo aceptaría, pero me equivoqué, éste se opuso a mi propuesta sin darnos ninguna razón convincente.

Ante aquella actuación incomprensible por parte de Pedro, José de Arimatea y yo nos miramos sin dar crédito a lo que acabábamos de oír; nos parecía increíble lo escuchado, pero callamos, no deseábamos romper el principio de obediencia. Igualmente le ocurrió a Mariamne que sufría lo indecible sin entender nada.

Que ella tuviese que someterse a una decisión injusta nos pa-

recía cuanto menos, ¡mezquina e inaceptable!

¿Acaso Pedro había olvidado tan pronto el mensaje dado por El Maestro?

No puedo decir que aquella cena discurriera como habíamos imaginado todos los presentes, porque estaría faltando a la verdad. En el ambiente flotaba algo distinto y diferente a lo respirado en otras ocasiones. Diría que no fue una cena pascual.

Al terminar la misma, el de Arimatea requirió a Mariamne para hablar antes de marchar a la cama. Esperamos a que Simón Pedro se fuese a descansar para empezar a hablar.

José le dijo a Mariamne que si deseaba salir de allí a predicar y a ejercer su apostolado, él quería ayudarle y acompañarle, añadiendo que pondría todos los medios económicos necesarios para la consecución de aquel viaje.

Ella le agradeció su proposición y le dijo que estudiaría el lugar a donde podrían marchar a llevar la palabra del Maestro, porque quería hacer realidad la promesa que le había hecho. Santiago el Mayor, al que hubo que hacerle gestos para que no interviniese contestándole a Simón Pedro, se ofreció a seguirlos. También Nicodemo se brindó a acompañarla.

Yo debía retirarme a descansar, al día siguiente al alba, antes de la salida de los primeros rayos de sol, debía partir hacia Galilea, donde había sido llamado para tratar asuntos urgentes surgidos en las últimas horas.

Me despedí de todos, y en un apartado le manifesté a Mariamne que siempre estaría esperando su vuelta, porque algún día volvería y recordaríamos el extraordinario tiempo vivido por los tres. También le dije que en más de una ocasión subiría al Monte Tabor a visitarle y a poner flores silvestres a los pies

de su tumba. Nos miramos al decirnos adiós y con aquella mirada nos transmitimos multitud de recuerdos y mucha complicidad.

Les dejé charlando sobre la preparación de su viaje y meses más tarde supe que aquella misma noche estuvieron proyectando el itinerario que seguirían para ir a predicar fuera del territorio judío y quiénes formarían parte del grupo de personas que le acompañarían.

CAPÍTULO XXXVIII RECUERDOS

NO TENÍA LA FUERZA DE AÑOS ATRÁS PARA seguir predicando la verdad que Él nos enseñó, pero gente más joven, que me siguieron y a quienes formé en ella, continuaron la senda macada por El Maestro. Son verdaderos luchadores y no flaquearán en su afán por hacer borrar la mentira de su alrededor. Volví al Tabor después de muchos años, tras recorrer, metro a metro, Galilea, ejerciendo mi apostolado con absoluta dedicación y entrega. Regresé porque mi cuerpo estaba cansado y antes de morir debía terminar la petición que El Maestro me encargó: dejar constancia de sus vivencias a lo largo de su vida. Varios años he tardado en hacer realidad sus deseos. Hoy después de verdaderos esfuerzos ya está terminado el trabajo encomendado.

Hace unos meses bajé hasta Nazaret y asistí a una de las reuniones que de forma periódica mantenían mis seguidores. Algunos de los asistentes comentaron el contenido de determinados escritos redactados por Marcos sobre la vida del Maestro. Quienes los habían leídos coincidían en que no se correspondían rigurosamente con la realidad vivida por Él. Se

analizaron algunos fragmentos traídos por uno de los nuestros y todos coincidieron en que, de alguna forma, Marcos los había escrito intentando no molestar en exceso a los dominadores romanos.

Aquellos comentarios me dieron la oportunidad de confirmarles que aquello que habían leído carecía de veracidad y aproveché para decirles que yo había dejado escrito en pergaminos su vida completa, desde su nacimiento en Belén hasta su muerte.

Desde el mismo instante en que tuvieron conocimiento de lo expresado por mí mostraron mucho interés y deseos en tener acceso a los pergaminos porque necesitaban conocer la vida del Maestro y quisieron saber dónde estaban guardados. Les dije que éstos se encontraban a buen recaudo para evitar que fuesen hallados y destruidos por quienes servían a Roma.

Les insinué que éstos los tenía escondidos muy cerca de allí y que se los haría llegar a retazos, para que hiciesen del contenido de estos manuscritos un modelo de vida a seguir. Todos se alegraron por mi ofrecimiento.

Abandoné aquel encuentro con quienes consideraba mis seguidores y volví a subir al Tabor. Me fue muy difícil el retorno y nada fácil llegar hasta la cueva; mi cuerpo no me respondía. La mañana que bajé y me dirigí a Nazaret olvidé que ya tenía más de ochenta y cuatro años, demasiados para bajar y subir el Monte Sagrado. Nunca más pude descender, por ello me fue imposible llevarles los pergaminos prometidos. Tampoco ellos pudieron ponerse en contacto conmigo, porque desconocían donde me encontraba; no obstante, pienso, conociéndoles como les conozco, que han intentado buscarme muchas veces.

He dejado una serie de pistas para que, en el supuesto de que mis seguidores lleguen hasta aquí, puedan descubrir, sólo ellos, dónde están escondidos los manuscritos. Tengo la certeza de que no descansarán un instante hasta encontrarlos, aunque tarden siglos en hacerlo, ya que la perseverancia es una de las virtudes que les imbuí.

Si Mariamne hubiese estado aquí me habría ayudado a bajar, pero ella no ha llegado. Si estuviese conmigo, al menos habríamos compartido el amargo tiempo que me ha tocado vivir solo. Ha pasado mucho tiempo, demasiado desde que se marchó con José de Arimatea y Santiago el Mayor. En todo este periodo no ha transcurrido ni un solo día sin haberla recordado y ni un solo segundo sin haber evocado su nombre y el del Maestro. Durante los pasados años no he dejado de preguntarme si volveré a verla. Siempre tuve la sensación de encontrarme con ella aquí en nuestra cueva, pero también temí que sucediese lo contrario.

Vine a este lugar con la intención de terminar de escribir estos manuscritos sobre Él y el tiempo que estuvimos juntos: su vida y el entorno en el que se movió y soñó a la luz tenue de la janukiya, mi fiel aliada, el candelabro de nueve brazos del que nunca se separaron.

También volví, por qué no decirlo, porque esperaba ver aquí a Mariamne, o quizás para recibirla si llegaba. Estoy convencido de que vendrá. Siempre deseé darle una sorpresa, por ello he preparado el sepulcro permanente donde guardaremos para siempre los restos del Maestro. Sabía que no me sería fácil lograrlo, pero tenía la certeza que lo conseguiría.

Tardé en hacer realidad aquel sueño unos cinco años, en los que casi llegué a perder la noción del tiempo.

Un día me percaté de que en el piso de la sala mayor había una hendidura y me dispuse a agrandarla. Al ampliarla comprobé que bajo aquel suelo existía una amplia cavidad producida por las aguas subterráneas filtradas desde la superficie en tiempos remotos. Preparé una escalera para poder bajar a la misma. Una vez en ella acondicioné un receptáculo digno, donde colocar los restos del Maestro, para posteriormente sellarlo con una plancha de piedra caliza. Mi intención era preparar un recinto mortuorio permanente y oculto a todos. Lo más difícil fue conseguir que la losa-tapadera del receptáculo tuviera el mismo diámetro que la circunferencia de entrada al mismo. Para ir verificando esta coincidencia, construí un artificio capaz de sostener la losa para poder trabajarla y así bajarla hasta la boca horadada de forma fácil, cuantas veces fuese necesario para ir comprobando su encaje en ella.

Han pasado varios años y me encuentro sin fuerzas para continuar escribiendo. Mis facultades están mermadas e incluso hasta me cuesta trabajo seguir recordando. Ya no me importa el estado en que me hallo porque he cumplido hasta el final la misión de acompañar al Maestro en todo momento.

Únicamente me queda esperar, pero ¿esperar qué? El tiempo se me escapa a una velocidad de vértigo, o quizá ya no lo tengo siquiera. Me duelen los huesos del frío que paso en las eternas noches de invierno, y el alma de pena, de mis penas. Pero no es así; el frío ya no existe para mí, al igual que es inexistente el calor porque tampoco lo percibo. Ya no tengo lágrimas que arrojar porque mis ojos se han secado de tanto llorar recordándole en la cruz y a Mariamne con su hijo al pie del madero mirando a su padre. Me encuentro solo con mis recuerdos.

Necesito dormir y descansar un rato si no quiero volverme loco. Estoy lleno de soledad, la que envuelve todo mi ser. Mi soledad, mi eterna soledad. La soledad del vivo muerto, yermo. La del que ya no espera nada de la vida, ni del destino, ni del mañana, ni de nadie, porque aquí nadie existe. Mi cuerpo me duele tanto como el alma y siento el vacío infinito del cosmos enervándome con su silencio y su presión en mi espalda.

Mi cabello está blanco porque el polvo de la piedra caliza se ha incrustado en su interior. Mi cara, totalmente arrugada, ya no es la mía; no me reconozco, soy un espectro. Ayer me miré en un trozo de espejo de bronce encontrado fuera de la cueva y pude comprobar que quien se reflejaba en él no era yo, era un extraño el que me miraba desde aquel metal al que el bruñido lo había abandonado, mostrando su miseria junto a la mía. He sentido miedo de mí. Mi yo era otro. Una terrible transformación trastocaba todo mi ser, modificando mi cuerpo a través del más cruel de los deterioros.

Sin embargo, debo recobrar mi identidad. Intento buscar en mi mente imágenes que me ayuden. No quiero vivir muerto. Evoco los recuerdos de Mariamne, tan dulce como el amanecer, e ilusionada con los proyectos del Maestro. Ella es como la primavera que hace estallar brotes de frescura en las ramas envejecidas, despertándolas y ahuyentando su letargo.

Los dos se vieron reflejados en el pequeño Judas. ¿Qué será de él? me pregunto a menudo. Me hubiese gustado haber tenido hijos, al menos uno, como Jesús y Mariamne, pero... ¡qué extraño pensamiento! Habría sido hermoso haber visto florecer mi vida en otra vida nueva, fuerte, pujante y vigorosa.

Pero vuelve el silencio. ¿Acaso se fue alguna vez? Sí, todo es silencio, mutismo y vacío, porque ya me siento muerto.

Pero, ¿es real que estoy vivo? Claro que lo estoy, si no lo estuviera no esperaría su llegada. Se presentará, seguro que vendrá, lo sé. Lo intuyo. El Maestro ya está aquí, ha vuelto como hace siempre, de improviso, sin avisarme. Claro que Él no necesita hacerlo, sabe que yo siempre le estoy esperando, por muy tarde que llegue. Jesús, mi amigo, mi compañero, siempre regresa.

¿Qué me está pasando? ¿Por qué siento estas cosas inexplicables? ¿Por qué me ha hecho venir hasta aquí? ¿Qué querrá decirme a estas horas de la noche con el sueño que tengo?

¿Es que no se cansa nunca? Seguro que querrá que le acompañe hasta el Tiberiades para llevar la palabra del Padre a ese grupo de pescadores. Pero no podemos marcharnos porque debemos esperarla. Mariamne no nos perdonaría nunca que nos marchásemos sin ella. Debemos esperar un poco a que vuelva. Mientras tanto... ¿qué? No recuerdo lo que iba a decir. Quizás... no. ¿No, qué? Tengo sueño... mucho sueño. Quizás mañana sea hoy... no lo sé... Sí... seguro que sí lo es... ¿O no...?

CAPÍTULO XXXIX UN RETORNO ANHELADO

HACE UNA SEMANA QUE LLEGUÉ. NO ME FUE fácil subir al Tabor ni localizar la cueva. Durante tres días consecutivos anduve por los alrededores hasta dar con ella, pero ya estoy aquí y por ello me siento mejor.

Atrás he dejado a Amok, mi entrañable amigo y compañero. De él sólo me queda su recuerdo y este collar con la esfera de ámbar que El Maestro colocó en su cuello y que, antes de despedirnos, deseó que yo lo conservase. Sin su ayuda hubiese sido imposible poner en marcha la nueva iglesia. Amok me ayudó todo cuanto humanamente fue posible. A los dos nos guiaban los mismos deseos: cumplir con la voluntad de Él.

Al regreso del viaje emprendido con José de Arimatea, Santiago y Nicodemo me dirigí hacia Jericó y desde allí fui al Monasterio de Qumrán a buscarle.

Era necesario poner cuanto antes en marcha la nueva iglesia. Quienes se quedaron aquí no tuvieron la capacidad de hacerlo. Sé que hubo buena voluntad, pero no lo lograron. Muchos de los nuestros se habían dispersado por diferentes rincones, cum-

pliendo muy bien el mandato de predicar en su nombre, pero la descoordinación entre ellos era grande.

Debimos convencer a los esenios para que abandonasen de forma voluntaria el Monasterio y saliesen a predicar la nueva doctrina. Esa tarea la realizó Amok tal y como le había prometido al Maestro antes de ser crucificado. Ambos pensaban que la mejor forma de extender la palabra del Padre era la predicación. La mayor parte de los jóvenes le siguieron, quedando en el Monasterio sólo los mayores. Antes de abandonar aquel lugar, dejó terminado el trabajo iniciado a su regreso a Qumrán, sobre El Maestro, después de haberle entregado a los soldados romanos en el Huerto de los Olivos.

Amok fue quien puso en funcionamiento nuestras escuelas iniciáticas en las que se difundían los mensajes del Maestro y se preparaba a quienes se iniciaban en los nuevos ritos y en la vida comunal. También, siguiendo el modelo de los esenios, abrimos dispensarios donde se atendía a los enfermos y a las personas más apuradas. A través de estos establecimientos lográbamos introducirnos entre los grupos más necesitados y discriminados.

No nos faltaron los problemas, especialmente con Simón Pedro, que nunca me aceptó con agrado. Pienso que ésa fue una de las causas por las que ambos recorrimos caminos divergentes. Yo seguí en tierra judía y él marchó hacia Roma.

Los que me siguieron no aceptaron nunca acomodar las enseñanzas del Maestro a las conveniencias de Roma ni a la de sus dirigentes.

Por ello, tanto Amok, Maestro de Justicia de los esenios, como mi cuñado Jacob, cabeza visible de los cristianos de Jerusalén y yo como discípula a la que muchos de los incondicionales del Maestro siguieron, sufrimos adversidades y

enemistades para sacar adelante el proyecto de extender su palabra. Nos sirvió muchísimo el pensamiento que Filón nos inculcó en Alejandría, por ello, hicimos nuestras algunas ideas y planteamientos suyos y las llevamos a la práctica al poner en marcha la nueva iglesia.

Durante muchos años he llevado el peso de nuestra iglesia y ahora he decidido volver aquí para estar cerca de Él los últimos años de mi vida.

Qumran ha sido tomada por los romanos, el templo de Jerusalén destruido y nuestra gente perseguida y dispersada a lo largo de todo nuestro territorio.

En estos momentos escribo continuando los manuscritos recién terminados por Mat-Yah contándonos todas las vivencias del Maestro, desde su nacimiento hasta su muerte.

Yo también, hace años, escribí unos pergaminos relatando cuanto viví con Él. Juan me ayudó a recordar ciertos pasajes que vivimos juntos durante diferentes periodos. Precisamente a Juan se los entregué antes de subir aquí. En el Tabor no servirían de nada y nadie mejor que él sabrá darles el uso más conveniente.

Ya llevo aquí unas semanas y Mat-Yah sigue andando y andando. Se pasa las horas del día y de la noche recorriendo la cueva a través de sus estrechos pasillos aguardándonos a mí y al Maestro. Desde mi llegada hice todo lo posible para que me reconociera, pero desafortunadamente, no lo he logrado. Me considera una buena amiga, que le visita para traerle víveres desde Nazaret. Al hablar conmigo me cuenta cómo Mariamne es su esposa y la de Jesús y que se siente muy feliz recordándonos y esperando que regresemos lo antes posible del viaje emprendido. Cada media hora, vuelve a hacerme la misma pregunta:

-¿Cuándo volverán Mariamne y Jesús? Seguro que llegan hoy. Y así una y otra vez.

¡Cuánto le quisimos! ¡Cuánto le quiero! Él era nuestro verdadero hermano, el que siempre se desvivió por nosotros.

Mat-Yah sigue dando vueltas y vueltas alrededor de sí mismo mientras sueña. Es incansable, si bien día a día su ritmo va disminuyendo. ¡Cuánta pena me da verle en ese estado! Me cuesta trabajo entender qué le ha pasado.

¿Vive una situación irreal? Seguro que sí, pero suya. Se encuentra en otro mundo, en su mundo, en un espacio mágico donde él es su dueño. Nadie manda en sus pensamientos, excepto los recuerdos de Jesús y los míos a los que está supeditado. Le dominan por completo.

He leído sus pergaminos y podría hacerlos míos. Me he asombrado de la fidelidad con que ha contado lo vivido con Él. En todos sus escritos he notado el amor y el cariño que nos profesaba. A través de sus manuscritos he visto cómo tenía muy claro mi regreso al Tabor. No podía ser de otra forma, aquí se encuentra parte de mi vida, aquí se halla Él, el hombre a quien quise por encima de todo, hasta del propio Dios, y estoy convencida de que nuestro Padre lo entendería.

¿Cómo no iba a darme una sorpresa Mat-Yah al construir el receptáculo donde El Maestro descansará para siempre? Mucho ha debido de querernos para lograrlo. Numerosos golpes de mazo debió de dar para lograr perforar y ahondar centímetro a centímetro el espacio que tengo ante mis ojos.

Ahora debemos trasladar los restos del Maestro desde su sepultura provisional, hasta la cueva y tú, mi compañero inseparable, me vas a ayudar.

¡Pobre amigo mío! ¡Cómo te hubiera gustado haber sido consciente y haber vivido este instante en el que vamos a colocar lo que queda del Maestro en la oquedad que has abierto! Le miro y le hablo como si me estuviera entendiendo, pero no es así. Aunque sus ojos dan la sensación de que miran a los míos, tengo la certeza de que no lo hacen.

Yo intento adentrarme en su mente para conocer sus pensamientos y le hablo como si me entendiese, pidiéndole ayuda, aunque no tenga conciencia de lo que vamos a hacer. Quiero que venga conmigo y abramos la sepultura en la que le enterramos para traerle al espacio preparado por él.

-Ven, acompáñame a donde está, extraeremos lo que queda de su cuerpo –le dije.

Tomé su mano y me siguió hasta donde Él estaba. Cuando quitamos las piedras que sellaban su sepulcro me quedé petrificada y confusa. Vi ante mí, el cuerpo incorrupto del Maestro, exactamente igual que cuando le enterramos. Observé cómo el tiempo no había pasado por Él.

Mat-Yah, sin darse cuenta de nada, me miraba sin hacer el menor comentario sobre lo que teníamos ante nuestros ojos. Con su ayuda saqué su cuerpo y lo trajimos al receptáculo mortuario, donde lo colocamos sobre una losa instalada a unos cuarenta centímetros del suelo.

Junto a Él, en un arca, hemos dejado los pergaminos escritos por Mat-Yah y que no he podido entregar a sus seguidores porque no les conozco, ni sé dónde podría localizarles. He optado por dejarlos aquí antes de cometer la imprudencia de bajarlos y que cayesen en manos no deseadas.



CAPÍTULO XL ETERNA MORADA

HA PASADO EL TIEMPO Y TODOS LOS AMANECERES me decía: mañana sellaré su morada. Pero ese mañana se ha ido prolongando siete años, que es el tiempo que llevo en el Tabor. Prefiero tenerlo presente, viendo su rostro a diario, incluso he llegado a hablarle en muchas ocasiones y, aunque no me haya respondido me he sentido acompañada.

Durante este tiempo el bueno de Mat-Yah murió y le enterré donde había estado el cuerpo del Maestro. Junto a su cadáver dejé unos manuscritos, donde plasmé las vivencias que tuve durante mi viaje por otras tierras acompañada por José de Arimatea. Quise dejarlos allí para no mezclarlos con los pergaminos que se encuentran en esta cueva. También coloqué entre sus manos el Maat, la diosa de la verdad, la armonía y la justicia, siempre la he llevado conmigo desde el día en que me la regaló el grupo de sanadores de Menfis.

Mañana hará un año de su muerte. Le recogeré flores y formaré con ellas un pequeño ramo que llevaré a su tumba. En el tiempo que convivimos antes de su muerte le cuidé con el

mismo cariño y amor con el que nos atendió al Maestro y a mí. Ahora que no está, siento su falta, pues aunque tenía la cabeza enferma y se pasaba día y noche hablando, me hacía mucha compañía.

Echo de menos a mi hijo. Pienso en lo lejos que está. La última vez que supe de él vivía en Judea, concretamente en Jerusalén transformado en un dirigente zelote, no sólo defendiendo un nacionalismo radical, sino también luchando contra el fariseísmo de la sociedad judía. Intenté en una ocasión convencerle para que se uniese a nuestra iglesia y no lo conseguí. Tenía muy claro que debía unirse a aquellos que luchaban contra la dominación de los romanos y quienes colaboraban con éstos. Más tarde supe que su intrepidez y coraje le hicieron convertirse en un destacado y a la vez perseguido zelote.

No hay día que no le recuerde y eleve mis oraciones a los cielos por él.

-¿Qué hará en estos momentos? –me pregunto cada día.

Ya llevo cuatro años aquí con Él, sintiendo que muy pronto estaremos juntos en el Reino del Padre. Desde mañana dormiré cada noche en este receptáculo. Me sentaré junto a Él y tomaré su mano y de esa forma, noche tras noche, me quedará dormida más fácilmente.

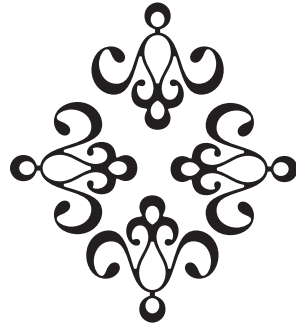
El tiempo corre muy lentamente, más de lo deseado. Me gustaría que pasase más rápido, tanto como mi pensamiento me lleva hacia donde se encuentra. Desearía dormirme y no despertar. Mi único quehacer consiste en salir cada dos o tres días, muy temprano, a recoger pequeñas cantidades de alimentos

que me proporcionan estas tierras. Procuro no retirarme lejos de la boca de la cueva, porque me cuesta mucho trabajo caminar por estos terrenos escarpados e inaccesibles. Mis piernas no me responden como yo quisiera y no deseo sufrir una caída, pues si esto sucediera no podría volver aquí. Cada día transcurrido noto cómo se me van las fuerzas. Hace unos años podía colmar la cesta de frutos silvestres y hoy no puedo llenarla más de la mitad. También, cada siete días, repongo la arena vaciada del capacho del ingenio preparado por Mat-Yah, para así mantener abierta la entrada del recinto donde Él se encuentra y me permita bajar a diario a acompañarle.

Escribo este pergamino a la entrada de la cueva, entre ésta y una intensa vegetación que hay delante de ella que me impide ver el horizonte pero que me hace sentir muy segura.

Sé que el tiempo se me está yendo. Lo voy notando no sólo en las arrugas que van acentuándose en mi rostro día a día, sino también en el esfuerzo que cada mañana tengo que hacer para seguir viviendo. Noto cómo mis fuerzas comienzan a abandonarme. Empiezo a cansarme sólo con andar por el interior de este recinto. Bajar la escalera adonde Él se encuentra me resulta difícilísimo.

Muy pronto, estoy segura de que cualquier noche cuando esté dormida junto a Él, vendrá a llevarme. Cuando eso ocurra nadie podrá reponer la arena que haya salido de la saca y la losa descenderá lentamente hasta sellar la entrada de la que será la morada de nuestros cuerpos, porque la de nuestras almas estará junto al Padre.



Parte Añadida





CAPÍTULO XLI EL ENCUENTRO

CUANDO ILDEFONSO Y YO NOS RETIRÁBAMOS, después de haber terminado el acto de presentación a la prensa del libro que tienes en tus manos, recibimos por sorpresa la visita de nuestro amigo Benor -el Estudiante-. Él había asistido a aquella sesión informativa sin habernos comunicado su presencia en la sala. De haberlo hecho, evidentemente hubiese formado parte de los componentes de la mesa que ofrecimos aquella rueda de prensa.

Demostraba estar muy contento, y hasta eufórico diría yo, porque la verdad sobre Jesús empezaba a ver la luz. Decidimos ir a cenar a un restaurante para así poder charlar pausadamente y sin prisas. Mientras caminábamos, pensaba en las preguntas que me habían llenado de curiosidad durante el tiempo en que escribíamos el libro, para planteárselas durante la cena.

La mesa que ocupamos se encontraba en una terraza que se asomaba al mar y el agua arribaba a unos tres metros debajo de donde cenábamos. Benor no dejaba de mirarla, como si lo tuviese atrapado.

-¿Te gusta el agua? -le pregunté.

-Sí, mucho, pero más que gustarme, me engancha. Me trae gratos recuerdos de mi tierra. Al llegar aquí me asomé y, en esos primeros instantes, he tenido la sensación de estar junto al Mar de Galilea -me contestó.

La cena transcurría con absoluta normalidad. Era agradable estar allí disfrutando de una interesante y amena charla. Benor era un extraordinario conversador.

¿Quién era realmente Benor? ¿A qué organización pertenecía? Todos estos interrogantes me intrigaban y tenía el deseo de preguntárselos directamente a él. Consideraba que no gozaría de una mejor ocasión para hacerlo, lo tenía frente a mí. Quizás nunca más dispondríamos de otro momento como aquel.

-¿Cómo has sabido que esta noche presentábamos el libro? – le pregunté con suma intriga. Hemos hecho todo lo imposible para comunicártelo e invitarte y no fuimos capaces de localizarte.

-Os diré que nuestra organización está extendida por muchas ciudades del mundo y son numerosas las personas que pertenecemos a ella -me dijo con cierta solemnidad.

-¿También estáis en España? –le requerí con imperiosa curiosidad.

-Sí, Sefarad es una de las naciones donde más hermanos tenemos. Pensad que vuestro país fue la tierra de miles de judíos sefarditas. Este fue su país, al igual que ahora lo es de vosotros -nos denunció con suma serenidad.

-Una de las personas que vive en esta ciudad, en vuestro entorno, tenía la obligación de realizaros una discreta vigilancia de apoyo hasta el día de hoy, por si en algún momento nos hubieseis necesitado. Esta tarde con la presentación del libro, el seguimiento que os hacíamos ha concluido -me dijo.

-Me comentaste en cierta ocasión que vuestra organización tenía dos mil años de antigüedad -le seguí preguntando ante la atenta mirada de Ildefonso-. ¿Cómo se formó? ¿Quiénes la hicieron posible?

Pensé que Benor no respondería a mis preguntas, sin embargo éstas fueron el plato fuerte de la noche. No sólo no le molestaron, sino que disfrutó hablándonos de ellas.

Nos recordó la reunión que Mat-Yah tuvo en Nazaret con sus seguidores, así como la comunicación que les hizo sobre sus vivencias con Jesús, desde su nacimiento hasta su muerte, y que éstas las había dejado manuscritas en los legajos escondidos en un lugar que consideró seguro.

Asentíamos a lo que nos decía Benor y prosiguió exponiéndonos cómo sus compañeros quedaron esperando la entrega de los pergaminos prometidos por Mat-Yah. Como pasaban los días y éste no acudía a entregárselos, decidieron salir en su busca, convencidos de que averiguarían su refugio, pues les había dicho que los pergaminos estaban escondidos en un paraje próximo a Nazaret. Creyeron firmemente que él estaría donde se guardaban los manuscritos. Al no encontrarle sus seguidores pensaron que algo debió de haberle ocurrido, pues en ningún momento les había fallado y siempre fue un fiel cumplidor de sus promesas, no sólo a los compañeros, sino también a quienes no lo eran.

-Nunca más supimos de él ni de sus pergaminos. Lo ocurrido ya lo sabéis vosotros. Mat-Yah no pudo volver a bajar del Tabor, ni Mariamne se atrevió a entregar los manuscritos por no conocer a quiénes debería hacerlo, sus seguidores, por lo que allí quedaron guardados hasta que los descubrimos.

Para los seguidores de Mat-Yah, encontrar la vida sobre

Jesús, escrita por quien había sido su dirigente, era de vital importancia en aquellos primeros tiempos del cristianismo, porque se estaba librando una verdadera batalla entre las dos grandes facciones que se habían formado dentro de la nueva organización y que luchaban entre ellas por la hegemonía de la naciente iglesia.

Nuestra sorpresa era grande oyendo cuanto nos decía Benor. Estábamos desconcertados y deseábamos seguir escuchándole, por ello callábamos y le prestábamos toda la atención posible.

Prosiguió refiriéndonos cómo una de esas facciones, la comandada por Mariamne, defendía al Jesús real, al que habían conocido y convivido con ellos en el territorio judío, el que inició el mayor movimiento reivindicativo y solidario jamás vivido en el pasado, hasta el punto de marcar con ello un nuevo orden social, el que nunca se vendió al poder romano y no quiso que lo viesen como El Mesías, el que no cayó en ningún momento en la vanidad de creerse Dios porque siempre se sintió hombre, el que deseó transmitir a todos la filosofía esenia con algunas pequeñas modificaciones, solamente conocida por quienes estuvieron a su lado.

Por otra parte los que se hacían llamar ortodoxos y que hoy denominaríamos vaticanistas, modificaron en gran medida las enseñanzas transmitidas por Él, llegando incluso a convertir “su muerte” en un triunfo religioso tras su “resurrección”.

Benor siguió diciéndonos con voz pausada, pero sabiendo mantener viva la conversación, que los postulados que defendían los grupos seguidores de Mariamne fueron declarados hereéticos y ellos herejes porque no aceptaron las modificaciones impuestas. Se hicieron muchos intentos por parte de los ortodoxos para dejarlos en el ostracismo.

-Por lo que nos dices, Mariamne tuvo entonces un gran protagonismo en los primeros años del cristianismo –se interesó Ildefonso.

-El principal de todos; podemos decir sin temor a equivocarnos que ella fue cofundadora de la nueva iglesia junto con Amok, -hoy conocido por Judas Iscariote- el que fuese el responsable de los esenios y el gran amigo de Jesús. Ella fue la persona que durante un tiempo dirigió la naciente iglesia, tal como Él había expresado a sus discípulos.

Siguió Benor comentándonos cómo las verdades sobre Jesús, las dejadas escritas por Mariamne en los pergaminos –evangelios-, las entregadas a Juan para que se hiciera un buen uso en su tarea de extender la nueva doctrina, fueron modificadas, cambiados sus textos y hasta suplantada su autoría. De esa forma, hicieron desaparecer cualquier vestigio de que la primitiva iglesia fuese regida por una mujer. Debió de ser muy duro, para algunos de aquellos primeros dirigentes, aceptar que una mujer pudiese haberles dirigido. Aquella forma de pensar era normal en la sociedad judía de aquellos tiempos. Con Jesús eso no ocurrió nunca.

Nos habló también de los escritos, concretamente el del evangelio de Tomás, encontrado en Nag Hammadi, poniendo en boca de Pedro una durísima frase dirigida a Mariamne, invitándole a marcharse porque las mujeres no eran dignas de la vida.

Nuestro asombro, ante lo que nos decía Benor era grande. Y lo más importante, es que lo decía con absoluta credibilidad. En eso coincidimos más tarde Ildefonso y yo.

Nos relató de forma detallada cómo Mariamne dirigió a estos grupos cristianos desde la vuelta del viaje realizado con José de

Arimatea, hasta su marcha a la cueva. Ella quiso ir a morir cerca de su esposo. No imaginó nunca que en el Tabor se iba a encontrar con Mat-Yah, que años antes había decidido retirarse allí a escribir la vida de Jesús.

-Por ello, los primeros dirigentes de nuestra organización de-searon encontrar esos manuscritos, porque conociendo el contenido de los mismos podían refutar todos los argumentos que los ortodoxos utilizaron para modificar el mensaje del Maestro -nos expresó Benor.

-¿Modificar el mensaje de Jesús? –le pregunté sorprendido.

Ante mi pregunta, Benor nos relató cómo se había pretendido presentar a un Jesús distinto al que realmente fue, ocultando a conciencia el período temporal en el que se movió. La época en la que vivió se caracterizó por una intensa helenización, por un fuerte clima de agitación e intriga política y por continuas revueltas reprimidas a sangre y en la cruz. Evidentemente Él no pudo permanecer lejos de esa total politización. Por ello, aunque hayan querido presentarnos a un Jesús timorato y poco agresivo contra el poder de los romanos la realidad fue bien distinta.

Para el poder constituido por Roma, Jesús era un rebelde, un “lestai”, y por ello es condenado a la crucifixión, castigo reservado a los zelotes, principalmente, por razones políticas, como sediciosos contra el poder establecido en Judea. Jesús muere como zelote, si bien no llegó a serlo porque su modus operandi no se parecía en nada al que practicaba esa organización. Sin embargo, tanto Él como ellos lucharon contra el poder romano, unos a través de la lucha armada y Él, a través de una doctrina social-religiosa.

-¿Se movió entonces Jesús en el mundo de la política? –le consultó Ildefonso.

Benor, como movido por un resorte, le respondió con rotundidad que no, que en ningún momento se dejó arrastrar por la

política, sólo ejerció la actividad religiosa, pero ésta en aquel tiempo se podía confundir fácilmente con la actividad política.

Siguió diciéndonos que el poder crítico practicado por Él debilitaba sin la menor duda a la clase dirigente ejercida por los saduceos sobre el pueblo y de forma muy especial al de los fariseos que perdía influencia sobre la clase más débil. Por ésa y otras razones intentaban convencer a Pilatos, diciéndole que Jesús era enemigo del César, que pretendía llevar a cabo la reforma del judaísmo y además que convivía con los zelotes. Esto sí fue cierto, algunos de sus discípulos eran destacados miembros de esa organización considerada extremista.

Realmente Él pensaba que pagar los impuestos al César era una indignidad e inmoralidad, ya que al mismo tiempo se negaba con ello a Dios. En Él pesaba el sentimiento bíblico de “no puede, ni debe, servirse a dos señores”.

Por otra parte, le argumentaron que Jesús, al hacerse seguir por el pueblo, pretendía levantarlo contra el poder romano y no pagar los tributos.

-Pero ¿no fue seguido por muchos judíos que lo consideraron rey? -volvió a interesarse Ildefonso.

-Eso es cierto. La gente lo consideró el rey que venía a liberar al pueblo judío del poder romano y como tal lo recibieron en Jerusalén, aunque siempre dejó claro que su reino no era de este mundo. Es más, el recibimiento que se le hizo fue el de un mesías y el mesianismo siempre es algo manifiestamente político –nos explicó Benor-. Él evitó en multitud de ocasiones parecerlo, pero no convenció de ello a los demás, ni tan siquiera a sus adeptos más afines. Cuando preguntaba a sus más allegados quién era, unos le decían El Profeta; y otros, El Mesías, El Hijo de Dios vivo. Sin embargo, siempre prefería llamarse Hijo del Padre. No le agradaba ser conocido ni tratado como un mesías.

-Hay una pregunta que me he planteado en más de una ocasión sin obtener contestación y quizás me la puedas contestar -le expresé.

-Hazla -me contestó.

-¿Por qué en tan sólo unos días abandonan a Jesús tantas personas que le siguieron a su entrada en Jerusalén? ¿Qué pasó realmente? -le requerí.

-Ocurrió que, al pedírsele al pueblo que escogiese entre liberar a Barrabás o a Jesús, se decidieron por Barrabás, un conocidísimo nacionalista, azote de los romanos. La gente, durante el tiempo en que era juzgado se dio cuenta de que éste no era el rey terrenal que esperaban, ni el zelote que todos creían, ni el mesías que los libraría del poder romano. La frase "mi reino no es de este mundo" había calado profundamente entre la gente y los había desconcertado. Para ellos Jesús había dejado de ser el libertador terrenal que todos esperaban y se había convertido en el libertador espiritual que el pueblo sometido no deseaba en aquellos momentos -me respondió.

-Por otra parte -siguió diciéndonos-, la gente al estar convencida de que moriría, dejaron de acompañarle pues sabían que nunca un mesías vino a morir por el pueblo sino a salvarlo.

-¿Por qué no le hicieron ver que el pueblo no sólo no le seguía, sino que le había abandonado? -le pregunté.

-Claro que le expusieron esa situación -nos respondió Benor y continuó diciéndonos -hubo un momento en que Jesús llegó a estar convencido de que el Padre deseaba su sacrificio. Tanto insistieron algunos de sus seguidores en recordarle las profecías que Él llegó a creerlas. Por ello, Él hizo todo lo posible porque estas se llevasen a cabo. Nada podríamos reprocharle.

-No me gustaría marcharme de aquí sin conocer lo que opinas sobre su resurrección -se interesó Ildefonso.

-Las circunstancias hicieron posible, que su muerte en la cruz no fuese real para Él y un reducido número de personas, pero esa fue la situación permitida por Dios y nada podemos objetar. Para el resto de sus seguidores murió y resucitó al tercer día –este es el pilar fundamental en el que se sostiene el cristianismo- pero para nosotros el que este hecho ocurriese así, no menoscaba en lo más mínimo la figura de Jesús, más bien todo lo contrario, la fortalece. Él llevó a cabo la mayor revolución social de la historia y transmitió un mensaje nuevo de liberación y rebeldía, de fraternidad e igualdad y por encima de todo de entrega y amor como hasta entonces no se había concebido. Por otra parte, Él nunca dijo que había estado muerto durante tres días, en tal caso fueron los demás quienes lo creyeron así. Tampoco Él tuvo constancia que los demás opinaban de esa forma respecto a su muerte, es más esperaba restablecerse para dirigirse a Qumrán y seguir llevando a los demás hombres la palabra del Padre –nos dijo.

Queríamos conocer cómo y en qué lugar se formó su organización e insistimos en ello, preguntándole de nuevo.

Nos expuso que en una posterior reunión a la que había asistido Mat-Yah acordaron formar una organización religiosa testimonial con el fin de reivindicar la verdad sobre El Maestro, pues sabían que lo escrito por Marcos sobre Él, lo hizo de forma mediatizada y convenida, no correspondiéndose estrictamente con la verdad. También Saulo, verdadero artífice de la expansión del cristianismo entre los judíos de la diáspora y entre los romanos y griegos, luchaba por transformar su realidad humana, sosteniendo con rotundidad que Jesús era el mismo Dios.

Lo que en un principio nace de forma testimonial, con el transcurrir del tiempo, a partir del concilio de Nicea –en el año trescientos veinticinco- se convierte en una organización fuerte y con un gran número de hermanos. A nosotros se nos unieron colectivos que procedían de reducidos grupos esenios y gnósticos, así como algunas comunidades cristianas que después de la finalización de esa gran asamblea se sintieron excluidas y expulsadas al considerárseles herejes según la nueva iglesia naciente. Ésta no dudó en perseguirlos porque seguían manteniendo que Jesús fue un enviado pero no un Dios.

-¿Por qué se sintieron excluidos esos grupos cristianos? –le pregunté.

-El concilio de Nicea, convocado por el emperador Constantino El Grande, aun cuando éste no era cristiano sino sumo sacerdote del Sol Invicto, logró transformar y reconvertir la iglesia cristiana originaria, de naturaleza cerrada, en otra de multitudes, modificando los principios por los que ésta se movía. Se acordó la naturaleza divina de Jesús por un margen corto de votos y se llevó a cabo la postergación y el menosprecio de la mujer, prohibiéndosele incluso el sacerdocio. Desde aquel momento se admitió al cristianismo como la religión oficial del Imperio romano, convirtiéndose de esa forma en universal –católica– y al servicio del emperador.

-¿Tan arraigada estaba la idea de Jesús hombre?

-Ni en la sociedad judía, ni entre los miembros de las comunidades cristianas nacientes, entre ellos su hermano Jacob primer dirigente de la de Jerusalén, se concebía la idea de la existencia de diversos dioses, por lo tanto no se pensaba que Él lo fuera. Sólo el hecho de pronunciarse en ese sentido se consideraba como una ofensa, además de una execrable blasfemia.

Benor nos expuso cómo fueron eliminadas las escuelas donde se preparaban e iniciaban en el culto los que deseaban formar parte de la iglesia, castigándose con dureza el libre pensamiento e impidiéndosele con ello la discusión en libertad. También se impusieron las reglas de acatamiento y sumisión por encima de todo.

Siguió contándonos Benor cómo desde el primer día en que fue creada la Organización se dedicaron a buscar los pergaminos escritos por Mat-Yah, porque sabían que estaban llenos de verdad. Nadie como él pudo llegar a conocer tan bien a Jesús.

-Siempre intuimos que podrían estar en el Monte Tabor, pero por mucho que buscamos en sus cuevas, nunca pudimos dar con ellos. La casualidad lo ha hecho posible -nos aseveró Benor con una sonrisa.

-¿Casualidad? ¿Por qué no curiosidad? -le expresé.

-¿Y cómo sabíais que solicitamos la licencia para realizar una excavación en el Monte Tabor? -le preguntó Ildefonso.

-Nuestra gente trabaja en diferentes instituciones israelíes. Concretamente en las que más hermanos tenemos son en los organismos relacionados con el Patrimonio cultural-histórico y en los religiosos -nos contestó.

Nos dijo que a partir de nuestra solicitud de excavación en la cueva, como me había dicho en otra ocasión, me hicieron un seguimiento, al igual que se lo hacían a quienes merodeaban o solicitaban permisos para acometer excavaciones en los alrededores del Monte Tabor. Eso mismo lo habían hecho en diferentes ocasiones y tenían la seguridad de que algún día descubrirían los manuscritos de Mat-Yah. Todo era cuestión de paciencia. En mi visita al Tabor se dieron cuenta de mi curiosidad, pues no era normal que la hiciese con cuerdas, linter-

nas y otros pertrechos. Sonreí sintiéndome un iluso, advirtiéndome que conocían todos mis movimientos cuando creía que sólo yo, era dueño de los mismos.

Recordamos el día que lo contratamos como ayudante y entre los tres reconstruimos cómo se produjo aquel hecho.

-En el Santuario del Libro nos indicaron que contratásemos a un estudiante. ¿Aquella persona que nos aconsejó era uno de vosotros? -se interesó Ildefonso.

-Quien os lo propuso ciertamente era un compañero nuestro, e inmediatamente me lo comunicó, y al ver la seriedad con la que tratabais aquella excavación decidí, en lugar de mandar a otro, ser yo el que se hiciese pasar por un estudiante de arqueología y ofrecerme a vosotros.

-Me gustaría conocer las razones que tuvisteis para intentar robar los pergaminos falsificados que llevábamos a entregar al Museo de Israel, cuando ya se encontraban en vuestro poder los verdaderos -le pregunté.

-Aquello se preparó para simular un robo con la intención de haceros desistir de continuar con la investigación. A nosotros nos suponía un problema que aquel material falso llegase al museo y se descubriese el cambio hecho con los verdaderos pergaminos y los demás objetos encontrados. Nosotros ya teníamos cuanto deseábamos, por ello robándolos hacíamos desaparecer todas las pruebas y siempre se habría pensado, en caso de algún tipo de indagación, que se robaron los pergaminos auténticos, nunca los falsificados, porque todos desconocían que éstos estaban en nuestro poder.

-Nosotros -le dije-, hubiésemos denunciado el robo, por lo tanto se habría llevado a cabo una investigación sobre él.

-Vuestra denuncia nunca hubiese llegado a su destino –me dijo Benor.

Aquella respuesta me hizo desistir de continuar preguntándole sobre aquello y, como deseaba seguir conociendo más vicencias pasadas, proseguí consultándole.

-¿En qué momento pensaste que en Altair podríamos hallar los restos de Mat-Yah y sus manuscritos? –mi curiosidad me incitó a preguntarle.

-Desde que puse mis pies en ella, -me contestó-, al ver el primer círculo intuí que estábamos en el buen camino, al observar el interior del segundo me convencí de ello y al estar ante el tercero confirmé mi intuición.

-¿Qué relación existía entre Mat-Yah y los círculos?

-Sabíamos que Mat-Yah era seguidor de la escuela del mago Honi, más conocido como el Trazador de Círculos, y todos sus mensajes los habría transmitido dentro de éstos, por ello tuve la certeza de que allí, en aquel lugar, hallaría lo que durante dos mil años habíamos buscado. Los esenios también dibujaban círculos alrededor de todo aquello que querían proteger de los espíritus malignos. Mat-Yah había intentado proteger sus mensajes introduciéndolos dentro de ellos.

-¿Habéis encontrado los manuscritos que Mariamne escribió sobre el viaje que realizó con José de Arimatea y Santiago y que nos dijo que guardó en la tumba donde enterró a Mat-Yah?

Aquella era también una forma de preguntarle si habían encontrado los restos de su cuerpo.

-Estamos en ello y, aunque sabemos que su tumba no debe de estar muy lejos de la de Altair, no es fácil dar con ella. La erosión ha cubierto cualquier hendidura que pudiera darnos una pista. Tendríamos que mover muchos metros cúbicos de piedras para

dar con ella y eso es imposible hacerlo, pues las autoridades israelíes nos localizarían fácilmente. Un hecho casual podría hacer posible que surgiese a la luz, pero la Organización no tiene prisa: sabremos esperar como hemos esperado dos mil años.

El día que se encuentren los manuscritos escritos por Mariamne sobre el nacimiento del cristianismo, entenderemos muchas cosas que en estos momentos se nos escapan. Habéis visto su suspicacia a la hora de continuar escribiendo sobre los pergaminos de Mat-Yah, no quiso mezclar la vida de Jesús con el nacimiento de la nueva iglesia. Ella, con Amok, conoció de primera mano cuantos acontecimientos tuvieron lugar después de la muerte de Jesús para ponerla en marcha. Cuando se descubra esta sepultura y conozcamos el contenido de sus escritos valoraremos realmente su papel dentro del cristianismo primigenio.

-Sin embargo todo vestigio sobre ella ha desaparecido.

-Es cierto, y puedo decirte que hasta para borrar el protagonismo de la mujer se hace desaparecer el fundamento femenino de Dios, que personaliza Sophía, -la Sabiduría en griego- en la Trinidad, y en su lugar se crea la figura del Dios patriarcal, trino y uno que el Concilio de Nicea sanciona -nos expresó y continuó diciéndonos-. Cuando descubramos los restos del cuerpo de Mat-Yah, la Organización se dará a conocer al mundo y dejaremos el secretismo que necesariamente ahora nos envuelve para consagrarnos libremente a extender una nueva filosofía de vida, que nos llevará a sumergirnos de lleno en la verdad y a cubrirnos en ella -con esa rotundidad y sentimiento nos expresaba su pensar.

Quise conocer lo ocurrido con los manuscritos que Amok redactó sobre la vida de Jesús antes de dejar el Monasterio para difundir con Mariamne su palabra. Benor nos comentó que

éstos quedaron en Qumrán y debieron de haberse escondido en una de las muchas oquedades próximas a aquel lugar y que aún deben de encontrarse allí. Seguimos hablando sobre ellos y no tuvo inconveniente en decirnos que Marcos tuvo acceso a los mismos y de éstos extrajo parte de lo que con el tiempo sería su evangelio.

Fue muy agradable recordar los momentos vividos en Altair, así como oír la versión de nuestro amigo sobre unas acciones llevadas a cabo hacía unos dos mil años. Mantener una conversación con Benor era una gozada. Mi curiosidad me pedía preguntarle por la denominación de su organización, pero me parecía que formularle aquella pregunta sería una indiscreción. Por otra parte, pensaba que debía hacérsela, porque quienes nos leyesen podrían sentir mi misma curiosidad. Pero ¿cómo se la planteaba? Pensé que quizás antes de terminar la cena se lo preguntaría, buscando la ocasión adecuada.

También sentía deseos por conocer el cargo que Benor ocupaba dentro de su organización, pero no tuve necesidad de preguntarle porque Ildefonso se adelantó, de lo que me alegré.

-Me imagino que dentro de vuestra organización realizas una función destacada. ¿Me equivoco? -le manifestó Ildefonso.

-No te equivocas, desde hace algo más de tres años soy el Maestro de la Verdad –nos contestó.

-¿El Maestro de la Verdad? -aquella pregunta se escapó de mis labios sin proponérmelo.

-Sí, así se le llama al máximo responsable de la Organización. De esa forma denominaron a Mat-Yah sus discípulos y seguidores porque era un verdadero maestro que siempre luchó por ella.

Los primeros dirigentes que la crearon, quisieron honrarle denominando Maestro de la Verdad a quien tuviese la máxima

dignidad en la Organización y, a modo de reconocimiento, a Mat-Yah le eligieron nuestro primer dirigente; no obstante, nunca llegó a ejercerlo porque no llegó a saberlo. Todos quedaron esperando su regreso.

-¿Vuestra organización sólo es religiosa? -le pregunté.

-Así es, pero con diversas ramificaciones, y me vais a permitir que no profundice en ello. Sin embargo sí puedo deciros que está muy cerca de vosotros y que cualquiera que te encuentres por las calles de Israel puede ser un miembro de ella -me respondió Benor.

Conociendo la respuesta dada, tenía claro que no debía preguntarle más sobre ella.

Por último, tuve curiosidad por conocer el papel de la mujer actual dentro de su organización. No dudó en contestarme de forma clara, diciéndome que entre ellas y los hombres no existía ninguna diferencia. Por ponernos un ejemplo nos dijo que en aquel momento entre los dirigentes de la Organización había más mujeres que hombres, y que éstas ocupaban los puestos segundo y tercero dentro de nuestro organigrama.

Terminamos una gratísima cena con un buen amigo, despidiéndonos con un entrañable abrazo y un “siempre estaré con vosotros, aunque no me veáis físicamente”. No sabemos el día en que volveremos a encontrarnos de nuevo con Benor, ni el momento o en qué lugar, pero estoy convencido de que será cuando él quiera y lo necesitemos.

Antes de despedirnos, Benor me entregó un bolso de cuero diciéndome que el contenido del mismo era una copia exacta de la Janukiya. Así se le denominaba al candelabro de nueve brazos que el Maestro de la Verdad regaló a Jesús y a Mariamne el día de su boda y que fue uno de los objetos que encontré en Altair.

La abrí antes de que él se marchase. Cuando la tuve en mis manos mi cuerpo se estremeció y fueron llegando a mi mente escenas vividas y sentidas en el monte Tabor.

Bajamos la escalera que nos llevaba del restaurante a la calle. Allí, a la puerta de aquel club náutico donde habíamos cenado, le esperaba un coche negro con cristales opacos al que se subió emprendiendo su regreso.

¿Hacia dónde? Nunca lo sabremos, pero tanto Ildefonso como yo pensamos lo mismo: “Hacia la verdad”.



RELACIÓN DE LOS PRINCIPALES PERSONAJES POR ORDEN ALFABÉTICO

- * AdoníaCampesino esenio
- * AmokMiembro esenio del Monasterio de Qumrán
- * AnásSumo sacerdote
- * BenamíAstrólogo babilónico
- * Benor Estudiante de arqueología
- * CaifásSumo sacerdote
- * LázaroDirigente zelote
- * IldelfonsoArqueólogo español
- * JabulMaestro de Justicia esenio
- * JesúsTambién Nacir, Maestro, Mesías y Galileo.
- * José de ArimateaMiembro del Sanedrín y zelote oculto
- * Juan el BautistaEsenio y dirigente naziréo
- * Juan de BetsaidaDiscípulo de Jesús
- * MateoDiscípulo de Jesús. Recaudador del Imperio
- * MariamneCompañera de Jesús
- * MartaAmiga de Jesús y hermana de Lázaro
- * Mat-YahDiscípulo décimo tercero
- * NeedarDirigente zelote y tío de Jesús
- * NurielMaestro de Mat-Yah y dirigente zelote
- * SantiagoDiscípulo de Jesús y temido zelote
- * Simón el CananeoDiscípulo de Jesús y zelote
- * Simón PedroDiscípulo de Jesús y reconocido zelote
- * Tomás el MellizoDiscípulo de Jesús.



RELACIÓN DE PERSONAJES DE MENOR
RELEVANCIA POR ORDEN ALFABÉTICO

- * AaleyahSanadora nubia en Alejandría
- * AbaieResponsable de la fortaleza Antonia
- * AbirEsposo de Johamna
- * Admiel y LioraPadres de Mariamne
- * Andrés.....Discípulo de Jesús
- * Apión.....Filólogo griego
- * Barrabás.....Extremista nacionalista judío
- * Bartimeo.....Ciego, vecino de Jericó
- * CleofásHermano de José
- * Dimas y Gesta.....Malhechores de Jerusalén
- * FedorPresidente de la Academia de Alejandría
- * FelipeDiscípulo de Jesús
- * FilónFilósofo griego y amigo de Jesús
- * Gamaliel.....Presidente del Sanedrín
- * Herodías.....Esposa de Herodes Antipas
- * HillelPresidente del Sanedrín
- * JohamnaHermana de María
- * José Barsabás.....Seguidor de Jesús
- * JudasDiscípulo de Jesús
- * Judas de Gamala.....Máximo responsable de los zelotes
- * Judas TadeoDiscípulo de Jesús
- * Menahem.....Hijo de Judas de Gamala
- * Natanael.....Discípulo de Jesús y zelote
- * NicodemoMiembro del Sanedrín y zelote oculto
- * Pequeño Judas.....Hijo de Jesús y Mariamne

- *Poncio Pilatos.....Prefecto romano
- *PróculaEsposa de Poncio Pilatos
- *SaloméHija de Herodías
- *ShammaiDoctor en Escritura Sagrada
- *SantiagoHermano de Mat-Yah
- *SimeónViejo sacerdote zadoquita
- *Simón el CireneoCampesino judío
- *Alejandro, Rufo y Omar.....Hijos del Cireneo
- *Belisario, Abdullah y AbdelSanadores y médicos
- *Eleazar, Teofilo y EnanosSumos sacerdotes
- *José y María.....Padres de Jesús
- *Lieber y Biniamina.....Padres de Mat-Yah
- *Salomé, Mirian y JacobHermanos de Jesús
- *Ye Jiel, Adael, Adir, Ilan y AlmagorAstrólogos y sabios
- *Zebedeo y SaloméPadres de Juan y Santiago



